BIBLIOTECA NUEVA SEFARAD

Volumen XVI

SELOMOH IBN VERGA

LA VARA DE YEHUDAH

(Sefer Šebeṭ Yehudah)

Introducción, traducción y notas

por

MARÍA JOSÉ CANO

RIOPIEDRAS EDICIONES

BARCELONA

BIBLIOTECA NUEVA SEFARAD
Volumen XVI

ŠELOMOH IBN VERGA

LA VARA DE YEHUDAH

(*Sefer Šebeṭ Yehudah*)

Introducción, traducción y notas
por
MARÍA JOSÉ CANO

RIOPIEDRAS EDICIONES
BARCELONA
1991

LA VARA DE YEHUDAH

(*Sefer Šebeṭ Yehudah*)

BIBLIOTECA NUEVA SEFARAD

Volumen XVI

Esta edición ha merecido una subvención
de la Dirección General del Libro y Bibliotecas
del Ministerio de Cultura

© María José Cano
por lo que respecta a la introducción, traducción y notas
© Para la presente edición:
RIOPIEDRAS EDICIONES
Rocafort, 249
08029 Barcelona
ISBN: 84-7213-113-0
Depósito legal: B. 40.702-1990
Impreso en España - Printed in Spain
En los talleres de Limpergraf, S. A. Calle del Río, 17. Ripollet
Composición Mecánica Grau. Purísima Concepción, 10. 08004 Barcelona

A Carlos, Berta y Gustavo Wilhelmi

ABREVIATURAS

BAE = *Biblioteca de Autores Españoles.*
Baer, *Historia* = *Historia de los judíos en la España cristiana*, Madrid 1981.
BRAH = *Boletín de la Real Academia de la Historia.*
MEAH = *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebreos*, Granada.
REJ = *Revue des Études Juives.*
Soḥet = *Sefer Šebeṭ Yehudah le-R. Šelomoh ibn Verga*, Jerusalem 1947.

INTRODUCCIÓN

El autor

La crónica *Sefer Šebeṭ Yehudah* (*La Vara de Yehudah*), tal como apareció en su primera edición de 1550, se debe a la labor de dos autores: el grueso de la obra fue escrito por R. Šelomoh ibn Verga, pero antes de ver la luz fue revisada por su hijo Yosef, el cual añadió algunos relatos e intercaló sus propias versiones en la obra de su padre.

Según indica Šelomoh en el prólogo, él basó su trabajo en unas notas de un personaje que aparece en varios pasajes de la crónica[1] y al que nos referiremos más adelante: «Al final del libro que compuso mi señor, el gran sabio Don Yehudah ibn Verga... encontré anotadas algunas violencias... que yo he traducido.»

El nombre de Šelomoh ibn Verga, el autor principal, sólo aparece en este libro,[2] y las escasas noticias que tenemos sobre su vida proceden, casi en su totalidad, de los datos que él o su hijo Yosef aportan en *La Vara de Yehudah*.

Las fechas de su nacimiento y muerte nos son desconocidas; debió nacer en la segunda mitad del siglo XVI, tal vez en Sevilla, de donde era originaria su familia, como él mismo hace notar al hablar de su pariente R. Yehudah: «... enviaron un emisario a R. Yehudah ibn Verga de Sevilla, para que fuese a pedir por su pueblo»[3] y «En la

1. § 38, 62.
2. Véase la introducción, p. 7, de Y. Baer a la edición hebrea, *Sefer Šebeṭ Yehudah le-R. Šelomoh ibn Verga*, de A. Soḥet, Jerusalén 1947.
3. § 38.

gran ciudad de Sevilla vivía R. Yehudah ibn Verga».[4] Sus relatos[5] sobre hechos ocurridos en la Andalucía occidental, la Andalucía cristiana, evidencian una proximidad afectiva con esta región que sólo se explica por el conocimiento directo de tales hechos, en algunos casos narrados casi como experiencia personal, en contraposición con los de la oriental, a la que sólo dedica un capítulo en el que describe brevemente la conocida masacre de la comunidad granadina en tiempos de Yosef ibn Nagrela.[6]

Vivió, si es que no había nacido, en Castilla, donde gozó de prestigio entre las comunidades hebreas, según se deduce de la misión que le fue encomendada en 1489, cuando los Reyes Católicos, tras conquistar por las armas la ciudad de Málaga, declaran esclava a toda la población. R. Šelomoh es encargado de recolectar entre las comunidades la suma necesaria para pagar el rescate de sus correligionarios malagueños, tal como escribe: «A mí, el desgraciado Šelomoh ibn Verga, me enviaron las comunidades de Sefarad a buscar el rescate para los cautivos de Málaga...»[7]

Los Ibn Verga debieron de establecerse en Toledo pues, según el autor, allí se estableció un pariente suyo: «En la gran ciudad de Toledo... mas fue abolido el decreto porque llegó allí un gran príncipe, pariente mío, llamado Don Šemuel ha-Nasí, de la estirpe de David...»,[8] e incluso un Avenverga es citado por López de Ayala en el siglo XIV[9] como pagador de las libranzas concedidas por los contadores de palacio, tal vez refiriéndose a Yuçaf Avenverga, tesorero mayor del reino de Toledo.[10] Como en el caso de la zona limítrofe a Sevilla, R. Šelomoh incluye muchos relatos, ocurridos en la región que circundaba Toledo.[11]

---

4. § 62.
5. Véase M. J. Cano, «Los judíos andaluces en la *Vara de Yehudah* de Šelomoh ibn Verga», *Actas del Coloquio de Historia: Almería entre culturas, siglos XIII al XVI*, Almería 1990.
6. § 5. El § 37 dedicado, asimismo, a Granada es obra de Yosef, su hijo.
7. § 64.
8. § 50.
9. Pero López de Ayala, *Rimado de Palacio*, estrofa 467.
10. Baer, Y., *Historia de los judíos en la España cristiana*, Madrid 1981, volumen II, p. 401.
11. §§ 12, 16, 48...

Ibn Verga recibió las aguas del bautismo probablemente tras el decreto de expulsión de 1492. Como converso debió de vivir muy poco tiempo en Castilla, tal vez marchó a Sevilla, pues narra un hecho que le sucedió a Yehudah ibn Verga con motivo de la implantación de la Inquisición en esta ciudad.[12] Huyendo de los inquisidores emigró a Portugal, pues el 9 de abril de 1506, fecha de la conocida matanza de los conversos, lo encontramos viviendo en Lisboa: «Hallábame yo fuera de la ciudad, después de unos días volví...»[13] Los relatos dedicados a los judíos portugueses[14] muestran un marcado carácter personal, cuentan sucesos sencillos que oiría narrar a sus vecinos: «... y me lo contaron cada uno según su versión...»,[15] relatos que se transmiten oralmente.

Es muy probable que Šelomoh ibn Verga saliera de Portugal en 1507, cuando se permitió a los conversos hacerlo; pero el nuevo periplo es más difícil de reconstruir. Algunos creen que marchó directamente a Turquía;[16] otros, como Baer, mantienen que lo hizo a Italia, basándose fundamentalmente en las narraciones sobre las vicisitudes de los judíos expulsados de España que fueron a esos territorios y, sobre todo, en el conocimiento directo que parece tener nuestro autor cuando cuenta la actividad que desplegaron los Reyes Católicos ante los papas para controlar a los judíos relapsos huidos de España, y sobre los que pretendían tuviese poder la Inquisición.[17] Durante este período es probable que redactase su libro *Sefer Šebeṭ Ebrato* mencionado en la obra que tratamos.[18] Cuando la vida en Italia, concretamente en el reino de Nápoles, se volvió insoportable para los antiguos conversos, como era el caso de los Ibn Verga, éstos tuvieron que emigrar de nuevo, esta vez a Turquía, donde nació Yosef[19] y donde Šelo-

12. § 62.
13. § 60.
14. § 59, 60...
15. Véase supra.
16. Cantera, F., «Schébet Jehuda (La vara de Judá) de Salomón ben Verga», *Rev. de Estudios Históricos de Granada y su reino*, XV, p. 88.
17. Baer, Y. Introducción al *S. Šebeṭ Yehudah*, ed. Soḥet, pp. 10-11.
18. Las únicas referencias a este libro son las que el propio autor hace en los §§ 27 y 64.
19. No se sabe con certeza si había nacido en Italia, pero de cualquier modo siendo aún niño se encontraba en Adrianópolis.

moh debió de escribir su *Vara de Yehudah* y, seguramente, murió.

La vida de su hijo es algo más conocida; se sabe que vivió en Adrianópolis y que ejerció de rabino y *dayyan*.[20] Allí se relacionó con otros desterrados de Sefarad, entre ellos, su maestro Yosef ha-Fezí y su gran amigo granadino Mošeh Hamon, médico personal del sultán Soleimán el Magnífico. A los datos aportados por este médico se deben muchas de las adiciones que Yosef incorporó a la obra de su padre, por ejemplo, el capítulo treinta y siete, en el que se narra una masacre en la comunidad judía granadina de mediados del siglo xv, cuyo personaje central es uno de los miembros de la familia Hamon.[21] Otro personaje con el que mantuvo relación y le proporcionó datos para sus adiciones a la obra de su padre fue Abraham ibn Arama.

A Yosef ibn Verga se le atribuye la autoría de *Še'erit Yosef* (Adrianópolis 1554) sobre principios talmúdicos. Murió alrededor de 1559.

De los tres «autores» de *La Vara*, de quien más datos tenemos es de Don Yehudah ibn Verga, personaje oriundo de Sevilla, donde vivió a finales del siglo xv. Destacó como astrónomo y cabalista, tal y como aparece reflejado en las citas que de él hace Šelomoh. Murió en Lisboa, víctima de la Inquisición, en 1485. Es autor de varios libros de astronomía como *Peruš al-Faragani* o el *Sefer ha-metsaṭ kele ha-tekunah*.

La obra

Ya el título de la obra es en sí un indicativo de lo que el lector va a encontrar en ella, de su contenido, y a la vez una muestra del fino ingenio del autor.

Sefer Šebeṭ Yehudah, su título hebreo, tiene diversos significados que encierran varios matices. Nosotros lo hemos traducido al castellano con el que es habitualmente conocida esta crónica, *La Vara de Yehudah* (su traducción exacta, cuanto menos, habría de ser *Libro de la Vara de Yehudah*). Esta versión se corresponde con la descripción que

20. Juez religioso.
21. Véase el breve análisis de la obra.

en ella se hace de las aflicciones y penalidades que sufrieron los judíos, la *vara* que azotó a *Yehudah* a través de los siglos. Pero *Šebeṭ* también significa *estirpe*, queriendo el autor señalar que en el libro se va a narrar la historia del pueblo elegido, *La estirpe de Yehudah*, en el destierro: «Titulé este libro *La Vara de Judah*, porque el que imperaba en un principio sintió sobre sí... la vara del Altísimo.»[22]

Pero no concluyen aquí las posibles especulaciones sobre la intencionalidad del título, pues también efectuó un juego de palabras con el significado castellano de su propio apellido y el de la palabra *šebeṭ*: *Verga* es sinónimo de *vara*, vocablo que vertido al hebreo es *šebeṭ*.

Del mismo modo, y con mayor motivo, puede hacerse extensivo este juego de palabras al nombre de su pariente Yehudah ibn Verga, a cuyas anotaciones atribuye el origen del libro.

El título nos indicaría que la obra trata de la *vara* que azotó a la *estirpe de Yehudah*, escrita por Ibn *Verga*, según las anotaciones de Don *Yehudah ibn Verga*.

Pero no sólo el título resulta atrayente sino que toda la obra, escrita en un estilo ligero y ameno,[23] también lo es; está cuajada de anécdotas e incluso de ciertos toques humorísticos tan difíciles de encontrar en este tipo de trabajos; no en vano ha sido calificada por algunos estudiosos[24] como la crónica hebrea medieval más original y viva.

Pero más que un libro ameno, es principalmente una de las fuentes más completas de las que disponemos sobre el medioevo judeoespañol y, según Baer,[25] su autor es el único, en el campo judío, que osó hacer reflexiones sobre las causas de algunas de las desgracias sufridas por los judíos en su destierro.[26]

La Vara de Yehudah pertenece al grupo de las crónicas que podríamos llamar de «expulsión»; fue escrita unos años después de que

---

22. Véase el prólogo de la crónica.

23. Se puede decir que en general la extensión, el estilo, y el aporte y veracidad de los datos de cada capítulo dependen en gran medida de las diferentes fuentes utilizadas por Ibn Verga; dado que el estudio de las mismas fue realizado minuciosamente por Cantera en su edición castellana de la crónica, consideramos innecesario volver a realizarla y a él remitimos, *op. cit.*, pp. 89-116.

24. Loeb, «Le folk-lore...», *REJ*, XXIV.

25. *Historia*, p. 652, y Soḥet, p. 14.

26. § 63.

su autor abandonara Sefarad como consecuencia de la expulsión decretada por los Reyes Católicos, pudiendo haber sido este hecho luctuoso lo que motivara su redacción, pues el mismo Ibn Verga anota en el prólogo citando al profeta: «Se desmorona Jerusalén, se derrumba Judah.»[27]

Se compone el libro de una brevísima introducción y setenta y tres capítulos,[28] que clasificaríamos en cuatro grupos bien definidos:

1. Disputa: Conversaciones o discusiones entre varios personajes, desarrolladas en presencia y a requerimiento de un rey o del Papa. Normalmente las disputas tienen lugar entre un sabio cristiano y otro sabio judío, si bien a veces se presentan variantes (varios sabios judíos, un sabio y el rey, el rey y un magnate...).

En los capítulos incluidos en este grupo se tratan asuntos de índole teológica, disertaciones sobre temas científicos o históricos, problemática de las relaciones judeo-cristianas, etc. Dichos capítulos son: el 7, 8, 12, 17, 32, 40, 41, 63, 64, 65, 70 al 73.

2. Los judíos españoles: Es el grupo más numeroso, aunque no tan extenso como el primero, pues en él incluiríamos las narraciones de los judíos en Portugal dado que en realidad trata de los conversos —en su mayoría españoles— y de las vicisitudes de los desterrados a raíz del decreto de Expulsión de 1492 en los distintos países a los que emigraron. Se podría subclasificar en:

— Los judíos en la España cristiana: capítulos 6, 8, 9, 10, 12, 15, 16, 27, 29, 38, 44, 45, 47, 48, 49, 50.

— Los judíos en la España musulmana: capítulos 5, 37, 64.

— La Inquisición: 61 y 62.

— La Expulsión y sus consecuencias: 50 al 58, 63, 66.

— Los judíos en Portugal: 13, 59, 60.

Este grupo es, junto con el primero, el más interesante; muchos de los relatos son fruto de su propia experiencia o recogidos de pri-

---

27. Is. 3, 8.

28. En la edición hebrea aparecen numerados los sesenta y cuatro primeros capítulos, el resto están sólo titulados. Nosotros hemos numerado todos por razones prácticas de citas, pero también se ha conservado el título de la edición hebrea.

mera mano o de fuentes cristianas contemporáneas suyas o muy cercanas en el tiempo.

Hay que hacer notar que algunos capítulos gozan de las características de los dos grupos, por ejemplo el 12, que comienza con una acusación de crimen ritual y, tras unas líneas de paso o enlace, continúa con un discurso de un delegado judío ante el Senado romano para concluir con la resolución de la acusación; o el 32, que incluye varios relatos interdependientes como la historia de un falso mesías en Persia, una disputa ante el rey Don Pedro, un discurso de Josefo ante las murallas de Jerusalén y otra disputa ante el rey Don Alfonso de Portugal.

3. Los judíos en Europa: Está constituido con relatos muy breves, carentes de detalles y anécdotas, tan frecuentes en los dedicados a los judíos españoles. En ellos se describen persecuciones y expulsiones habidas en Francia, Inglaterra, Alemania, Provenza e Italia. El tono empleado en estas narraciones varía al tratar los casos de Francia, Inglaterra y Alemania o los de Provenza y sobre todo los de Italia,[29] estos últimos dejan traslucir el influjo que las sucesivas oleadas de inmigrantes españoles habían dejado en aquellas comunidades.

Aquí se incluirían los capítulos 11, 14, 18 al 26, 34 al 36, 39, 43.

4. Los judíos en Oriente y en los países árabes: Este grupo es el más diverso, pues en él hemos incluido tanto las persecuciones acaecidas en los tiempos más antiguos en Palestina (1, 2), en Persia (3, 31, 42), en Turquía (28) y en el norte de África (4, 30 y 33).

En total los capítulos incluidos son 1 al 4, 28, 30, 31, 33, 42, 67, 68.

Mención aparte merecen los capítulos o fragmentos de éstos atribuidos a Yosef ibn Verga, siendo uno de los temas más discutidos al analizar esta obra el determinar la paternidad de Yosef sobre los mismos. En principio son incuestionables aquellos donde específicamente así lo indica él, como es el caso del final del capítulo 11 que versa sobre una persecución en la región de Azarbaygan, y el final de la pri-

29. No se incluyen las narraciones de los desterrados españoles en suelo italiano.

mera parte del capítulo 32,[30] sobre una persecución en Turquía, ambos precedidos por «Dice Yosef ibn Verga», y atribuidos a noticias aportadas por R. Mošeh Hamon. Los capítulos 51 y 57, iniciados con «Dice Yosef»; el primero de ellos es una cita a Abravanel al hablar de la expulsión de Sefarad y el segundo, una historia sobre un falso asesinato en Persia, en la que también aparece Mošeh Hamon.

Otros capítulos que consideramos escritos por Yosef son el 37, el cual, como ya dijimos, se refiere a la familia Hamon y él debió recoger de labios de su amigo Mošeh; el 68, en el que narra un milagro habido en Egipto en tiempos del sultán Soleimán el Magnífico (por razones cronológicas pensamos que debió de redactarlo Yosef); y, por último, el 69, consistente en una sucesión de persecuciones —algunas relatadas en otros capítulos—, cuyo estilo difiere completamente del resto de la obra.

La Vara de Yehudah ha gozado de gran predicamento entre el pueblo judío y, posteriomente, entre los medievalistas, por lo que desde su primera edición de Adrianópolis en 1550, las reimpresiones se han ido sucediendo con mucha frecuencia, siendo las más destacadas las de Sabioneta de 1581 (censurada), Praga de 1608 (copia de la anterior), Amsterdam de 1655 (según edición príncipe), Fürt de 1724, Zolkiew de 1804, Warschau 1841, Lemberg 1848 y Varsovia 1882. Las mejores sin duda son: la de M. Wiener, *Liber Schevet Jehuda, auctore R. Salomone aben Verga*, fasc. I, texto hebreo Hannover 1855; fasc. II, trad. alemana Hannover 1856 (hay muchas reimpresiones de esta edición; aquí hemos empleado la de Hannover 1924); la de A. Sohet y Y. Baer, *Šelomoh ibn Verga. Sefer Šebeṭ Yehudah*, Jerusalem 1947, edición usada como base de nuestro trabajo.

* * *

Quisiera que este trabajo fuera una modesta aportación a la conmemoración del Quinto Centenario de la expulsión de los judíos de estas tierras —tan suyas— de Sefarad. Ojalá la lectura de estas páginas nos lleve a todos a un mejor conocimiento de esos españoles a los

30. Véase el índice analítico.

que el fanatismo y la incomprensión expulsaron de su patria, y sirva para crear nuevos sentimientos de tolerancia y mutua aceptación.

Me siento agradecida con muchas personas que de mil maneras me han ayudado en la realización de este trabajo. Muchas gracias a todas ellas, especialmente, por su comprensión y generosidad, a mi familia, a la que tantos ratos de atención y compañía he hurtado; y a los editores, por su entusiasmo y bien probada paciencia.

Granada, otoño de 1990.

LA VARA DE YEHUDAH

PRÓLOGO

Dice Šelomoh ben Verga, de bendita memoria:

Al final del libro que compuso mi señor, el gran sabio Don Yehudah ben Verga, de bendita memoria, encontré anotadas algunas de las violencias y persecuciones que padeció Israel en tierra extranjera, y que yo he traducido para que las lean y escuchen los hijos de Israel, y se conviertan e imploren al Señor de las misericordias. Él perdone los pecados que cometieron y los libere de sus angustias, diciendo: «¡Basta!»

Titulé este libro La Vara de Yehudah, *porque el que imperaba en un principio*[1] *sintió después sobre sí, por su pecado, la vara del Altísimo, según había dicho el Profeta: «Se desmorona Jerusalén, se derrumba Judah.»*[2]

§ 1

Primera Destrucción[1]

Sucedió en tiempo de Antonio, césar romano, el cual decidió atacar Jerusalén con un ejército considerable. Habíase aliado con él uno de los reyes de Grecia, cuyo nombre era Casio.

---

1. Judah, el pueblo de Israel.
2. Is. 3, 8.

1. El término *ḥurban*, que traducimos por «destrucción», alude concretamente a una matanza, mientras que *šemad* se emplea siempre en el texto como «persecución» de carácter religioso emprendida con ánimo de conversión, y así lo traducimos.

Cuando el mencionado césar se aproximaba a Jerusalén oyó decir que había quedado viuda la reina de Egipto, llamada Cleopatra; ésta tenía fama de ser única en la tierra por su belleza. Aquel césar la deseó con toda la pasión de la carne y la sangre,[2] y envió emisarios a Egipto para solicitarla en matrimonio. Consintió ella en ser su esposa, a condición de que repudiase a su primera mujer que estaba en Roma, y así lo hizo. Como la repudiada era hermana de Octavio César, los ancianos del senado romano, al conocer aquel oprobio, se conjuraron para arrebatar a Antonio la corona del cesarato y ponerla en la cabeza de Augusto.

Al poco tiempo surgieron algunos enemigos de los judíos diciendo que la reina de Egipto tenía alianza[3] con ellos, y les habían aconsejado a Antonio y a la reina de Egipto aquellas bodas para que, por su consejo, Antonio pusiera fin a la guerra contra ellos. Cuando llegó aquel rumor a los romanos, aconsejaron a César Augusto que marchara a Jerusalén y tomase venganza de Antonio, primero, y de los judíos después.

Partió entonces Augusto con un ejército muy poderoso, formado por todos los pueblos de la tierra, pues los romanos en aquella época dominaban hasta el fin del mundo. Entablada la lucha entre Antonio y Augusto, venció Augusto y Antonio huyó. Augusto mató a Cleopatra y a sus dos hijos, frutos de su primer matrimonio. A continuación se volvió contra los judíos, que demostraron, asimismo, gran bravura y mataron a mucha gente del César. A consecuencia de ello dijo Augusto a sus consejeros:

—Suspendamos nuestra guerra contra los judíos porque no combatimos contra hombres, sino contra leones y tigres.

Mas le hicieron ver sus consejeros:

—¿Cómo arrastrar esta vergüenza a Roma? Continuaremos la guerra y nos esforzaremos y, si morimos, será nuestra gloria.

Todos se esforzaron en la batalla hasta que asaltaron las murallas de Jerusalén, y tomaron de ella un copioso botín. Después de esto, el César dejó un prefecto con plenos poderes para que gobernase a los judíos en nombre de Roma y se volvió con gran gloria a su país.

---

2. Literalmente, «como la carne y la sangre».
3. Literalmente, «paz y amor».

Al cabo de un año se sublevaron los judíos contra la dominación romana y mataron al prefecto. Cuando César lo supo, montó en cólera y reunió doble contingente de ejército, ya que sabía la fuerza y bravura de los judíos; y dispuso baterías, que antes no había preparado pues no dio importancia a los judíos. Duró la guerra un año, pero al fin venció y mató de entre los judíos cantidad tan innumerable como las arenas del mar,[4] hasta el punto de que elevó sus manos al cielo clamando:

—¡Señor del universo, no me cuentes por pecado tanta efusión de sangre, ya que los mismos judíos son los que han traído sobre sí la mala fortuna!

Después de esto deportó a todos sus jefes y los llevó a Roma. Pero también allí la mano del Señor estuvo contra ellos pues, por el cambio de clima y alimentos y por culpa del pecado, murieron todos ellos y en Roma está su sepulcro.

Así está escrito en las crónicas de los reyes de Aragón.[5]

§ 2

Segunda Persecución

Acaeció en tiempo de Ben Sira; fue una gran persecución, cuya causa me es desconocida. Sin embargo, yo encontré escrito que abandonaron la religión de nuestro maestro Moisés treinta mil almas y que aquellos que mantuvieron la santificación del Nombre fueron quemados.

El Ben Sira[1] referido fue Yehošu'a ben Siraq, nieto de Yehošu'a ben Yehoṣadaq, el Sumo Sacerdote, llamado entre los cristianos Josefus Sireq, como escribe Jerónimo.[2] Este gran hombre compuso un libro conocido por los cristianos como *Eclesiástico*, y ellos lo cuentan

4. Literalmente, «orillas del mar».
5. Efectivamente el relato debe proceder de una fuente cristiana tardía.

1. Judío jerosolimitano del siglo III a. C. Autor de *Eclesiástico* y, según la tradición, uno de los setenta y dos estudiosos encargados de la versión griega de la Biblia conocida como de los Setenta.
2. San Jerónimo.

entre los libros sagrados por su importancia y la grandeza de su ciencia.

§ 3

Tercera Persecución

Fue en el año 4004,[1] antes de que venciesen los ismaelitas[2] a los persas. Cobraron animadversión los persas a los judíos, a los que hasta entonces habían mirado como amigos,[3] honrándoles, puesto que aún quedaban entre los judíos varones eminentes en saber y dignidad, semejantes por sus cualidades a los hombres de Jerusalén antes de su destrucción.[4]

Quiso el rey[5] defenderlos, mas no pudo porque el pueblo era muy numeroso y temía que las gentes se rebelasen contra él, habiendo comenzado ya las guerras de Ismael[6] contra Persia. Así, cuando vio y oyó el vocerío de aquéllos —que se alzaban en exaltación de su fe— accedió, contra su voluntad, a la intención de los mismos metiendo en la cárcel a tres notables de Israel llamados Amemar, Moriqa' y Mešaršya', jefe de los desterrados,[7] sometiéndoles a duros tormentos para que renegasen de su Ley y además aconsejaran a los de su pueblo la misma prevaricación. Pero aquéllos, en la paz de Dios, se mantuvieron firmes en tan dura prueba y santificaron al Dios Grande.

Viendo el rey que no lo conseguiría, dictó contra ellos la pena capital. Después ordenó fuesen puestos en prisión todos los dirigentes

---

1. 303 d. C.
2. La conquista árabe de Persia se produjo entre el 628-639.
3. El encumbramiento de la dinastía sasánida (224-226), autonombrada sucesora del antiguo reino persa, trajo consigo un renacimiento del nacionalismo en todas sus vertientes y una intransigencia en cuestiones religiosas, sobre todo en los primeros tiempos.
4. Es la época del florecimiento de la cultura hebrea en Babilonia (siglos II-X), de la redacción de la Mišnah y del Talmud.
5. Ormuz II (301-309).
6. Las conquistas del Islam no comienzan hasta tres siglos después. En el 637 los árabes derrotan por primera vez a los sasánidas.
7. Según Abraham ibn Daud, *Sefer ha-Qabbalah*, trad. Ferre, Barcelona 1990, p. 72, la fecha es el 374.

de los judíos; permanecieron en opresión y angustia muchos días, hasta que su piel se secó sobre sus huesos; cuando ya no pudieron resistir, muchos de ellos abandonaron la Ley.

Desde entonces en el reino de los persas sobrevino una desgracia tras otra. La secta de los ismaelitas vino contra ellos, los atacaron y vencieron, haciendo cautivos a todos los reyes de Persia.

El rey ismaelita fue un rey justo según ha sucedido siempre; todos han sido justos y amantes de la equidad; mandó llamar a los judíos y se dirigió a ellos con buenas palabras y confiadas promesas para que permaneciesen en su religión, pues la ley profesada con violencia jamás reporta ventaja alguna. Los mismos persas que habitaban el país llegaron a arrepentirse, diciendo que les había ocurrido aquella desgracia por lo que habían infligido a los judíos. Desde entonces les permitieron practicar lo que deseasen.

Así aparece consignado en las crónicas de los reyes de Persia traídas al rey de Sefarad[8] como es costumbre entre los cristianos que investigan el conocimiento de los sucesos antiguos para tomar de ellos buen consejo. Esto da testimonio de su inteligencia y prudencia.

§ 4

Cuarta Persecución

En el año 4902[1] apareció en el mundo la espada de Ben Humard,[2] quien publicó[3] un bando en todo su reino ordenando que los que no se convirtieran a su ley religiosa, serían pasados por las armas y requisados sus bienes para el tesoro real.

Entonces se levantaron todos los judíos —ellos, sus hijos, incluso

---

8. No se tiene confirmación de este dato.

1. 1142 d. C. Véase en esta misma colección vol. XII, *Cinco epístolas de Maimónides*, trad. y estudio Cano-Ferre, Barcelona 1988, pp. 24 ss.

2. Mahdi ben Tumart, fundador del movimiento almohade. La primera gran victoria de esta secta tuvo lugar en 1145 en el Magreb y desde allí, tras conquistar todo ese territorio, se extendió a al-Andalus.

3. El rey que promulga el decreto de conversión forzosa fue el brazo armado del movimiento almohade, 'Abd el-Mu'min.

los niños— y marcharon hasta la puerta del rey. Ya cerca de la entrada, clamaron:

—¡Piedad, oh rey!

Respondió el rey diciendo:

—¡Oh, pueblo necio y estúpido! ¿Acaso no os llamo a mi fe para salvaros de que vayáis al infierno por la religión?

Respondieron los judíos:

—Nuestra salvación está en la observancia de nuestra propia Ley, a la que estamos obligados. Tú serás el señor de nuestras vidas y el rey de nuestras haciendas, pero las almas son de Aquel que las infundió en nosotros y está destinado a llamarlas ante sí. Él es el rey que las juzgará y tú, nuestro señor, estás dispensado de hacerlo en tu época.

Replicó el rey:

—¡Sois un pueblo obcecado! No voy a polemizar con vosotros, porque sé que me contestaríais judaicas respuestas. Es mi deseo, por ley, que observéis mi religión, si no, aquí está la espada.

Dijeron los judíos:

—¡Por favor, no se enoje nuestro señor! Tú eres nuestro rey y nosotros somos tu pueblo. Si no cumplimos tu voluntad, destiérranos a otro país. ¡Ay, qué mayor castigo que tener que abandonar nuestra tierra, el lugar de nuestro nacimiento, y dirigirnos a un país desconocido!

Contestó el rey:

—No es mi deseo perder a mis súbditos para que sirvan a otro rey.

Viendo los judíos la determinación del rey, acudieron a los grandes del reino suplicándoles encarecidamente que intercediesen ante él para que, calmado su enojo, tomase sus bienes, pero ellos pudieran permanecer en su fe. Éstos intercedieron, mas nada consiguieron.

Hubo muchos padecimientos y numerosas comunidades abandonaron la ley de Moisés.[4]

Transcurrido un mes murió de repente el rey y fue proclamado

---

4. El problema de las conversiones forzosas y masivas de comunidades hebreas durante esta época se refleja muy bien en la *Epístola sobre la conversión forzosa* de Maimónides, en Cano-Ferre, *Cinco epístolas*, pp. 49-75. Este sabio y su familia sufrieron la persecución narrada, convirtiéndose a la religión islámica por unos años para volver después al judaísmo.

su hijo en su lugar.[5] Temeroso de que a causa del crimen contra los judíos hubiese muerto su padre, llamó a todos los conversos encubiertos y, procurando inspirarles confianza, les comunicó que no vigilaría si eran sinceros. Muchos retornaron a su Ley, pero otros tantos temieron que hubiera hablado para confundirles, para escudriñar su interior, y permanecieron fuera de la Ley mucho tiempo.

§ 5

Quinta Persecución

En la gran ciudad de Granada[1] fue propalada una grave calumnia contra R. Yosef ha-Levi[2] que resultó asesinado, y con él toda la comunidad,[3] que se componía de más de mil quinientas familias.

¡Quien no vio su magnificencia, su gloria y esplendor, jamás vio hermosura alguna! Sus miembros eran famosos por su sabiduría y piedad. Guardaron luto por ellos tanto los que vivían próximos como los alejados, en consideración a su excelencia y también por temor a que les sobreviniera idéntica suerte.

Aquella desgracia tuvo lugar en el noveno día de *Tebet*.[4] El *Megillat Ta'anit*[5] tenía establecido ayuno para ese día sin que se supiera

---

5. Dos hijos de 'Abd el-Mu'min gobernaron en Córdoba y Sevilla. El fanatismo de los primeros años de conquista se perdió en poco tiempo.

1. Según la tradición recogida en esta misma crónica, § 7, el asentamiento de judíos en Granada se remonta a las deportaciones habidas en los días del exilio a Babilonia con Nabucodonosor.

2. Yosef ibn Nagrela (1066), hijo de Šemuel ha-Levi ibn Nagrela ha-Nagid. Visir de Badis († 1077), rey zirí de Granada. Participó en las intrigas palaciegas, lo que despertó el odio antijudío de la población musulmana que, azuzada por el poeta Abu Yiṣḥaq de Elvira, originó la matanza a la que hace referencia este capítulo.

Véase *El siglo XI en primera persona. Las memorias de 'Abd Allah, último rey zirí de Granada*, ed. y trad. García Gómez-Levi-Provençal, Madrid 1981, pp. 106 ss.

3. Fueron asesinadas unas tres mil personas.

4. Noveno mes del calendario judío. 30 de diciembre de 1066 (9 de *safar* del 459 de la hégira). Tal como indica el cronista, el origen de la celebración del día noveno es desconocido.

5. *Rollo del ayuno*. Este tratado talmúdico contiene una lista con los treinta

en memoria de quién, pareciendo que, con espíritu santo, se había señalado por aquel día.

Así lo escribió R. Abraham ha-Levi[6] en su libro *Sefer ha-Qabbalah*. Este R. Abraham ha-Levi fue ahorcado por santificar al Nombre. El rey de Sefarad[7] quiso obligarle a renegar de la Ley mas, no consiguiéndolo, mandó colgarlo.

§ 6

Sexta Persecución

Fue la de los pastores tal, como no ha habido ni habrá jamás. Acerca de ella se han encontrado diversas fuentes, pero lo consignado en las crónicas de los reyes de Sefarad[1] es como sigue:

En la ciudad de Egen[2] surgió un joven que reunió una gran muchedumbre, y dijo que se le aparecía una especie de paloma, unas veces sobre su hombro, otras sobre su cabeza, y le hablaba con espíritu profético, pero cuando él extendía su mano para apoderarse de ella, se transformaba en una doncella de hermoso aspecto, que le hablaba de este modo:

---

y seis días en los que ocurrieron los eventos significativos en la historia del pueblo judío durante el período del segundo Templo.

6. Abraham ibn Daud, *Sefer ha-Qabbalah*, trad. Ferre, Barcelona 1990, p. 93.

7. Ibn Daud murió en 1180, reinando en Castilla Alfonso VIII. Parece que murió mártir, pues otros autores, como Abraham de Torrutiel, así lo afirman: «Murió por la Unidad del Nombre en el año 4940.» Neubauer, *Medieoeval Jewish Chronicles*, Oxford 1887, p. 102; pero no hemos encontrado datos sobre la veracidad de que la ejecución fuera por orden real.

1. Parte de este asunto se encuentra relatado en una carta real de Jaime II, fechada en Calatayud el 17 de julio de 1326, y conservada en el ACA (*Cartas reales*, n. 6.460). Las crónicas hebreas donde se relata son el *Emeq ha-bakah* (*El valle del llanto*) de Yosef ha-Kohen, trad. Tello, Barcelona 1989, vol. XIII de esta colección, y *Consolaçam as tribulaçoes* de Šemuel Usque.

2. Conservamos los toponímicos tal como los transcribe Ibn Verga.

Angen, ciudad sobre el río Garona, en el Ducado de Gasogne. Disentimos de Cantera, pues el hecho de que luego se hable de ir a luchar a Granada no nos parece argumento de peso para situar la ciudad en España, además de que después se refiere, también, a otras cuidades francesas localizadas por esos parajes.

—Joven, te elijo por pastor en el país e infligirás a los hijos de Ismael derrota tras derrota. Tu señal será que con los ojos verás en tus brazos grabadas, escritas, estas mismas palabras.

Muchos testificaron haber visto tal; otros atestiguaron que vieron dibujado en su brazo el árbol del Mesías; y otros afirmaron que, estando el referido joven al lado de una fuente, oyeron aquellas palabras pero no vieron nada.

Cuando el pueblo tuvo noticia de aquellos acontecimientos fueron al encuentro del joven, se postraron todos ante él, le rindieron homenaje, lo alzaron y lo nombraron jefe y príncipe ungido, pero no siguieron al joven de lugar en lugar sino los pastores, que en aquellos parajes, eran tan numerosos como las arenas.

La fama de aquel joven se extendió y acrecentó; de todos los países vinieron a él por millares y miríadas y en muy poco tiempo se juntaron treinta mil pastores que decidieron ir a la ciudad de Granada[3] y, desde ella, a todo el reino musulmán. Ya habían tomado esta resolución cuando dijo uno de ellos:

—No es buena nuestra decisión porque ¿cómo vamos a combatir al pueblo musulmán, aguerrido y numeroso, siendo nosotros menos?; ellos tienen armas y nosotros no tenemos apenas sino una pequeña aguja. Si os parece bien, ataquemos a los judíos, pues ellos son un pueblo flaco y débil, que no tienen defensor, y al que con nuestras manos[4] podremos humillar; y, cuando nos hagamos más fuertes con el botín de los judíos y con su diezmo, que es muy grande, adquiriremos armas y reuniremos con nosotros muchos defensores. Después marcharemos contra el Islam.

Estando en aquella reflexión, pasó por el camino un sastre judío y el infeliz no sabía por qué motivo estaban reunidos, y se mofó de ellos y de su asunto. Inflamada su cólera, los pastores se abatieron sobre él y le acribillaron el cuerpo. Un solo hombre había faltado, pero sobre todo el pueblo de los judíos cayó la venganza, pues se apoderó de su corazón el deseo de extirpar el nombre judaico para siempre.

Escribieron otros que la causa de su odio fue una disputa que so-

---

3. Reinaba la dinastía nazarí.
4. Literalmente, «dedos».

brevino entre uno de ellos y un judío, la cual degeneró en riña entrambos y, como viesen los pastores que el judío los vencía, lo mataron.

De allí se extendió el mal a todos los lugares a los que pudo alcanzar el poder de los pastores. Entonces los judíos enviaron embajadores al rey de Francia,[5] que se encolerizó mucho, pues era rey justo, y mandó emisarios que corriesen de ciudad en ciudad a fin de salvar a los supervivientes, y previnieran a los eclesiásticos para que hiciesen frente a los pastores y evitaran con su influencia el mal, porque aquéllos no obraban conforme a la fe; y si sus razones eran verdaderas, que viniesen ante él, que les apoyaría y marcharía al frente de ellos para emprender la guerra. Mas los pastores se burlaron y mofaron de las palabras del rey.

En esto, los judíos, afligidos, enviaron sus legados al Papa,[6] el cual decretó una grave excomunión para todos los lugares que se alzasen en favor de los pastores; pero de nada sirvió, porque los pastores eran muy numerosos y los aldeanos se habían unido a ellos y también los revoltosos consideraron que era el momento adecuado para ir contra los judíos. Los pastores se levantaron y asesinaron a todos los judíos que fueron hallados en aquel lugar sin que escapase hombre alguno de entre ellos.

De allí se encaminaron a Sardel,[7] donde mataron a todos los judíos que encontraron, excepto unos pocos que entregaron sus bienes a los notables para que los salvaguardaran en sus casas. Al ser conocido el suceso por el conde de Tolosa,[8] éste mandó caballeros a los que ordenó esforzarse en apresar a los pastores, encadenarlos y traerlos a su presencia. Salieron los caballeros y prendieron a muchos de ellos, trajeron diez carros, y los metieron en Tolosa[9] durante la noche; pero se levantaron los eclesiásticos de la ciudad y liberaron a los

---

5. Felipe V (1316-1322).
6. Juan II (1316-1336).
7. El texto de la ed. Soḥet dice *Sardel*, el de Yosef ha-Kohen *Qôrdel*. Cordes, pequeña villa situada en el valle del Garona, en el Armagnac.
8. Queremos hacer notar que al escribir Tolosa, refiriéndose evidentemente a Toulouse, Ibn Verga emplea dos grafías distintas: con *alef* y con *he'* final. Cuando aparece junto al conde o gobernador de Tolosa, como en este caso, es con *alef*.
9. *Ṭolośah*.

pastores; por la mañana se pusieron a gritar en alta voz, diciendo:

—¿Cómo vamos a castigar a los pastores cuando les ha soltado el Mesías? Esto muestra la verdad de su causa.

Se agitó toda la ciudad, y sus moradores resolvieron libertar a los pastores de la mano del gobernador de Tolosa,[10] el cual quiso matar a los pastores, pero no tuvo poder. Los judíos habían huido a la fortaleza de Narbona,[11] cuando oyeron cómo habían sido cogidos los pastores y, desconociendo lo que luego habría de suceder, comenzaron a decir:

—Desde ahora no hay temor, pues los pastores han sido sometidos.

Y se apresuraron a partir de la torre. Mas los pastores les salieron al paso, teniendo los judíos que defenderse frente a ellos; pero acudieron los aldeanos a auxiliar a los pastores, y sucumbieron ciento cincuenta hombres de entre los judíos.

Cuando lo supo el gobernador de Tolosa[12] marchó en persona contra los pastores; mas encontró que se había reunido allí una muchedumbre, y no vio cómo atacar y trató de amonestarlos, pero ellos intentaron prenderlo y se vio forzado a retroceder y volverse a su villa.

Este hombre misericordioso mandó decir a todos los judíos de los contornos que no saliesen sin salvoconducto; que cuando fuesen a venir les enviaría a un caballero, familiar suyo, para que los condujese a la ciudad de Carcasona,[13] pues ésta era una ciudad fortificada y podrían estar a salvo allí. A todos los judíos que venían los puso en poder del caballero, al cual recomendó, encarecidamente, que cuidase de su guarda como de su vida, pues corrían peligro de muerte. Los aldeanos se confabularon con el caballero, quien los vendió, y por la noche se levantaron y pasaron a cuchillo a todos los judíos.

Aquel gran fuego se propagó por todos los territorios de Inglate-

---

10. *Ṭolośa'*.

11. La ciudad está situada al final de una de las rutas naturales del valle del Garona, por donde discurre el canal del Garona, Bordeaux-Narbona, que une el Atlántico y el Mediterráneo.

12. *Ṭolośa'*.

13. Carcassone, ciudad en la ruta entre Toulouse y Narbonne.

rra[14] y por Bordelés,[15] Castel Sarrazin[16] y Agenas,[17] y en todos estos lugares hubo matanzas. De allí pasó a la ciudad de Bigorrada,[18] de ésta a Morsien,[19] y de ésta a Condon,[20] y no escapó un solo fugitivo. Esto en las grandes poblaciones, pues en las pequeñas es inenarrable. Al concluir todo, las aniquiladas a manos de los pastores fueron ciento veinte comunidades.

En Castel Sarrazin se habían reunido muchos judíos y los pastores intentaron forzar las puertas. Al ver los judíos que peligraba su refugio, dijeron:

—Mejor es matarnos unos a otros que caer en manos de éstos.

Echaron suertes entre sí sobre quién mataría a quién y de esta forma se mataron doscientas personas y dos se arrojaron desde la torre.

Se envalentonaron con esto los pastores y volvieron a la ciudad de Tolosa.[21] El conde los recibió con amabilidad y súplicas, diciéndoles:

—Vosotros sois mis hermanos y mis correligionarios, no como esos judíos pecadores; pero me parece que no es justo matarlos, sino hacerles abrazar la religión de nuestro Mesías, la religión verdadera; además la inscripción solamente dice que marchéis contra los musulmanes.

Respondieron los pastores que si los judíos de Tolosa[22] recibían la religión de Jesús, ellos retirarían su mano de ellos. Entonces tornaron

---

14. La Guyena, en el norte de la cuenca del Garona.
15. Bourdelois.
16. Castelsarrasin, ciudad en el Garona, entre Agen y Toulouse.
17. Agenais, villa cerca de Agen. Hay también una pequeña ciudad en el departamento de los Altos Pirineos llamada Argelès Gazost, próxima a la que seguidamente aparece en el relato, Bigorre (Bagnères de Bigorre) y a la que podría referirse.
18. Bigorre, Bagnères de Bigorre, pequeña ciudad en el departamento de los Altos Pirineos. Como indica Cantera, y así en Usque, el nombre solo de Bigorre corresponde a una provincia y no a una ciudad, pero pensamos que puede referirse a la ya indicada. Yosef ha-Kohen también se refiere a ella como ciudad.
19. Marsan, Mont-de-Marsan; ciudad de la Gascogne, en el departamento de las Landes.
20. Condom, otra ciudad de la Gascogne, situada entre Mont-de-Marsan y Castelsarrasin.
21. *Ṭolośah.*
22. *Ṭolośah,*

todos de religión y no permaneció en la ley judaica sino una mujer que se había escondido en la casa de un noble conocido de ella.

En la ciudad de Gascona[23] todos fueron asesinados, excepto veinte que habían huido a la ciudad de Lérida.[24]

En la aldea de Luis[25] se hallaban trescientas personas que eran muy ricas, y entregaron sus riquezas a un noble para que mandase con ellos caballeros a fin de que los condujesen con un salvoconducto al reino de Aragón. Pero cuando se marchaban salieron contra ellos desde la ciudad y fueron asesinados todos.

En el reino de Aragón[26] se encontraron en grave apuro y se reunieron todos en las ciudades fortificadas. Asimismo, enviaron un legado al Papa, quien ordenó a todos los obispos de su jurisdicción que promulgasen una excomunión contra los pastores para que desistieran de su empresa; pero no sirvió. El obispo de Tolosa[27] era hijo del rey de Aragón y auxilió a la comunidad de Lérida, y se salvaron.

Marcharon los pastores por todo el reino de Aragón y estuvieron a punto de perecer todos los judíos, si no hubiera sido por el rey de Aragón, rey misericordioso, que se armó para la liberación de las comunidades de su reino y puso caballeros y guardas en todas las provincias. A pesar de todo esto no se hubiera llegado a un resultado favorable sin que el señor Don Alfonso, hijo del rey de Aragón,[28] expusiera su vida por aquella justa causa. Fue a la ciudad de Huesca,[29]

---

23. Gascuña/Gascogne. Debe referirse al Ducado de Gascogne (Gascuña), no a una ciudad.

24. Ciudad fronteriza entre Aragón y Cataluña; su judería existía ya en el siglo XI y se mantuvo hasta la expulsión.

25. Mont-Louis, villa en el Languedoc. No hay unanimidad al identificar este lugar. Baer lo identifica con Luz, villa en el departamento de los Altos Pirineos, con lo cual lo aproxima a Gigorre y Argelès. Pero también, para aproximar el otro lugar —Lérida—, lo identifica con Lourdes, lo que no creemos sea admisible. Nos inclinamos por la del Languedoc, villa en el paso natural entre el valle de Tot y el del Segre.

26. Una extensa bibliografía en A. Blasco, *Los judíos de Zaragoza en el siglo XVI*, Zaragoza 1987; Y. Baer, *Historia de los judíos en la Corona de Aragón*, Zaragoza 1985; J. Régné, *History of the Jews in Aragon*, Jerusalem 1778.

27. Debe leerse Toledo. Don Juan, hijo del rey de Aragón, fue arzobispo de Toledo desde 1319, no de Tolosa ni de Toulouse.

28. Fue el futuro rey Alfonso IV que reinó desde 1327 a 1336.

29. Véase Durán, *Los judíos de Huesca*, Zaragoza 1984.

apresó a cuarenta pastores y los ahorcó de un árbol por mandato de su padre. Asimismo en el monte Segur[30] capturó a muchos de ellos y los ahorcó, y los pastores desaparecieron de su reino.

También el rey de Francia promulgó en todos sus dominios que todo pastor que fuese hallado sería matado.

Salieron los pastores del reino de Aragón, entraron en el reino de Navarra,[31] y llegaron a la comunidad de Pamplona. A tres leguas de allí está el lugar de Monreal,[32] habitado por muchos judíos, que causaron a los pastores gran matanza, y éstos se marcharon de allí.

Después de esto dijo el señor Don Alfonso a uno de sus principales caballeros que si él quisiera marchar contra los pastores y matar al joven, le daría grandes riquezas y le engrandecería sobre todos sus nobles. Dijo el caballero:

—¿Cómo voy a ir yo contra la voluntad de Dios?

Contestóle Don Alfonso:

—Si es voluntad de Dios, Él salvará al joven de tu mano, mas si él es un embaucador, le verás muerto.

Marchó el caballero, guerreó y, acosando al joven, le arrojó una flecha cayendo éste a tierra. Vieron los pastores que había muerto su caudillo y huyeron. Llegaron quinientos hombres, que no conocían la muerte del joven, a la ciudad de Tudela. Cuando lo supo el caballero, salió contra ellos, matando a un sinnúmero; hasta que se dispersaron y anduvieron como fugitivos de reino en reino.

Cuando los príncipes y los obispos vieron que los pastores habían sido vencidos, les sometieron a juicio en virtud de la excomunión del Papa; en poco tiempo sucumbieron todos los pastores, pues aquellos que no cayeron a golpe de espada perecieron de la herida de la peste, no quedando de ellos ni un fugitivo. Sin embargo, lo que ya habían hecho no tenía remedio.

Así lo encontré en las crónicas de los reyes de Sefarad y lo he traducido de la lengua vulgar a la lengua sagrada. También he oído que

---

30. Pobla de Segur en el margen del río Noguera Pallaresa, al norte de Lérida. Existe otro pueblo llamado Segur en la provincia de Barcelona, lindando con la de Lérida, mas no creemos que se refiera a éste, por hallarse más lejano de Lérida y de Huesca.

31. Leroy, *The Jews of Navarra*, Jerusalén 1985.

32. Pueblo sobre el río Elora, muy cerca de Pamplona.

en la ciudad de Tudela había grandes ricos que, cuando vieron la miseria de los indigentes a consecuencia de todo lo que había pasado, se ofrecieron y reunieron en los almacenes trigo y aceite para dar a los pobres para tres años. Cuando vieron los judíos principales de Francia y *Aškenaz*[33] el gesto de sus hermanos, también ellos imitaron a los «misericordiosos hijos de los misericordiosos» practicando la caridad con sus hermanos en tiempo de tribulación y angustia. ¡Dios recompense su obra!

§ 7

Séptima Cuestión[1]

Una discusión habida entre el ilustre y misericordioso rey Alfonso de Sefarad[2] y el sabio y agudo Tomás.[3]

Dijo el rey a Tomás:

—¡Bien venido seas al palacio de nuestra Majestad, para que con tu consejo me guíes y me libres de derramar sangre o de causarle daño al pueblo judío! Pues hace seis días llegó a nuestros lares un príncipe de nuestro Mesías, un obispo, que predicó ante una multitud que los judíos sólo pueden celebrar la fiesta llamada en lengua hebrea *Pesaḥ*[4]

---

33. *Aškenaz*. Término hebreo tradicionalmente traducido por Alemania; en esta obra es empleado para denominar la región centroeuropea que comprende la parte de Francia y de Alemania que bordea el Rhin. Conservaremos la transcripción, dado que en otros lugares de la obra el autor también utiliza el nombre castellano de *Alemania*.

1. Este capítulo trata de temas muy diversos; cuando corresponda se indicará el comienzo de cada uno de ellos.

2. Los relatos y personajes que aparecen en este capítulo pertenecen a diferentes épocas, por ello no hay acuerdo en la identificación de este rey. Ed. Soḥet, p. 170, lo hace con Alfonso X el Sabio; Cantera, pp. 138 y 172, con Juan II. Creemos que, como en los §§ 8 y 10, sería Alfonso XI de Castilla (1312-1350), nieto del rey Don Sancho IV el Bravo (1284-1295) e hijo de Fernando IV el Emplazado (1295-1312). Su política fue generalmente muy favorable para los judíos, de los que se rodeó. Cfr. §§ 8 y 10.

3. Sabio cristiano no identificado, que aparece en otros capítulos de esta obra. Cfr. § 70.

4. Pascua judía, también llamada Fiesta de los Ácimos.

con sangre de un cristiano. Aunque he observado en ese hombre más signos de locura que de sabiduría, ¿qué voy a hacer, pues el populacho ha creído sus palabras y ha venido a perdir justicia asaltando mi palacio? Al fijarse ese error como una verdad en su corrompido cerebro, he aparecido a sus ojos casi como un infiel o un judío por no haber tomado venganza de los judíos. Aunque la cuestión es absurda, estoy deseoso de saber lo que he de contestar a esos locos, pues son un pueblo numeroso y no puedo despedirlos con una insignificancia.

»Sé que conoces la religión de los judíos, su tradición y costumbres, y sabrás si hay algún fundamento en su Ley o en la obra llamada entre ellos Talmud —un comentario de la Biblia[5]—; tú estás versado en sus intimidades, según se dice de ti y yo mismo he visto. Si existe entre ellos tal delito, los desterraré de mi país; pero si ha mentido, pondré toda mi alma en salvarlos porque son mis súbditos.

»Segundo: explícame la causa de la caída de los judíos desde los tiempos remotos. No me preguntes por mi interés por los judíos, porque al respecto tengo un secreto que algún día te revelaré. Verdaderamente, no encuentro que su caída sea debida a una causa natural ni a un castigo, pues vemos y conocemos muchos pueblos que faltaron y pecaron más que ellos y no han sido castigados, sino que gozaron de gran prosperidad.[6]

»Así en tiempo del rey Latino[7] hubo adoradores del planeta Saturno.[8] El rey Latino destruyó su templo levantando otro a Lucifer,[9] apresó a los sacerdotes de Saturno y los quemó sobre el altar de Lucifer. Lucifer es llamado Venus.[10] A pesar de ello, Latino[11] y su pueblo gozaron de gran prosperidad.

»Aún hoy escriben historiadores fidedignos[12] que existe en unas islas remotas un culto a Venus;[13] allí hay edificado un templo con

---

5. En castellano el original *ha-bribia.*
6. Comienza el fragmento sobre religiones antiguas.
7. *Laṭino. Yosippon* 2, 3.
8. *Mazal šebat'y.*
9. En castellano el original, *Luṣifer.*
10. *Kokab nogah.*
11. Latino aparece con otra grafía *La'ṭino.*
12. Ed. Sohet, p. 170.
13. Sólo *Nogah.*

una estatua tendida boca arriba y en ella como una especie de miembro viril. Introducen una doncella, se tiende sobre aquella estatua y las gotas de sangre que escurren las recogen y con ellas amasan una torta, y al que come de ésta lo proclaman santo. Esa muchacha no toma ya esposo, es dedicada a la prostitución con todo el que va; de lo que gana la muchacha la mitad es dedicada a sus gastos y la otra mitad para los ministros del templo. Ella se prostituye por mucho dinero, pues todo el que se llega a ella se santifica para siempre.

»Cerca de esta isla existe otro culto idolátrico, cuyo sacrificio de ofrenda consiste en siete ratones y siete murciélagos. Hemos oído referir que este pueblo se alimenta de la tierra más fértil, y jamás le ha sometido rey ni príncipe alguno.

»Después del rey Latino hubo en Roma otro rey que destruyó el altar de Lucifer y erigió su templo al planeta Saturno; y hallamos que los romanos dominaron desde un mar al otro y desde el Río[14] hasta el final de la tierra, sometieron lugares que nadie había sometido nunca, éstos son los habitantes de Alemania y Borgoña,[15] que son los más fuertes que jamás han existido. También encontramos que los habitantes de Dines[16] eran adoradores de la luna e igual el pueblo *Qarowaṭi*, el pueblo *Corzmin* y *Bošmin*[17] fueron adoradores del sol, y los caldeos rendían culto al fuego. En otras islas existen adoradores del elemento tierra, y lo justo sería que los metiesen bajo tierra para que sus dioses quedaran encima de ellos. En la antigüedad hubo lugares en el país caldeo que adoraban a un gallo, otros la imagen de un macho cabrío y otros, la figura de un mulo —asno y caballo conjuntamente—, y había los que adoraban a quien encontraban por la mañana al salir de la puerta de su casa, y todos alcanzaron gran prosperidad. En la gran ciudad de Roma, cuyos habitantes son inteligentes, alzóse un rey llamado Jano,[18] afortunado en sus guerras; el pueblo lo consideró como un dios y lo llamó dios de dioses, y hubo gran prosperidad para todos.

---

14. Con el término el Río se suelen referir al Nilo.
15. En castellano el original, *'Alema'nyya', Borgonyya'*.
16. Cantera, con Wiener —*Rineš*—, lee Rhin.
17. *Qarawaṭi, Korzamin, Bošmin.* Cantera, p. 140, interpreta «croatas, Chawaresen y Bosnia», y Mosé de León «Carvate y el de Cresmin y Gosmin».
18. *Yanus.*

»Aun siendo verdad que los judíos fuesen castigados por sus pecados, ¿por qué su castigo es el destierro?, pues no encontramos un padre que, porque su hijo pecase contra él, lo desterrara, sino que lo castiga dejándolo estar en su casa y su palacio. Y he aquí que los judíos son llamados hijos de Dios, según aparece escrito en el libro de la Biblia,[19] hasta la venida de nuestro Mesías. Al respecto declaró David: «Él me ha dicho: Tú eres mi hijo.»[20]

»Te pregunto y tú me explicarás.[21] Aunque pecasen los judíos, ¿qué pecado cometió el santo lugar de Jerusalén? Todos reconocen que es santo. Los judíos dicen que es el lugar donde inició Dios la creación del mundo[22] y donde son recibidas las plegarias de todos los vivientes.[23] Los musulmanes la llaman la puerta del cielo. Los cristianos dicen que desde ella ascenderán las almas al Paraíso. Allí los profetas gozaron el don de profecía y allí nació nuestro Mesías, según había dicho David: «Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro; ... antes del alba, etc....»[24]

»Si decimos que no fue a causa de castigo, sino que cayeron por causa natural, hemos de considerar las circunstancias necesarias para la guerra, que para nosotros son cuatro:

»1.ª La inteligencia y la sagacidad para concebir y desarrollar unos planes: Es reconocido por todos que los judíos son los más inteligentes y astutos de todos los pueblos; por tanto, no caerían en las guerras por faltarles la inteligencia.

»2.ª La valentía y la fuerza: Tito, su enemigo, nos habla de su fortaleza,[25] al contar cuando tres jóvenes hermanos defendieron una de las puertas de Jerusalén durante tres días, de día y de noche, contra todo el ejército del propio Tito hasta que, indignado y avergonzado, reunió a todo el pueblo y, juntos todos ellos y empuñadas las armas, se lanzaron al asalto, aun así cayeron muertos innumerables de

---

19. Deut. 14, 1.
20. Sal. 2, 7.
21. Comienza el relato sobre la caída de Jerusalén.
22. Yoma 54, 2.
23. I Re. 8, 41.
24. Sal. 110, 2-3.
25. *Yosippon* 87, 88. Cfr. § 32, segunda parte de «Conversación habida entre el rey Don Pedro y el sabio Nicolás».

éstos, y consiguieron llegar los jóvenes al medio de la puerta y cerrar las contrapuertas, sin que pudiese impedirlo ninguno del ejército.

»3.ª La riqueza para procurar víveres al ejército: Hubo entre los judíos quien se brindó a dar trigo para el ejército durante dos años. Además veo la inmensidad de su riqueza en que, cuando un rey los atacó y quisieron pactar con él, dieron toda la plata y oro que había en el Templo, a fin de que suspendiese la guerra. Al año siguiente llegó otro rey,[26] y dice el escrito que le entregaron toda la plata y el oro que había en el Templo, pero no dice que le dieran lo restante. Esto aparece reflejado en la crónica de sus reyes, donde vemos que en un año repusieron todo lo que habían perdido el año anterior. Si hubiese ocurrido en Sefarad, el pueblo no habría podido levantar la cabeza durante siete años.

»4.ª La abundancia de población: Escribió Nicolao de Lira[27] que había entre los judíos de Judah seiscientos mil combatientes armados de espada, y de los hombres de Israel, entre saeteros y lanceros, ochocientos mil. No se encuentra tal cantidad entre todos los reyes de los pueblos juntos. En consecuencia, no hallo por vía natural la causa de su caída.

Respuesta de Tomás:

—¡Rey ilustre y santo! Hoy estoy escuchando cosas sorprendentes; estoy maravilladísimo de cómo se ha fijado en un ser tan inteligente y docto como vos una idea tan irracional y extraña a nosotros. Si dices que no las crees, ¿qué necesidad tiene nuestro señor de preguntar acerca de ellas? También los habitantes del país[28] —es decir, los castellanos[29]—, que son de los hombres más sensatos y discretos entre los pueblos, se creen las necedades contadas por las viejas cuando hilan a la luz de la luna y las falsedades de los malvados que buscan aliviar su penuria con el trabajo de otros. Yo no hallo en éstos otras disculpas que no sean la existencia del odio a la religión, por lo que tratan de hundir a los judíos, el pueblo más abatido que pueden hallar. No creen lo que dicen, pero se dejan guiar por lo que sienten.

---

26. II Re. 16, 8; 18, 15.
27. (1265-1349) Franciscano francés, famoso comentarista de la Biblia. II Sam. 24, 9. Cfr. § 71.
28. Literalmente, «ciudad». *Ha-'ir.*
29. *Sefardim.* Si consideramos Sefarad como Castilla. Véase § 6.

No son inteligentes con esta persecución, porque su Salvador es fuerte, y si bien no les defiende por amor como antiguamente, lo hace porque su naturaleza divina es más propicia a amparar al abatido, más inclinada hacia él, que con los más encumbrados. La razón es evidente: la cosa humilde y abatida está más próxima a su fin, y la misericordia de Dios está sobre todas sus obras, no quiere que se pierda ninguna de sus criaturas ni aun de la especie de la hormiga o de la mosca, menos los judíos poseedores de una ley que, aunque derogada, los acercó a Dios en los primeros tiempos, y en el día de hoy soportan un destierro muy amargo de sobrellevar porque creen que es voluntad de Dios.

»En cuanto a la pregunta[30] de nuestro rey, digo: Todo alimento al que el hombre no está acostumbrado, cuando se lo ponen ante él, lo rechaza y su naturaleza lo detesta; es como si dijesen a un cristiano que comiera carne de perro o de gato, vomitaría y huiría de allí, como huye el judío de la comida de puerco o de la grasa. Ahora bien, si la carne de puerco conviene al temperamento del hombre y a su naturaleza, ¿por qué la rehúye?, si es porque se contamina y se impurifica con lo que come, ¿por qué come gallo que se alimenta de los gusanos que hay en el estiércol y de toda clase de inmundicias? La grasa —lo más grato de los seres vivos— es porque no tienen costumbre de comer o por ser impuro para ellos. Lo más absurdo de todo es que un judío no es tan estúpido[31] como para matar a un hombre, por su sangre, en medio de la ciudad y reino que habita, donde, si es encontrado el asesino, será despedazado. Es mucho más anómalo, dado que el asesinato, ciertamente, está prohibido en la ley judaica.

»¿Qué diremos de la cobardía de su corazón? Porque si se encuentran en la calle cien judíos y llega un muchachito cristiano diciendo: «¡Vamos contra los judíos!», todos huyen. Igualmente cuando tus jueces, señor, vienen a ajusticiar a un hombre todos salen corriendo del lugar, pues su naturaleza no soporta la muerte ni aun de sus enemigos a causa de la maldición divina. Dice la Biblia:[32] «Alarmados por el rumor de hojas que vuelan, huirán...»

---

30. Sobre amasar tortas de *Pesaḥ* con sangre de cristianos.
31. Literalmente, «duro de corazón».
32. Lev. 26, 36.

»He aquí que los judíos —según hemos visto— no toman la sangre de ningún animal ni aun la de los peces; a pesar de decir los talmudistas[33] que no se llama sangre, prohibieron beberla. Es repugnante a sus ojos porque no están acostumbrados a ella, y eso que ven a pueblos que toman sangre, ¡cuánto más aborrecerá la sangre humana puesto que no ha visto a nación alguna que la ingiera!

»Considere nuestro rey este hecho: un judío que está comiendo hígado y le sale de sus dientes algo de sangre, no comerá hasta que esté raspado. Es sabido que al hombre repugna más la sangre de otro hombre que la suya propia, pero al judío incluso la suya le repugna por no estar acostumbrado a ella. Lo que les está prescrito sobre no degollar las reses con un cuchillo mellado, es para librarse de tomar sangre; porque el corte del cuchillo mellado ocasiona que la sangre marche a salvar al corazón, dado que es el rey, va y no sale. Por eso se corrompe antes el animal que mata el cristiano que el que mata el judío; el degüello del cristiano no hace salir toda la sangre que hay en el animal y la putrefacción procede de la sangre. Es algo evidente que yo mismo he comprobado.

Contestó el rey:

—Me molesta, ¡oh Tomás!, que pienses que me creo las cosas que se imputan a los judíos; eso sería un oprobio para mí. Te lo he preguntado para conocer tus razones y contestar al pueblo necio y aplacar su humor. Respecto a lo que has dicho de cómo les está prohibido matar a un hombre, tengo que responderte que todo eso es cierto siempre que se trate de un judío a otro, mas un judío mata a un cristiano porque no lo considera persona. Apoya esto lo que oí que habían dicho los talmudistas: que si el toro de un israelita mata al de un *nokri* no incurre en responsabilidad, está dispensado.

Contestó Tomás:[34]

—¡Mi señor y mi rey! Yo tuve sobre esto una discusión con un noble, uno de la familia Abravanel[35] venido de Sevilla, su ciudad natal; decía que al instruido en la lengua hebrea tal asunto no ofrecía dificultad, dado que existe distinción entre el término *nokri*, *noṣri* y

33. Keratot 21, 1.

34. Comienza el relato sobre Abravanel y las diferencias entre los gentiles (*nokri*, *noṣri* y *goy*).

35. D. Yiṣḥaq b. Yehudah Abravanel (1437-1508). Comienzan unas narraciones basadas en los comentarios bíblicos de este autor.

goy.[36] El *nokri* es el que ha renegado de su creador y no cree en los fundamentos de la Ley divina; pero el *noṣri*, como cree en la creación del mundo, en las maravillas y en la providencia divina, no puede ser considerado *nokri*.

El rey dijo:

—Si nosotros creemos en la Trinidad, ¿cómo no hemos de ser considerados *nokriim* por los judíos?

A esto respondió Tomás:

—Tiempo ha que aquel gran sabio me mostró un comentario de los sabios antiguos —con más de seiscientos años de antigüedad— que dice: «El creyente en la existencia de Dios, en la renovación, en la profecía, en el premio y castigo de la otra vida, es poseedor de la Ley, y los cristianos creen en todo ello; y si bien es verdad que creen en la Trinidad, no por eso niegan la Unicidad, sino que afirman que la Trinidad es la Unicidad. Por esto son llamados poseedores de la Ley y, con esta Ley, no nos es lícito matarlos ni dañarlos en sus bienes durante el tiempo que carezcamos de reino y autoridad, y no los tengamos sometidos bajo nuestras manos. Si no cumplen los mandamientos, no cometen pecado, porque no les fueron dados a ellos sino al pueblo que salió de Egipto. La mayoría de los mandamientos tienen su fundamento en esa raíz.

»También me dijo Abravanel que cuando se dice que no existe diferencia entre un *noṣri* y un *nokri* existe una respuesta contundente, pues los talmudistas dicen: «El robar a un pagano está prohibido», y lo condenan más que el robar a un israelita, y si esto es así, ¿cómo decir que el que un toro de un israelita mate al de un *nokri* es impune? Por tanto, contra nuestra voluntad, es preciso afirmar una de dos cosas: o que existe diferencia entre un *nokri* y un *goy*, o que en el asunto de los toros se dice que hay impunidad, porque se trata de un daño de una propiedad a otra propiedad; pues el judío no conoce la guardería del ganado como el no judío, que siempre ha sido dueño de rebaños. Además, incluso si dijéramos que el daño por el toro de un israelita es impunible, no es lícito que le hiera con su propia mano o le robe su propiedad, y mucho menos será impunible que lo mate; pues si en esto también fuese impunible se hubiera dicho expresamente, pues sería una gran novedad.

---

36. *Nokri* = ateo. *Noṣri* = cristiano. *Goy* = gentil.

Dijo el rey: [37]

—Me he regocijado mucho con tus palabras, pero aún más con las de Abravanel, y más aún me alegrarías si por iniciativa tuya le trajeses a mi presencia, a nuestros palacios reales. Ahora estoy indignado con mi pueblo porque poseen los judíos preceptos y juicios justos y virtudes importantes, como la generosidad, la justicia y la solidaridad.

»Respecto a la solidaridad, explicó un célebre obispo, en presencia mía, que se llamaba perro al judío, pero que se le debía llamar puerco, porque tiene las propiedades del puerco y no las del perro. Observamos que cuando un hombre maltrata a un perro, todos los perros salen en persecución de él para morderlo, acrecentando así el mal trato recibido. Pero el puerco, cuando se le arroja a uno de ellos una piedra y gruñe, todos los cerdos gruñen con él. Así hacen los judíos. Si uno va a nuestro templo y roba el *cáliz*,[38] inmediatamente todos los judíos se apresuran a salvarlo: el sastre se dirige al noble fulano, amigo suyo, el platero al duque, y así todos; unos con regalos y dádivas, otros con súplicas, y no descansan hasta que sacan al judío de la angustia. Esto merece ser contado entre las cualidades excelentes.

Replicó Tomás:

—Jamás he visto que un hombre inteligente odie a los judíos, solamente los odia el pueblo llano. Tienen motivo.

»Primero: el judío es soberbio y busca siempre el poder; no piensan que son desterrados y siervos, expulsados de nación en nación extranjera. Buscan presentarse como señores y nobles, por eso el pueblo está envidioso de ellos. Ya dijo el sabio que el odio engendrado por la envidia jamás puede ser remediado.

»Verá la prueba, nuestro señor, en que cuando entraron los judíos en sus reinos, venían como siervos y desterrados, vestidos de andrajos, y permanecieron muchos años sin vestir trajes preciosos ni mostrar deseo alguno de encumbramiento. De aquel tiempo no escuchó, nuestro señor, que fuesen inculpados los judíos de ingerir sangre,[39] pues si hubiera ocurrido en aquellos tiempos estaría escrito en las cró-

37. Relato sobre la causa del odio a los judíos.

38. *Qaliś*. En castellano el original.

39. Las primeras acusaciones, recogidas en Sefarad, sobre el ritual de ingerir sangre se remontan a 1250.

nicas de los reyes de Sefarad, según la recta y buena costumbre de consignar una prueba de lo que sucede. Por lo que se ve, en el tiempo en que no dieron lugar a la envidia, fueron amigos de ellos, pero ahora los judíos se vanaglorian y si uno tiene doscientos oros, en seguida viste trajes de seda y a sus hijos recamados, cosa que no hacen los nobles aunque tengan una renta anual de mil doblones. Por esto se les imputan cargos con el propósito de que sean desterrados del reino. Orgullosamente llegaron los judíos a dominar en la ciudad de Toledo de tal modo que herían a los cristianos, y sus propios dirigentes pregonaron que el judío que hiriese a un cristiano fuese juzgado según su propia ley.

»Sobre ello dijo Salomón:[40] «Por tres cosas tiembla la tierra: el siervo que llega a rey, etc....»

»La segunda razón para odiarlos es porque los judíos, cuando vinieron al reino de nuestro señor, eran pobres y los cristianos ricos, y ahora sucede lo contrario. Pues el judío es inteligente e ingenioso para conseguir su provecho, además se ha enriquecido grandemente con las artes de la usura. Vea nuestro señor que las tres cuartas partes de los campos y heredades de Sefarad están en manos de los judíos, por la onerosa usura que ejercen.

El rey dijo:

—Tal vez ésas son las razones que provocan el odio. Mas éstos tienen disculpas en ello porque ¿quién obliga a los cristianos a tomar dinero de los judíos con usura?

»También considero otra razón: la gran diferencia que tienen con los cristianos en su comer y beber, pues no hay cosa que más aproxime los corazones de los vecinos como la costumbre de comer juntos. Incluso existe un lugar en las islas cuyos juramentos se hacen sobre el pan del que todos juntos han comido. Yo juro por nuestro Mesías, que me ha hecho rey, que una vez se encendió mi ira para exterminar el linaje de los judíos o para expulsarlos, porque oí que si cae un bichito en una copa de vino en la que un judío está bebiendo, arroja el bichito y bebe el vino; y si, por el contrario, uno de nosotros ha tocado aquella copa, tira el vino. De donde se deduce que a sus ojos somos considerados como un pueblo inmundo.

---

40. Prov. 30, 21-22.

Respondió Tomás:

—Los judíos no tienen en esto culpa, sino los talmudistas, que han puesto cadenas de hierro en sus pies y han dificultado tanto las cosas que no les dejan vivir.[41] En verdad la Biblia dice:[42] «¿No comían la grasa de sus sacrificios y bebían el vino de sus libaciones?», y no entendieron que se refería a los sacrificios y libaciones que hacían al sol y a la luna antes de que viniese al mundo Jesús. Llegaron los talmudistas diciendo que todo vino que fuera empleado para algún culto en el lugar santo de otros estaba prohibido; todavía restringieron más el caso al declarar que si no se sabía si había sido empleado en las ofrendas del sacrificio, ante la duda, fuera prohibido.

Dijo el rey:

—Tú has dicho que la culpa es de los talmudistas pero yo afirmo que sólo la tienen los que escuchan sus palabras. En cualquier caso, ahora sé que los judíos en el asunto del vino obran según su Ley.

Dijo Tomás:

—Así es, sin duda. Ya sucedió en la corte del rey, tu padre,[43] quien dijo a un médico judío que tenía: «He oído que nosotros somos a vuestros ojos inmundos y por eso cuidáis tanto que no toquemos vuestro vino. ¡Obre así Dios con vosotros!» Replicó el médico: «Tú, señor nuestro, estás enfermo y no tengo más empeño que buscar tu curación. ¡Traigan agua para lavar los pies de mi señor, porque es necesario! Después contestaré a la pregunta.» El médico, después de lavar los pies del monarca, bebió de esa misma agua. Exclamó el rey: «¡Ya has contestado a mi pregunta!» Los nobles dijeron: «No entendemos.» Preguntó el médico: «¿Qué es más inmundo, aquello con que se ha lavado los pies de un hombre o lo que él ha tocado con su mano o su boca? Si el hecho fuese por razón de impureza, ¿cómo había yo de beber el agua del lavatorio?»

El rey Alfonso dijo:

—Hizo bien el médico. Sin duda era de los judíos más inteligentes.

El rey preguntó a Tomás:[44]

---

41. Abodah Zarah 36, 2.
42. Deut. 32, 38.
43. Fernando IV, el Emplazado (1295-1312).
44. Fragmento sobre la usura.

—¿Qué me aconsejas que haga con los judíos para que no perezcan a manos de mi pueblo?

Respondió Tomás:

—Te aconsejo que proclames en tu reino que todas las heredades que han llegado a ser de los judíos por fuerzas usurarias sean devueltas a sus dueños, según vean los jueces del país. Que ningún judío vista vestidos de seda, y porten una señal roja para que se distingan que son judíos.

Respondió:

—Recto es tu consejo. Únicamente estoy maravillado de que su ley les permita el robo como asunto de usura.

Replicó Tomás:

—Lejos de que su ley se la permita, sino que los judíos la han interpretado a su conveniencia. La Biblia dice:[45] «Podrás cargar interés al *nokri*» y el *nokri* significa ateo, sin creencia alguna. Y continúa: «Mas a tu hermano no sacarás usura.» Nosotros somos hermanos de los judíos, pues así lo dice el profeta:[46] «¿No eran hermanos Esaú y Jacob?» Ellos han confesado esa confraternidad, pues dijeron:[47] «Esto dice tu hermano Israel.»

Exclamó el rey:

—¡Cuán lejos está este comentario de los que yo he oído: que existe una comunidad de judíos en Egipto, los cuales afirman que «podrás cargar intereses al *nokri*» quiere decir también al judío, y que: «a tu hermano, no» quiere decir «del hermano consanguíneo»!

Estando el rey en este asunto, vinieron unos hombres ante él diciendo que habían encontrado a un hombre asesinado en casa de un individuo judío, y que lo había matado para servirse de su sangre.

Dijo el rey a Tomás:

—Responde tú a estos obcecados, porque temo que estalle mi cólera contra ellos.

Tomás contestó, según había ordenado el rey, increpándoles duramente, y al final de sus palabras les dijo:

—Ya sabe el soberano, perfectamente, el mal que os aqueja y la razón que os asiste; porque los malditos judíos se apoderaron de vues-

45. Deut. 23, 21.
46. Mal. 1, 2.
47. Núm. 20, 14.

tros bienes y de vuestras haciendas. Él ya ha ordenado que se os devuelvan vuestras haciendas; que quien os hizo víctima de usura os restituya, y que no vistan de seda ni vuestros mismos trajes. Contentaos con esto, no pidáis lo que sería ignominioso para vosotros ni andéis con vanalidades.

Con esto todo el pueblo se prosternó ante ellos clamando:

—¡Viva nuestro señor, rey justiciero!

Dijo el rey:

—¡Vosotros sois mi pueblo! ¡Sois mis hijos! He aquí que yo juro por el sacrificio de nuestro Mesías que no recibiréis daño alguno con tal de que me narréis el caso del hombre asesinado.

Dijo el pueblo:

—¿Qué diremos para justificarnos? Nuestro señor es sabio como ángel del Señor y sabedor de nuestras aflicciones. Los judíos nos han devorado nuestros bienes y, con usura, se han apoderado de nuestros ganados, hasta el punto de no quedarnos con qué arar nuestros campos. Nuestro deseo es que nuestro señor los destierre de su reino.

Dijo el rey:

—Según esto, el judío no ha matado al cristiano, sino que vosotros lo habéis matado. Es justo que sufráis castigo en juicio.

Dijo el pueblo:

—¡Dios nos guarde, nuestro señor! Nosotros lo encontramos muerto en una calle de la ciudad durante la noche, dijimos a los vigilantes que nuestro deseo era llevarlo al cementerio, y lo metimos en casa de un judío. Tres hombres buenos de la ciudad tenemos por testigos.

Comparecieron los testigos ante el rey, quien los despachó en virtud de su juramento. El rey se alegró mucho, pues vio descubiertas las acusaciones contra los judíos y mandó consignarlo en las crónicas. También Tomás se alegró mucho, pues triunfaron con la verdad sus palabras.

Dijo el monarca a Tomás:

—Tú has venido a iluminar mi inteligencia. Por ello has de recibir de Dios abundante recompensa en el mundo futuro.

Respondió Tomás:

—¡Quiera Dios que la reciba de ti en este mundo!

Insistió el rey:

—Volvamos a lo que falta de nuestras cuestiones, puede que tam-

bién obtengas recompensa de mi parte; pero has de traerme a ese Abravanel, si está en nuestra ciudad; si no está en nuestros pagos, le escribirás en nuestro nombre.

Respondió Tomás:

—Se alegrará nuestro señor cuando hable con él, tanto más cuanto él es de estirpe regia.

Replicó el rey:[48]

—Eso es falso porque, según tenemos entendido, toda la estirpe real de Judah fue extinguida cuando los atacó Nabucodonosor, pues temió que se rehiciera el pueblo contando con una estirpe de la realeza.

Tomás contestó:

—Sepa nuestro señor que, cuando vino Nabucodonosor contra Jerusalén, otros reyes poderosos acudieron para ayudarle por el temor que le tenían, pues dominaba con su poderío sobre las naciones del mundo, y también por el odio que sentían contra los judíos por su ley. A la cabeza de aquéllos llegó el rey Hispano, del cual el reino de Sefarad tomó su nombre Hispania. Con él fue su yerno, llamado Pirro,[49] de los príncipes de Grecia;[50] Pirro e Hispano asolaron y desbarataron la nación de los judíos con todo su poder y bravura, y también tomaron Jerusalén. El rey Nabucodonosor, cuando vio su ayuda, les dio parte del botín y en los cautivos, a usanza de los reyes. También ha de saber nuestro señor que en Jerusalén había tres recintos amurallados de norte a sur; que desde la muralla de la ciudad de la parte de occidente hasta el primer recinto habitaban todos los artesanos, predominando los trituradores de aromas, pues eran precisos para el culto del Templo, de quienes el profeta había dicho:[51] «Gemid, habitantes del mortero.» Del primer recinto al segundo habitaban todos los escolares del Libro y los mercaderes; porque los sabios necesitan más de los mercaderes que los mercaderes de ellos. Es la razón de que el comerciante no entienda la necesidad de sabiduría, en cambio los sabios entienden la necesidad de dinero. Desde el segundo recinto al

---

48. Sobre los orígenes de los judíos en Sefarad.
49. *'Išpi'an* y *Piruš*.
50. *Yavan*.
51. Sof. 1, 11.

tercero vivían los de estirpe real, la familia de David, y los sacerdotes encargados del culto.

»Cuando Jerusalén fue repartida entre aquellos reyes, Nabucodonosor tomó para sí dos recintos y los restantes de las provincias, y se los llevó a Persia y Media. El tercer recinto lo entregó a Pirro e Hispano. El referido Pirro tomó unas naves y llevó a todos los cautivos a la antigua Sefarad, esto es, a *Andalucía*,[52] y a la ciudad de Toledo; desde allí se extendieron porque eran numerosos y el país no podía contenerlos a todos. Algunos que eran de prosapia real, se dirigieron a Sevilla y desde ésta marcharon a Granada.

»Cuando sucedió la destrucción del Segundo Templo había en Roma un césar que imperaba sobre todo el mundo. Tomó de Jerusalén cuarenta mil familias del linaje de Judah[53] —de Jerusalén y de otras ciudades— y diez mil del de Benjamín y los sacerdotes, enviándolas a Sefarad, que formaba parte de su imperio por aquellos días. La mayoría de los del linaje de Benjamín y los sacerdotes, y unos pocos de los hijos de Judah, marcharon a Francia,[54] de suerte que los judíos que están hoy en tu reino son de estirpe real y una gran parte de ellos, del linaje de Judah. Por tanto, ¿cómo se maravilla nuestro señor de hallar una familia que descienda de David?

Contestó el rey:

—Cosas que nunca había oído me has enseñado. Si no fuese que conozco a tu familia, diría que tú eras de la estirpe de los judíos; porque veo que intercedes en favor de ellos.

Contestó Tomás:

—¡Oh, rey poderoso y santo, echas sobre mí una afrenta sin igual!

Replicó el rey:

—Ya he dicho que tú no eras de ellos. Mas, aunque hubiese dicho que eras de ellos, siendo ahora cristiano, ¿qué gran afrenta sería? De todos es sabido que no hay en ningún pueblo quien pueda demostrar la pureza de su origen, estirpe y raíz, como estos infelices judíos. Nuestros antecesores, ilustres reyes, se gloriaban de ser de la estirpe

---

52. En castellano el original: *Anda'luzi'ah.*

53. *Šebeṭ Yehudah.* Véase prólogo.

54. *Ṣarfat.* De los países europeos, éste es uno de los pocos que siempre aparece con su nombre hebreo.

de los *godos*.[55] Algunos historiadores dijeron que los godos descendían de la estirpe de Gad, hijo del *patriarca*[56] Jacob, de cuya estirpe fue un individuo a Roma y abrazó la ley de Jesús, prosperando tanto que llegó a ser jefe de los consejeros de la ciudad, los *cónsules*.[57] Después de esto, aún logró reinar y de él procedía la familia de los *godos*.

»Cuando te informes acerca de los restantes pueblos, no hallarás de dónde procede su origen. He aquí a los romanos, que dominaron en todo el mundo hasta los Montes de la Tiniebla,[58] que no pudieron traspasar; subsiste la duda sobre su estirpe o su gente. Salustio escribió que eran de una familia de *torinos*.[59] Virgilio afirmó que procedían de los griegos. Otros autores dijeron que eran descendientes de Rómulo. Y desde el día en que aparecieron los césares en el mundo se confundieron sus familias; porque el cesarato estuvo, primero, en Roma y de allí fue trasladado a Constantinopla,[60] pues ellos son hijos de Roma que vinieron a establecerse allí con César Constantino; y hasta el día de hoy los griegos se dicen *romanos*[61] en memoria de Roma.

»Vinieron después los franceses diciendo que era desconocido el origen de los *romanos*; que ellos, los franceses, eran de la estirpe del rey Elifas, y lleváronse el cesarato a Francia con el poderoso rey Carlo Magno.

»Sucedieron los *aškenazim*[62] diciendo que no se hallaba origen seguro sino en ellos; hicieron la guerra y trasladaron el cesarato a *Aškenaz*[63] con el césar Antonio. Ni unos ni otros saben con certeza su origen. ¿No es para maravillarnos? Pero aún en nuestra religión no es conocida la estirpe de nuestro Mesías; porque he aquí que Mateo[64] la refiere al esposo de María, el llamado José, y que José era del linaje

---

55. En castellano el original.
56. En castellano el original: *pa'ṭri'arqah*.
57. En castellano el original: *qonšuleś*.
58. No identificado.
59. En castellano el original: *tori'nos*.
60. *Qošta'nṭina'*.
61. *Romiyos*.
62. Alemanes.
63. Véase § 6, nota 33.
64. Mat. 1, 16: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús...»

de David; pero Lucas[65] asegura que él no era de estirpe real, quiere decir el recordado José. Y nosotros creemos que José no conoció a María ni antes del nacimiento de Jesús, ni después, sólo el Espíritu de Dios. Si esto es así, ¿cómo haremos descendiente de David, diciendo que Obed engendró a Jesé y Jesé a David y David a Jesús?

Tomás contestó:

—Nuestro señor el rey, María es considerada descendiente de David sin que por esto sea un oprobio a nuestra religión porque decimos que ello no fue por razón de carne y sangre, sino por obra del Dios todopoderoso y de su Espíritu.

Dijo el rey:

—Eso es lo que yo creo y a ello someto mi espíritu. Mi intención no era sino decir que no hay estirpe reconocible, y solamente en esos infelices judíos ha permanecido su origen. Lo que dijo el profeta Balaam:[66] «No será contado entre los pueblos», que hemos considerado un oprobio; ¿no es acaso una honra que por no haberse mezclado con otros pueblos gentiles es conocido su origen y su estirpe, según dijo el mismo profeta:[67] «¿Quién ha contado el polvo de Jacob?»

Exclamó Tomás, volviendo su rostro hacia los nobles y diciendo:

—No hay corona como la de los reyes. He aquí que nuestro señor el rey ha intercedido a favor de los judíos el doble que yo, pero no hay quien le diga lo que él me ha dicho a mí.

El rey dijo:

—Las palabras que te dije eran sinceras y despreocupadas. Es necesario dejar estos asuntos y ocuparse de otras cosas más importantes. Te pregunto: has dicho con tus palabras que solamente fueron dados los mandamientos al pueblo que salió de Egipto; esto puede ser admisible a los mandamientos referidos a la salida de Egipto. Mas, por lo que respecta a otros mandamientos que son preceptos y leyes divinas, ¿por qué no fueron dados a los cristianos?

Contestó Tomás:

—Los judíos dicen que no existen preguntas sobre eso, como tam-

---

65. Luc. 1, 27. El texto del evangelista dice todo lo contrario a Ibn Verga: «... una doncella desposada con un varón cuyo nombre era José, de la casa de David...»

66. Núm. 23, 9.

67. Ibíd. 10.

poco existe la pregunta: ¿por qué Dios no hizo filósofo al asno ni profeta al mudo, o cómo no dio a la luna la luz que otorgó al sol?

Dijo el rey:

—No te pregunto qué dicen los necios, sino lo que sabes tú, si es que no eres tan necio como ellos.

Dijo Tomás:

—También sobre eso mantuve una disputa con Abravanel y por su causa estuve enemistado con él muchos días, a pesar de ser él un gran sabio.

Dijo el monarca:

—No está bien lo que has dicho, pues no existe la enemistad en la disputa. Ya tienes concedida venia, cuéntame lo que te dijo.

Repuso Tomás:[68]

—Dijo que el *coral*[69] es un intermedio entre el mineral y el vegetal; la esponja,[70] intermedia entre el vegetal y el animal porque tiene sensibilidad; el mono, intermedio entre el animal y el hombre; el hombre, intermedio entre el animal y el judío; el judío, intermedio entre los cielos y la tierra; los cielos, intermedio entre los ángeles y los judíos. Por eso la alimentación de los judíos es peculiar. El vegetal se alimenta de la tierra; el animal, del vegetal pues todo vegetal agrada al animal; el hombre, que en la escala es más que el animal, no se alimenta de otras hierbas que las que convienen a su temperamento, y se alimenta de animales, pero no de todos, pues no se alimenta del caballo ni del mulo. El judío, que es el más elevado en la escala humana, no se alimenta nada más que de animales vivos[71] e incluso de éstos después de muchas purificaciones, como la salazón, el lavado, desgrase y desangre, hasta que se transforma la carne y llega a ser como si no fuera carne, para comerla después; a fin de que no se diga que come carne de bestias. Por el contrario, el cristiano come de toda clase de animales sin ninguna preparación. Por eso dijo el profe-

---

68. Sobre la naturaleza.

69. *Almog.* García Albiol, «Las piedras preciosas en el *Ša'ar ha-šamayim* de Gersom ben Selomoh y sus paralelismos en el *Lapidario* de Alfonso X el Sabio», *MEAH*, XXXIX, p. 93, *eben ha-almagim* (piedras de los corales) es «la que une al oro» y *qora'li* «es intermedio entre los metales y las plantas».

70. *Espog.*

71. Sacrificados, que no hayan muerto por enfermedad o accidente.

ta en materias alimenticias:[72] «Os he separado de entre los otros pueblos.» Por esta misma razón aquellos preceptos sólo fueron dados a los que están en la cúspide de la escala humana. Así se les dijo:[73] «Seréis para mí propiedad escogida entre todos los pueblos.» Por eso no os fueron dados esos preceptos a vosotros.

Preguntó el rey:

—¿Cuál fue tu respuesta?

Le dijo Tomás:

—Le respondí la verdad: que todos aquellos preceptos no nos fueron dados por nuestras excelencias y perfecciones, pues he aquí que la grasa y la sangre acrecientan la concupiscencia, y lo mismo las carnes del cerdo y de los restantes animales. Por eso a los judíos, propensos a la vida desordenada —según dijo el Creador sobre ellos:[74] «Por tanto, prostituta, escucha la palabra del Señor»— fue menester prevenirles y prohibirles las cosas que fomentan la concupiscencia. Pero los cristianos, por su buen temperamento y su perfección, transforman toda cosa con su temperamento, como la miel cambia la acidez de la cáscara de *naranja*[75] en dulzura.

Le dijo el rey:

—Pudo haberse referido a los otros mandamientos que no tienen que ver con la alimentación.

Dijo Tomás:

—También eso es debido a nuestras excelencias y buen temperamento, ya que una cosa insignificante basta para mantenernos perfectos, así como vemos hombres fuertes de salud que, cuando les invade una enfermedad, les basta un leve medicamento para recobrar la salud, porque la salud les es natural; y hombres de complexión débil que necesitan muchas medicinas para su restablecimiento; éstos son los judíos, a los cuales de nada han servido los seiscientos trece preceptos para hacerlos buenos.

»Por ello comparo a los cristianos con la órbita del sol[76] y a los

---

72. Lev. 20, 26.
73. Ex. 19, 5.
74. Ez. 16, 35.
75. En castellano el original.
76. Sobre los movimientos de los astros. Literalmente, «de los días».

judíos con la de la luna. Como escribió el filósofo,[77] los ángeles, por ser todos ellos espíritu, no necesitan para su estado de perfección efectuar ningún esfuerzo en sí mismos, sino imprimirlo a las órbitas. La órbita del sol, al estar al final del límite, necesita efectuar algún movimiento en sí misma, que es el propio movimiento, pero le basta un solo movimiento; en cambio, la órbita que va tras ésta, por estar más lejos del estado perfecto, efectúa para su perfección dos movimientos. Así la órbita de la luna que, al salir, necesita efectuar muchos movimientos debido a su enorme distancia del grado supremo.

Dijo el rey:

—Respondiste bien, pero las palabras de ese sabio no son motivo para que rompieses tu amistad, pues por todos es admitido que las religiones subsisten por la imaginación. El judío piensa, dada la fuerza de su fantasía, que no existe otra religión ni otra verdad que su verdad; el que cree otra cosa es considerado como una bestia. He oído decir que, cuando pasan por nuestros cementerios, exclaman:[78] «Prostituida está vuestra madre.» El cristiano, a su vez, imagina que el judío es una bestia con figura de hombre y que su alma irá a parar al lugar más profundo del infierno. Si preguntas a un musulmán, dirá que el infierno está lleno de nosotros. En las islas de los mares remotos existen quienes adoran la imagen de un mulo, y la imprimen en sus banderas, y el hombre que por su elevada estatura alcanza a dicha imagen, la besa. Cuando llegaron allí los cristianos se rieron de ellos, alegando que adoraban la figura de un semejante, cuando ésa es la figura más noble de todas las figuras. Sobre el trono del Altísimo se dijo:[79] «Tenía esta figura: rostro de hombre»; y de los seres vivientes dijo:[80] «Una figura que parecía un hombre.» Y el Dios, que prohibió a los judíos todas las imágenes, mandó construir querubines en el Templo, los cuales tenían figura humana.

Después de esto dijo el rey:

—Hemos hablado suficiente por hoy, ya se pone el sol; vuelve mañana, porque me resultaron agradables tus palabras.

Al día siguiente volvió Tomás, y le dijo el rey:

---

77. Aristóteles. Véase ed. Sohet, p. 175.
78. Jer. 50, 12.
79. Ez. 1, 10.
80. Especie de ángeles. Ez. 1, 26.

—Continuemos nuestra conversación. Sobre la causa de la caída de los judíos aún no he escuchado una respuesta.

Respondió Tomás:

—Primero he de preguntarte acerca de lo que he oído sobre ti, el rey.

Dijo el rey:

—¿Qué hice mal? ¡Venga la denuncia!

Dijo Tomás:

—Enviaste a un noble a la guerra; cuando fracasó en su empresa, decretaste que no volviese a ver tu rostro. Tras de aquél marchó allí un segundo noble, también fracasó; pero no le impusiste castigo alguno. ¿Dónde está el rey justiciero? Dos servidores incurren en la misma falta, el uno es castigado y el otro, no.

Replicó el rey:

—Quien te dijo eso no es de los que buscan la verdad. Al primero le había yo informado sobre la importancia de la guerra, de todas sus condiciones, y en todo hizo lo contrario; al segundo noble, ni siquiera le había mandado a la guerra, pero él pensó que cumplía mi voluntad, partió allá y obró según su entender. ¿Cómo había de morir? ¿Qué debía hacer?

Contestó Tomás:[81]

—Escuchen tus oídos, señor nuestro, lo que sale de tu boca: el primer caudillo son los judíos, a los que se había ordenado apartarse de practicar la idolatría de los astros, viniendo cuarenta profetas después de Moisés a prevenirles, pero hicieron lo contrario. Por eso no quiso Dios que viesen más su rostro, según se dice en la Biblia:[82] «Y yo... me esconderé todavía más», también:[83] «Y los arrojó a una tierra extraña, como sucede hoy.» Mas todos los otros pueblos que practicaban la idolatría no habían sido llamados por Dios ni les había ordenado; ellos, según su entendimiento, creyeron que debían honrar a los astros, como se honra a los príncipes en atención a la gloria de su rey. Por esto se dijo acerca de los judíos:[84] «A vosotros solos os

---

81. Fragmento sobre la idolatría y la Trinidad.
82. Deut. 31, 18.
83. Deut. 29, 27.
84. Am. 3, 2.

escogí, entre todas las familias de la tierra; por eso os tomaré cuentas, etc.»

»También fueron castigados porque de estos pueblos, ni uno solo adoraba a dos divinidades, pues el que rinde culto a la segunda, es infiel con la primera. Ahora bien, los judíos rindieron culto a tantas, que se ha dicho de ellos que tuvieron en Samaria, capital del reino, trescientos sesenta y cinco templos de culto idólatra, según el número de días del año solar, celebrando su culto un día en cada uno de aquellos templos y al final del año en todos a la vez. Tal proceder es odioso para Dios, porque el politeísmo es opuesto al monoteísmo; pero la Trinidad no es politeísmo, sino más bien un monoteísmo evidente para el inteligente. Conocí a tres grandes sabios de *Aškenaz* de los que aprendí los escritos de la tradición, y comprobé que de allí se deduce cómo la Trinidad es Unidad. En el curso de mi conversación les pregunté: «¿Quiénes han sido mejores: ellos o sus padres?»; respondieron: «Indudablemente, el dedo meñique de nuestros padres fue más grueso que nuestro muslo.[85] El Templo lo demuestra, pues volvió a ellos al cabo de setenta años.» Yo les repliqué: «Si ellos fueron mejores que vosotros, aun habiendo adorado a muchos dioses, ¿por qué vosotros no creéis en la Trinidad?, con tanta más razón, que en el libro de vuestra tradición aparece claramente que ésta es la perfecta Unidad.» Me replicaron: «¡Al contrario! De nuestros padres recibimos el mandato de no adorar a muchos dioses, pues de todos los profetas vino la prevención de que, si practicaban la idolatría, padecerían una tremenda ruina.»

Exclamó el rey:

—Bastante mejor te replicaron ellos que les habías preguntado tú.

Dijo Tomás:

—Si la Trinidad es la Unidad, no es la causa del castigo de sus padres.

Dijo el rey:

—Te digo, Tomás, que yo disto mucho de pensar como los reyes que me precedieron, que quisieron obligar a los judíos a abrazar la fe de Jesús, pero al final no lo consiguieron porque en su interior siguen judíos en todas sus creencias. Se suele decir que hay tres aguas que se

85. I Re. 12, 10.

pierden: las aguas del *bautismo*[86] sobre un judío, las aguas que caen en el mar y las aguas que caen en el vino. La cuestión para mí es ésta: los judíos, que presenciaron aquellas situaciones milagrosas y santas, aquellas maravillas, y el fuego de los cielos, cuando les fue entregada su Ley, han mantenido esa imagen hasta serles connatural. Por eso desechar aquella antigua imagen, que hay en su corazón, para adoptar una nueva ley es antinatural. En cambio, los cristianos, cuando adoptaron la imagen de la fe de Jesús, no habían tenido una imagen anterior de los cielos, salvo las que se forjaban ellos mismos con su propio entendimiento, esto es, el culto de las imágenes, pues el que no tiene una imagen definida está dispuesto a aceptar cualquiera.

Dijo Tomás:

—Por eso yo afirmo que no es posible arrancar del corazón de los judíos su creencia si no es con fuego, pues fue entregada con fuego.

Dijo el rey:

—¡Bien has hablado! Pero te responderán que Dios fue quien la entregó con fuego y justo es que Él la quite con fuego, mas no tú. Así oí ante una embajada de mi padre[87] de boca de dos emisarios: Don Josefi ben Ben Venist y Don Solimán ben Ya'iš,[88] enviados de las *aljamas*[89] de Castilla. Cuando mi padre les dijo a esos varones que se convirtieran a la religión de Jesús, contestaron que había sido entregada su ley[90] «entre seiscientos mil hombres, milagros, revelación divina y fuego de los cielos; y era conveniente que permaneciera como había sido entregada. Para eso había de venir el Dios Grande, conducirnos a una montaña y, mostrándonos su grandeza, decirnos que

86. *Ba'uṭismo.*

87. Fernando IV (1295-1312).

88. Los nombres de estos dos personajes que aparecen castellanizados —uso no frecuente en esta obra— corresponden a Yosef Benveniste, miembro de la conocida familia Benveniste. Según ed. Soḥet, p. 176, y Cantera, p. 159: «es Josef ben Abraham Benveniste, hijo de Don Abr. Benveniste de 1432». Esto situaría el suceso en el reinado de Juan II. Y a Šelomoh b. Ya'iš, médico sevillano que estuvo al servicio de Alfonso XI. Su lápida, con una inscripción, se conserva, y según este documento murió el 1 de junio de 1345 (*siwan* 5105), Cantera, F., «La epigrafía hebraica de Sevilla», *Sefarad*, XI, 371 ss., y «Unas palabras más sobre R. Šelomoh b. Ya'iš», *Sefarad*, XI, 340-370. Cfr. §§ 8 y 10.

89. *'Alĝa'ma'ś.*

90. La narración en boca de los emisarios.

abandonemos la ley de Moisés y abracemos la de Jesús. ¡Verás, oh rey, si somos pertinaces en este asunto!»

»Por eso dije que no hay que inculparlos por esa pertinacia y mucho menos dado que los misterios de nuestro Mesías, aun cuando no están fuera del entendimiento, tampoco están cerca de él. Por ello nuestra creencia es llamada interpretación y no religión.[91] En ella vivo y en ella moriré, con ella seré sepultado y ella me salvará y me dará asiento en el Paraíso con los reyes que me han precedido. No he contado esto para interceder por ellos, sino para expresar que no tenemos fuerza para hacerles transgredir su religión.

Exclamó Tomás:

—¡Estoy viendo que creen muchas cosas que sobrepasan nuestra inteligencia!

Dijo el rey:

—¡Cuéntame algunas!

Dijo Tomás:

—Afirman que cuando estaban en el Sinaí, Dios rasgó para ellos todo el cielo superior, pero el cielo no ha sufrido desperfecto ni rasgadura alguna. Dicen que Dios está sentado en la tienda de Moisés, según eso, Dios tiene cuerpo; mientras rehúsan creer en nuestro Mesías, precisamente porque tuvo cuerpo. También dicen que sobre el segundo Templo no descendió fuego del cielo, pero sí que hallaron en un monte un pozo lleno de aceite del cual tomaron cierta medida y la derramaron sobre la madera hacinada en el altar, convirtiéndose el aceite en fuego. Y que Habacuc había salido al campo a llevar comida a unos segadores, se le apareció un ángel que lo condujo muchas millas hasta la cueva de unos leones, en la que estaba Daniel, y ambos comieron y bebieron. Cuando se tornó Habacuc a los segadores, aún no era la hora de la comida. Cuentan de uno de sus santones que las cabras que tenía se lanzaron contra los lobos y los devoraron, es decir, los carneros a los lobos. Otro dice haber puesto en la lámpara vinagre, y prendió como si fuera aceite.

Dijo el rey:

—Asimismo, yo he oído de los judíos necedades como éstas. Dicen que un pájaro dejó caer un huevo que era tan grande como sesen-

91. *Peruš* y *dat.*

ta urbes. También que en un lugar del mar cayó un hierro, pasaron siete años y no se había hundido al fondo del mar.[92] Me maravilla mucho que los que afirman estas cosas sean inteligentes y sabios, a no ser que aludan con ellas a arcanos, o que un necio y malvado fue y las introdujo en el Talmud para lanzar una calumnia sobre todas sus palabras. Como quiera que sea, no hay en ello fuerza o resolución para determinar que crean en la Trinidad; porque esta palabrería robustece la fe en el corazón de las masas, pues les muestran el poder de Dios y cómo es la providencia con los piadosos, alterando la naturaleza por ellos; tal vez ésa ha sido la intención del que las contó. Mas la Trinidad destruye su fe, ya que éstos creen en la Unicidad, y no existe entre la masa del pueblo fuerza ni capacidad para comprender cómo tres son uno. Por eso te dijeron que creen en las cosas que robustecen su fe, pero no en aquella que la debilitan.

Dijo Tomás:[93]

—Esas palabras merecen ser escritas y comentadas ante un sabio. ¡Mas volvamos a nuestro asunto! Digo: el motivo de la caída de los judíos es por causa natural, si no pareciese que es para ser empleado como castigo.

»Ha hablado nuestro señor de la riqueza, pero mucho mayor la habían tenido. He aquí que Salomón gastó en el Templo mil ochocientos talentos de oro y siete mil de plata, pero había muchos más. Yendo al extenso libro de *Crónicas*[94] el largo, se halla escrito que había en Israel un millón cien mil guerreros armados, siendo de origen real cuatrocientos setenta mil.

Respondió el rey:

—De dos cosas me maravillo. La primera: ¿cómo tenía Salomón toda esa inmensa riqueza? La segunda: ¿cómo mermaron tanto los judíos, siendo tan numerosos como tú has dicho?

Respondió Tomás:

—En las naves de Ofir eran traídas todos los años maravillas. Su padre le había legado una inmensa fortuna que había usurpado de los pueblos; por eso no quiso Salomón construir con ella el Templo.[95]

---

92. Baba Batra 73, 2.
93. Sobre las riquezas de Salomón.
94. I Cr. 29, 4. I Re. 9, 14.
95. I Cr. 29, 2-8.

Dijo el rey:

—Mereces ser castigado duramente pues nos has injuriado, a nosotros y a todos los reyes, pues ¿acaso lo que adquiere el rey con su espada es llamado robo? Pero tu sabiduría te exime hoy de tu culpa. ¿Qué me respondes respecto al asunto de la merma?

Respondió Tomás:

—Decreció con las terribles guerras, tal como narraré: sus supervivientes, que vinieron a tu reino en aquel año, padecieron una grave peste, pues ellos son los que trajeron la peste al mundo, según se dice en la Biblia:[96] «Que el Señor te pegue la peste»; a ti y no a otro pueblo. Esto era cuando aún permanecían en su país; mas después de salir nos contagiaron, según: «¡Ay del perverso! ¡Ay de su vecino!»[97]

Replicó el rey:[98]

—¡Si el que habla fuese alguien distinto de ti, pensaría que un gato se había comido el cerebro! Ya Tulio,[99] más grande que tú, dijo que cincuenta años antes de la venida de los judíos a Sefarad sobrevino una gran peste, hasta el punto de que hubieron de ser cerradas las puertas de las grandes ciudades, especialmente Córdoba, Toledo y Sevilla. También en mis días he visto una terrible epidemia;[100] solían caer, de los cristianos, unos cien diariamente, pero de los judíos ni uno solo y por ese hecho los cristianos trasladaban sus hijos a la casa de los judíos, tal vez se salvaran. En la gran ciudad de Roma y en todos sus dominios hubo una peste tres años consecutivos, llegaron a pensar que sus divinidades se habían enfurecido contra ellos y querían aniquilarlos a todos. Por lo tanto, ya bastante deshonra tienen los judíos, no les imputes lo que no tienen; pues casi se diría que sólo intercediste en su favor al principio, para arrojar ese veneno al final.

»Volvamos al asunto, porque todavía no hay respuesta de cómo cayeron por causa natural.

Tomás respondió:

—Digo a mi señor que su grandeza y poderío fueron la causa de su caída, parecido al árbol que cuando aumenta tanto su altura, ésta

---

96. Deut. 28, 21.
97. Is. 3, 11.
98. Sobre la peste.
99. M. Tullius Cicero.
100. ¿La peste negra del 1348?

llega a ser la causa de su caída, porque entonces el aire lo domina enteramente. Así son los judíos; pasó sobre ellos el viento del orgullo y el enemigo de los soberbios los humilló. De ellos dijo el profeta:[101] «Desde el cielo arrojó por tierra», lo que coincide con lo que decimos: que su subida hasta los cielos es la causa de su caída, pues se ensoberbecieron unos respecto a otros hasta que se distanciaron mucho sus corazones. Se sabe que todas las cosas del mundo tienen su pareja, excepto la soberbia, que carece de ella. De la soberbia emanó el odio entre ellos y del odio, la desunión; cada uno de ellos llegó a decir que le pertenecía la jefatura y el reino y, a fin de dominar uno sobre otro, pusieron entre sí a extranjeros. Cuando conocieron sus secretos y la desunión de sus corazones, desecharon todo temor de ellos, no los tuvieron en consideración, los atacaron y los humillaron. Antes de eso se había dicho de ellos lo que se narra en la Biblia:[102] «No creían los reyes del mundo ni los habitantes del orbe que el enemigo lograría entrar por las puertas de Jerusalén.» No resistieron frente a sus enemigos, pues un gran pueblo desunido se hace pequeño, y cada uno de ellos atendió únicamente al modo de perjudicar a su compañero. De este modo se debilitó su poder, su gran número fue un enjambre de mosquitos, no sirvió ni aprovechó. De ellos dijo el profeta:[103] «Todos errábamos como ovejas.»

»Los naturalistas dijeron que no se da entre el ser vivo mayor necedad que como entre las ovejas, y por eso dijo el profeta:[104] «Errábamos como ovejas»; pero no han tenido las buenas cualidades de las ovejas que gustan de la sociabilidad, por contra, cada uno de ellos tiró por su camino, por eso se dijo:[105] «Cada uno siguiendo su camino.» De esto emanaron las discrepancias entre los judíos, conforme a su perversa condición.

»¡Cuán espléndido es el comentario de Nicolao de Lira, él era de ellos y conocía sus cosas! Afirma que lo que dice la Escritura:[106] «Ese día no haréis fuego en ninguno de vuestros poblados», no fue dicho

101. Lam. 2, 1.
102. Lam. 4, 12.
103. Is. 53, 6.
104. Ibídem.
105. Ibídem.
106. Ex. 35, 3.

por el fuego, pues su prohibición fue ya conocida con lo que se dijo:[107] «No harás trabajo alguno», sino que fue dicho por el fuego de las discrepancias, que no lo encendieran en los sábados, según práctica judía cuando se halla uno ocioso.

Dijo el rey:

—¡Espléndido comentario es ése! Él es como un ladrón que es de los hijos de la casa. Pero respecto al asunto del sábado yo tengo una queja de Jesús: ¿por qué no nos decretó el sábado, siendo éste una muestra de la creación que todos hemos convenido en creer? Si dices que el domingo fue puesto en su lugar, ciertamente sería correcto si los cristianos lo observasen cesando en los trabajos; pero sólo lo guardan en la comida y el paseo, mientras que los judíos observan su sábado cesando todo trabajo y leyendo la Ley de Dios; y del mismo modo hacen los musulmanes con el viernes leyendo su Corán. En esto nos aventajan.

Respondió Tomás:

—Los cristianos no tienen obligación de cesar en el trabajo, puesto que la observancia del sábado tiene dos intenciones: 1. El recuerdo de la creación; 2. El recuerdo de que fueron esclavos en Egipto, según se había dicho:[108] «Acuérdate de que fuiste esclavo, etc.» Los cristianos, que ni entraron ni salieron de Egipto, no tienen la obligación de cesar el trabajo.

Dijo el rey:

—Ya que nos hemos extendido en estas cuestiones, te pregunto: ¿por qué Moisés eligió el sábado, el profeta musulmán el viernes y Jesús el domingo?

Respondió Tomás:

—Moisés dijo que se debía honrar el día del reposo porque en él había descansado Dios, pues su perfección se manifestaba en su reposo y no en la ejecución de cosas de las que parece que Él necesitase y que de ellas procediese su perfección. El profeta de los musulmanes dijo que el hombre se regocijará en el día en el cual terminó su obra y por eso decretó el viernes, ya que en él fue acabada la obra de la creación del mundo. Jesús escogió el domingo pues es conveniente

---

107. Ex. 20, 10.
108. Deut. 5, 15.

honrar el comienzo de la acción, reconociendo todos a Dios como el ser primero puesto que Él es el primero.

»Voy a terminar lo de explicar la causa natural.[109] Afirmo que ellos por su mano atrajeron el mal en muchos momentos:

»La primera: En tiempo del hijo de Nabat,[110] cuando vinieron los judíos a rogar al hijo de Salomón[111] que aliviara su yugo, éste les respondió que haría su yugo más pesado de lo que ya era. Pero no fue correcto que así contestase, pues a un rey ungido le conviene otorgar a su pueblo y a sus siervos gracia y honra, porque no sabe lo que puede suceder un día; el rey es, en sí, el pueblo, y es rey sólo de nombre. Por eso aquéllos, llevados de su mala inclinación y de su soberbia, rechazaron el reino de la casa de David y, al par que elegían nuevos dioses, elegían reyes, y solían hacer consejos entre ellos, esperando que accediera a su petición. Sobrevinieron duras guerras, se fueron empequeñeciendo y arruinando, pues el mal se destruye a sí mismo. ¡Qué utilidad tenía su clarividencia —de la que habló nuestro señor— si su sabiduría sirvió para dañarse unos a otros y no para fortalecer su batalla frente al enemigo! Entonces marchó el hijo de Nabat a Egipto y atrajo a Sisac[112] contra ellos, descubriéndole los secretos de los judíos y cuál era la parte débil para dominar la ciudad. Los que permanecieron en el interior de la ciudad del partido del hijo de Nabat enviaron misivas a Sisac informándole de cómo actuar. Cuando fue sabido por la fracción del hijo de Salomón, combatieron a los del hijo de Nabat, propagándose la batalla dentro de la ciudad, se mataban unos a otros, de suerte que ellos mismos consiguieron lo que el enemigo no había podido. En cierta ocasión vuestro excelso padre, indignado contra los judíos, quiso aniquilarlos pero un consejero le indicó: «Advierta, nuestro señor, que ningún rey ha impuesto tal proyecto sin que cayese. Si deseáis tomar venganza de ellos, ordenad que sean todos reunidos en una misma ciudad, que no se halle ningún extraño entre ellos, que se nombren sus propios jefes, y veréis cómo ja-

---

109. La ruina de los judíos. Comienza la relación de las diez desgracias que se habían ocasionado a sí mismos.

110. II Cr. 10. I Re. 11-14. Jeroboán de Israel.

111. Roboán de Judah (931-914 a. C.). I Re. 14. II Cr. 11.

112. I Re. 14, 25. Sanedrín 26, 1.

más se pondrán de acuerdo en un solo punto; y, en consecuencia, se matarán entre sí, sin que pongáis la mano en ellos.»

»La segunda catástrofe: En tiempo del rey llamado Abías,[113] el cual les exhortó al bien, pero le respondieron que ya no tenían parte alguna en la casa de David. Se produjeron luchas y en ellas perecieron cuatrocientos mil de unos y quinientos mil guerreros de otros, toda la flor de Israel.

»La tercera: En tiempo de uno de los reyes de Judah,[114] el cual envió al rey de Egipto todos los vasos sagrados del Templo como donativo para que les prestase ayuda.[115] También esto fue causa de su ruina porque profanaron los vasos sagrados, pues los entregaron a extranjeros. Fue contra ellos el rey de Egipto ocasionándoles una gran matanza, diciendo que había llegado el día de vengarse de ellos por lo que habían hecho los judíos a sus antepasados en el Mar.[116]

»La cuarta: En tiempo de la lucha de dos reyes, uno de Judah y otro de Israel.[117] El rey de Israel acusó de prevaricación a los sacerdotes y en un solo día fueron matados veinte mil sacerdotes.

»La quinta: En tiempo de un rey llamado Menajén,[118] el cual ocasionó una terrible destrucción entre los judíos. Habiendo sabido Senaquerib[119] la disensión reinante entre aquéllos, los atacó con poderoso ejército. Menajén le entregó mil talentos de plata para que le mantuviera en el poder, siéndole tributario. Menajén no quiso aportar aquella suma de su propio tesoro sino que la impuso a su pueblo,[120] el cual se vio en la necesidad de vender a sus hijos para poder reunirla.

»La sexta: Cuando Nabuzaraddan fue a atacarlos. Escribieron los talmudistas[121] que en aquella guerra perecieron el doble de los que

---

113. Rey de Judah (914-912 a. C.). Hijo de Roboán. I Re. 15. II Cr. 13, 1 ss.
114. Asá (912-871 a. C.). I Re. 15, 9 ss. II Cr. 14-17.
115. Según el libro de Reyes, era el rey de Siria. I Re. 15, 17 ss. «cogió la plata y el oro que quedaba en los tesoros del templo... los envió a Benadad..., rey de Siria...».
116. Mar Rojo.
117. No hay referencia a este suceso en la Biblia.
118. II Re. 15, 17-23. Rey de Israel (753-742 a. C.).
119. Sanherib. Se debe referir al rey asirio, que atacó al reino de Judah en tiempos del rey Ezequías (727-698 a. C.).
120. II Re. 15, 20.
121. Begatim 57, 2.

salieron de Egipto. Entonces fue quemado el Templo y murieron de hambre doscientos mil, según aparece escrito en una crónica antigua.[122]

»La séptima: La de Alejandría.[123] Con motivo de las guerras habidas en Jerusalén habían emigrado allí numerosos judíos, tantos como las arenas, y en ella prosperaron mucho y construyeron un Templo. Pero empezaron a querer dominar unos a otros, uno de los bandos envió un embajador al césar Trajano, a fin de que fuese contra los otros. Entonces Trajano los atacó, estalló la guerra dentro y fuera de la ciudad, siendo pasados a filo de espada quinientos mil.

»La octava: Surgió por causa de dos hermanos, llamados Hyrcano y Aristóbulo,[124] pues el menor no quiso ceder el reino al mayor. Aristóbulo envió un regalo a Pompeyo, general romano, para que le ayudase. Consistía el regalo en una vid de oro que pesaba quinientos talentos de oro, con incrustaciones de piedras preciosas y perlas. Entonces Pompeyo fue contra ellos con un gran ejército. Los hermanos lucharon en el interior de la ciudad y Pompeyo, en el exterior. Cayeron muchos del pueblo bajo la espada de su hermano; fue el reino para Hyrcano, mientras Aristóbulo fue llevado cautivo y encadenado a Roma.

»La novena: En tiempo de la guerra de Herodes;[125] también ocasionada por la desunión.

»La décima: La ruina del Segundo Templo; cuando marchó contra ellos Tito.[126] Acaso no hubieran sucumbido si no hubiera sobrevenido la peste y la terrible hambre, según atestigua Tito,[127] pues a causa del hambre murieron cuatrocientos mil. Habla de su obstinación, pues cuando Tito les pidió que izasen tres veces al año el estan-

---

122. Sin referencias bíblicas.

123. La excelente situación de los judíos asentados desde antiguo —se remonta al siglo III a. C.— en esta ciudad egipcia se deterioró en la época romana, produciéndose disturbios antijudíos, sobre todo en tiempos del emperador Calígula en el 38 d. C. y tras la revuelta de Tiberio Julio Alejandro, en el 66 d. C., a consecuencia de la cual fueron muertos muchos judíos.

124. Los reyes asmoneos Aristóbulo II (67-63 a. C.) e Hyrcano II (63-43 a. C.), hijos de Alejandro Yannai y de Salomé Alejandra.

125. Año 37 d. C.

126. *Yosippon*, 91.

127. Cantera, p. 166, lee Ben Gorión.

darte de los romanos sobre la puerta de Jerusalén,[128] para mostrar la soberanía de los romanos sobre ellos, se negaron. Si con sus mismos hermanos habían sido obstinados y pertinaces, cuánto más con los extranjeros.

»Voy a contar a mi señor: un judío llamado Manasseh[129] tenía una esposa moabita, contra el mandato de Esdras, el cual había decretado repudiar a todas las mujeres moabitas, según su Ley. Se negó Manasseh y, reunidos todos los sacerdotes, le expulsaron del servicio del Templo. Entonces Manasseh, por consejo de su suegro Sanballat, reunió a todos los jefes de los sacerdotes y les dijo que si le permitían seguir en el servicio todo les iría bien; mas, en caso contrario, tramaría algo para que todos ellos se arrepintieran y jamás pudieran remediar su mal. Pero los sacerdotes se mofaron de sus palabras. Entonces se marchó y, reuniendo a muchos con importantes donativos, pues era muy rico, trató de construir un templo en el monte Garizim.[130] Seguidamente, él y Sanballat, el rey, fueron a presentarse al emperador Alejandro con un gran tesoro para que les permitiese obtener lo que querían y él accedió. Todas las ciudades próximas se alegraron mucho por dispensarles de subir a Jerusalén, y también por la ganancia que dejaban los que peregrinaban a la fiesta. Manasseh era astuto y envió un pregón a todos los contornos, declarando que el que fuese a su templo sólo ofrecería un donativo de las oblaciones y diezmos según su poder y voluntad. De este modo se ganó el corazón de los infelices y edificó un templo. Todos los contornos abandonaron el templo que había en Jerusalén, el que Dios había elegido, pues no existe para los judíos ley cuando en algo hay utilidad. A consecuencia de esto se originaron guerras entre los judíos que subían a Jerusalén y los judíos que iban al nuevo templo, y sucumbieron de ambos bandos muchos del pueblo. Asimismo los sacerdotes ortodoxos salieron contra los nuevos sacerdotes que había nombrado Manasseh y en el tiempo de la celebración de las fiestas perecieron a miles. Duró el nuevo templo cerca de doscientos años, hasta que se levantó un rey llamado Hyrcano[131] que, como piadoso y amante de la ley, salió y destruyó aquel

128. *Yosippon*, 78.
129. Josefo, *Antigüedades judías*, 11, 8.
130. Templo de los samaritanos.
131. *Yosippon*, 28.

templo hasta sus cimientos, infligiendo una gran matanza y terribles castigos. Los judíos tornaron a Jerusalén, pero había perecido en aquellas luchas un tercio de los judíos.

»También voy a mostrar a nuestro señor, el rey, una prueba de su obstinación: hubo entre ellos dos hermanos, hijos del Justo, llamado así entre los judíos. El mayor no conocía el ritual del Templo como el pequeño. El padre quiso que el menor fuese elegido para Sumo Sacerdote, pero éste no quiso alegando que debía ser elegido su hermano mayor, y así fue. Pasado un tiempo, el menor ideó un ardid para deponer y echar al mayor de Sumo Sacerdote. Le dijo: «Ven y te instruiré en el ritual del servicio.» Lo vistió con un ropaje que no era el usado por los sacerdotes y le ciñó un cinturón que no se emplea en el servicio; su aspecto, con el vestido y el cinturón, era el de las mujeres. Lo condujo al altar y, volviéndose hacia los sacerdotes que estaban en el Templo, les dijo: «Ved a mi hermano que tiene una amante con la cual vive fuera de la ley. Ese vestido y el cinturón son de ella, porque él le había jurado que en el día de su proclamación como Sumo Sacerdote vestiría sus ropas, en prueba de su amor.» A esto, se levantaron todos los sacerdotes para matarlo; pero éste les pidió misericordia para que antes escucharan sus palabras, y les refirió las intrigas de su hermano y, hallando ellos que era verdad, persiguieron al otro para matarlo, pero se refugió en la casa del rey, de allí lo reclamaron, mas marchó a Alejandría de Egipto y allí construyó un templo siendo nombrado Sumo Sacerdote. El templo duró cerca de doscientos años.

Dijo el rey:

—Me maravillo de cómo conservas en tu memoria todas las particularidades de los judíos.

Dijo Tomás:

—¡Quizá también por esto diga nuestro señor que yo soy de ellos! El caso es que yo predico a los cristianos palabras de amonestación y aporto pruebas de las maldades de los judíos y de la causa de su ruina. Aún haré saber a nuestro señor las dos últimas causas:

»La primera: Que los judíos, en un principio, cuando hallaron gracia a los ojos de Dios, lucharon en sus guerras según es notorio en todo el libro de la Biblia. Por ello no aprendieron los ardides de la

guerra, pues no lo necesitaron. Así se dijo de ellos:[132] «Ni escudo ni lanza se veían.» Cuando pecaron, Dios les volvió su rostro y quedaron indefensos en uno y otro aspecto, pues no conocían las armas de guerra ni la instrucción; la voluntad de Dios no estaba con ellos. Quedaron indefensos y cayeron como ovejas sin pastor.

»La segunda: Que, para derribar las murallas, no tuvieron las máquinas que habían traído los romanos y los griegos, ni los terribles arietes de hierro, ni tampoco los elefantes con torres, puesto que los judíos no los habían montado ni visto jamás; no supieron defenderse de su daño y solían decirse unos a otros: «Ved esos terribles animales de los que no hemos oído hablar.» Pues pensaban que eran animales del campo.

Contestó el rey diciendo:

—Es sabido que el hombre nunca se imagina lo que no representa su forma real. Hallamos que antiguamente solían bajar de la montaña al valle hombres montados sobre caballos que saqueaban y robaban a los habitantes del valle; éstos, al no haber visto nunca a un jinete a caballo, imaginaron que esto era una clase de bestia cuya mitad superior tenía la figura de hombre, que el hombre y la otra parte del cuerpo eran uno solo y los llamaron *centauros*.[133] Hasta que pasó por allí Hércules, el héroe, y vio a los *centauros* riéndose de los habitantes del valle, los persiguió, mostrándoles que eran hombres montados sobre caballos.

»En una guerra teníamos una carroza con una gran máquina, la pusimos frente a la puerta de la ciudad y combatimos. Creyeron los enemigos de la ciudad que era un monstruo y huyeron. Penetramos en la ciudad apoderándonos de ella.

»Sin embargo, lo que has dicho de que los judíos no supiesen qué era aquello, es falso. Según escribió Josefo, el grande, cuando ordenó Tito que acercaran contra la muralla a los arietes, salió de ésta un joven que excavó bajo las ruedas de sus carros y, poniendo allí azufre y pez, prendió fuego y se quemaron los arietes y todos los guardianes. Después de eso acercaron los tres arietes que les quedaban; pero dice

132. Juec. 5, 8.
133. *Senṭa'rioś.*

Tito[134] que salieron cuatro jóvenes de Jerusalén llamados Toptius de Galilea, Magnus de Hebrón, Yurminus el Samaritano, Arius de Jerusalén, los atacaron, mataron a todos los guardianes, haciendo una matanza en el campamento de los romanos. Se lanzaron sobre ellos como un hombre sobre su sierva, hasta que se retiró el ejército y prendieron fuego a las máquinas.

»¿Cómo puedes decir que no tenían conocimiento y que los tuviesen por bestias?

»En la guerra de Antíoco salió un muchacho que clavó la espada en el vientre de un gran elefante pues había dicho Matatías que, si hallase quien matare a aquel elefante, se desplomaría la torre que tenía encima. Evidentemente sabían que era una torre. La objeción anterior es una prueba de que no tenían duda, pero hemos de saber por qué los expulsó de su hogar.

Respondió Tomás:

—La prueba es que habían introducido un dios extraño en la Casa de Dios; por eso recibieron su pago de aquella forma: que vagaran en tierra extraña, sirviendo allí. Esto se sabe por las palabras de Jeremías y así dice la Torah:[135] «Y allí darás culto a dioses extranjeros.» Entonces marcharon a Babilonia y habitaron allí setenta años. Tengo una tesis respecto a por qué estuvieron setenta años. Ese tiempo corresponde al girar de los astros, que tiene lugar en ese período, luego vuelven a empezar la órbita: Saturno once años, Júpiter doce, Marte siete, el Sol diez, Venus nueve, Mercurio doce y la Luna nueve. Por eso permanecieron en la diáspora todos los años correspondientes a cada uno de los planetas que habían adorado.

Dijo el rey:

—Ahora que no practican la idolatría, ¿por qué siguen castigados durante tanto tiempo?

Dijo Tomás:

—Ha de saber nuestro señor que las faltas de un hombre contra su prójimo son mucho más dañinas que las que comete un hombre contra Dios porque aquéllas perturban los países y la paz del mundo. Por lo tanto, el cristiano se guarda mucho del robo, el engaño, la usu-

---

134. Aquí la transcripción del nombre de Tito, *Tiṭus*, es diferente de la anterior.

135. Deut. 28, 64.

ra y otras transgresiones, en tanto que sus deberes con Dios no los guarda, hasta el extremo de que hay gentiles que sólo rezan una vez al año. Los judíos, lo contrario, pues ¿quién de los judíos omitirá una sola oración? En cambio, no se guardan del hurto, el engaño y el robo. Por eso los castiga Dios que odia el robo. Prolongan su destierro y no tienen un mesías, pero los necios lo invocan en todos los comienzos del sábado.

Le preguntó:

—¿Por qué lo invocan sobre el vino?

Respondió Tomás:

—No tengo la explicación de eso; tal vez sea para ganarlo con su vino. La razón de por qué fue devastado el Templo, digo a mi señor que le sucedió lo que a nuestro Mesías, pues Jesús vino para expiar el pecado del primer hombre y por él recibió la muerte; del mismo modo el Templo vino a expiar el pecado de Israel y por ello fue quemado.

Dijo el rey:

—Has venido a responder a una cosa peregrina con otra tan peregrina como ella, pues ¿quién vio a un rey que, porque pecaran contra él sus siervos, matara a su hijo o incendiara su palacio para expiar su pecado?

Respondió Tomás:

—El caso del Mesías no es semejante pues, si bien Él recibió la muerte, sólo fue en la carne. Marchó inmediatamente con su Padre que está en los cielos y, vivo, permanecerá ante Él eternamente pues, cuando murió, no murió ni fue muerto sino según el modo de ver humano.

Dijo el rey:

—Baste con lo que hemos hablado del asunto de los judíos. Lo que has dicho es acertado, también en la cuestión del Templo. Pienso que existe otra explicación que, aun en el día de la cólera y el castigo, se acordó de su amor; puesto que desde el momento en que su intención fue desterrarlos, según la deuda natural por sus pecados, como tú has dicho, no quiso que quedase el Templo en manos de extraños, máxime cuando los servicios divinos solamente convenían al pueblo que salió de Egipto.

»¡Alabado sea el Dios verdadero, el que conoce toda la verdad! Nosotros hablamos de los asuntos según el entendimiento, no según

su auténtica esencia. De todos modos, estoy contento con la aclaración de que los judíos no son reos de los cargos que les imputan. El que busca el mal sobre el inocente atrae la desgracia sobre sí. Palabra de Dios.

§ 8

Octava Cuestión

En el año cuarto del gran rey Alfonso de Sefarad[1] se levantaron en la ciudad de Écija[2] tres hombres, individuos revoltosos, que arrojaron un cadáver en casa de un judío, después fueron a los jueces reclamando, diciendo que habían encontrado a un cristiano asesinado en casa de un judío. Entonces fueron el juez y sus hombres a casa del judío, el cual dijo:

—Dios verá y juzgará que yo no lo he asesinado. Mis enemigos buscan perderme.

Metieron al judío en la cárcel. Ocurría esto la víspera de la pascua de cenceños,[3] la que los hebreos llaman *Pesaḥ*.[4] Corrió la voz por toda la ciudad y se alzaron en la noche primera de cenceños y asesinaron a cuanto judío encontraron. Muchos de éstos se refugiaron en las casas de los nobles y se salvaron; pero ayunaron todos los días de aquella

---

1. Evidentemente, tanto en este capítulo como en los números 7 y «El sueño del rey Alfonso» hay una confusión de personajes y épocas. Según Cantera, p. 172, el rey debe ser Juan II (1406-1454).

Si aceptamos que el rey es Alfonso, se refiere a Alfonso XI de Castilla (1312-1350), el cual tuvo un destacado servidor oriundo de la ciudad de Écija, Don Yucaf (Yosef ha-Levi b. Efraim b. Yiṣḥaq ibn Šabat) almojarife mayor. Identificable con el Don Yosef ha-Nasi nombrado unas líneas más abajo.

Véase *Crónica de Alfonso XI*, *BAE*, vol. 66; Madrid 1875; Baer, *Spain*, I, p. 445; II, n. 150; Ballesteros, A., «Don Yucaf de Ecija», *Sefarad*, VI (1946), pp. 253-287. Amador de los Ríos, *Historia social*, pp. 336 ss.

2. Pueblo sevillano. Los primeros datos sobre asentamientos judíos en este pueblo datan del siglo XIII. En 1391 se producen las persecuciones provocadas por Ferrán Martínez, más conocido como el Arcediano de Écija, en las que fue asesinada parte de esta comunidad y destruidas muchas sinagogas.

3. Ácimos. En castellano el original.

4. Pascua judía.

festividad, en la que no tienen costumbre los judíos de comer pan de levadura.

A la ciudad de Palma[5] había llegado el rumor e hicieron tal como habían hecho en la ciudad de Écija. Desde allí enviaron los judíos unos emisarios a las grandes capitales para que mandaran legados a la corte del rey, e inmediatamente llegaron a la corte tres de los más prestigiosos judíos, llamados R. Abraham Benveniste, Don Yosef ha-Nasí y R. Šemuel ben Šošan.[6]

Los acusadores, cuando supieron que los judíos habían enviado emisarios, los persiguieron, y los judíos, llenos de temor, se internaron en los bosques todo el día.

Entonces los perseguidores fueron a la corte del rey, clamando contra ellos.

Dijo el rey:

—Días ha que conozco vuestras intenciones y embustes con los que tratáis de humillar a ese pueblo afligido y débil. Ya en mis días quedó claro que todo era falso pero aun hoy venís. Mas yo soy rey justo y no toleraré vuestra conducta, no tenéis disculpa si no es por vuestra necedad. Id hoy y tornad mañana ante mí, os mostraré vuestra crueldad y vuestra malicia.

---

5. De los varios pueblos de la zona con el topónimo de Palma creemos debe referirse a Palma del Río en la actual provincia de Córdoba, por ser el más cercano a Écija. La única información es relativa a los últimos años de la presencia judía en la Península.

6. La identificación de estos tres legados resulta polémica; está condicionada por la fecha en la que se determine ubicar el relato. Si es en el reinado de Alfonso XI, Don Yosef sería Yosef ha-Levi b. Efraim b. Yiṣḥaq ibn Šabat.

R. Šemuel ben Šošan podría identificarse con el poeta Šemuel b. Yosef ibn Šašon —forzando una confusión entre las letras *šim* y *śim*—, poeta de segunda línea que reflejó en sus composiciones la disputa de Don Yuçuf y el médico Ibn Waqar (cfr. § 10). Sus poemas fueron recogidos por Ḥamiel en 1962, bajo el título «Abne ha-Šoham...», *Sinai*, XXXV, 45-54, 134-142, 199. Schirmann, *Ha-širah II*, pp. 524-528. *E. J.*, VIII, 1195.

Sobre R. Abraham Benveniste sólo podemos decir que pertenecía a la conocida familia Benveniste. En el artículo de Cantera, «La judería de Burgos», *Sefarad*, XII, pp. 70-71, donde se recogen datos sobre el pago de los diezmos en tiempos de Alfonso XI, exactamente en 1343 y 1359, aparecen «como recaudadores por el Rey... Zag Abenbeniste» y «como vecinos... Don Salomón Bienveniste». Cfr. § 7.

Se sitúa en el reinado de Juan II, como hacen Loeb y Cantera, la identificación de los tres personajes es diferente: Abraham Benveniste sería el de 1432, Yosef su hijo e identificado Ben Śošan o Šošan. Cantera, *Vara*, pp. 172-173.

Se retiraron de allí los acusadores, contrariados. El segundo día por la mañana vinieron los legados de los judíos. Preguntó el rey sus nombres y fueron consignados en un libro. Habían convenido que hablase el portavoz de todos ellos, Don Yosef ha-Nasí, pues era muy sabio y versado en lenguas. Él comenzó y todos los nobles y el rey se deleitaron con su talento y sus razonamientos.

Dijo el rey:

—Ha disfrutado mi corazón con vuestras palabras. Los que vienen aquí por alguna verdad traen considerable porción de influencia para alcanzar gracia, y no hay duda sobre la verdad de vuestros asuntos. Pero, de todos modos, quiero preguntaros: ¿si a uno de vosotros, a quien tuvieseis por hombre veraz y honrado, se le hallara en la mano algo robado, diríais, por ventura, que no había robado?

Le dijeron:

—¿Quién podría negar lo que ven sus propios ojos, si en su mano está lo robado y existen testigos?

Dijo el rey:

—Que oigan vuestros oídos. He aquí a un judío en cuya mano y poder ha sido hallado un cristiano asesinado. ¿Cómo puedo yo declarar inocente a ese individuo, aun cuando sea tenido por hombre de bien y alegue que no es un homicida?

Replicaron los legados:

—¡Nuestro señor el rey! No es igual el hombre que robó y le vieron testigos a aquel en cuyo poder fuese hallado un cadáver; pudiera ser que otros lo hubiesen puesto allí.

Contestó el rey:

—Decís verdad. Bien sé que los judíos no tenéis en esto culpa alguna, pero tenéis pecados por otras cosas. Estos pueblos os atacan por vuestros pecados y por odio hacia vosotros.

Dijeron los legados:

—Háganos saber nuestro rey cuáles son esos pecados y nosotros recibiremos la respuesta como un siervo de su señor y como unos hijos de su padre.

Respondió el rey:

—Sabed que vinisteis a nuestras tierras desnudos y hambrientos; los cristianos os recibieron con amor pero vosotros les habéis devuelto mal por bien. Con el asunto de la usura les habéis arrebatado sus heredades, sus ganados y bueyes de labor.

»Segundo: Si sois siervos y desterrados, ¿por qué vestís ropas de príncipes —ello despierta envidia y odio— habiendo yo decretado en mi reino[7] que no vistierais de seda? Mas tenéis la disculpa de que si no escuchasteis la voz de Dios, ¿cómo escucharéis la mía? He aquí que os habéis salido de vuestra órbita y mi corazón me dice que las aflicciones os harán rectificar, pero sin que os aproveche. Si salís de mi reino, no será como la salida de Egipto, entre voces de júbilo y alegría, sino entre lamentos. Estoy asombradísimo de vuestro modo de pensar, pues tenéis costumbre de empezar ricos y morir pobres; cuando venís al mundo la estrella está elevada sobre vuestras cabezas y camina descendiendo hasta vuestros pies. El cristiano, por el contrario, su estrella comienza en sus pies y se eleva hasta sus cabezas; cuando nace el cristiano, viste harapos en sus comienzos y en su infancia, pero en su juventud y su vejez viste recamados.

»Tercero: ¿Qué significan vuestras reuniones cuando vais a los zocos en el día de una circuncisión?, ¿cómo salís?, vestidos como príncipes, y los ojos del pueblo miran y se consumen. Vosotros, los notables de vuestro pueblo, no estáis atentos sino a vuestra propia gloria pero las ovejas están perdidas con vosotros.

»Cuarto: Si coméis con un gentil, arrojáis la copa porque la ha tocado. Entre los gentiles se dice: «¡Murmuremos contra nuestro rey, que ha acogido en nuestra tierra a quien se burla de nosotros y nos llama inmundos!»

»Quinto: ¿Por qué enseñáis a vuestros hijos a cantar, estando vosotros durante toda vuestra vida obligados a llorar y llevar luto, si acerca de vosotros recordó el Dios de los Cielos que sois malvados y por esto os dispersó, cosa que no hizo a ningún pueblo gentil?

»Sexto: ¿Por qué adiestráis a vuestros hijos en la *esgrima*[8] si no salís a la guerra? ¿No es esto para poder, fácilmente, asesinar al cristiano?

»Tal vez si pensarais en vuestro destierro y dispersión, y en el peligro en que estáis siempre, no os ocuparíais en tales cosas. Todo esto demuestra que habéis perdido vuestros sentidos e inteligencia. Si mi pueblo obra así, la justicia está con ellos porque la naturaleza del im-

---

7. Esta prohibición fue una constante durante toda la Edad Media, tanto en los reinos cristianos como en los musulmanes.

8. *Esgrimah.*

perio nos obliga a ello; ya veis que la extensión de su imperio y la misericordia de Dios está con ellos. Habéis enseñado lo malo a mi pueblo, ¿por qué no habéis aprendido de él lo bueno, su virtud, su conducta y moralidad, obrando igual? Pero habéis aprendido de él lo malo y le habéis enseñado vuestra perversidad. No penséis que mis palabras son las de un hombre hostil, que si vuestro Dios conocía de antemano vuestras cualidades, y os amó, ¿cómo os aborreceré yo? No he dicho esto sino para libraros de manos de vuestros enemigos.

Respuesta de los legados:

—Hemos escuchado las palabras de nuestro señor, el rey, palabras de un rey clemente y de un padre misericordioso. Sabemos, rey nuestro, que te corresponde y es merced que nos corrijas;[9] mas proponemos ofrecer una disculpa por nuestras faltas, si nos concedes permiso.

Dijo el rey:

—¡Ojalá que supierais contestar!, porque no he venido por amar la disputa. Bastante honor os hago al hablar con vosotros en privado.

Dijeron los legados:

—Entre todas las faltas que ha recordado nuestro señor todavía se olvidó de otra gran falta que tenemos, y es que nadie aboga en nuestro favor sin que se trasluzca envidia u odio, aunque la bondad de la cosa le sea manifiesta. La palabra de nuestro señor y su ira, ¿no son acaso un testimonio de los que abogan en detrimento nuestro?

»En cuanto al asunto de la usura, antiguamente así fue, pero desde que se promulgó la disposición y decreto del rey,[10] no hemos tenido tal ocupación, salvo desde hace tres meses hasta hoy en que, contra nuestra voluntad, nos obligaron a que les prestásemos con intereses, porque no podían hacer sus siembras y plantaciones si no tomaban prestado. Cuando recordamos el decreto del rey, acudimos a su palacio, mas no tuvimos oportunidad de hablar con él. Su ministro nos preguntó, le referimos el caso y nos dijo: «Vosotros no tenéis culpa de eso porque, si el rey prohibió la usura, ¿acaso no fue en beneficio de los cristianos? Si rechazan ese beneficio, vosotros no tenéis

---

9. Sal. 142, 5.

10. En 1348, Alfonso XI, en los *Ordenamientos de Alcalá de Henares, Títulos IX y XIII*, prohíbe la usura a los judíos, pero también a los cristianos y con mayores castigos. Véase Lara, M. T., *Los judíos en los principales códigos españoles de la Edad Media*, memoria de licenciatura, Granada 1979.

culpa de ello, sobre todo si tomáis un interés módico y fijo por vuestros préstamos», como así hemos hecho.[11]

»De la cuestión del hurto, ¿qué diremos? Ciertamente somos semejantes a los ratones: uno come el queso y de todos ellos se dice. Naturalmente, se encuentran malos y buenos, pero a todos nosotros nos imputan el pecado. ¿Acaso no se halla entre los cristianos quien no robe o hurte? A pesar de que se hallen entre los cristianos todas las cualidades excelentes y superiores, todavía vemos diariamente que ahorcan por robo y hurto. Pero la soberanía encubre muchas cosas, como el velo en la mujer tapa muchas manchas. La diáspora es lo contrario, pues descubre y hace aparecer una mancha pequeña cual grano de mostaza como el globo del sol.

»Sobre los vestidos de seda. Desde el día en que el edicto fue promulgado no se halló a un hombre de nosotros que quebrantara la ordenanza. Nosotros, mensajeros de tu pueblo y los más ricos del nuestro, henos aquí con vestidos negros y de poco valor, ¿no era una razón llegar a la puerta del rey con ropajes caros?

Levantóse uno de los hombres y dijo:

—He aquí que las mujeres visten de seda y recamados, y portan oro.

Respondieron los legados:

—Puesto que el pregón sólo hablaba de que ningún hombre judío vistiese de seda, pero no decía: «No la mujer», pensamos que sería costumbre de los reyes el dar licencia y honra a las mujeres.

Dijo el rey:

—Según eso, vosotros andáis como asno de carbonero y vuestras mujeres cual mula del Papa. Eso no es justo.

Dijeron los legados:

—En cuanto a las reuniones, ¿qué hemos de hacer, nuestro señor? Nuestra ley nos manda practicar la benevolencia y un pueblo tan humillado como nosotros ojalá se mantuviera con la corporatividad.

»Sobre el canto y asuntos parecidos, ¿qué alma soporta no ser arrastrada a lo que ve en sus vecinos, cuanto más los muchachos y los jóvenes para cuya sujeción no hay fuerza bastante, ni ellos tienen entendimiento para guardarse de lo que no conviene?

---

11. En 1351 las propias Cortes pidieron al rey que la ley fuera revocada.

Respondió el rey:

—Hay razón en vuestras palabras. Ahora no os inquietéis, descansad en vuestras casas y mañana venid. Mucho de esto ya os ha sucedido y brilló en las tinieblas vuestra luz.

Por la mañana llegaron ante el rey, quien dijo:

—Es conveniente enviar un investigador a que indague el asunto.

Dijeron los hostigadores:

—Nuestro señor el rey, he aquí una carta de los jueces y el modo como han investigado e indagado.

Dijo el ministro:

—Que traigan al judío y lo torturen con duros tormentos. Él declarará lo que hizo.

Dijeron los legados:

—Si con tormentos se piensa obtener la verdad, sabemos de cierto que el judío dirá que lo asesinó e ingirió su sangre, pues son los judíos flojos de espíritu y de ánimo débil, y con poco dolor se doblegan a todo.

Declaró el rey:

—No temáis por esto, pues yo juré por la inmolación de nuestro Mesías que no recibiré ninguna confesión o prueba de un judío por medio de tormentos, por una cosa que sucedió al comienzo de mi reinado: fueron robadas dos cucharas de oro, y como entraban y salían dos hombres honrados llamados Yehudah Anquwah y Šemuel Anquwah,[12] dijeron todos los hombres de palacio que los judíos las habían robado según su costumbre. Di, pues, tormento a los judíos, e inmediatamente confesaron que las habían hurtado, y los ahorqué. Después de tres días fueron halladas las cucharas en poder de uno de mis ministros. Como se ve, eligieron la muerte pronta para librarse de la lenta que se produce con la violencia de los tormentos.

Dijo uno de los consejeros del rey:

—Antiguamente no juzgaban a ningún hombre mediante tormentos. Traigo el libro de las crónicas.

Indignóse el rey porque no le mencionaban a él en el asunto del robo de las cucharas. Al respecto dijo el monarca:

—No hay quien descubra este hecho, si no es el más fuerte de los fuertes.

---

12. Existen noticias de una familia Al-Anquwah en Sefarad.

Dijeron los nobles:

—¿Y quién es éste?

Replicó el rey:

—Hablad.

Dijeron ellos:

—Ya se trató esta cuestión en tiempos pasados. Hubo quien dijo que era la mujer, puesto que logró seducir al primer hombre y a Salomón, con toda su sabiduría. Preguntó un sabio a Platón:[13] «¿De quiénes hay más en el mundo, hombres o mujeres?» y él contestó: «Puesto que todos los hombres escuchan a las mujeres, todo el mundo son mujeres.» Hubo quien dijo que era el vino, que hizo emborracharse a Noé, por cuyos méritos se salvó todo el universo. Otros declararon que era el rey porque, si ordena destruir los montes, serán destruidos; otro expuso que era el apetito del hombre.

Dijo el rey:

—Fuertes son éstos, pero más que ellos es la hacienda. No hay envidia comparable a la envidia de los reyes, ni odio como el suyo, ni ambición de gloria cual la de ellos, ni alegría como la del triunfo; a pesar de esto, si diesen al rey dinero, haría cesar la guerra contra su enemigo. Del mismo modo todos los asuntos extraños se acomodan con el dinero.

»Que pregonen en mi territorio que a quien aporte algún testimonio se le darán quinientos doblones y su casa quedará libre de tributos reales. Veréis cómo entonces se descubrirá este asunto.

Salió en seguida un pregonero con trompetas. Al tercer día llegó un joven, como de unos dieciocho años, diciendo:

—¡Nuestro señor el rey, yo temo a Dios y declararé ante Él lo que sé!

Dijo el rey:

—A Dios es posible que tú temas, pero al dinero tú amas. Habla, porque inmediatamente se te dará una gran recompensa.

Dijo:

—Yo soy criado de mi señor llamado Juan de la Vera,[14] el cual

---

13. Pasaje no localizado.

14. Personaje no identificado, solamente un tal Juan de Vera aparece en la época de los Reyes Católicos. Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos c. 57*, *BAE*, t. 70, p. 608.

tuvo grandes pendencias con el judío en cuya casa ha sido hallado el muerto, por un asunto de una heredad, a causa de un préstamo de hace muchos años. Una noche me dijo mi señor: «Si matas a ese judío marrano,[15] te daré un vestido de seda muy caro y veinte doblones.» Dije:[16] «Soy un muchacho sin experiencia en hechos tales; anda, mátale tú que, como hombre, tendrás valentía.» Después de esto vi que mandó mi señor llamar a seis vecinos suyos y, cuando éstos llegaron, me ordenó que saliese afuera. Me dije: «¿Qué asunto será?», y apliqué mi oído detrás de la puerta y oí a mi señor que decía: «A estos judíos, desde que hicieron lo que hicieron a nuestro Mesías, su sangre está permitida, y los reyes, si los guardan, es porque les conviene por los tributos. He aquí que hoy ha sido enterrado un cristiano en[17] el cementerio próximo a nosotros; desenterrémoslo y arrojémoslo en casa del judío, nuestro vecino. Se levantará el pueblo y yo con ellos: nos repartiremos el botín.» Dijeron los vecinos: «Mas si hallan el sepulcro vacío, será descubierto el hecho.» Insistió mi señor: «Hay allí, cerca de su sepulcro, una piedra grande; la echaremos en el sepulcro en lugar del muerto.» Ellos se marcharon y, como tardaban, yo me acosté y no sé nada más que esto del suceso.

Mandaron llamar a Juan de la Vera. Dijo:

—Mi señor el rey, no es testimonio el de este muchacho, pues está enemistado conmigo a causa de su salario.

Dijo el rey:

—Ahora no tenemos necesidad del joven. Que vayan a ver si se halla allí una piedra y no un cadáver; la piedra testificará contra ti.

Marcharon y encontraron tal como había dicho el muchacho.

Dijo Juan:

—El judío, él es el que sacó el cadáver y puso la piedra.

Exclamó el rey:

—¡Oh, impuros! ¡Vosotros declaráis que para extraer la sangre de ese hombre habíanle sacado los judíos! Después de estar muerto el hombre, ¿es posible extraer sangre de él?

Cuando estaban en esta conversación, llegaron dos hombres y de-

---

15. *Ha-yehudi ha-ḥazir* se emplea con el doble sentido de «marrano»: como judío converso y como puerco.

16. Juec. 8, 21.

17. Literalmente, «y».

clararon cómo habían visto durante la noche a alguien llevando un cadáver pero no reconocieron de quién era.

Dijo el rey a los nobles:

—¿No os dije que nada hay tan poderoso como el dinero? ¡Alabado sea el Señor, que esclarece la verdad!

Ordenó el monarca que enterrasen a Juan de la Vera hasta la cabeza y lo dejaran allí hasta que muriese, y que a los vecinos ahorcaran. El país temió y quedó tranquilo.

§ 9

Novena Persecución

En el tiempo en que el pueblo de los godos dominaba sobre todos los países de occidente y otros reinos, y sobre toda la gran ciudad de Roma. En aquellos días reinaba sobre Roma un rey poderoso llamado Sisebuq.[1] Era el año 800 de Jesús.[2]

Se exigió[3] a todos los judíos que había en Sefarad que recibieran el bautismo de Jesús en lugar de la circuncisión, que, si hacían esto, dominarían en su reino, igual por igual que los cristianos, sus correligionarios. Cuando los judíos oyeron su intención, reuniéronse de todas sus ciudades en la capital, alzando la voz entre ayuno, llanto y clamor. Al fuerte clamor, llegaron los cristianos y les preguntaron:

—¿Cuál es el problema?

Cuando lo contaron, les dijeron los cristianos:

—Recibid lo que se os manda, porque este rey es obstinado y se mantiene firme en su idea y no tendréis éxito con él a pesar de cual-

---

1. Sisebuto (612-620). Este monarca visigodo jamás reinó sobre territorios fuera de la península Ibérica. Respecto a su política con los hebreos, no sólo confirmó las anteriores normativas antijudías, sino que decretó la expulsión de los judíos que no se bautizaran.

Véase *El valle del llanto* de Yosef ha-Kohen, trad. P. Tello, Barcelona 1989, vol. XIII de esta colección.

2. La fecha no coincide con la que aporta Yosef ha-Kohen, 4374/616, ni tampoco con la de los hechos relatados.

3. IV Concilio de Toledo, presidido por Isidoro de Sevilla. J. Vives, *Concilios visigóticos*, Barcelona 1963.

quier esfuerzo o trabajo. Si no lo complacéis en esta pequeñez, os obligará a dejar toda vuestra ley; veréis que no os aprovechan vuestros ayunos. Por esto, contentadlo en lo poco para que no os exija en lo mucho.

Replicaron los judíos:

—Es el precepto de la circuncisión fundamento de toda nuestra fe, ¡y decís vosotros que nos pide una pequeñez! Nos pide todo, y moriremos todos nosotros pero no dejaremos un solo precepto, mucho menos el que es base de toda nuestra religión.

Inmediatamente juntáronse todos y fueron a presencia del rey, comunicándole que aprestase sus muertes, pues no dejarían un solo precepto y mucho menos el mayor que existe en su religión.

Díjoles el rey:

—¡Oh infelices, necios y soberbios!, que rogáis en vuestra oración «El reino de la soberbia sea pronto extinguido.»[4] Contra vosotros rogáis, pues no tenéis otro reino que esa soberbia. ¿Por qué habéis tomado un consejo tan insensato como éste? Os juro que, si no recibís el bautismo de Jesús, inmediatamente haré que infrinjáis todos y os aprovechará.

Entonces ordenó que si no recibían el bautismo de Jesús en el espacio de un mes, les forzasen a transgredir toda su religión y después fueran pasados por las armas.

Marcharon los judíos con plata y oro como presente a los nobles a fin de que suplicaran al monarca que aceptase sus riquezas para emprender sus guerras, y los dejase a ellos en su religión.

El rey les contestó:

—Seré llamado, entre los reyes, rey codicioso. Dirán que sólo pedí el bautismo de Jesús para que llegasen a un convenio de dinero. Entonces yo puedo obligarles a recibir mi religión, como ellos nos harían si tuviesen poder.

Contra esto respondió Roberto,[5] el sabio, diciendo:

—Nuestro señor el rey, Moisés, nuestro maestro, y Josué, ministro de él, no obligaron a ninguna nación a aceptar la ley de Moisés, sólo a que recibiesen los siete preceptos, que son preceptos del primer

4. Oración que alude a Jer. 50, 31-32.
5. Sabio cristiano no identificado.

hombre. Además, Josué, cuando llegaba cerca de cualquier ciudad amurallada para pelear contra ella, echaba un pregón diciendo: «El que quiera pactar con nosotros y recibir una ley, haga la paz, quiere decir los siete preceptos; el que desee salir de la ciudad y huir, huya; y quien desee guerrear, desenvaine la espada y venga.»

Dijo el rey:

—Josué fue rey en su tiempo y yo lo soy en el mío, y tomaré de estas tres partes la que más me conviene, esto es, que acepten un precepto solamente en lugar de los siete preceptos a que Josué forzaba.

Después de eso envió el rey a por los judíos y díjoles:

—Yo busco vuestro bien; ¿por qué lo rechazáis con las dos manos? Yo he oído al Papa y a los obispos que todo aquel que no recibe el bautismo de Jesús queda contaminado para siempre y no podrá entrar en el Jardín del Edén.

Dijo uno de los sabios judíos:

—Está escrito en nuestra Torah que Israel despreció un gran regalo que Dios les había dado, esto es, la tierra de las delicias, la tierra que mana leche y miel, y ¿cuál fue su castigo?

Dijo el rey:

—Está claro, o sea, que no la verán.

Dijo el sabio:

—Escuche nuestro rey. He aquí que su Excelsa Majestad nos concede un Jardín del Edén y nosotros lo despreciamos. ¿Será nuestro castigo, según eso, que no iremos allí?

En seguida mandó prender a todos los principales del pueblo y ponerlos en dura prisión durante muchos días. A consecuencia de los grandes sufrimientos y angustias, abandonaron la Ley muchas de las comunidades de Sefarad.[6] Cuando murió este rey,[7] marcharon a buscar a Dios en otros lugares; yéndose, muchos lo encontraron, pero muchos se perdieron sin hallar refugio.

---

6. Las disposiciones de Sisebuto no afectaban a todas las comunidades hebreas, estaban dirigidas a los obispos de localidades concretas, casi todas de la Bética, como Córdoba, Tucci (Martos, Jaén), Mentesa (La Guardia, Jaén), etc.

7. Suintila, sucesor de Sisebuto, revocó los decretos, pero su sucesor Chintila decreta de nuevo la expulsión de los no cristianos de sus territorios.

§ 10

Décima Cuestión

Acaeció en los días del rey Don Alfonso,[1] hijo del rey Don Sancho, hijo del rey Don Alfonso el Grande,[2] que reinó en las tierras de Castilla y en las ciudades de Toledo, León, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaén, Algarbe y Molina, diez reinos.[3] Tenía un año de edad Alfonso al ser proclamado rey, por esto buscaron los nobles del país, para regentar el reino, a dos magnates llamados infantes:[4] el uno, Don Pedro, hijo del rey Don Sancho; y el segundo, Don Juan.[5] Murieron ambos en la guerra en un mismo día y confiaron la regencia a Don Juan, hijo del infante Don Manuel.[6]

Por aquellos días había un hombre en tierra de Écija,[7] cuyo nombre era Yosef ben Efraim ben Abi Šabat ha-Leví,[8] concediéndole Dios acceder a la corte del rey y la recaudación de los tributos. Todos los servicios del monarca los atendía Yosef justamente, desde el principio

---

1. Alfonso XI (1312-1350). En realidad, nieto del rey Don Sancho IV el Bravo (1284-1295) e hijo de Fernando IV el Emplazado (1295-1312). También en algunos documentos cristianos aparece como hijo de aquel rey, tal vez por haber accedido al trono a temprana edad —trece meses—, como su padre, y haber obtentado la regencia Doña María de Molina, madre y abuela, respectivamente, de ambos monarcas.
2. Alfonso X el Sabio.
3. Efectivamente, fue rey de Castilla, León y Galicia; de Toledo, Córdoba, Sevilla, Murcia, Jaén y el Algarbe, territorios conquistados al Islam; y del señorío de Molina que pertenecía a su abuela Doña María.
4. *Infa'nteś.*
5. En las Cortes de Palencia de 1313 se señalaron dos bandos para obtener la tutoría del niño-rey: uno a favor de Doña María de Molina y el infante Don Pedro, abuela y tío del rey respectivamente; otro apoyando a Doña Constanza, madre del rey, y al infante Don Juan, hijo de Alfonso X y tioabuelo del monarca.
6. Murieron en 1319 en la Vega de Granada: Don Pedro de las heridas del combate y Don Juan de una dolencia súbita. La muerte de los regentes desató de nuevo las intrigas, aspirando a la regencia Don Juan el Tuerto, hijo del fallecido infante Don Juan, y Don Juan Manuel.
7. Cfr. § 8.
8. Cfr. § 8. Baer, *Historia*, I, pp. 255 ss. A. Ballesteros, «Don Juçaf de Ecija», *Sefarad*, VI, pp. 253-287.

hasta el fin. Hombre inteligente, sabía tocar instrumento[9] y era de muy buen aspecto; Dios estaba con él. Cuando el rey le vio fiel y diligente, confióle todo su reino. No existía en el reino de Castilla nadie más grande que él.[10] Era el segundo después del rey y el primero entre los judíos.

Tenía Yosef por ayudantes a los hijos de los nobles, que comían a su mesa; gozaba del servicio de carruajes y caballos y cincuenta hombres corrían delante de él.[11]

Por aquellos días vivía allí un hombre llamado Gonzalo Martín,[12] quien, bravo guerrero y servidor de Yosef, se alzó por Satán y se rebeló contra Yosef, que le había confiado algunos lugares del reino. Envidioso de Yosef, su amo, llegó a decir:

—¡Va a imperar un judío sobre nosotros!

Y se puso a maquinar un medio perverso para perderle, diciendo para sí:

—Acaso Dios haya apartado su rostro de ellos; ellos lo han abandonado, Él los ha abandonado y ahora podré vengarme de Yosef y de todos ellos.

Se fue al rey diciéndole así:

—¡Nuestro señor rey! Si escuchas mi consejo, yo te daré dinero en cantidad para emprender las guerras.[13]

Preguntóle el rey cómo iba a lograr tal cosa. Gonzalo dijo:

—Véndeme diez judíos de tu reino y yo te libraré ocho talentos de plata, que irán al tesoro real.

Dijo el rey:

---

9. Así lo manifiesta Don Alfonso IV de Aragón en una carta que envió a Yosef en 1329.

10. Con catorce años de edad (1325) el rey se hace cargo del gobierno y nombra consejeros a Garcilaso de la Vega, a Alvar Núñez de Ossorio y Don Yuçaf: «El porque desde luengos tiempos era acostumbrado en Castiella que avia en las casas de los Reyes Almojarifes Judios, el Rey por esto, et por ruego del Infante Don Felipe, su tio, tomo por Almojarif a un judio que dician Don Juzaf de Ecija, que ovo gran logar en la casa del Rey, et gran poder en el regno con la merced que el Rey le facia», *Chrónica de Alfonso XI*, cap. XLII, ed. de Cerdá, 1787.

11. II Sam. 15, 1.

12. Gonzalo Martínez de Oviedo († 1340), despensero de la casa del rey. Baer, *Historia*, I, 282-287.

13. Contra el reino nazarí de Granada.

—¿Quiénes?

Dijo Gonzalo:

—El primero de ellos Yosef, tu almojarife, que ha dilipendiado todo tu tesoro y agotado la hacienda de los pueblos; y Šemuel ben Waqar,[14] el médico, a quien nombraste consejero, y otros ocho ricos de tu reino. Véndemelos con sus hijos y su familia.

Dijo él:

—Sea como dices.

Dijo Gonzalo:

—Escríbelo y séllalo con el anillo real; yo te entregaré la plata en moneda corriente.

Quitóse Don Alfonso su anillo, entrególo a Gonzalo, redactando todo lo que había mandado el enemigo: cómo el rey vendía a Yosef, a Šemuel el médico y a ocho varones principales, a ellos, a sus hijos y todos sus muebles e inmuebles, a Gonzalo Martín.

Encarcelaron a Yosef y a Šemuel el mismo día.[15] Yosef murió en la prisión. Se notificó al rey, el cual se disgustó mucho. Ordenó el rey que lo trasladasen con honores a la ciudad de Córdoba; subieron con él un tiro, jinetes y un considerable cortejo. Además el rey dispensó a la mujer y a sus hijos de todas las exanciones y tasas que les estaban impuestas.

Pero cogió el tirano a Šemuel y a dos hermanos suyos y los encadenó, y lo mismo a sus hijos. Encontró plata y oro en cantidad y un gran tesoro de Šemuel. Púsole hierros a los pies y le atormentó. Murió de los sufrimientos y fue puesto dentro de un arca en la prisión; no se le dio sepultura hasta pasado un año completo. Nadie fue tan grande como Šemuel en su época; gran sabio, consejero del rey y astrólogo; los hechos de Šemuel fueron consignados por todos los reyes de Castilla.[16]

---

14. Šemuel ibn Waqar de Toledo, médico y astrónomo. Amador de los Ríos lo llama Aben Hüer; *op. cit.*, pp. 340-341. Médico del rey, sustituyó en la privanza a Don Yosef en 1330: «... De la privanza que Don Simuel Abenhuacar avia en la merced del Rey, et por eso tenia las rentas todas las fronteras», *Chrón.*, § XCIX. Acuñó moneda en menoscabo de los «hombres buenos» de las villas, lo que le granjeó las antipatías de los cristianos. Su consejo acerca de la prohibición del comercio en la frontera sur provocó la guerra con Granada. Según Steinschneider, él es el autor del libro *La Medicina Real Castellana con métodos prácticos*, escrito en árabe.

15. En 1336.

16. *Chrónica de Alfonso XI.*

Después de esos acontecimientos, el rey engrandeció a Gonzalo, alzóle en dignidad sobre los otros nobles y le hizo Maestre de Alcántara y de todos los castillos de Alcántara.[17] Tuvo además carroza y caballos. Se ensoberbeció[18] y pensó:

—Ésta es la ocasión de destruir a todos los judíos.

Se dijo:

—Aniquilaré a los judíos nobles, los que tienen asiento en la puerta del rey y, después de esto, perderé a los restantes judíos.

Pero vio que no conseguiría perderlos a todos a la vez, pues quizá no lo consintiera el rey.

Comenzó a calumniar contra todos los principales de las comunidades israelitas, Don Šemuel ben Ya'iš[19] y R. Mošeh Abzaradiel,[20] que gozaban de gran ascendiente ante los señores del país. Los llevó a su casa y les dijo:

—El rey quiere de vosotros tanto dinero que de ningún modo lo podréis conseguir.

Se autonombró intermediario entre ambos, pero en realidad buscaba perderles. Pero Dios se apiadó de ellos y acordaron ellos mismos con el rey la suma.[21] Mošeh volvió de nuevo a la puerta del monarca, era el gran escribano del rey. Fue grande[22] en el reino de Castilla. Supo el rey que Gonzalo Martín era perseguidor de los judíos, pues no hacía más que hablar en contra de todos los descendientes de Israel.

---

17. Fue nombrado en 1336: «Et porque estonce avia en casa del rey un su ome que dezian Fonzalo Martinez de Oviedo, Despensero de su casa, et era que fasta en aquel tiempo le avia muy bien servido el Rey... fizo que freyrasen a Gonzalo Martinez et que le diesen el Maestradgo de Alcantara... et fue maestre, et entregaronle los castiellos de la Orden», *Chrón.*, § CLXXVIII.

18. Literalmente, «creció su corazón».

19. Šelomoh b. Ya'iš, médico sevillano que estuvo al servicio de Alfonso XI en aquella ciudad. Se conserva su lápida con una inscripción que afirma que murió el 1 de junio de 1345 (*siwan* 5105). Cantera, F., «La epigrafía hebraica de Sevilla», *Sefarad*, XI, 371 ss., y «Unas palabras más sobre R. Šelomoh b. Ya'iš», *Sefarad*, XI, 340-370.

20. Secretario de Alfonso XI. Durante un tiempo fue *dayyan* de Toledo. Identificado como Mošeh b. Yosef Azi Zardil, el cual aparece en una lápida en Toledo. Véase Cantera, *Inscripciones*, pp. 54-58. Baer, *Historia*, I, p. 257.

21. Cantera, «La judería de Burgos», *Sefarad*, XII, pp. 70-71.

22. Literalmente, «fue y creció».

Pasaron los días y el rey de los musulmanes declaró la guerra al rey de Castilla.[23] Pasaron multitudes de ismaelitas, como bandadas de langosta; cruzó el mar Abu Malik, hijo del rey Abi al-Hasan, rey de Marruecos. Esto preocupó mucho al rey de Castilla y los nobles le decían:

—¿Qué podremos hacer contra esa enorme multitud?

Entonces Gonzalo, el perseguidor, contestó:

—Yo me permito aconsejar al rey un medio seguro para que obtenga una suma de dinero considerable.

Dijeron los nobles:

—¿Qué harás?

Dijo el tirano:

—Si al rey le parece bien, mande recoger todo el dinero de los judíos que hay en todas las ciudades de su reino, y yo entregaré, de lo que se les halle, cuatro millones. También que se expulse a todos los judíos del reino, y haré que los hombres de los reinos den al rey otros cuatro millones en compensación de los pechos y servicios que los judíos prestan al rey año tras año.

Fue oído esto por el rey, quien pidió su consejo. Habló en estos términos diciendo finalmente:

—¿Por qué medio quedará patente mejor que por este consejo mío, que yo soy un fiel servidor del rey? Si tú temes a Dios, considera que los olvidó, los arrojó de su presencia, y no ha vuelto a mirarlos. Y si Él se enfureció contra ellos, ¿cómo tú los quieres con buena voluntad? ¡Cuántos días hace que Israel no tiene rey, ni juez, ni sacerdote, ni ley! ¡Son un pueblo rebelde sin provecho ni utilidad! ¡Nuestro señor, el rey, sale a la guerra contra sus enemigos mientras ellos comen y beben en sus casas! ¿Qué provecho te reporta el dejarlos pacíficamente en tu reino? ¡Expúlsalos, porque a ningún rey conviene conservarlos! Al efecto, expida el rey edictos desterrando a los

---

23. El rey de Granada, Muhammad IV, pidió ayuda al monarca meriní de Marruecos, Abu'l-Hasan 'Ali, que acudió en ayuda de su correligionario obligando a Don Alfonso a una tregua en el verano de 1333. En 1340, reinando en Granada Yusuf I, Abu'l-Hasan cruzó el Estrecho y sitió Tarifa, se produjo la famosa batalla del Salado en la que Alfonso XI, ayudado por los genoveses, derrotó a los musulmanes. Laredo Quesada, *Granada, historia de un país islámico (1232-1571)*, Madrid 1969, pp. 91 ss.

judíos que hay en su reino y ordenando que a todo el que sea encontrado como judío en el interior de su casa, sean sus bienes para el rey y su cuerpo entregado a la muerte. También debe nombrar el rey recaudadores que recojan todo el botín de plata y oro para ingresarlo en el tesoro real.

Escuchó el rey y guardó silencio. Algunos de los allegados al rey increparon a Gonzalo diciendo:

—¡En esta ocasión no es un buen consejo! porque la costumbre de Castilla y de sus reyes ha sido amar y guardar a los judíos; ¿quién te escuchará en este asunto?

Dios inspiró al jefe de la curia, el arzobispo Don Gil,[24] poniendo palabras en su boca; de esta suerte habló respondiendo al tirano. Dijo a Gonzalo:

—¿El rey no te nombró para aconsejar rectamente? Has aconsejado en oprobio de tu casa. Porque ¿acaso no son un tesoro para el rey los judíos, un tesoro precioso, y tú pretendes perderlos y que haga el monarca lo que no hicieron sus padres? Tú no eres enemigo de los judíos, sino del rey.

El soberano seguía escuchando, pero sin replicar palabra. También escucharon los nobles y todos gritaron diciéndole:

—No es por odio a los judíos, sino por odio y desamor al rey.

Había escuchado el mencionado Mošeh y tuvo miedo; mandó cartas haciéndoselo saber a todos los judíos. Se congregaron en las ciudades, ayunaron, lloraron y clamaron al Dios de sus padres, diciendo:

—¡Piedad, Señor! No consientas que seamos destruidos[25] por consejo del tirano; tuya es la justicia y para nosotros es el oprobio, para el hombre de Judah, el salvado de Jerusalén en Sefarad. Oirán esto los pueblos, nos cercarán y borrarán nuestro nombre. ¿Y qué harás Tú por tu inmenso nombre? ¿Por qué te muestras como un hombre aturdido, estando Tú cerca de nosotros? ¡Piedad, oh Señor, para con nosotros! ¡Que sepan las naciones que Dios lucha por Israel; redímelos de la mano del tirano!

Los príncipes ismaelitas fueron contados, resultando ser tantos

---

24. Don Gil Álvarez Carrillo de Albornoz (1310-1367). Arzobispo de Toledo desde 1337. Ascendió a cardenal ocupándose de la reorganización de los Estados Papales.

25. Jon. 1, 14.

guerreros armados como arenas hay en la orilla del mar. El rey nombró nobles guerreros para guardar los pasos del mar, a fin de impedir a los ismaelitas atravesar. El rey nombró jefe a Gonzalo que, tomando carros y jinetes, penetró en el campamento musulmán con bravura, haciendo en él una terrible matanza; aquéllos se hallaban dispersos por el campamento, reinando entre ellos una gran confusión. En total los caídos del campamento musulmán en aquel día fueron diez mil guerreros armados. Un ballestero que disparó su arco al azar hirió a Abu Malik, emir de los musulmanes, entre las correas y la malla. El rey musulmán ordenó a su escudero:

—Sácame del campo de batalla, estoy herido.

Pero cayó de la carroza y murió. Gonzalo salió de la batalla muy contento y satisfecho, exclamando para sí:

—Ahora accederá el rey a mis propósitos contra los judíos y me vengaré de mis enemigos.

Pero él no sabía que Dios lo había abandonado.[26] Él apareció con mano fuerte. He aquí que Dios, celoso de su pueblo, había tocado el corazón del rey e hizo que éste enviase a un caballero para prenderlo. Partió el caballero y lo halló en el campo con sus caballos y carros. Le dijo el tirano:

—¡Hola!

Él le respondió:

—No hay saludo porque el rey me ordena prenderte.

Huyó, entrando en una ciudad de doble puerta, en la que había una elevada torre y, mandando decir al rey duras palabras, lo insultó.[27] Todo ello lo hacía Dios para derrocarlo e impedir que lograra su perdición. Se enfureció mucho el rey, llenándose de ira contra él. Mandó prender a todos sus hermanos, encarcelándolos en prisión, y tomar todos los bienes que les fueran hallados a él y a sus hermanos en todo su reino para que fueran ingresados en el tesoro real. Después de esto, dio orden el rey de detenerlo y encerrarlo en la torre alta. Lo atacaron y él dirigió duras palabras contra el rey. Sus arqueros, disparando desde la torre, hirieron a un caballero, escudero del monarca, a cuyos pies cayó y murió. Se encolerizó el rey ordenando que pegaran

---

26. Cayó en desgracia por la intervención de Doña Leonor de Guzmán, favorita del rey, siendo acusado de conspiración.

27. Literalmente, «puso su lengua en el Rey».

fuego a la torre y prendiesen al tirano. El monarca le sometió a juicio y mandó estrangularlo. Fue estrangulado y reducido a cenizas.

¡Bendito sea el Señor de las misericordias, que puso tal inspiración en el corazón del rey para vengar a su pueblo!

Ayudó el Señor a su pueblo en el mes duodécimo, el primero de Adar.[28] Entonces entonó Israel este cántico al Altísimo:

Cantaré al Señor, porque es excelso.
La miseria de su pueblo ha visto.
Dios, señor de la guerra,
ha peleado por nosotros.
Tu diestra, oh Señor, es magnífica,
con tu gran majestad aniquilaste a tus enemigos.
Le has repuesto su galardón en su cabeza.

Cada poeta componía sobre él, diciendo:

¡Cómo ha acabado el tirano...!
¡Ha quebrado el Señor el cetro de los malvados...!
¡Arrojada al abismo su soberbia,
a lo profundo del infierno para siempre![29]

Después de estos sucesos, calmada su ira, el rey Don Alfonso se acordó de Gonzalo y de lo que hizo. Dijeron los pajes del rey a sus ministros:

—Que traigan el libro de las crónicas.

Se pusieron a leer en su presencia. Hallaron escritas las calumnias contra Šemuel ben Waqar y sus hermanos y el escrito de la venta de sus personas.

—Si al rey le parece bien, deben venderse los hermanos del tirano y todo lo que tienen de cuanto arrebataron a los judíos. Así se hará con él lo que él hizo.

Mandólo el rey y fueron vendidos por un escrito de venta todos los bienes del enemigo y todos los de sus hermanos en favor de los

28. Febrero-marzo.
29. Is. 14, 4.5.11.

judíos que tenían asiento en la puerta del rey. El rey se quitó el sello, que había recogido del tirano, y lo entregó a Mošeh. Salió de allí el tal Mošeh feliz, y todos los judíos que había en el reino de Castilla se alegraron y regocijaron por todas las bondades que Dios había hecho a Israel.

§ 11

Undécima Cuestión

El año 5250 hubo decretos de expulsión generales[1] en tierras de Saboya, Piamonte,[2] Lombardía,[3] Sicilia[4] y Rosellón,[5] mas no se hallan escritas las particularidades ni la causa de estos decretos.

---

1. 1490 d. C. La fecha indicada por Ibn Verga es aproximada, pues en todos los lugares señalados no sucedieron en ese mismo año.

2. Desde que esta región fue anexionada en 1418 a la Casa de Saboya con Amadeo VIII, la historia de los judíos del Piamonte es la misma que la de sus correligionarios que vivían en aquellos territorios. En 1428 el Piamonte incluía: Turín, Moncalieri, Pinerdo, Sagliano, Fossano, Mondovi, Cuneo, Carignano, Vigone, Villafranca, Cavallermaggiore, Busca, Perosa, Cavour, Envie y Barge.

Los judíos se asentaron en el Piamonte a finales del siglo XIV; la mayoría eran de extracción francesa, huidos de las persecuciones.

Las comunidades dependientes de la Casa de Saboya gozaron de la protección de ésta; con un *Status*, desde 1403, que les permitió unas libertades desconocidas en el resto de los países europeos, aunque se encuentran algunos documentos relativos a acusaciones formuladas contra judíos por actividades sacrílegas y crímenes rituales, pero nunca reflejan la violencia de otros lugares.

No existe documento alguno relativo a la expulsión de los judíos de estos territorios, pero el absoluto y prolongado silencio que se produce a finales del siglo XV —la última noticia es el *Statuto de Saluzzo* de 1480— y durante el XVI, hace suponer que hubo una expulsión.

3. Los primeros asentamientos judíos en la Lombardía se produjeron en el siglo XIII pero, tras ser expulsados de Milán, no existió una comunidad permanente hasta después de la Revolución francesa. En otras ciudades de la región, como Cremona y Pavía, las comunidades se vieron incrementadas con la llegada de los alemanes huidos de las persecuciones acaecidas tras la peste negra de 1348.

No se tienen noticias de una expulsión general de los territorios dominados por el Ducce de Milán. En 1457 se decretaron una duras regulaciones, como la de la prohibición de sacrificar animales según el ritual judío. Pero aún hay noticias de pagos de impuestos en 1463.

4. La expulsión se produjo en 1492.

5. Expulsión en 1498.

También en Florencia[6] hubo persecuciones y expulsión; y apostataron una gran multitud del pueblo judío, pero tampoco después de apostatar pudieron descansar, según la palabra divina:[7] «No descansarás jamás en esos pueblos.»

Pasado algún tiempo, muchos intentaron volver a su Dios estando en otros reinos, mas, cuando se supo que sus intenciones eran marcharse para judaizar, levantáronse contra ellos a miles y miríadas, tomándoles sus bienes y dinero para el rey.

Muchos de los judíos que habitaban en Cerdeña[8] fueron asesinados por el camino. Los que quedaron en Provenza,[9] después de la persecución, practicaron en secreto la religión judaica, particularmente las mujeres; si bien éstas hacíanlo por rutina, pues si se les preguntaba por qué encendían una lámpara la víspera del sábado o por qué sacaban legumbres y los mejores manjares a la mesa la noche del sábado, decían que así lo habían visto hacer a sus madres.[10]

Dice Yosef ben Verga:[11]

—Una cosa parecida oí de labios del excelso príncipe, el gran médico R. Mošeh Hamon,[12] honor a nuestro maestro el Rabino, el cual vio en Tabris,[13] cuando fue a la guerra con el rey que dominaba sobre

---

6. Cantera, p. 189, lee Provenza.

Los intentos de conversión y expulsión de judíos de Florencia se produjeron en 1495. En esta ciudad, a pesar de ser el centro de las finanzas europeas, los judíos tenían prohibida la entrada intramuros de la ciudad, si bien algunas ciudades de los alrededores les permitieron asentarse. En 1437, tras solicitar permiso al papa Eugenio IV, se les permitió a un grupo de judíos crear un banco y la comunidad prosperó rápidamente bajo la protección de Lorenzo de Médicis.

7. Deut. 28, 65.

8. Hay ciertas dudas sobre la identificación de este nombre, *Syrdynny'a*, si corresponde a Cerdeña —Sardina— o a la Cerdaña. Cantera, p. 189, acepta la lectura de Mosé de León de Cerdaña; Wiener se decide por Sardinia.

La expulsión de Cerdeña tuvo lugar en 1492.

9. Las persecuciones con intento de conversión forzosa y la expulsión de Provenza a la que se debe de referir serían las de 1501.

10. Debió de ser reflejo de su propia experiencia.

11. Comienza uno de los añadidos de la crónica realizados por Yosef, hijo de Šelomoh. Vivió en Adrianópolis († 1599), donde fue un destacado miembro de su comunidad. Discípulo de Yosef ha-Fezí, fue autor de varios libros como el *Šebeṭ Yosef* y revisó la obra de su padre, a la que añadió algún que otro pasaje, y la publicó en 1555.

12. (C. 1490-c. 1554.) Médico contemporáneo de Yosef, el miembro más des-

todos los reinos del mundo, el sultán Soleimán,[14] ensalzado sea su nombre, que los habitantes tenían cerrados muchos negocios en sábado, siendo ellos perfectos musulmanes. Les preguntó por qué razón cerraban los negocios y le contestaron que no sabían el motivo de ello, ni tenían explicación, como no fuera que habían visto a sus padres cerrar en sábado. Esto sucedió durante el tiempo en que hubo allí una terrible y gran persecución.[15]

Volviendo al primer asunto.[16] En aquellas tierras hubo en dicho año, el de la persecución, una cruenta peste entre todos los pueblos, pero de los conversos no murió ni uno. Cuando vieron los gentiles aquella peste, se dijeron:

—Ya que la peste es contra nosotros y no contra los conversos, mandemos que se marchen al lugar que quieran.

Entonces salieron muchísimos conversos a fin de salvar su alma; pero otros muchos permanecieron en aquellas tierras, temerosos de que fuese un artificio para descubrir su interior, y se quedaron miles en esos países. En esos lugares siguieron practicando la religión judaica y, a pesar de que eran molestados, no dejaron de guardar, cuanto podían, la ley de Moisés, siervo de Dios.

Algún tiempo después se alzaron contra ellos los inquisidores y los aniquilaron, comenzando a quemarlos y a usurparles sus bienes, hasta que surgió un rey que se apiadó de ellos y ordenó que no hu-

---

tacado de la familia de médicos, de origen granadino, Hamon. Sirvió a los sultanes Selim I y Soleimán el Magnífico, al que acompañó en la campaña de 1534 en Persia. Cfr. § 37.

13. Ed. Soḥet, p. 182, lo identifica con Azerbaygan, ciudad al norte de Persia, hoy capital de una de las repúblicas soviéticas del Cáucaso.

Cantera, p. 190, con Weiner, lee Egipto. Mosé de León, Tiberias.

14. Soleimán el Magnífico, sultán otomano (1520-1566). En 1534 estuvo en Tabris durante la guerra que mantuvo con los persas.

15. Según ed. Soḥet, p. 182, no existen noticias de tal persecución.

16. Según ed. Soḥet, p. 182, en este punto se hace referencia a la matanza de conversos de Lisboa de 1506 y a las posteriores disposiciones del rey Don Manuel, que aparecen narradas en el § 60 de esta obra. Disentimos de esta opinión, pues la distorsión de datos no se justifica dado el conocimiento directo que de los hechos tenía Ibn Verga; creemos que se refiere a los territorios del norte de Italia, arriba mencionados, y a la epidemia de peste y hambre que asoló la región de Turín en 1430-1431, y terminó con una serie de falsas acusaciones, persecuciones y matanzas de judíos, que el príncipe hubo de reprimir duramente.

biese ningún inquisidor en su reino ni hombre alguno les imputase nada, pues ellos obraban correctamente.

§ 12[1]

En tiempo del rey Don Manuel, hijo del rey Alfonso,[2] en la ciudad de Ocaña[3] sucedió que entró en casa de un cristiano un niño pequeño, de tres años de edad; como el cristiano estaba enemistado con la madre del niño, una cristiana, dijo:

—¡Echad afuera al hijo de esa insolente y prostituta!

Como no salió inmediatamente, se levantó, lo pateó, hiriólo en el vientre y murió el niño. Cuando vio que estaba muerto, lo escondió y durante la noche lo echó por la ventana de un judío vecino suyo, pues el judío no estaba en la ciudad.

Cuando aún era de noche, se levantó la mujer del judío y del susto el alma se le salía y se desmayó; comprendió que lo habían arrojado allí para inculparla. Fue a la entrada de la casa para ver si podía echarlo en el zaguán de alguna cristiana pero oyó a la madre del niño que gritaba buscando a su hijo.

Decíanle los vecinos:

—Entró en casa de ese judío y aún no ha salido. Ésta es la víspera de su fiesta y habrán hecho según su costumbre.[4]

A la pobre judía, cuando esto escuchó, se le salió el corazón del

---

1. Capítulo con dos partes bien diferenciadas: la primera, una falsa acusación de crimen ritual; la segunda, un discurso de un delegado judío ante el Senado romano.

2. Don Manuel de Portugal, contemporáneo de Ibn Verga. La contradictoria política de este rey para con los judíos dio lugar a que los cronistas, incluso este mismo autor, emitieran las más diversas opiniones sobre su persona. Véase §§ 13, 59 y 60.

3. No se conoce en Portugal una localidad con ese nombre, debe referirse al pueblo toledano de igual nominación. *E. J.*, XII, 1316. Uno de los crímenes rituales más conocidos tuvo lugar en un pueblo cercano, nos referimos al llamado caso del «santo niño de la Guardia». Cfr. §§ 16, 17, 61.

4. Se refiere a la fiesta *Pesaḥ*, Pascua. Estaba muy extendida la creencia de que los judíos amasaban las *maṣot* con sangre cristiana o la bebían en esa ocasión. Cfr. § 7.

miedo e ideó una manera de salvarse. Tomó al niño, se lo ciñó al vientre, vistióse encima sus ropas y, como mujer que está fuera de cuentas, se sentó sobre el paritorio y comenzó a gritar como si le hubiesen llegado los dolores del parto. Mandó a su hijo que llamase a la comadrona, la cual vino y le contó su ardid.

Estando en esto, llegó el juez con sus hombres y registró toda la casa, las arcas, el horno, el pozo y todos los escondrijos, pero no halló nada.

Todo el día permaneció sentada sobre el paritorio y por la noche corrió la voz de cómo había abortado; tomó dos hombres parientes suyos y entre una carga de estiércol sacaron al niño al campo y lo enterraron.

Al día siguiente riñó el cristiano con su mujer, a la que produjo en la cabeza una herida grave.[5] Entonces la mujer gritó, diciendo:

—¿Acaso piensas matarme como mataste al hijo de la vecina?

Oyó estas palabras la madre del niño, fue al juez y éste ordenó que prendieran a aquel hombre. En la investigación se aclaró la verdad del hecho; con los tormentos confesó, declarando cómo había echado al niño muerto en casa de la judía para inculparla.

Entonces pidió la madre del niño que prendieran a la judía, a fin de que le entregase al niño para enterrarlo, puesto que ya se sabía quién lo había matado. La mujer comenzó negando, pues tenía mucho miedo, mas el juez le juró que no recibiría por ello castigo alguno, que le declarase todo el caso con detalle. Entonces la mujer contó el hecho tal como había sido. El juez se alegró del ingenio de la judía y envió el caso en una misiva al rey; el monarca se regocijó mucho del discernimiento de aquella mujer.

Estaba presente un hombre, principal del reino, y dijo:

—¡Nuestro señor el rey, no hay ingenio como el del judío! He aquí que los romanos, siendo ingeniosos y astutos, quedáronse admirados de lo que les dijo un hebreo enviado desde Jerusalén. Fue escrito en los *Anales de los reyes de Roma*[6] y de allí lo traduje.[7]

Dijo el rey:

---

5. Literalmente, «de muerte».
6. El relato no procede del *Yosippon*.
7. Parece falsa tal afirmación, como en todos los casos sobre traducciones de lenguas extranjeras. Véase Cantera, p. 105.

—Te ruego lo traigas a nuestra presencia y recibirás un premio de nosotros.

Le presentó el escrito. Éste era su tema, traducido del latín a la lengua sagrada:

«¡Soberano tribunal! ¡Pueblo próspero y de gran ventura! Las constelaciones de nuestro cielo y nuestro Dios, al que abandonamos, permitieron que Jerusalén, soberana de Asia, madre y señora de todos los hebreos, fuera sometida a Roma y a los romanos. En verdad, grande fue el poder de Pompeyo y multitudinarios sus ejércitos para subyugarnos; pero yo afirmo que mayor aún fue la cólera de nuestro Dios e incomparable la multitud de nuestros pecados, por los cuales nos hemos acarreado la ruina.

»Es mi deseo haceros conocer una cosa que siento no conozcáis por propia experiencia y es que, es tan bondadoso nuestro Dios, que si hubiere entre nosotros diez justos entre cincuenta mil impíos o existiese uno tan bueno, en favor suyo podría ser perdonado el pueblo. Veríais, oh *romanos*,[8] como vieron los egipcios, cuánto más puede nuestro Dios solo que todos vuestros dioses juntos. Sabed, ciertamente, que mientras nosotros seamos pecadores, seréis nuestros señores, y el tiempo que dure la indignación de nuestro Dios contra los hebreos, eso durará el poder de los *romanos*. Y puesto que respecto a este asunto yo siento una cosa y vuestra fe otra, y no puedo traeros a la creencia de un solo Dios, ni vosotros me convertiréis al politeísmo, dejaré este asunto a Dios, que con su poder nos creó y por cuya bondad nosotros somos gobernados. Ahora voy a referir el asunto de mi embajada.

»Sabéis cuánta paz tuvo Roma con *Judea*[9] y *Judea* con Roma; nosotros en todo nos humillamos por vosotros. Porque no hay cosa más amada de todos, aunque se la menosprecie de hecho, que la paz; y no la hay más odiosa, y, con serlo, todos la buscan, que la guerra. Yo advierto acertadamente y vosotros os equivocáis en el juicio; castiguemos a los que estimulan vuestra voluntad a procurar nuestras desgracias y alejemos a los malvados que buscan separarnos. La columna fuerte e incontrastable de la paz es quitar de en medio a los in-

8. *Roma'nos.*
9. *Ĝude'ah.*

cordiantes. ¿De qué vale que nos digan en público: "¡paz!, ¡paz!", si después nos dicen en secreto: "¡guerra!, ¡guerra!"?

»Yo digo esto: Después que quitasteis la primogenitura del rey Idumeo[10] por su mal gobierno, nos enviasteis en su lugar a Coponio, Marco, Rufo y Valerio como procuradores;[11] ellos fueron cuatro tumores, puesto que el menor de ellos basta para emponzoñar todo el imperio romano, ¡cuánto más nuestro pobre reino de Palestina!

»¿Puede existir un mal mayor que los jueces, que son enviados por Roma para apartar las malas costumbres de los malvados, sean los que traigan nuevas corrupciones? ¡Gran injusticia es que aquellos que tenían que apartar la inmadurez de los jóvenes se deleiten en ser ellos los primeros inmaduros! ¡Fuerte oprobio es para Roma que quienes se supone habían de ser justos en toda justicia y ejemplo de todas las virtudes sean malos en toda maldad e instigadores de todos los vicios! Ellos han faltado a la justicia, la han debilitado y han enseñado a la juventud de *Judea* a aprender liviandades, que no fueron oídas por nuestros padres, ni escritas en los libros, ni vistas en nuestros días.

»¡Oh, *romanos*!, creedme una sola cosa, y por todos los consejos que *Judea* ha tomado de Roma tome Roma uno de *Judea*. Éste es, que primero procuréis conseguir de nosotros las cosas por la vía de la petición antes que mandarnos; pues se exterminan muchos reinos con un general que derrama mucha sangre, pero se conservan todos ellos con un solo buen juez que no sólo sepa derramar sangre, sino que sepa amigar los corazones con la verdad. El juez que sabe granjear corazones más que tesoros, merece ser querido pues ¿de dónde proviene el que vuestros jueces, los que habéis enviado, no hayan impelido al pueblo a una sola cosa realmente justa?; esto es debido a que primero ordenaron muchas cosas injustas. Los tratados justos hacen tiernos a los corazones, pero los tratados injustos hacen a los hombres crueles. Nosotros estamos afligidos con todos estos asuntos, pues aun cuando nos mandan algo bueno nos someteremos mal, cuánto más si nos mandan algo malo ¿hemos, acaso, de someternos bien?

---

10. Arquelao, hijo de Herodes.

11. Los cuatro primeros gobernadores de Judea fueron Coponius, Marco Ambiulus, Anus Rufus y Valerius Gratus.

Según Baron, I, p. 286, «en el año 6 e. C. el Consejo de la Corona, de Roma, reemplazó el régimen de reino vasallo por el control más directo del procurador. Así, la judería de Palestina se limitó a cambiar un opresor por otro».

»Creed una cosa, que de la mucha frivolidad del juez se crea el poco temor y la poca vergüenza de los inferiores. Nosotros, los judíos, tenemos por cosa cierta y es, según nuestro Dios, que todo rey que da la carga de la justicia a quien ve que no la merece, o por codicia de dinero o por dar honor a ese hombre, puede ir pensando que, cuando no se guarde la ley, verá su honra por oprobio, su fidelidad perdida y sobre su casa un duro castigo.

»Y puesto que tengo otros asuntos secretos, deseo terminar los públicos. Finalmente diré que, si queréis afianzar mucho tiempo vuestro imperio, por el cual os habéis expuesto a graves peligros, sabed legislar y ordenar como romanos y nosotros nos someteremos como judíos. Enviadnos un procurador compasivo, no seáis crueles al castigar nuestras flaquezas, y seremos sumisos a vuestros mandatos. Yo os suplico que nos pidáis antes de ordenarnos, pues con el ruego y no con el mandato encontraréis[12] amor como de hijos a padre y no rebelión como de siervos contra sus amos.»

Todos los príncipes de Roma y los senadores se admiraron de estas palabras y ordenaron que se escribieran en los anales, como era su costumbre el escribir todos los discursos de los embajadores cuando llegaban ante su imperio.

Dijo el rey Manuel:

—¡Cuánto ingenio y astucia, mezclada con saber y áspera arrogancia, hay encerrados en esas palabras! Qué fuerza tiene la sabiduría y el discurso perfecto, puesto que perdonaron los romanos todas las palabras de aquel judío, habiéndoles dicho cosas particulares concernientes a las leyes, que por las palabras del hebreo fueron olvidadas.

§ 13

En tiempo del rey que arriba hemos mencionado[1] surgió un fraile que predicó a la multitud y llamó a los judíos al sermón.[2] Mas éstos

12. Literalmente, «encontrarás».

1. Don Manuel de Portugal. Cfr. § 12.

2. Son frecuentes en Portugal las historias sobre frailes que arengaban al pueblo contra los judíos, muchas veces basándose en falsos hechos fantásticos, como

se aterraron de que fuese a hablar contra ellos, pues habían oído que era su intención predicar contra ellos maledicencia, poniendo una espada en manos del pueblo. Entonces se levantaron todos los príncipes de los judíos y marcharon ante el rey, porque sabían que conocía éste desde hacía tiempo que todo cuanto afirmaban sobre los judíos era una calumnia y ya se había cerciorado de que no tenían culpa.

Le dijeron:

—¡Nuestro señor el rey, tú eres nuestro padre! A ti confiamos nuestra salvación de la lengua que profiere barbaridades. Soberano nuestro, sabes desde tiempos antiguos si es que acaso hay maldad en nuestro proceder. He aquí que se ha levantado un fraile y, según hemos oído, es su propósito hablar contra los judíos.

Repuso el rey:

—Verdaderamente, qué bien os conocía vuestro maestro, el que escribió acerca de vosotros:[3] «Alarmados por el rumor de hojas que vuelan.» Porque, después de promulgado el edicto real hace unos días afirmando[4] que todo dicho sobre vosotros era falso, ¿ahora a quién teméis? El fraile que decís, sé que me invitará al sermón y le romperé los dientes si pronunciase una mentira.

El primer día fue invitado el rey al sermón y el fraile comenzó a decir:

—¿Qué hay que hacer a un pueblo malvado como este pueblo de los judíos? ¿Qué hacerles?

Entonces el rey, irritado, se levantó y salió de allí. Tras él fue el fraile, clamando:

—¡Nuestro señor el rey!, el final de las palabras explicará el comienzo; permíteme concluir y aclararé mis palabras. Dije que hay que hacerles honor y tratarlos con cortesía, ofrecerles caridad y misericordia por lo que hicieron con nosotros; puesto que ellos mismos se despojaron de un mejor porvenir y del reino, y lo entregaron en nuestras manos. Tal vez si hubiesen sido buenos y rectos, hubieran dominado sobre nosotros, como dice lo escrito en la Biblia:[5] «Tu Dios te en-

---

el caso de un fraile de San Pedro de Penaferrin [Méndez, p. 304]. Verdad es que el rey Don Manuel se opuso siempre a estas actividades.

3. Lev. 26, 36.
4. Literalmente, «en los primeros días».
5. Deut. 28, 1.

cumbra por encima de todas las naciones de la tierra.» ¡Cuánto se alegra mi corazón cuando dicen que los judíos son malos, porque en su maldad y en su pecado está nuestro reino! Por eso conviene hacerles bien, ya que afianzan el imperio en nuestras manos. Cuando multiplican sus pecados tanto más conviene honrarlos y no buscar contra ellos maliciosamente calumnias que se salen del derecho y la razón. Jesús dijo[6] de ellos que el que les toca es como el que toca a la niña de sus ojos.

El monarca se alegró de lo que el fraile decía, aunque vio que su intención era otra diferente.

Añadió el fraile:

—Cuando pecaron los judíos, Dios retiró su favor de ellos y fueron abandonados a la naturaleza; si los hacía prósperos, eran prósperos; pero si los humillaba, quedaban humillados.

Le dijo el rey:

—Las cosas que son dejadas a la naturaleza no cumplen su ciclo hasta dar al hombre mucho o poco, pero veo que los judíos cayeron y no se levantaron jamás. Si hubiera sido de modo natural, habría sido justo que se hubiesen levantado de tiempo en tiempo. Además la escritura te desmiente al decir:[7] «Y me esconderé... y le ocurrirán innumerables desgracias y sufrimientos.»

Y el fraile asintió a las palabras del rey.

§ 14

En el reino de Roma[1] hubo un Papa,[2] varón piadoso, amigo de la justicia y rectitud; en su carácter y gobierno era hombre fidedigno,

6. Zac. 2, 12.
7. Deut. 31, 17.

1. Los Estados Papales.
2. Ed. Sohet, p. 183, siguiendo la fecha dada por Usque para este mismo suceso, lo localiza en 1321. Desde 1312 a 1336 ocupó el Pontificado de Avignon Juan XXII. El 4 de septiembre de 1320, ordenó que fuera quemado públicamente el Talmud. Los judíos le mandaron unos delegados a la ciudad provenzana para solicitar su intervención en los impuestos decretados por el emperador Enrique VII tras su coronación en Roma. Véase Vogelstein, pp. 201-204.

pero tenía una hermana, gran enemiga de los judíos, que deseaba el mal de éstos. El nombre de aquella mujer era Sancha.[3] En su odio a Israel rogó y suplicó a su hermano el Papa que expulsara a los judíos de todo su estado. Díjole que, estando él en lugar del Mesías, cómo permitía que permaneciera el enemigo de éste en las tierras y dominios papales. Aún agregó que, desde el día en que se habían revelado contra el Mesías, habían quedado todos contaminados de una mancha espiritual, según ella había oído a los cardenales, quedando impuros por el pecado del primer hombre. Aquellos que habían adoptado la religión de Jesús habían sido purificados, pero los restantes habían permanecido en su impureza. Él, Jesús, le demandaría por su afrenta si no los expulsaba de su país y del lugar del Templo, esto es, Jerusalén; mas, si eran desterrados, Él le recompensaría de ello con el Jardín del Edén, para que aprendieran todos los reyes a obrar como él.

Contestó el Papa, diciendo:

—Al fin y al cabo, las mujeres no tienen inteligencia pues, si el Salvador los perdonó y manifestó que quien los tocara era como quien tocara sus ojos, ¿cómo no los hemos de perdonar nosotros? La mujer, ocupada en la rueca, no tiene por qué inmiscuirse en estas profundidades; no es eso sino perversidad de corazón.

»Lo que dices que no recibieron el bautismo de Jesús y permanecieron impuros, está en que ellos tienen la alianza de la circuncisión y quedan purificados, ya que el bautismo sólo sustituye a la circuncisión, porque se compadeció nuestro Mesías de nuestros niños para que no derramaran sangre en su infancia al salir del vientre de su madre. Así pues, ¿no resulta prodigioso cómo subsiste la estirpe judía cuando derraman su sangre en un tiempo en que el niño es en extremo delicado?

Viendo Sancha la respuesta e intención del Papa, no le habló más de ello. Al cabo de algunos días repitió su petición al Pontífice e indujo a los cardenales a que atestiguaran cómo ellos, en una procesión con la imagen de Jesús, vieron a los judíos reírse y hacerse señas entre sí. Con gran maña, adulación y aquellos testigos, consiguió que

---

3. La identidad de esta Sancha es dudosa, pero evidentemente no era una hermana del Papa. Cross, en *Monasscrift*, XXVIII, p. 545, la identifica con la hija de Jaime I de Mallorca. La tendencia más generalizada es identificarla con la esposa del rey Roberto de Nápoles.

prestase atención y decretó una expulsión general en todo su reino.[4] Por eso se angustiaron todos los judíos en los lugares donde la noticia se escuchó. Pero los habitantes del reino de Roma superaron en duelo, pues en aquellos parajes habían crecido y se habían enriquecido, adquiriendo casas, heredades y plata y oro en abundancia.[5]

Por esos días había en Jerusalén un rey piadoso y amante de los judíos, llamado Roberto.[6] El referido monarca tenía amistad y hermandad con el Papa. Los judíos enviaron emisarios a ese rey con un presente, solicitándole rogara al Papa que aplacara su cólera y no los perdiese. Le solicitaron que contara todos los asuntos de Sancha y de cómo de ella provenía todo el mal y, si fuera preciso, adelantara una suma por ellos, para pagar inmediatamente.

Por otra parte, enviaron, presto, un presente a todos los cardenales a fin de que aplacaran a Sancha y, si no consiguiesen con ello abolir la sentencia, le rogasen se les aplazara la fecha de las expulsiones para que pudiesen vender sus casas y heredades, y recoger su hacien-

---

4. Intento de expulsión general de los Estados Papales de 1321.

5. La comunidad judía de Roma era una de las más antiguas de la diáspora en Europa, remontándose a los primeros tiempos de la época romana. En el período que nos ocupa, según Baron, IV, p. 10, «los acontecimientos puramente locales de la ciudad de Roma asumieron proyecciones europeas».

En general la política papal favoreció el desarrollo de las comunidades judías que vivían en sus dominios, especialmente la de Roma: no fueron partidarios de las conversiones. No los expulsaron de los Estados Pontificios. Desde el papado de Calixto II (1119-1124) gozaron de una muy favorable *Constituo pro Judaeis*, etc.

La primera gran tragedia la sufrieron el 28 de agosto de 1269, fecha en que fue quemada la vieja sinagoga del Trastevere y veintiún rollos de la Torah. Desde ese día la historia de la comunidad romana empieza a asemejarse a la del resto de las comunidades europeas, con levantamientos populares, conversiones forzosas, etc., pero siempre conservando los antiguos privilegios otorgados por los Papas.

Los judíos romanos era ricos en general, como se deduce de los impuestos que pagaban o de que en el siglo XV fueran terratenientes, lo que no sucedía en el resto de Europa. Volgelstein, p. 220.

6. Nápoles, según Cantera, p. 197, que acepta la versión de Wiener.

Roberto de Anjou, rey de Nápoles desde 1309 hasta 1343, también ostentó el título de rey de Jerusalén y senador de Roma, por lo cual son lógicas las dos versiones.

Fue protector de los judíos, quienes, tras la expulsión de 1290 —cfr. § 19—, habían vuelto al reino de Nápoles. Roberto de Anjou, como mecenas de la Escuela Médica de Palermo, contó con la colaboración de muchos médicos y traductores judíos.

da y préstamos; también para que pudiesen conocer la respuesta del rey Roberto, por si tal vez su intercesión hubiera conseguido algún remedio para su dolor. Clamaron ante ella, mas no les aprovechó.

Estando en eso, llegó la respuesta del rey Roberto alentándoles y animándoles con buenas palabras. El monarca también envió emisarios al Papa con palabras razonables y súplicas; éste contestó que ya lo había ordenado y prometido a Sancha, aunque contra su propia voluntad, y no había nada que hacer después de una orden y una promesa papal; que si Sancha le dispensaba de la promesa, tal vez podría él arrepentirse.

Al oír el rey Roberto las palabras del Papa, comprendió el asunto y mandó emisarios a Sancha prometiéndole cien mil florines[7] de parte de los judíos, y ella accedió.[8] Reunióse la suma y se la entregaron. Entonces Sancha se convirtió en amiga de los judíos y rogó al Papa que no expulsara a los judíos de su tierra porque habían despertado su conmiseración.

Dijo el Papa:

—No es eso lo que te ha movido a misericordia, sino el dinero.

Entonces ordenó el Papa romper el edicto o escrito de expulsión y permanecieron en sus lugares; pero hasta llegar a este desenlace, la aflicción fue grande para ellos.

§ 15

En la ciudad de Monzón[1] salieron los judíos, en mitad del día de la fiesta de *Pesaḥ*, al campo a divertirse e hicieron allí el juego que ha-

7. *Perahim.*

8. La idea de una actitud interesada de la mujer en la cuestión judía se repite varias veces a lo largo de esta crónica; por ejemplo, el § 44 es una variante de esta misma historia, pero localizada en España.

1. Villa aragonesa, en la provincia de Huesca. Noticias sobre asentamientos judíos datan de la segunda mitad del siglo XII. Esta importante comunidad hebrea sufrió sucesivos desastres: 1260, brotes de antijudaísmo —muy posiblemente los referidos en el relato—; en 1348, persecuciones de la peste negra; en 1391, conversiones masivas a consecuencia de otra persecución; en 1414, Benedicto XIII ordena la conversión de la sinagoga en iglesia...

cen los muchachos, que ponen a uno en el centro con los ojos tapados y todos dan vueltas alrededor de él, y aquel al que puede coger queda en su lugar.

Fueron a pasar por allí unos aldeanos y trabaron conversación con los judíos, originándose una contienda.

Cuando se fueron de allí, dijo un hombre a su amigo:

—¿Con qué nos vengaremos de ésos? Acaso acusándolos ante los jueces. Diremos que al hombre que habían colocado en el centro llamábanle Jesús, lo golpeaban en su cabeza para escarnio y exclamaban: «¡Éste es Jesús, de buen vino es vendedor!»

Marcharon ante los jueces y les refirieron dichas palabras. Ellos lo creyeron y, escandalizándose mucho, dijeron:

—Conviene que sea conocida por el rey esta mala acción.

El pueblo se apresuró sin querer esperar, tomó la espada en sus manos y no dejó vivo judío alguno, a excepción de un chico pequeño que se había escondido en medio del bosque. A los niños pequeños los hicieron gentiles.

Al día siguiente vinieron los judíos de otra ciudad vecina, salió el muchacho y dijo:

—¿A dónde vais?, pues esto y esto ha sucedido.

Cogieron al muchacho y se lo llevaron a su pueblo. Los gentiles, que se apercibieron, corrieron tras ellos, pero no los alcanzaron; estuvieron a un paso de la muerte. Cuando volvieron a su tierra, encontraron un gran desorden, porque ya habían oído lo sucedido en Monzón, pero con un gran tributo se libraron.

§ 16[1]

En Sefarad fueron unos gentiles diciendo que habían encontrado a un hombre asesinado en casa de un judío. Estaba allí, ante el rey, uno de sus consejeros hablando mal contra los judíos, entonces se animó el pueblo a decir al monarca que si él no hacía justicia, ellos tomarían venganza del muerto con sus manos.

1. Forma parte de una serie de relatos, §§ 12, 16, 17 y 61, muy imprecisos, sobre crímenes rituales.

Dijo el rey:

—¡Sea engrandecido y alabado el Soberano verdadero, el Juez justo, Dios de fidelidad que no admite injusticia! Ahora os mostraré vuestra falsedad y cómo todo lo que ha sostenido mi consejero es por maldad; así lo veréis y comunicaréis a vuestros sucesores.

Entonces mandó que trajesen a su presencia a todos los judíos. Cuando hubieron llegado ante él, les preguntó, diciendo:

—¿Qué significa lo que dijo David:[2] «No dormita ni duerme el guardián de Israel?»; pues si no dormita, mucho menos dormirá, porque en la lengua hebrea la palabra *šenah* es más que *tenumah*,[3] según he oído.

Respondieron los judíos:

—Lo que nos han explicado los comentaristas a nosotros no es eso, es que quiso decir que no dormite y mucho menos duerma.

Dijo el rey:

—Esto es responder a la pregunta con la misma pregunta. No entendieron por qué fue dicho el escrito; la interpretación del mismo es lo que mis ojos han visto: La pasada noche no podía descansar ni dormir de ningún lado, por eso me levanté de mi lecho, salí al patio exterior y asomé mi cabeza por la ventana. La luna brillaba y divisé a unos individuos corriendo; uno de ellos llevaba sobre sus hombros algo con forma de persona. Envié a tres hombres que fuesen tras ellos despacio, viesen bien si era un hombre asesinado o qué era aquello, y me lo comunicaran. Marcharon mis servidores como les había ordenado, se pusieron al acecho y vieron que era un muerto, reconociendo también a dos de los hombres que llevaban aquel cadáver. Aquí están los testigos ante vosotros.

Llegaron los hombres y atestiguaron, e interrogóles el consejero:

—¿Y por qué no los prendisteis?

Contestaron aquéllos:

—Porque, corriendo, echaron el cadáver en el patio de un judío y huyeron. Además, ellos llevaban armas y nosotros no teníamos nada en nuestras manos, pues no nos había mandado el rey apresarlos, sino ver de qué iba el asunto.

---

2. Sal. 121, 4.
3. «Sueño», «adormecimiento».

Volvió el monarca a su tema y dijo:

—Esto es lo que dice la Escritura: «No dormita ni duerme...», quiere decir que Él no dormita ni deja dormir a aquel que es guardián de Israel.

Entonces se marcharon todos con el alma afligida y los calumniadores fueron juzgados.

§ 17[1]

En el reino de Francia se levantaron dos individuos malvados, y dijeron al rey cómo habían visto a un individuo judío coger a un cristiano y meterlo a la fuerza en su casa, lo cual sería seguramente para matarlo, pues era víspera de su fiesta.[2]

El rey, que era rey justo y amante de la verdad, vio con su inteligencia la falsedad de la acusación y la calumnia lanzada contra los judíos, e increpó a todos aquellos hombres ordenando que los arrojasen de su presencia; dijo que a todo aquel que fuese ante él con una falacia como ésa, le fuese cortada la cabeza con la espada.

Los hombres se llenaron de indignación porque habían quedado por testigos falsos y malhechores ante el rey. Marcharon y reunieron a muchos del pueblo, jurándoles que un judío había cogido a un gentil y lo había metido a la fuerza en su casa —sus ojos lo habían visto—, y el cristiano no salió más de casa del judío. También dijeron al populacho que habían ido ante el rey y habían visto que tenía piedad el rey de los rebeldes, los pecadores y los enemigos de la religión de Jesús, y no la tenía de los cristianos, los creyentes de su fe.

Entonces exclamó el pueblo:

—¡Ea, engañémosles!

Buscaron a dos cristianos que dijeron haber ido al judío para pedirle un préstamo y que lo habían encontrado saliendo del cuarto con un cuchillo ensangrentado en la mano.

Dijo el rey al judío:

---

1. Como el § 12, consta de dos partes: falsa acusación de crimen ritual y controversia entre un rey y un sabio (aquí musulmán).
2. *Pesaḥ*. Cfr. §§ 7, 12.

—¿Qué es ese asunto del cuchillo?

Contestó:

—Porque degollé unas aves para la celebración.

Dijeron los nobles al rey:

—No se degüellan aves en medio de la habitación. Puesto que existe algún indicio de culpa, den tormento al judío y confesará la verdad.

Entonces ordenó el monarca aplicasen el tormento al judío y él confesó que lo había matado y que cincuenta prohombres lo habían inducido a ello y están con él.

Dio orden el rey de prender a todos aquellos judíos. Los judíos, cuando lo oyeron, se llenaron de aflicción, lloraron y clamaron porque vieron el exterminio del pueblo; se juntaron y fueron al rey diciendo:

—¡Nuestro señor el rey! ¿Entre los estatutos de los reyes que te precedieron, acaso no está que todo aquel que confiesa alguna cosa por medio de tortura y golpes, si bien es creíble sobre sí mismo, no lo es sobre otros? Si ese hombre ha matado al cristiano, nosotros nada sabemos, no se nos ocurrió[3] semejante perversidad; porque no somos tan insensatos ni necios para ponernos a nosotros mismos y a nuestros hijos en un peligro como éste, dado que Dios no ha mandado eso. Pues si así no fuera, todo aquel que robó y hurtó diría que todos los nobles de la ciudad estaban con él.

Preguntó el rey a los nobles si algo de eso se hallaba en las crónicas, y replicaron:

—Sí que se encuentra en un comentario como los judíos han dicho.

El rey se compadeció y les dijo:

—¿Por qué no me hablasteis de esto hasta que el judío lo ha advertido? Por lo tanto, traedme el libro de las crónicas y lo sabré.

Trajeron el libro y fue hallado tal como habían dicho los judíos. Entonces mandó el rey que soltasen a todos los judíos de la prisión, excepto al hombre en cuyo poder había sido encontrado el muerto.

[4]En aquel tiempo hallábase en la corte real uno de los nobles de Ismael[5] que había llegado con una embajada. Le dijo el monarca:

---

3. Literalmente, «subió en nuestro corazón».
4. Comienza la segunda parte.
5. El Islam.

—¡Hombre ilustre! ¿Suceden en vuestros reinos cosas semejantes?

Dijo el musulmán:

—Nunca lo hemos oído ni visto, y hay que agradecerlo a la bondad de nuestros reyes, que no se rebajan a asuntos pueriles ni a cosas que no tienen fundamento en la razón ni la religión. Pues ¿cómo un judío va a decidir matar a un cristiano viviendo bajo su dominio y su reino? Y mucho menos en una cosa tan repulsiva como esa de hacer un sacrificio de sangre humana, lo cual no hemos oído de ninguna etnia de la tierra que, aunque estén inclinados a cosas repulsivas y disparatadas, no les vino jamás a la imaginación cosas que fuesen tan completamente repugnantes a la razón humana. Sois vosotros los que, inclinados a vuestra tierra, oís en vuestras cortes, las cortes reales, cosas indignas de creerse.

El rey se enfadó y le dijo:

—Si el autor del hecho confiesa, según la justicia, ¿qué tengo que hacer? ¿Qué importa que sea irracional, si éi confiesa los hechos?

Contestó el musulmán:

—En nuestro reino, la confesión por la tortura se tiene en cuenta si concuerda con otras pruebas, pero no sirve para seguir un proceso ni emitir una sentencia.

Uno de los cristianos que estaba allí dijo al musulmán:

—Ilustre noble, si no pasa esto en vuestro reino es porque no tienen los judíos con los musulmanes contienda ni disputa, pero la tienen con los cristianos por la cuestión de Jesús, y cogen a un cristiano, le ponen de nombre Jesús e ingieren su sangre para vengarse de Él.

Dijo el príncipe:

—Ahora creo mucho más que es mentira. Porque faltó contra ellos un hombre, ¿se vengarán de otro? Ni mucho menos, dado que sería justo que Jesús se vengase de ellos, no ellos de Él, pues ellos lo mataron y le dieron crueles tormentos. Y digo esto conforme a vuestra opinión porque, según nuestras creencias, los judíos no mataron a Jesús, ya que subió vivo a los cielos; pero hablo según vuestro parecer, porque en una iglesia vuestra vi pintados en la pared todos los géneros de muertes que le dieron. Allí vi que habían hecho rodar sobre Él una rueda, como hacen los tejedores de paños o los encuadernadores de libros sobre el libro, y después de esta venganza ¿qué queda aún por vengar? Debería Jesús pedir a su Padre que tomase venganza de

los judíos. ¡Alabado sea el Creador que nos apartó de falsedades y nos dispuso entre los que creen la verdad!

Respondieron los cristianos:

—Dices que Jesús debería tomar venganza de los judíos: así lo ha hecho, la realidad lo demuestra pues ¿por qué viven en el destierro hacinados, oprimidos, atormentados y despreciados, si no es por la venganza de la sangre de Jesús?

Repuso el musulmán:

—Si el Padre ha tomado esta venganza por su hijo, ¿se levantarán los judíos para volver a vengarse de Él por segunda vez y recibir un segundo castigo? ¡Todo esto es una necedad! Además, ya que Dios hizo justicia a los judíos, ¿por qué tenéis vosotros que buscar otro castigo? Con todo, yo no busco salvar a los judíos, ya que no son mis correligionarios, ni tampoco de mi reino, ni los amo, porque sé lo que hicieron a muchos profetas; pero voy a decir la verdad, puesto que el rey me ha preguntado mi opinión.

El rey, cuando oyó las palabras del musulmán, se indignó mucho porque vio que había injuriado a todos los cristianos. Pero, en consideración a que sus palabras eran razonables, se calló y las guardó.

Al tercer día, cuando vio el pueblo toda la afrenta que había hecho el musulmán a los cristianos, pues habían quedado por malvados o por necios que creen cualquier cosa, se levantaron y trajeron dos testigos falsos. Esto declararon:

—Nosotros entramos en casa de ese judío porque teníamos con él una cuenta, y vimos allí una reunión de todos los judíos por cuyo consejo dijo había actuado. Cuando entramos, se callaron todos. Entonces dijimos: «¿Qué será?» Salimos de allí, ocultándonos tras la puerta y oímos al judío que les decía: «Si se descubriese que yo maté al cristiano, vosotros permaneceréis al frente»; y ellos contestaron: «Tenemos una cuantiosa riqueza para salvarte, no temas ni tengas miedo.»

Cuando oyó el rey ese testimonio, se alegró mucho a causa de las palabras del musulmán, y le dijo:

—¿Qué dices ahora, ilustre musulmán, que has venido a insultarme a mi casa?

Contestó el ismaelita:

—Yo no he insultado sino a los calumniadores y después de este testimonio el caso es más absurdo de lo que era antes. ¿Una cosa tan

peligrosa como ésta iban a hablarla los judíos en un lugar donde pudieran oír los cristianos sus palabras? Yo he oído que los judíos son muy astutos y temerosos, y ¿cómo es posible que estuviesen deliberando sobre tal asunto en un sitio en que éste se oyera o que lo hablasen en voz tan alta que fueran escuchadas las palabras con tanta claridad?

Cuando terminó el musulmán su discurso, se levantó todo el populacho, clamando:

—¿Acaso es este musulmán nuestro rey? Tú eres nuestro rey y nuestro juez; así que, haznos justicia, tal vez prenda como el fuego la ira del pueblo y no se pueda sofocar.

El rey, que ya se había enfadado con las palabras del musulmán, hizo caso de las palabras de los testigos y decretó una resolución espantosa: que prendiesen, primero, a todos aquellos judíos que habían dado el consejo, pusieran a cada uno en un tonel y cerraran todos los toneles; después, fijasen clavos por fuera con la punta hacia dentro, e hiciesen rodar los toneles por las calles de la ciudad.

Levantóse entonces ante el monarca un noble —un ángel del Señor de los ejércitos— y dijo:

—Nuestro señor el rey, en una ley de los antiguos reyes de Francia se dice que toda sentencia que ha de aplicarse de cincuenta hombres en adelante, sea ejecutada, primero, por el rey y después, por todo el pueblo. Al efecto, levántate tú, nuestro señor, pase nuestro soberano delante de nosotros y empiece a voltear un tonel, y nosotros te seguiremos.

Dijo el rey:

—No pretendo yo quebrantar y abolir las leyes del reino, sino confirmarlas; yo iré e iniciaré la sentencia tal como decís.

Fue el rey y alzó su pie para voltear un tonel, mas se le encogieron los nervios de la pierna, cayendo en tierra desvanecido. Después del desvanecimiento, dijo que sacaran a los judíos de los toneles porque Dios había visto la injusticia y Él es Dios de justicia.

Cuando vieron los pueblos el milagro, evidente a sus ojos, no levantó nadie su mano o pie. Al rey lo llevaron en una carroza a su palacio y pidió a los judíos que rogaran por él, y así lo hicieron. Al cabo de unos días fue curado el monarca y los judíos vivieron con honra en aquel reino.

Después de unos días vinieron los cristianos diciendo:

—Nuestro señor el rey, aquel prodigio sólo fue por todos aquellos judíos que eran inocentes, según parece, y que no sabían nada del asunto; pero el hombre en cuyo poder fue hallado el muerto merece ser castigado.

Entonces el rey indagó e investigó; fueron hallados unos cristianos que testificaron cómo habían visto que un fulano había arrojado el cadáver en casa del judío. Ordenó el monarca que le cortasen las manos y los pies, y así se hizo. Entonces la tierra temió y quedó tranquila.

Existen varias versiones de este relato, pero lo que he visto en el *Libro de las Crónicas de los sabios de Francia* así es.

§ 18

En la isla hoy llamada *Inglaterra*[1] tuvo lugar una tremenda y cruda persecución[2] en todas las comunidades,[3] numerosas y grandes en sabiduría, inteligencia y gloria, allí existentes por aquellos días, y máxime en la gran ciudad llamada *Londres*,[4] donde había cerca de dos mil casas judías, todas ellas de personas sabias y ricas.

Allí compuso el sabio R. Abraham ben Ezra[5] una epístola llamada *Iggeret-Šabbat*.[6]

---

1. *Ingla'ṭerah.*
2. Se narran los sucesos que precedieron a la expulsión de 1290. El edicto de conversión forzosa, al que se refiere, sería el del 1278.
3. Las comunidades judías de Inglaterra eran, ciertamente, numerosas, prósperas y estaban bien consolidadas cuando, en 1189, surgen los primeros brotes de antijudaísmo. Los disturbios populares se vieron apoyados, en la mayoría de los casos, por edictos y promulgas oficiales. La política para con los judíos se había recrudecido en el último tercio del siglo XII, hasta abocar en el represivo *Statutum de Judeismo*, dictado en Westminster en 1275, que limitaba enormemente la actividad de los judíos.
4. *Londreš.* La comunidad más importante junto con las de Oxford y Northampton.
5. El comentarista, gramático, astrónomo y poeta español (c. 1092-1165). Emigrado de España, viajó a Italia, Francia e Inglaterra, donde permaneció varios años. Durante su estancia en Londres, en 1159, escribió la citada epístola.
6. *Epístola del Sábado.*

La persecución consistía en que abandonasen su Ley. Como permanecieron fieles a la santidad del Nombre, los acusaron de que solían acuñar moneda falsa.[7] Llegó esta calumnia al rey, el cual investigó encontrando que los mismos acusadores eran los que falsificaban y culpaban a los judíos, quedando así libres.

Al cabo de unos días volvieron los cristianos y buscaron a alguien que atestiguase contra los judíos, y hallaron, como era su deseo, quienes declararon haber visto a un judío que cortaba la moneda.

Aunque sabía el rey que todo era mentira[8] a causa del tumulto del pueblo, vio el modo de alejar de sí estos alborotos y, temiendo se sublevara el pueblo espada en mano, como solían —«vendrá como torrente el enemigo»[9]—, y no hubiera remedio, los expulsó.

Ocurrió esta expulsión en el año 5020 de la creación.[10]

---

7. Las acusaciones de falsificación de moneda y martirios rituales de niños cristianos fueron numerosas. Véase Roth, *England*, pp. 74 ss. Está documentado que la acusación de acuñar moneda falsa en algunos casos era cierta.

8. Hablar de una actitud favorable del rey Enrique III para con los judíos, no tiene justificación sino en el recuerdo de su hermano, Richard de Corwadl, que siempre intervino en favor de ellos.

9. Is. 59, 19.

10. 1260/1261. La fecha es incorrecta pues el edicto, hoy perdido, es del 18 de julio de 1290. Ese mismo día se dieron órdenes a todos los comisarios de los condados ingleses para que el 1 de noviembre todos los judíos abandonaran Inglaterra bajo pena de muerte. El autor del mismo fue el rey Eduardo I, quien, una vez vuelto de las Cruzadas, encontró muy agudizado el problema judío, con un *Statutum de Judeismo* que expiraba en 1290 y con una madre, Leonor de Provenza, instigándole a la expulsión.

Esta expulsión, la primera de las europeas, se llevó a cabo en condiciones más humanitarias que las que le sucedieron; los judíos pudieron sacar sus bienes personales aunque los comunes revertían a la Corona.

§ 19[1]

En el año de la expulsión mencionada[2] fueron obligadas dos grandes comunidades, Nápoles y Trani,[3] a cambiar de religión, y cambiaron la mayoría de ellos.

No he hallado la causa de esta persecución, pero así oí de los ancianos:

«Un fraile tuvo una riña con un judío de la ciudad de Trani,[4] y lanzó su ira contra todos ellos. Colocó una cruz de Jesús en el muladar de un judío, y por la mañana dijo que había soñado cómo los judíos habían puesto la cruz en un muladar. Inmediatamente salieron numerosos cristianos a indagar y buscar, y fue encontrada en casa de un judío, en su muladar.[5] Entonces el populacho se encolerizó y trató de agredir a todos los judíos. Los jueces, cuando lo oyeron, se levantaron para salvar al pueblo porque pensaban que por la mano del fraile había sucedido aquello. Mas vieron que no tenían fuerza frente a ellos, por ser el populacho muy numeroso. Aconsejaron a los judíos que cambiasen de religión para librarse, pues no tenían otro recurso. Muchos de ellos apostataron[6] y otros huyeron a Nápoles, pero los gentiles corrieron tras ellos.

---

1. Se narran las persecuciones habidas en el reino de Nápoles a finales del siglo XIII.

2. 1290.

3. El reino de Nápoles, donde están las dos ciudades mencionadas, fue durante siglos refugio de los hebreos y uno de los grandes centros del judaísmo, con grandes y sólidas comunidades, asentadas en el sur de Italia desde tiempos remotos.

La Inquisición se introdujo en este reino en 1268. El ambiente antijudío surgió al subir al trono Carlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia (San Luis). La iglesia, con Clemente IV en el Pontificado, goza de gran influencia y logra muchas conversiones. Comienzan las prédicas de los dominicos.

4. Esta ciudad, en la costa del Adriático, contaba con una importante y próspera comunidad, que ya un siglo antes de la persecución narrada, en 1195, el rey Enrico VI puso bajo su protección personal y cuyos derechos siempre reclamó la Iglesia.

5. El suceso que desencadenó la persecución varía un poco de la versión de Ibn Verga. En 1290, un fraile dominico, Bertolomeo da Capua, acusa a los judíos de Apulia, ciudad cercana a Trani, de haber crucificado a un niño.

6. A las familias que se convertían las eximían de pagar impuestos durante

También los napolitanos, cuando oyeron el suceso, dieron crédito al hecho y ciudadanos napolitanos se alzaron contra los judíos para que entregasen a los israelitas fugitivos, pues si no, matarían a todos.[7] Viéronse unos y otros en evidente peligro, fuera de unos hombres principales que se habían refugiado en casa de los nobles. Algunos fueron forzados a cambiar de religión; el resto de los ocultados, cuando se tranquilizaron los gentiles, siguieron teniendo miedo y salieron para dirigirse a tierras lejanas.[8]

Había en Trani, Bari y Nápoles varones muy considerados por su saber,[9] particularmente oradores y poetas, no hallándose como ellos en la tierra, salvo los hombres de Provenza,[10] los cuales sobresalieron en esto sobre todas las familias judías.

Transcurrido algún tiempo, supo el rey que el fraile era un farsante y lo mandó ahorcar, pero, por respeto a la dignidad monástica, se opuso el pueblo a la sentencia y ordenó el rey que fuese desterrado a remotas islas.

---

varios años. Los datos oficiales de 1294 que hablan de exacción de impuestos a conversos recientes ofrecen los siguientes números, contados por cabezas de familia: Trani, 310; Salerno, 150; Nápoles, 138; Maufredonia, 75; Bari, 72; Aversa, 60, y Capua, 45.

7. El centro de la revuelta fue Trani pero, efectivamente, pronto se extendió a Nápoles y otras ciudades.

8. La mayoría huyeron a Sicilia, de donde retornaron más tarde para reconstruir las comunidades del reino de Nápoles.

9. En el sur de Italia se produjeron las obras literarias —de todos los géneros— y científicas hebreas más antiguas de Europa, con nombres como Sebbatai b. Abraham Donolo o Šelomoh b. Yehudah ha-Babli y obras como el *Yossipon* o el *Sefer Yuḥasin*. En la época que tratamos recuérdese la famosa Escuela de Salerno, que floreció durante los siglos XIII-XIV, bajo el mecenazgo de Roberto de Anjou. Cfr. § 14.

10. Durante la Edad Media fue el territorio que conservó mejor la civilización urbana del imperio romano, con grandes ciudades como Montpellier, Narbona, Marsella o Lunel, donde se asentaron y florecieron comunidades judías, cuyos miembros formaban parte de una acomodada clase media. El ambiente cultural, de más alto nivel que en el resto de Francia —recuérdese la refinada lírica provenzal—, era propicio para el desarrollo de las letras hebreas. Este contexto y el íntimo contacto con las comunidades españolas propició el florecimiento de estos antiguos centros del judaísmo europeo. Pero un hecho realmente notable fue la oleada de inmigrantes españoles huidos del fanatismo de los almohades en el siglo XII; formada en gran parte por familias de intelectuales como los Tibbónidas y los Qimḥi.

§ 20

En el reino de Francia[1] hubo un destierro general, pero la causa no fue escrita por los hombres del reino. En las crónicas de los *aškenazim*[2] consta que un fraile de la Orden de los Oradores,[3] que llaman *predicadores*,[4] deseaba a una mujer muy hermosa, pero ella no le correspondía. Después de mucha insistencia y de hablarle diariamente, le respondió que era una afrenta para ella, según su religión, casarse con un incircunciso, que si él se circuncidaba entonces le escucharía. El fraile, conforme a su deseo y amor, la escuchó, se convirtió en secreto y la tomó por esposa.[5]

Cuando la Orden de los Oradores lo supo, fue para ellos una ignominia[6] por el odio que profesaban a los judíos, y buscó el modo de vengarse de[7] ellos.

Era aquel fraile un hombre estimado, pues la reina[8] se confesaba con él —lo que se llama en lengua vulgar *confesor*[9]—. Marcharon todos ellos —es decir, todos los frailes— a la reina y le contaron todo el asunto del *confesor*, y cómo los judíos lo habían convertido y circuncidado. Dolióse mucho la reina y maquinó cómo tomar venganza de aquéllos, por su honor. Fue al rey e imploró, postrándose ante él,

---

1. Debería decir Inglaterra, pues la conversión del fraile al judaísmo es un suceso muy conocido que ocurrió en este país. Cfr. § 18.
2. Puede que el relato lo recogiera Ibn Verga de los judíos alemanes refugiados en Italia, donde él vivió, tras las persecuciones de la peste negra. Roth, *Italy*, página 118.
3. Dominicos.
4. *Prediqa'doreś*.
5. Casi con toda seguridad se refiere al escándalo habido en Londres en 1274, cuando el dominico Robert de Reading se convirtió al judaísmo, tomando por nombre Ageo para casarse con Florence de Worcester, judía. Según algunos cronistas, este hecho ocasionó las regulaciones del *Statutum de Judeismo*. Véase § 18.
Con anterioridad hay constancia de un caso similar de un diácono de Oxford, según aparece en la Tabla Memorial de esta ciudad.
6. Literalmente, «afrenta añadida».
7. Literalmente, «poner las manos».
8. Se debe referir a la reina madre, Leonor de Provenza, enemiga declarada de los judíos.
9. *Qonfeśor*.

refiriéndole todo aquel caso. Le pidió que expulsara a los judíos de su reino, mas el rey no accedió porque los estimaba,[10] pues para los monarcas eran de considerable utilidad en los reinos. Intentó disuadir a la reina con objeciones como éstas, un día tras otro. Viendo la soberana que no lo convencía, propuso a todos los nobles que estaban en la corte que hablaran al rey. Los nobles también sabían que no tenían culpa los judíos, pero temieron a la reina y, contra su propia voluntad, aconsejaron al rey la expulsión, diciéndole:

—Nuestro señor rey, no busques justificación para estos judíos, porque ellos odian nuestra fe, nos odian y dicen: «Al mejor de los gentiles matar»,[11] «que coma el hombre miel, pero que no lo enseñemos al gentil»,[12] y cosas parecidas.

Respondió el monarca:

—Por esto no merecen el destierro puesto que ya hubo una disputa en presencia de mi padre entre un obispo y unos sabios judíos, y explicaron lo que significa «Al mejor de los gentiles matar»; quiere decir: «lo mejor y más saludable que hay entre los cristianos es la pena de muerte que ellos imponen, porque con ella infunden terror en el pueblo, y todos escuchan y temen. Esto es necesario para la conservación del mundo, dado lo perturbado que está». No obstante, según la ley de los judíos, solía decir R. Aqiba, el talmudista,[13] que si él hubiese estado y tenido asiento en el Sanhedrín, jamás habrían ejecutado a un hombre, dado que tal vez ya padeciese una enfermedad inmunda o le hubiese herido con un florete el asesinado en un sitio vital.

Exclamaron los nobles:

—¿Conviene acaso compadecerse de aquel que semejantes leyes tiene?

Contestó el rey:

—Ya oí allí que todos los talmudistas habían argumentado contra su teoría diciendo que, si así fuera, proliferarían los asesinos entre el pueblo. Es así que con las opiniones se deslizan los grandes errores.

---

10. Cfr. § 18.
11. *Mekilta' le-šemot* 14, 7.
12. Fuente desconocida.
13. Tannaíta de la segunda generación, sucesor de R. Gamaliel.

He aquí que Platón,[14] el primero de los filósofos, dijo que las esposas de una profesión deberían ser comunes a todos los hombres de esa profesión. ¡Qué vergüenza y confusión entre las etnias, cuánta ignorancia y deshonestidad! ¿Quién de nosotros tiene un espíritu tan fuerte que no haya sido seducido con opiniones absurdas en algún momento?

Dijeron los nobles:

—¿Qué dice nuestro señor de «comer la miel, etc.»?

Respondió:

—He oído que es su intención decir que la prueba del buen vino es cuando agrada al paladar, y tras la comida resulta dulce la miel; pero los gentiles que oyesen esto creerían que era por ser considerada medicina. Por eso dicen: «No se le debe enseñar al gentil», porque se burlaría de ellos, al ser falso y erróneo.

Dijeron los nobles:

—Nosotros hemos oído que es debido a que después de la comida la miel se prueba si el vino es bueno, y conocerían el buen vino, adecuado para ofrecerlo en sus altares, y por eso ordenaron que no lo enseñasen al gentil, pues llegaría a ofrecerlo a Jesús y lo considerarían un pecado, dado que habían enseñado con qué servir a Jesús.

Dijo el rey:

—¿Acaso hemos venido ahora mismo al mundo? ¿No sabíamos ya que ellos despreciaban a nuestro Dios y sobre todo su culto?

Dijo uno de sus consejeros:

—¿Cómo puede nuestro señor tolerar que ultrajen a Jesús? ¡Ellos están en tu reino y tu imperio! ¿Está escrito en el libro de los talmudistas[15] «Jesús sea condenado», etc.?

Díjoles el rey:

—No lo había oído hasta hoy. Y vosotros ¿en qué tiempo o día lo oísteis?

Replicaron los nobles:

—Hace muchos años que oímos estas cosas y son creídas entre nosotros.

Dijo el soberano:

—Y en todo ese tiempo, ¿por qué no me lo habíais comunicado

14. Literalmente, *Aplaton.*
15. El Talmud. Gaṭin 3, 7 p. 1.

hasta hoy? Seguramente la persuasión de la reina os ha sugerido todo esto.

Al día siguiente volvieron de nuevo a hablar de la perversidad de los judíos hasta que consiguieron que el rey cediera, y delante de ellos salió un heraldo ordenando que saliesen los judíos de su reino en el plazo de tres meses y los que quedaran al final del tercero, fuesen matados a espada y sus bienes pasaran al Tesoro Real.

Algunos de los miembros más importantes fueron acusados de haber sido los que habían circuncidado al fraile y fueron quemados; y los otros, obligados a abandonar sus casas como estaban y salir apresuradamente de todo el reino, pues no quisieron concederles tiempo para recoger sus riquezas y sus bienes.[16]

§ 21[1]

El año 5046 de la Creación[2] fue proclamado un rey cruel cuyo nombre era Felipe, hijo de Filip.[3] Expulsó a todos los judíos que había en su reino. Fue muy cruel con los judíos, pues se apoderó de cuanto tenían: su plata, oro y bienes muebles e inmuebles, y fueron expulsados en cueros, desnudos y privados de todo.

Eran los judíos tan numerosos como las arenas en aquellos reinos, hasta el punto de que se decía que eran el doble de los que habían salido de Egipto.[4] Las comunidades eran grandes en sabiduría y en

16. El «no recoger sus riquezas y sus bienes» parece un reflejo de la situación en España; no coincide con la de la expulsión de Inglaterra.

1. Comienza una serie de capítulos —21, 22, 23, 24, 25— dedicados a las expulsiones acaecidas en Francia. Véase § 6, nota 33.

2. 1285-1286 d. C.

3. Felipe IV el Hermoso (1285-1314), hijo de Felipe III y nieto de Luis IX el Santo. El conflicto entre este monarca y el papa Bonifacio VIII en torno a la supremacía teocrática del pontífice provocó el nombramiento del francés Clemente V como Papa y el traslado, en 1305, de la sede pontificia a Aviñón, que se prolongó hasta 1376.

4. Abravanel, *Comentario a Deut. 28, 15.*

número. Así lo escribió R. Levi ben Geršon[5] en el comentario: «¿Quién podrá contar el polvo de Jacob?»[6] Hizo este comentario quince años después de la expulsión.[7]

Algunos abandonaron la Ley, aunque fueron muy pocos. En la comunidad de Tolosa[8] la abandonaron todos.

La fecha del año del destierro está en «y lo expulsó *y marchó*».[9] Dicha expulsión acaeció en el mes de Ab, en la fiesta de los cristianos llamada la Magdalena.[10]

§ 22

Antes de esto, el año 14 del Destierro,[1] tuvo lugar allí otra expulsión. No fue general, sino un destierro parcial en algunas de aquellas ciudades; pero no se supo el porqué. La fecha está en «y marcharás *junto* Israel desterrado y apesadumbrado».[2]

---

5. (1288-1344.) También conocido como Maestre de Bagnols, Magister Leo Hebraeus o Geršonides, matemático, astrónomo y comentarista bíblico. Los datos sobre su vida son escasos; se cree que nació en Bagnols-sur-Cèze, en el Languedoc, y vivió en Aviñón, donde mantuvo relaciones con importantes personalidades cristianas.

6. Núm. 23, 10.

7. 1321 d. C. La expulsión tuvo lugar en 1306.

8. Toulouse. Literalmente, «*Tološah*», la Tolosa francesa. Cfr. § 6, nota 9. Los judíos habían sido expulsados en 1289 de la Gascogne (entonces territorio inglés) y de la región de Anjou, gobernada por el hermano del rey.

9. *We-yalak*. $W = 6$, $Y = 10$, $L = 30$, $K = 20$; total 66.

10. Literalmente, *Margilena*. El 22 de julio de 1306, 10 de Ab.

1. 5014/1254 d. C. Se refiere a las persecuciones propiciadas por San Luis o Luis IX (1226-1270), para financiar su cruzada contra los albigenses. Bajo su reinado los judíos de los territorios de Bretaña, Anjou y Poitou, no sujetos a la autoridad real, también sufrieron duras persecuciones, siendo expulsados de Bretaña en 1240, de Poitou en 1249, etc.

2. *Yad*. $Y = 10$, $D = 4$: total 14.

§ 23

Unos cincuenta años después[1] hubo allí una expulsión general, extremadamente amarga y dura, pues los judíos de las anteriores expulsiones habían vuelto mediante dinero; pero subió al trono un nuevo rey, rey muy cruel, que proclamó un edicto diciendo que, si los judíos abrazaban la religión de Jesús, comerían de los bienes de la tierra, pero, si no, serían pasados a espada todos sin remisión. Dioles de plazo tres meses para que deliberasen lo que les convenía.

En ese tiempo había allí un gran sabio muy querido del rey, llamado Abugardan Delkadih,[2] que imploró ante el rey repetidas veces, mas no obtuvo resultado, no le escuchó; pues mantenía el rey que ya se había levantado el populacho contra los judíos, y en su expulsión estaba su dicha y su bien, ya que los expulsaba por salvarlos de la mano de sus enemigos y de los que se habían levantado contra ellos.

§ 24

El año «que se ordenó que fuese decretada la expulsión *total*»[1] el rey Felipe, el desterrante, salió a cazar y, hallando un ciervo que corría, galopó tras él en su caballo a gran velocidad. He aquí que había ante él un gran hoyo y allí cayó con el caballo, desnucándose, y murió.

Todos supieron que su crueldad para con los judíos le había ocasionado aquella muerte,[2] pues vieron que de modo natural no era suficiente aquel hoyo para que, por caer en él, muriese.

---

1. 1304 d. C. Puede referirse a la expulsión de 1306, narrada en el § 21, o a la de 1311, decretada por el mismo monarca, Felipe IV, y considerada como la definitiva.

2. Personaje desconocido.

1. Ex. 11, 1. La fecha se expresa por el valor numérico de la palabra *kalak*. $K = 20$, $L = 30$, $H = 5$: total 55. El rey murió en 1314.

2. Sobre la pena capital llamada *karet*, véase *Cinco epístolas de Maimónides*, página 68.

Tras aquel rey cruel gobernó su hijo en su lugar.[3] Era un rey piadoso y amante del derecho y la justicia. Visto lo sucedido a su padre, mandó un mensajero a los judíos para que, si lo deseaban, volviesen a sus ciudades con plena seguridad, puesto que él los guardaría como a la niña de sus ojos. Muchos, por amor a su tierra y al lugar de su nacimiento, tornaron a sus ciudades.[4]

Generalmente los reyes, los de Sefarad y Francia, los nobles, los sabios y todos los principales del país amaban a los judíos; sólo eran odiados por el populacho que los envidiaba.

—Aunque el rey nos ofrezca confianza, si el pueblo se levanta, ¿cómo podremos estar seguros?, especialmente, cuando ya hemos visto cuántos destierros ha provocado el populacho contra nosotros. ¿Qué beneficio hay en la misericordia del rey y de los jueces del país, si no tenemos el afecto del pueblo y siempre buscan nuestro mal? Por eso, permanezcamos donde estamos y no traigamos sobre nosotros el espanto de destierros que no deseamos volver a ver nunca más.

Pero al cabo de algunos días tornaron a decir:

—Vayamos y volvamos a las tierras donde nacimos, porque es nuestra madre, y el rey es un monarca bueno y recto, y cumplirá según dijo.

Tornaron a aquellas tierras. En los caminos los despojaron los salteadores de caminos. El rey envió investigadores, mas no supieron quiénes eran. Ordenó el rey que, del tesoro, diesen a los judíos ropa para vestirse y alimento para aquel año, ya que por su palabra habían venido al amparo de su protección; y habitaron confiadamente en sus ciudades.

§ 25

Después de siete años,[1] volvieron a calumniarlos y fueron desterrados otra vez. Sólo que aquel rey[2] era un soberano recto, y los expulsó con sus riquezas y bienes, mandando con ellos guardias para

3. Luis X (1314-1316).
4. Volvieron a los territorios gobernados por el rey en 1315.

1. 1322 d. C.
2. Carlos IV (1322-1328).

que no les robasen en los caminos. Pero a muchos de ellos esto no les sirvió, pues los despojaron en los caminos los aldeanos y los salteadores.

§ 26

El año 5160[1] de la Creación hubo una peste dura y desoladora en todas las regiones de Aškenaz y Alemania, Provenza[2] y en todas las provincias de Cataluña. En ninguno de los libros de crónicas hay descrita otra igual, ni hemos oído de una similar, si se exceptúa la peste de Roma y sus regiones, en la que se llegó a pensar que iban a morir todos; pero en general no se ha oído como ésta.

Se levantaron algunos gentiles de estas tierras diciendo que los judíos habían arrojado polvos mortales en los ríos y que allí se había originado la peste. Entonces reuniéronse todos, marcharon a clamar ante el rey y le contaron todo lo sucedido.

Preguntó el rey:

—¿Entre los judíos hay muertos de la peste?

Replicó el pueblo:

—De ellos no ha muerto ni uno.

Dijo el monarca:

—Si han echado veneno en los ríos, ¿qué beben?

Respondieron al rey:

—Beben agua de los pozos.

Dijo el rey:

—Pero, en las tierras que no tienen agua de pozo, qué beben. Así os contesto con vuestras propias palabras pues, según la verdad, es imposible que de eso se haya originado la peste; porque ¿cuánto ve-

---

1. La fecha parece equivocada, debe de ser 5106, pues la peste negra fue en 1348-1349.

2. Distingue entre Aškenaz —término hebreo para nombrar a Alemania— y Alemania, transcrito en castellano. También Provenza —que en la Edad Media coincidía, más o menos, con la actual región francesa— es identificada independiente de Francia/Ṣarfat, y Cataluña de Sefarad/España o mejor, Castilla. Véase § 6, nota 33, y § 3, nota 8.

neno deberían arrojar en un río para que no desapareciese en la multitud de sus aguas? Además, que esas aguas, las de los ríos, corren y vienen otras en su lugar, y las que llegan no tienen veneno. Tampoco el envenenado muestra úlcera. Pero además, id ahora y bebed agua de los pozos y veréis si os libráis de la peste o no.

Comprendieron las gentes el deseo del rey y salieron de allí, pero vieron a un judío que, burlándose de ellos, decía.

—¿De qué han servido vuestras calumnias?

Se sublevaron por segunda vez y buscaron falsos testigos que fueron y atestiguaron cómo habían visto a unos judíos que marchaban a medianoche y arrojaban algo en los ríos pero no sabían qué, y también que pronunciaban encantamientos sobre los ríos, pero no los habían entendido.

Tantos testigos llegaron y testificaron, y tantos vinieron contando maldades sobre los judíos, que dijo el rey:

—Aunque ello no pase de dudoso, conviene desterrarlos.[3]

Levantóse el pueblo, diciendo:

—Después de que han matado a tantos de nuestro pueblo, ¿cómo se van a ir sin castigo? Ellos son ricos, están repletos del producto de nuestro trabajo que nos han arrebatado con la usura; por eso, ordene el rey que cambien de religión o, si no, que los ejecuten.

Los nobles los apoyaron en esto de que dejasen su Ley.

Entonces hubo persecuciones generales en todas las tierras de Aškenaz y Provenza. Aflicción y tormento tal no había habido. En todos los lugares los *aškenazim* permanecieron fieles a la santidad del Dios Todopoderoso y a su Ley, y no cambiaron de fe.

---

3. Las masacres producidas como consecuencia de la peste negra se extendieron a muchas regiones de Francia, especialmente a Provenza, Savoy, Dauphiné, Alsacia y Franche-Comté, de donde fueron expulsados en 1349 y confiscados sus bienes. Sólo los judíos de Aviñón, acogidos a la protección papal, se libraron.

§ 27

El año 5150[1] hubo persecuciones generales en la mayor parte de Sefarad[2] y especialmente contra las comunidades mayores en sabiduría y número; pues se levantaron los gentiles del país, de improviso, contra ellos para matarlos, robarlos y saquearlos, si no abandonaban su religión. Muchos de los más respetados perseveraron en su espíritu y religión; determinaron permanecer fieles a pesar de todo lo que decretasen contra ellos. Muchos fueron asesinados por santificar, en su país, al Nombre.

Igualmente acaeció en los reinos[3] de Aragón, Valencia, Mallorca, Barcelona y Lérida.

Mas en estos lugares, parte de ellos abandonó la religión a causa de los tremendos tormentos y temores, pues estaban sumamente agotados. A pesar de todo esto, la gloria de Israel no fue infiel ni falsa. Todos aquellos conversos forzados pusieron un medio para salvar sus almas y decretaron sobre sí mismos un destierro, ir de gentil en gentil por tierras de sus enemigos, hasta encontrar un lugar seguro donde guardar su Ley. Dios los ayudó.

Pero aquellos que marcharon a tierras del árabe[4] padecieron en los caminos cosas inenarrables, según escribieron a los parientes que habían quedado en su país; especialmente, porque los aldeanos se alzaron contra ellos con el dicho de que ellos marchaban a guardar su religión, y los prendieron con cadenas hasta que fue sabido por el rey. Algunos se salvaron, entregando sus ganancias y su dinero a los perseguidores. Otros, por la violencia de los padecimientos, decían:

—«Nombremos a un jefe y volveremos»,[5] porque ya nos enseñó el verdadero Dios:[6] «Pereceréis en medio de los pueblos. El país enemigo os devorará.»

---

1. 1390 d. C. Persecuciones originadas por la cruzada proconversión de Vicente Ferrer.
2. En este caso con el término Sefarad se refiere claramente al reino de Castilla, dado que después cita otros reinos peninsulares. Cfr. § 6, 25.
3. En el texto: «el reino», en singular.
4. Al-Andalus.
5. Núm. 14, 4.
6. Lev. 26, 38.

§ 28

En las ciudades de Grecia,[1] según lo que oí a los ancianos, salió un decreto del rey para que se cambiaran de su religión, pero los *rumanoṭis*[2] permanecieron todos —desde sus pequeños hasta los mayores— fieles a la santificación del Nombre.

Cuando vio el rey que no podía con ellos, pidió consejo sobre qué hacer, y llegó a la conclusión de expulsarlos de sus casas al campo tres días, y que no hallasen allí ningún alimento ni agua para beber. Pero todos se mantuvieron firmes, no comieron ni bebieron en tres días, excepto los niños y los jóvenes que no lo pudieron resistir y huyeron de casa de sus padres[3] y se fueron a las casas de los griegos.

Así que, al no poder el rey atraerlos a su religión y ver su valentía para permanecer fieles a su creencia, tuvo compasión de ellos. Para aplacar al pueblo promulgó contra los judíos otros decretos, ordenando que no viviesen en medio de la ciudad de Constantina,[4] sino que morasen en la ciudad de enfrente llamada Pera, y decretó contra una parte de ellos que no tuviesen otros oficios más que el de las pieles, y que hiciesen tiendas cerca del mar para ese oficio.

Otros narradores dicen que esto no sucedió en ese tiempo, sino que fue otro decreto y por otro asunto.

---

1. Grecia se identifica con el imperio de Bizancio y el otomano.
2. Término con el que se denominaba a los judíos en la zona europea de Bizancio. Véase Šoḥet, p. 199.
3. Šoḥet, «sus enemigos».
4. Literalmente, «*Qośta'ntinah*». Constantinopla. Benjamín de Tudela, *op. cit.*, pp 66-67, al describir la comunidad de esta ciudad, escribe: «los judíos no están en la ciudad, ... porque fueron deportados a la otra parte del brazo del mar... El nombre del lugar que habitan los judíos es Pera», y «grande es el odio que les tienen los curtidores de pieles, quienes vierten sus aguas pestilentes en las calles, frente a las puertas de sus casas y ensucian el recinto de los judíos». Los judíos fueron relegados a vivir en el suburbio de Galata-Pera a finales del siglo XI.

§ 29

En tiempo del rey justo, el anciano rey Alfonso,[1] se presentaron unos hombres ante los jueces del país diciendo cómo habían visto a un cristiano entrar la víspera de *Pesaḥ*[2] en la casa de un judío, y después le oyeron gritar, diciendo: «¡Cristianos, salvadme!»

Entonces los jueces enviaron a unos hombres que fueran a registrar la casa del judío, mas no encontraron nada. Dijeron los jueces:

—De un asunto como éste les acusaron el año pasado, pero se descubrió la falsedad; y vosotros, acusadores, ¿por qué andáis tras la vanidad y aterráis a los infieles, puesto que no han hecho mal?

Se levantó el pueblo con un griterío estrepitoso, diciendo:

—¡El juez de todo este país no nos hace justicia! Iremos al rey, porque él sacará a la luz nuestros pleitos.

Llegaron ante el rey y le refirieron todo el caso. Dijo el rey:

—Traedme al judío.

Trajéronlo en seguida ante él, lo interrogó el rey y él contestó:

—¡Dios me libre! porque no entró en mi casa ningún cristiano en esos días.

Entonces dijo el rey a los acusadores:

—Merecéis la muerte. Cuando oísteis al cristiano gritar, diciendo: «¡Salvadme!» y reconocisteis su voz, ¿por qué no rompisteis las puertas del judío y entrasteis a salvar al oprimido de su opresor?

Replicaron:

—Porque teníamos miedo de que los jueces nos impusieran un castigo por romper la puerta de otro hombre.

Repuso el judío:

—Pues hace diez días huyó un siervo y entró en mi casa cerrando tras de sí, ¿cómo es que rompisteis mis puertas? Hay testigos de que están quebradas.

---

1. En este relato, clasificado por Cantera, *Prólogo*, p. 113, como «libremente inventado», es muy difícil localizar a los personajes. Por el tipo de suceso narrado pensamos que se debe de situar en el reino de Castilla, y «el anciano rey Alfonso» podría ser Alfonso VIII, que reinó muchos años y fue benefactor de los judíos.
2. Véase § 7, nota 4.

Se fueron temerosos, sin responder nada. Entonces dijo el rey a los nobles:

—¿Habéis visto al judío que mata cristianos? Es viejo y débil, no puede con su mano matar una pulga. Esto no es sino la perversidad de su corazón y merecen ser castigados.

Volviéndose a ellos les dijo:

—Sois falsarios y embusteros; guardaos, por vuestra vida, de venir más ante mí con asuntos semejantes.

Al día siguiente se reunieron y volvieron al rey diciendo que había muchos testigos y pruebas evidentes. Entonces dijo el rey:

—Si es así, conviene investigarlo.

Al efecto, mandó que viniese el escriba real, llegó, escribió el nombre del judío y la dirección de su casa. Preguntó a los que habían dicho que le conocían:

—¿Cuál es el nombre del cristiano?

Respondieron:

—Pedro Guzmán.

Preguntó sobre la mujer de éste, y dijeron:

—Beatriz, criada del obispo, que vive en la calle tal.

Dijo el rey:

—Y ¿qué señas tiene el cristiano?

Contestaron:

—Es un hombre de baja estatura, rubio, de barba partida y tuerto de un ojo.

Envió el monarca a por la mujer, la interrogó acerca de su marido, y dijo ella:

—Marchó a casa de un judío para tomar una cantidad que le adeudaba a él, y después de eso no ha vuelto aún a mi casa.

Pidió el rey las declaraciones de los jóvenes, y dijeron:

—Ese cristiano que tenía tales y tales señas, era conocido nuestro y, encontrándole a la puerta del judío, nos dijo que estaba aguardándolo, por una cantidad que éste le debía. Mientras estábamos hablando, llegó el judío, entró el cristiano con él y al poco tiempo oímos su voz que decía: «¡Salvadme!» Entonces, por la ventana entramos en la casa, registramos, mas no hallamos al cristiano, pero encontramos gran cantidad de sangre en la tierra.

Entonces exclamó el rey:

—Ante una prueba como ésta, conviene aplicarle tormento.

Atormentaron al judío y declaró que él lo había matado, y por la noche lo había arrojado al río. Fue condenado a la hoguera.

En el momento del pregón de la sentencia, llegaba el arzobispo ante el rey y, al oírlo, preguntó:

—¿Este Pedro de Guzmán es el marido de Beatriz o es otro individuo?

Contestaron:

—El marido de Beatriz.

Dijo el obispo:

—Estoy viendo cosas sorprendentes, pues la sentencia dice que el día primero de enero lo asesinaron, pero yo lo encontré ayer en una aldea próxima a la ciudad, y vendrá hoy o mañana a lo sumo.

Dijo el monarca:

—Según esto, o el judío es un necio o ha perdido la razón, puesto que confesó lo que no hizo.

Entonces replicó el obispo:

—Los tormentos y la manera de obrar de los nobles no merecen crédito ni confianza.

El judío exclamó:

—Rey, nuestro señor, yo no soy necio ni he sido necio; pero me sacaron de juicio a fuerza de tormentos, porque se perdió la misericordia en los cristianos e hicieron aplicar penas que no se aplican a los sublevados contra la corona real, y cuando vi que después de haberme atormentado por muchos suplicios volvían y renovaban los tormentos, preferí una sola a tantas muertes.

Entonces envió el rey a dos siervos suyos y que fuera un judío con ellos, para que no le ocultasen con soborno. Llegó el cristiano ante el rey, entonces se levantó el monarca y dijo:

—¡Alabado sea el que ilumina las tinieblas, alabado sea Aquel en quien está la justicia y el derecho! ¿Por qué mandó a necios, cual nosotros, sentarnos en el trono de la justicia, pues somos como las bestias del campo, que no saben donde caen? Además, he de decir que he oído que antiguamente era costumbre de los griegos hacer duelo el día en que nacía un niño y cuando se moría un anciano se regocijaban y divertían. La razón era que es conveniente llorar por el hombre que nace, ya que viene para llanto, pero cuando muere conviene alegrarse, ya que va a la alegría y al descanso. Pero los judíos sería conveniente que llorasen cuando nacen y cuando mueren y en los días

de en medio porque no es bastante el destierro natural, sino que aún se buscan acusaciones contra ellos para destruirlos. Yo intercedo en su favor, no porque sean judíos, sino más bien porque son pobres y abatidos; y sólo tenemos lo que nos otorgó el Rey del mundo, el cual dijo a través de su profeta:[3] «En ése pondré mis ojos, en el humilde y el abatido.»

A ti, obispo, gracias, pues tú me has impedido derramar sangre inocente; Dios te envió para que no saliese de nuestra mano una sentencia errónea.

Dijo el obispo:

—Testigo te hizo el Rey —cuyo reino es el mundo— de otra merced, pues has visto con tus propios ojos que no hay crédito ni confianza en lo que dice el hombre mediante torturas y tormentos. Aquí está la declaración que hizo el judío de haber matado a aquel cristiano, también está vivo ante nuestro señor. ¡Alabado sea el que ilumina a los reyes rectos y justos como tú. Que eternamente ilumine tu rostro. Amén!

§ 30

El año 4906[1] hubo persecuciones generales y espantosas en el país de Berbería y en los países de Oriente, contra todas las comunidades que allí había, muy numerosas y de gran calidad. Sucedió esto porque el rey quiso obligarlos a cambiar de religión y forzó a todas las comunidades que había en su reino a que siguiesen la ley del Profeta musulmán.

En este tiempo huyó el RaMBaM[2] a Ṣoan de Egipto, llamado El Cairo, y permaneció bajo el imperio del Sultán[3] el resto de su vida.

---

3. Is. 66, 2.

1. 1146-1147. Se refiere a las persecuciones de los almohades. Cfr. § 4.
2. Maimónides. Sobre la vida de este sabio cordobés, véase nuestro libro *Cinco epístolas de Maimónides*, Barcelona 1988, pp. 23-29, vol. XII de la presente colección.
3. El monarca aŷŷubí Saladino subió al poder en 1171 d. C. Véase supra, *op. cit.*, pp. 37 ss.

Con gran honra fue allí médico del Sultán y, por su extraordinaria sabiduría, fue engrandecido por el rey y los nobles, sobre todos los hijos de Oriente. Entonces este hombre inmortal escribió la famosa epístola llamada *Iggeret Teman*[4] para fortalecer a todas las comunidades que quedaban, exhortarlas a guardar la Ley de Moisés —la paz sea sobre él— e inspirarles confianza en la futura redención.

¡Que pronto se cumpla. Amén!

§ 31[1]

Como unos siete años antes de la persecución que arriba hemos citado, padeció Israel fuertes tribulaciones por causa de un hombre abyecto que se hizo a sí mismo mesías. El rey y los nobles irritáronse mucho contra los judíos cuando les dijo que pretendían la caída del reino con la búsqueda de un mesías.

Aquel maldito se llamaba David el-David,[2] de la ciudad de Amadia.[3] Había allí una gran comunidad, de alrededor de mil casas ricas, poderosas, honradas y afortunadas. Aquella congregación, la principal de las que se hallaban alrededor del río de Sabbattion[4] —más de cien

---

4. *Epístola del Yemen*, también conocida por *Carta a los judíos del Yemen* o *Puerta de la esperanza*. En esta epístola, escrita a solicitud de las comunidades del Yemen, responde a una pregunta sobre el problema del mesianismo. Ha sido traducida al castellano y estudiada por J. Targarona. Véase *Sobre el Mesías...*, pp. 79-225, vol. XI de la presente colección.

1. Esta historia, fechable alrededor de 1149, aparece en otras fuentes hebreas como la obra de Benjamín de Tudela, *op. cit.*, pp. 103-105, y en la de Yosef ha-Cohen, *op. cit.*, pp. 101-103, títulos publicados en la presente colección.

2. Benjamín de Tudela y Yosef ha-Cohen —*loc. cit.*— lo llaman David el-Roy.

3. Ciudad en los montes del Kurdistán —se los podría identificar con los que Verga llama Hafton—, al NE. de Mosul. Los habitantes judíos se autoproclamaban descendientes de los desterrados a Babilonia y continuaron hablando arameo hasta su emigración definitiva al moderno estado de Israel.

4. Sambatyon, río legendario relacionado con el exilio de las diez tribus en tiempo de las deportaciones asirias. Se identifica con el río Gozan de la Biblia (II Re. 17, 6).

Cantera, p. 219, con Benjamín de Tudela, p. 102, «montañas de Haftón»; Yosef ha-Cohen «río Hafton».

comunidades—, estaba al comienzo del país de Media y su lengua era la del Targum.[5] Desde allí a la provincia de Gilan hay cincuenta[6] jornadas. Están bajo el gobierno del rey de Persia y le pagan tributo anual de un oro[7] desde los quince años para arriba.

Aquel hombre, David el-David, había estudiado con el exilarca Ḥasdai[8] y con un gran personaje, jefe de la Academia que había en la ciudad de Bagdad. Era erudito en el Talmud, en todas las ciencias profanas y en todos los libros de los magos, encantadores y astrólogos. Este hombre, El-David, con su tenacidad y orgullo, se rebeló contra el rey, y reunió a los judíos habitantes en los montes de Haftón para salir a guerrear contra todos los gentiles. Hacíales ver prodigios, sin que supieran en qué estaba su poder: unos decían que era por encantamientos y destreza, y otros afirmaban que su poder era tan grande por mediación de Dios. Los que andaban en su compañía llamábanle Mesías, y lo alababan y ensalzaban.

Cuando el rey de Persia oyó el caso de este individuo, y cómo prosperaba y se aproximaba a él reuniendo a los pueblos, se atemorizó y le envió un mensajero para que se presentase a él con toda confianza y le mostrase sus prodigios; si eran tales, sabría que era el verdadero mesías y comprendería que Dios le había constituido rey y lo reconocería, humillándose a servirle, puesto que ello era la voluntad de Dios que le había elegido rey.

David el-David, sin ningún temor ni miedo, fue ante el rey. El monarca le interrogó, diciendo:

—¿Es verdad que eres el Mesías?

Contestó David el-David:

—Soy Mesías y me ha enviado Dios a redimir al pueblo de los hijos de Israel.

Repuso el rey:

—Yo te pondré en la cárcel y si te escapas de allí, sabré que tú eres el Mesías, y si no, el castigo por tu locura será la cadena perpetua; pero no te mataré porque eres un necio.

---

5. Arameo. Véase nota 3.
6. Benjamín de Tudela «veinticinco». Importante ciudad en la ruta Bagdad-Hamadan, al SE. del mar Caspio, en la altiplanicie iraní.
7. Un amirí de oro. Véase Benjamín de Tudela, p. 103.
8. Ḥasdai b. David b. Hezeriah, exilarca babilónico muerto alrededor de 1135.

Después de ser prendido David el-David, mandó llamar el rey a todos sus ministros y consejeros y les pidió consejo sobre qué hacer con los judíos rebeldes e insurrectos del reino. Pero estando en este consejo, oyeron que David el-David se había evadido de la cárcel y marchado por un camino lejano, y no encontraron qué camino había tomado.

El monarca, al oírlo, envió tras él jinetes y nobles para prenderlo. Partieron los jinetes pero volvieron al monarca, diciéndole:

—Cerca de un río hemos oído su voz, si bien no hemos visto su figura. ¿Cómo podríamos cogerlo?

El rey creyó que era un subterfugio, que por soborno lo habían soltado o que lo decían porque no habían podido prenderlo. Entonces montó a caballo y corrió tras él, y sus siervos y ministros. Llegaron cerca de aquel río pero no le vieron, mas le llamaban y les contestaba:

—¡Oh, necios, aquí me tenéis continuando mi camino; si tenéis fuerzas, seguidme!

Extendió su capa sobre el río Gozan[9] y cruzó el río. Entonces vio el monarca cómo pasaba e igualmente lo vieron sus servidores, y dijo el monarca:

—De una cosa como ésta no tiene poder hombre alguno, sólo aquel a quien el Rey ha designado rey, quiero decir el Rey del Universo. Si desde allí se ha nombrado rey a este hombre, debemos reconocerlo.

Dijéronle sus servidores y ministros:

—Creemos que son hechos realizados con encantamiento, que solamente los ven tus ojos.

Entonces ordenó el monarca:

—Que me traigan una barca.

Y atravesaron el río. Lo cruzaron muchos jinetes veloces, pero no lo alcanzaron, pues anduvo aquel día un trayecto de diez jornadas.

Cuando vio el rey que no conseguía nada con este método, recurrió a otro, y envió emisarios a los jefes de la Diáspora[10] para que prendieran a aquel hombre y lo llevasen ante él; si no, mataría a todos, joven y viejo juntamente, y a todos los jefes de la Diáspora los oprimiría con tormento, y después los quemaría uno a uno. También

9. Véase nota 4.
10. El exilarca y los jefes de las academias talmúdicas.

envió una carta al emir al-Mu' adin,[11] que residía en Bagdad, para que hiciera en esto todo lo que pudiera y ayudase a los jefes de la Diáspora.

Fueron congregados entonces los jefes del destierro y enviaron mensajeros a David el-David para que desistiera de su locura, pues sería bueno para él y para toda la grey de Israel, que se encontraba en grave riesgo; y si no desistía, sería excomulgado con una excomunión perpetua en este mundo y en el mundo eterno. También remitieron una carta a Zakay, el príncipe, que está en el país de Asur, y a R. Yosef Bakaran al-Falaḥ, el astrónomo,[12] residente en el mismo lugar, para que le escribiesen también ellos en su nombre; porque era tiempo de aflicción para Jacob y precisaba para salvarle la misericordia de los altos cielos. Todos ellos enviaron cartas a David el-David exhortándole encarecidamente a que volviera de su mal camino. Mas él recibió todas las cartas, las leyó, se burló y rió de ellas, y ni los escuchó ni temió.

Dios puso misericordia en el corazón de un rey, el de Turquía,[13] de nombre Zaid al-Din, que era tributario del rey de Persia y muy amigo de los judíos. Era conocido del suegro de David el-David, y le dijo:

—Tú conoces a tu pueblo y cómo ellos se hallan en gran tribulación con el rey de Persia, por eso, en ti está salvar tu persona y tu pueblo. Diez mil oros te darán los judíos, yo salgo fiador por ellos, y de mí los recibirás, si matas a ese hombre pecador que ha puesto a tantas almas inocentes en peligro; también de Dios recibirás recompensa, si salvas a tu pueblo inocente.

Aquel hombre, por salvar a su pueblo y por amor a la ganancia, decidió llevar a cabo el asunto. Aquella noche invitó a David el-David a un banquete y le hizo embriagarse como era conveniente. A media-

---

11. Título empleado por los califas orientales, «Príncipe de los creyentes». Benjamín de Tudela, p. 104, «Amir al-Mu'min». Por esas fechas gobernaba en el imperio abbasí, el califa de Bagdad al-Muqtafi (1136-1160).

12. La identificación de los personajes y su localización en el lugar y época es siempre muy cuestionable e imprecisa. Al respecto, véanse notas de Pilar León Tello al capítulo 52 de la obra de Yosef ha-Cohen, vol. XIII de la presente colección. Según Šoḥet, Yosef Bakaran era el astrónomo del rey Zaid al-Din, que aparece unas líneas más abajo.

13. Literalmente, *Turgemah*.

noche, cuando éste se hallaba confiado y durmiendo borracho, saltó sobre él y lo decapitó. Puso la cabeza y el machete en manos del rey Zaid al-Din. Dijo el monarca cuando vio la cabeza:

—¡Tu sangre caiga sobre tu cabeza!

El rey Zaid al-Din envió la cabeza al monarca de Persia con testigos fidedignos de que aquél era el mesías que le había pedido, y la cólera del rey se calmó contra David el-David. Pero en todos sitios declaró que era su voluntad tomar venganza de los judíos seguidores; solicitó de todas las comunidades que le entregasen a todos aquellos que habían seguido a aquel maldito. Contestaron que no eran conocidos entre ellos y que dónde los buscarían. Entonces el rey mandó prenderlos,[14] pero desde su prisión encontraron intermediarios llegando a un acuerdo con el rey mediante una fuerte suma de dinero que fue de cien talentos[15] de oro.

Maimónides[16] escribe que el Sultán preguntó a David el-David si él era el mesías, y contestó:

—Sí.

Le dijo el rey:

—¿Cuál era la señal?

Replicó:

—Que cortan la cabeza y vuelve a vivir.

Entonces ordenó el rey que le cortaran la cabeza y murió. Decían que esto había sido para él mejor que morir mediante crueles tormentos. Algunos necios esperaban que resucitara, mas hasta ahora el loco no ha venido.

Dice Šelomoh ibn Verga, el traductor:

---

14. A los dirigentes de las comunidades.

15. *Kakare zahab.*

16. *HR"M.* Este epílogo, atribuido a Maimónides, aparece también en Yosef ha-Cohen, p. 103, que erróneamente aplican a este seudomesías. El pasaje del propio Maimónides, recogido en su *Carta a los judíos de Montpellier, op. cit.*, pp. 248-250, es lo suficientemente explícito para no dejar lugar a dudas: «La historia del mesías, que ha llegado hasta vosotros como procedente de mí, es inexacta, no tuvo lugar en Oriente, en Isfahan; sino que hubo un hombre en el Yemen, hará de esto unos veinte años...», para seguir relatando la misma historia que Ibn Verga.

He hallado que Maimónides[17] dice que al comienzo del imperio musulmán se alzó un hombre, al otro lado del río, afirmando que él era el Mesías. Estuvo Israel en grave peligro; abandonaron completamente la religión diez mil israelitas. Su señal era que se acostaba leproso y amanecía sano. Por fin cayó y quedó Israel en el mismo cautiverio y odio.

Del mismo modo se erigió un hombre en el Occidente, en la provincia de Fez, que declaró que él era el Mesías, por lo que se originaron muchas angustias a Israel.

Diez años antes de eso se proclamó otro mesías en la ciudad de Córdoba y casi produjo la ruina en el resto de Israel.

Igualmente en Francia se levantó un hombre y por su causa fueron aniquiladas muchas comunidades, e igual en tiempos de R. Šelomoh ben Adreṭ[18] se alzó otro mesías, como escribe en sus *Še'elot*.

§ 32[1]

En el reino persa,[2] una vez se sublevó un judío autoproclamándose mesías logrando tener mucho éxito y reunir junto a él a mucha

---

17. *HR"M*. Evidentemente, los tres primeros casos de este fragmento están recogidos, de forma abreviada, de los capítulos 51-54 de la *Carta a los judíos de Montpellier, op. cit.*, pp. 212-219. El del judío francés, 1067 en Lyon, es según el capítulo 54 de la *Carta a los judíos del Yemen*. Del seudomesías catalán, de tiempos de Ibn Adreṭ (ca. 1233-1310), no encontramos noticias en la obra de Maimónides. Véase nuestra ponencia en las *Actas del III Simposio Bíblico Español (I Luso-Español)*, «El mesianismo en el Šebeṭ Yehudah de Šelomoh ibn Verga».

18. Šelomoh b. Abraham b. Adreṭ (ca. 1233-1310), miembro de una ilustre familia de Barcelona, ciudad donde ejerció de rabino durante más de cincuenta años. Gran dirigente de la comunidad, destacó como polemista y financiero.

Las *Še'elot* o *Responsa* de tipo jurídico de este autor son una fuente importante de documentación de su tiempo. Véase Baer, *Historia de los judíos...*, páginas 223 ss.

1. Este largo capítulo trata varios temas: 1) Un seudomesías persa. 2) Conversación entre el rey Don Pedro y el sabio Nicolás: *a*) Sobre la bondad de las religiones. *b*) Carta de Tito sobre la toma de Jerusalén. *c*) Sobre la naturaleza del mundo. 3) Disputa entre un cristiano y un judío ante Don Alfonso de Portugal: *a*) Sobre el Mesías. *b*) Los elementos en la naturaleza.

2. Cfr. § 31.

gente de Israel. Cuando oyó el rey sobre toda su fuerza y que era su propósito llevar a la guerra a su pueblo, mandó reunir a los judíos que había en su país y les dijo que, si no conseguían que aquel hombre se alejara de él, tuviesen por cierto que los pasaría a todos por la espada del mal, y aniquilaría a niños y mujeres en un solo día. Entonces se congregó a una todo el pueblo de Israel y se dirigieron a aquel hombre, se postraron en tierra ante él pidiéndole misericordia, rogándole y llorando, que cambiara su conducta, ¿para qué ponerse en peligro a sí mismo y a todo su pueblo?, puesto que el rey había jurado pasarlos a espada y, ¿cómo podía contemplar en desgracia a todas las comunidades de Persia?

Contestó David el-David:

—Yo he venido a salvaros y no queréis. ¿A quién teméis?, ¿quién resistirá ante mí?, ¿qué hará el rey de Persia?, ¿no me teme a mí y a mi espada?

Le preguntaron que qué probaba que era el Mesías. Replicó que tenía éxito y no necesitaba el Mesías otra señal. Respondieron que muchos habían actuado así y no habían sido afortunados. Entonces los expulsó de su presencia con vehemente cólera.

Al día siguiente volvieron ante él en ayunas y con sus pequeñuelos delante para conmoverle, y entonces dijo:

—Por piedad hacia estos pequeños lo haré así: si el rey de Persia me da lo que he gastado en preparar esta guerra, regresaré a mi lugar y no le molestaré.

Dijéronle los judíos:

—¿Cómo un rey poderoso, como el rey de Persia, va a doblegarse a pagar los gastos a un judío?

Contestó el seudomesías, diciendo:

—Si volvéis una segunda vez, incluso si me diera todos los gastos y la mitad de su reino, no me contentaría.

Al ver los judíos la perversidad de su corazón y que no había réplica justa que sirviera, marcharon angustiados y, llorando ante el rey, dijeron:

—Nuestro señor rey, en la aspiración al imperio y a la corona real, ni ley ni razón bastan para quitar la locura a quien está loco. En aquel hombre hemos visto que, respecto a este asunto, es un loco rematado y no escucha nuestra voz. Con todo lo que le hemos dicho ha puesto nuestra vida en grave peligro, siendo nosotros inocentes. Por eso es-

tamos extrañados de cómo presta atención nuestro señor a las palabras de ese loco, pues, si se le deja, caerá por sí mismo, como vemos que sucede con todas las cosas falsas que caen porque no tienen pies, como el árbol cae cuando no tiene raíz.

»Hemos dicho a ese hombre palabras capaces de conmover el corazón de una piedra, pero él se resistió y nos dijo que si nuestro señor le da todo lo que ha gastado para hacer esta guerra, se volvería a su país. Todo ello basta para atestiguar que es un loco manifiesto.

Repuso el rey:

—¿Y le llamáis loco por eso? Si el pobre carece de tesoros y ha gastado de fiado en la confianza de triunfar en la guerra, y ha de dar marcha atrás, ¿qué hará si no es de este modo? Por tanto, corred y volved a aquel hombre, y decidle que estoy de acuerdo con lo que ha pedido, y que envíe, con garantías y confianza, a un individuo con su libro de gastos, e inmediatamente le pagaré con buena moneda.

Y así se hizo.

Después que aquel hombre se hubo replegado y cesado la guerra, ordenó el rey reunir a todos los judíos que había en su reino, y les dijo:

—Uno de vosotros vino a pelear contra mí, y me han contado que fue de acuerdo con todos vosotros. No pensasteis que el mal se volvería contra vosotros.

Contestaron los judíos suficientes excusas, pero no sirvió. Al final de todos los argumentos, les dijo:

—Devolvedme inmediatamente los gastos, y después ya sabré qué hacer con vosotros.

Cuando volvieron a aplacarle y a hablar, mandó que prendieran a todos sus dirigentes en una dura cárcel, y a consecuencia de la tribulación se vieron precisados a entregar la suma. Muchos de ellos tuvieron que vender a sus hijos para completar la suma. Tras entregarle lo que había pedido, dijo que por su afrenta recibieran ellos esta afrenta: que anduviesen los judíos descalzos y que sólo llevaran pantalones hasta la cadera.

Dice Yosef ben Verga:[3]

---

3. Otro de los relatos añadidos por el hijo del cronista. Cfr. § 37.

—Yo oí de labios del excelso y elevado príncipe, el doctísimo R. Mošeh Hamon,[4] sea ensalzada su majestad, que se decretó contra ellos que llevasen un palo pesado y grueso a sus espaldas, colgado de sus cuellos, para escarnio. Por eso no solían salir de sus casas si no era por una gran necesidad, pues había unos que les volvían el palo hacia adelante, otros les volteaban y se lo volvían a las espaldas, sirviendo de escarnio e irrisión a todo el que iba y venía, y en todas las calles y al comienzo de los arrabales eran separados por afrenta.

Conversación habida entre el rey Don Pedro el Viejo y el sabio Nicolás de Valencia[5]

Dijo Nicolás:

—He oído acerca de ti, nuestro señor, que es tu suprema voluntad salir a la guerra contra tus enemigos que llaman *infieles*.[6] ¿Por qué marcha nuestro señor contra los enemigos que están fuera y deja los que hay en el interior? Ellos son los judíos, cuyo odio hacia nosotros es grande, pues se halla escrito en sus libros que está prohibido darnos la paz.[7] De boca de uno que los conoce he oído que es conveniente que un cristiano sólo reciba del judío vacío. Su explicación es: cuando un gentil se acerca a un judío, entonces dice contra el cristiano: «¡Ven enhoramala!», cuando se le aproxima le dice: «¡La paz sea contigo! ¡Mi señor Dios te conserve!», y, al alejarse de él, dice: «¡Vete como Coré a su infierno y como el faraón al mar!»

Replicó el rey:

—¿Acaso lo has oído con tus oídos?

---

4. (1490-1554.) El miembro más conocido de la renombrada familia de médicos granadinos que, tras la expulsión de 1492, se asentó en Turquía, donde contactó con Yosef ibn Verga. Mošeh sucedió a su padre como médico del sultán Selim I y lo fue, también, de Soleimán el Magnífico, al que acompañó en su campaña a Persia. Cfr. §§ 11 y 37.

5. Debe referirse a Pedro IV de Aragón, que gozó de un largo reinado (1336-1387), durante el cual mantuvo una política favorable a los judíos, a los que volvió a emplear en la corte. Destacó como un rey culto e ilustrado, rodeándose de astrónomos, médicos y otros científicos judíos.

6. En castellano el original, *infi'eleś*.

7. Deut. 23, 7. Gaṭin, 61, 1; 62, 1.

Contestó Nicolás:

—De uno de ellos que pasó a nuestra religión lo he oído.

Dijo el rey:

—No es conveniente creerle, pues a aquel que cambió su religión le es fácil cambiar las palabras; y además, porque el odio del antagonismo de religión es sólo odio accidental, pues es el amor a su propia religión.

Dijo Nicolás:

—Únicamente me encoleriza su insolencia, que a tu cara, nuestro señor, afirman que tu religión es una religión falsa.

Dijo el monarca:

—Que sea llamado uno de los sabios judíos, y preguntaremos.

Cuando hubo llegado, le dijo el rey:

—¿Cómo te llamas?

Le respondió:

—Efraim ben Sancho.[8]

Dijo el rey:

—Según parece, hay en ti dos partes: por tu mitad de abajo, en la que está la circuncisión, te llamas Efraim; y por tu mitad de arriba eres cristiano, como así lo manifiesta tu nombre de Sancho.

Repuso el judío:

—Mi señor el rey, Sancho es el apellido y era Sansi,[9] si no se hubiera corrompido con la lengua del vulgo.

Dijo el rey:

—¿Acaso a tu hija he pedido para que me des explicaciones de tu familia?

Contestó el judío:

—Rey, mi señor, dije Sancho para distinguir, porque hay muchos Efraim sobre la tierra, y mi señor, el rey, deseaba conocerme, puesto que preguntó mi nombre.

Dijo el rey:

—Dejemos esto. Para lo que te he hecho venir ante mí, ¿acaso no es para que me respondas cuál de las dos religiones es la buena, la religión de Jesús o la tuya?

---

8. Personaje desconocido.
9. Šoḥet, p. 191, anota que Sancho puede ser la corrupción de Šem Ṭob.

Replicó el sabio:

—Mi religión es mejor para mí, conforme a mi situación, pues estaba en Egipto, esclavo de esclavos, y Dios me sacó de allí entre milagros y prodigios; mas para ti tu religión es mejor, pues es la que domina siempre.

Dijo el rey:

—Te pregunto sobre las religiones en sí mismas y no en función de los que las profesan.

Dijo el sabio:

—Después de reflexionar tres días responderé, si a mi señor le parece.

Respondió el rey:

—¡Así sea!

Al cabo de los tres días, llegó el sabio, mostrándose encolerizado y con el rostro turbado. Dijo el rey:

—¿Por qué estás enojado?

Contestó diciendo:

—Porque me han injuriado hoy sin haber yo ofendido. A ti, nuestro señor, incumbe juzgar mi causa. El asunto es que hará un mes que un vecino mío se marchó muy lejos y dejó a sus dos hijos, para consolarlos, un regalo de piedras preciosas. Ahora han venido los dos hermanos a mí y me han pedido que les aclare la índole de las piedras y la distinción que hay entre una y otra. Les dije: «¿Quién sabe esto mejor que vuestro padre? He aquí que él es gran perito en el valor de las piedras y su forma, lo que se llama un *lapidario*;[10] dirigíos a él, y él os manifestará la verdad.» Y por esta respuesta me han golpeado y ultrajado.

Dijo el rey:

—Sin razón te han injuriado, merecen castigo.

Contestó el sabio:

—¡Oigan tus oídos, nuestro rey, lo que salió de tu boca! He aquí que Esaú y Jacob eran hermanos, y fue dada a cada uno una piedra preciosa, y nuestro señor pregunta: ¿Cuál es la mejor? Mande nuestro soberano un mensajero a nuestro Padre que está en los cielos, pues Él es el gran *lapidario*, Él dirá la diferencia de las piedras.

---

10. En castellano el original.

Dijo el rey:

—¿Has visto, Nicolás, el ingenio de los judíos? Un sabio así merece premio y honra, y a ti te basta por castigo haber mentido contra la estirpe judía.

Dijo Nicolás:

—¿Cómo es que, siendo costumbre de los reyes santos someter todas las religiones a la suya, no sometes a ésta?

Respondió el rey:

—No he visto jamás éxito alguno en cosa forzada, porque inmediatamente que cesa la fuerza, vuelve aquélla a su lugar, como la piedra cuando la lanzas a lo alto, en seguida, al acabarse la fuerza de la mano, torna al centro; y así el viento, cuando está encerrado en el interior de la tierra, inmediatamente rompe y vuelve a su elemento. Por eso yo te aconsejo, Nicolás, no persigas a este pueblo por el camino de la fuerza. Sin embargo, tal vez puedas instruirlos a ellos con benevolencia y exhortarlos con perseverancia, día a día; porque si la gota que gotea sin cesar, con toda su debilidad, hace mella en el mármol, con toda su dureza, ¡cuánta más huella harán las lenguas blandas en un corazón de carne! He oído que un sabio quiso amonestar a sus hijos, e hizo un banquete de lenguas tiernas y duras, y todos ellos dejaban las duras y se iban a las tiernas; díjoles su padre: «¡Oh hijos míos, si así hacéis con vuestras palabras con los hombres, qué buena y qué agradable será vuestra suerte!»

Contestó Nicolás:

—Tampoco por este camino alcanzarás nada, pues no es costumbre de este pueblo aceptar consejo; su naturaleza es como la de la víbora que, cuando es vieja, ensordece de un oído y cuando viene el encantador, esconde el segundo oído en la tierra para no oír. Así dice David:[11] «Son víboras sordas que cierran el oído.»

»También envió una carta el general del ejército, Tito, a Roma, y yo traduje su contenido, traducido del latín a la lengua hebrea. Son palabras del gran Josefo[12] a los judíos que estaban sobre la muralla. Lo traeré a tu presencia. Lo trajo, lo leyó y decía así:

---

11. Sal. 58, 5.

12. Los discursos de Josefo y Tito ante las murallas de Jerusalén, narrados en el libro VIII, cuestión IV, de la *Guerra de los judíos*, Barcelona 1972, pp. 164-167, se apartan notoriamente de esta versión. Véase *Yosippon*, 84. Schürer, E., *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, 2 vols., Madrid 1985, vol. I, pp. 640-649.

«¡Oh pueblo escogido, hijos de Abraham, discípulos de Moisés, habitantes de Jerusalén, morada de la divinidad, delicia de la tierra, acoged benévolamente estas palabras mías sobre el altar de vuestra sabiduría! ¡Escuchen los oídos y entiendan los corazones, huya el orgullo, domine la razón, decida la inteligencia, saliendo libre de la red de la pasión! Sabed que el deseo de victoria se sobrepone a aquel que está vencido por la sepultura que él mismo cavó, sin saberlo. ¿Habéis oído lo que dijo un ciudadano a Alejandro, cuando éste venía alegre de la guerra? Así dijo: "¡Oh Alejandro!, he aquí que vienes alegre por la victoria de la guerra pequeña. ¡Ojalá venzas la grande!" Díjole el soberano: "¿Qué guerra es mayor que en la que he vencido?" Le respondió: "La guerra mayor es la guerra de tu pasión." ¡Oh jóvenes! Dominad vuestras pasiones y aumentará vuestra fuerza, para que seáis ancianos en el tiempo de la juventud, pues en el tiempo de la vejez no es necesaria la fuerza, pues la edad misma pone consejos en vuestras almas. ¿Qué provecho sacáis de tener razón como sabios, si vivís como bestias? Ya que el enemigo desea la paz y asegura la conservación de vuestro Templo, ¿por qué lo ponéis en peligro de destrucción? ¿Acaso se compadecerán de él vuestros enemigos? Vosotros arrojasteis el fuego primero.

»¡Ay, ay! ¿Qué hacen los sabios consejeros de Jerusalén, ante cuyo consejo cualquier consejo era necedad, y toda la ciencia, insuficiente? ¿Dónde están los que conocían la sabiduría de los tiempos como aquéllos? ¿Dónde los brazos vigorosos que, ayudados con la equidad de los corazones puros, lanzaban mil saetas sin que errara una? Pero vosotros, ni siquiera una de mil daña al enemigo, y quedáis como una nave en medio del mar, y un viento huracanado la rodeaba, delante una roca para encallar y encima una nube espesa de fuego y azufre. ¡Habéis llenado el Templo de sangre de inocentes, y a los malvados dejasteis libres! A causa de la desunión de vuestros corazones, si el enemigo os mata a uno, vosotros mismos matáis mil. Escuchad, príncipes de santidad, lo que ha dicho Tito: "Me he molestado inútilmente en traer desde Roma baterías, pero cada uno de los judíos es por sí mismo una batería para su compañero."

»Sabed que realmente la confianza sin rectitud es como nave sin mástil. ¿Por qué han prosperado los romanos? Por su rectitud: pusieron en cada mercado de Roma un hombre honrado que les hiciese sa-

ber, todos los días, quién quebrantaba alguna de las leyes romanas, y no se encontró quién violase ni una sola. Vosotros violáis todas las leyes de vuestro Dios diariamente: habéis profanado los sábados del Señor y las fiestas sagradas, habéis tomado a las hermosas doncellas de sus magníficos aposentos y del regazo de sus madres, y, aunque dice el sabio:[13] "No hay anciano tan agobiado por la vejez que si ve a una mujer hermosa no la desee, ni mancebo tan reservado que no se apasione", esto es en tiempo de paz, pero en tiempo de guerra los libros del peligro están abiertos y conviene que no se vea en vosotros deshonestidad alguna, según la palabra de vuestro rey. Pero habéis pecado de palabra, de pensamiento y obra. Alejandro, que no vio la luz divina, solía empuñar con una mano el arma y con la otra distribuía limosna a los pobres, para que venciera una a otra; pero vosotros con ambas manos habéis derramado sangre de justos.

»Además, ved que la fortuna de los romanos crece: ellos dominan hasta las ciudades de Bretaña[14] y hasta los montes de los gigantes; es conveniente que también os dobleguéis, cuando habéis visto que es la voluntad de vuestro Dios. Tened en cuenta la sabiduría de la naturaleza, que hace que la caña se doblegue al viento fuerte, y esta doblegación es el remedio para volver a levantarse, pues cuando pasa el viento, torna ella a su posición. También, comprended que no perdura la felicidad de ningún pueblo sino en la continuidad de su bondad. Los medos quebrantaron las leyes de la razón, y Dios se indignó contra ellos y dio el reino a los caldeos; se indignó contra éstos y dio el reino a los griegos; se indignó contra ellos y dio el reino a los romanos y, si se indigna contra éstos, os dará el reino a vosotros, si observáis buena conducta.

»Yo sé que el cruel jefe de vuestro ejército[15] anima vuestros corazones con palabras, cuando sería conveniente que os inspirara temor que no valor; aceptáis muchos consejos de ese hombre; sabed, en verdad, que no aprovechan tanto cien consejos de un hombre cuanto lo que aprovecha un consejo de cien hombres, y la voluntad de Dios está en el razocinio de muchos. ¿Por qué aceptáis consejo de un cruel, pri-

13. Fuente desconocida.

14. *Breṭa'nya.* «Los montes de los gigantes», lugar desconocido.

15. Juan de Giscala, cabecilla de los nacionalistas o zelotes. Véase Schürer, *op. cit.*, vol. I, pp. 634 ss.

vado de entendimiento, desprovisto de buenas obras en su vida? Puesto que decís: "¿Cómo someternos? Seamos siempre libres", vosotros decís: "Siempre", pero yo no he visto momento en que no estuvieseis sometidos. Viendo el Creador que no era posible conservarnos sino humillando nuestras pasiones, los romanos prosperaron sólo para subyugarnos. Único era Abraham en sabiduría y riqueza, y se humilló muchas veces al pueblo de la tierra; Jacob estuvo sometido al poder de los egipcios porque sabía que era voluntad de Dios. La fuerza de Judah, de José y sus hermanos hubiera bastado para aterrar a Egipto, cuánto más para asesinar a José, pero temieron atacarle porque Dios le había constituido rey. Vuestra mayor prosperidad fue en tiempo del primer rey, Saúl, tomó éste a vuestros hijos para que corrieran delante de sus caballos y a las jóvenes doncellas vestidas de recamado para cocineras y panaderas. Veo con mis ojos que vosotros buscáis vuestra muerte con velas y con antorchas, y el incendio de la casa de nuestro Dios. ¿Cómo no lo quemarán? Vosotros habéis prendido la primera chispa.»

Mientras el príncipe estaba hablando, lanzaron contra él saetas desde la muralla, y a pesar de todo esto, se hizo fuerte y volvió para terminar su discurso. Así dijo:

«¡Oh ciudad fiel, Jerusalén, morada de la Divinidad, gloria de Palestina, delicia de los ángeles excelsos! Yo no me aflijo por tus dos murallas, pues ya han caído, ni por tus puertas, que ya han sido rotas, ni por tus murallas, que ya han sido destruidas. ¿Por qué me aflijo y lloro? ¿Acaso no es porque veo que estás vacía de hombres virtuosos?

»¡Oh Jerusalén, sede de quietud! Si me matan, tú reclamarás ante Dios mi sangre, pues ellos buscan asesinarme porque yo busco su vida. También me aflijo y lloro porque tus hijos han tomado armas extranjeras, como son la espada y la lanza, y sus armas, que son las buenas acciones, han echado por tierra.

»¿Acaso tuvo necesidad Abraham de una oración cuando le quitaron a Sara? Mientras descansaba en su lecho, Dios hirió al Faraón —cuando éste intentó descubrir las intimidades de Sara— y descubrió Dios, ante los médicos, que las intimidades del Faraón no servían, y cuando despertó Abraham halló a Sara a su lado, con la corona real en su cabeza.

»¡Oh Jerusalén! ¿Quién trajo contra ti al enemigo, sino tus hijos?

¿Quién trajo a Antonio y a Sosio[16]? ¿Quién trajo a Nerón César? ¿Acaso tus hijos no enviaron por él con motivo de sus disensiones? ¡Habla así, Jerusalén, a los oídos de esos hombres que están sobre la muralla para salvarte, pero ellos buscan tu ruina! Diles esto: que si no se compadecen de ti, del Templo que construyeron los magníficos príncipes y los santos profetas. Todo el tiempo que vosotros retardéis vuestra sumisión, retardáis vuestra redención. ¡Ojalá ya hubieran pasado los días de la sumisión! Porque cada día que pasa os aproximáis al exterminio de vuestro imperio.»

Hasta aquí.

Después de estas palabras lanzaron contra él desde la muralla una piedra enorme y se vio obligado a huir de allí.

Dijo Nicolás:

—Ved, por favor, oh rey, si aprovecha el consejo con estos hombres; no hay consejo ni entendimiento frente a la necedad del judío.

Dijo el rey:

—Si no aprovecho ni lo uno ni lo otro, y ni hoy ni nunca, empleemos nuestro tiempo en procurar la salvación de nuestras almas, y no lo pasemos buscando la salvación de las almas de los judíos. En todo caso, se me alegra mucho el corazón con las palabras de esa carta, y, a lo que parece, hay entre los judíos una magnífica elocuencia y espléndida locuacidad.

Dijo Nicolás:

—Los judíos eran la madre de la elocuencia cuando criaban a sus pequeños en los caminos de los libros de la Biblia; ellos eran los baluartes de la elocuencia; y quien busque aprender cómo se ha de hablar para ganar la voluntad del rey, vea las palabras de Abigail con David;[17] y quien quiera comprender cómo se debe ensalzar y alabar a Dios, vea el canto de Ana;[18] y el que quisiese saber la manera de una murmuración y una disputa, consulte las palabras de Judah a José cuando se acercó a él.[19]

---

16. Cantera, p. 230, lee Casio. «Sosius» apoyó a Herodes en el asedio de Jerusalén en el año 37 a. C.
17. I Sam. 25, 24-32.
18. I Sam. 1, 12.
19. Gén. 44, 18-34.

Dijo el rey:

—¿Tienen poemas medidos?

Dijo Nicolás:

—Ésa era la ocupación natural de los levitas del Templo. En Roma, entre los libros que fueron traídos de Jerusalén, vi en el depósito un libro, compuesto por cierto individuo llamado Lázaro ha-Leví,[20] que comenzaba por el globo terráqueo, si tiene movimiento y por qué está en el centro del mundo, y tenía al respecto un poema métrico muy notable, según es considerado por los expertos cristianos y los poetas judíos. Luego hablaba de las piedras preciosas, y de las plantas y sus particularidades, y componía acerca de eso un canto magnífico. Después hablaba de las clases de hombres, y los distribuye en cuatro grupos: los sabios, los mercaderes, los guerreros y los siervos de la gleba,[21] y escribía sobre ellos unos poemas de los que David se hubiera admirado. A continuación hablaba del orden de los cuatro secretos, y compuso otro canto. Luego se elevó hasta los cielos, comenzando por sus influjos y su movimiento, y dijo un poema; e igual con cada una de las estrellas. Después hablaba de los doce planetas, sus cualidades y magnitud, pronunciando un cántico. Posteriormente se refirió a las diez clases de ángeles y a cuantos prestan el servicio ante Dios, y compuso sobre cada uno de ellos un poema. Después trataba de las cuatro formas de la santidad, desde la sabiduría hasta lo infinito.

Dijo el rey:

—Una cosa había preguntado y dos he oído, que en las ciencias poseen arte y fama. Ahora estoy sorprendido de los dichos que se citan en nombre de los talmudistas, que se salen del buen entendimiento y dan muestras de sabiduría. Sea lo que sea, puesto que hemos venido a hablar del orden del mundo y de la naturaleza, tengo unas preguntas para que me contestes, porque es honra de los reyes investigar las cosas.

Dijo Nicolás:

—Pregunte nuestro señor y sostenga Dios mi mano.

---

20. Según Šoḥet, p. 192, podría ser Levi ben Abraham ben Ḥayim, y su poema, *Bet ha-nefeš we-ha-lehašim.*

21. Literalmente, «esclavos de la tierra».

Primera pregunta:

—Si existe justificación natural para que permanezca la tierra en el centro del mundo, ¿cómo no se inclina hacia uno de los lados?

Respuesta:

—En el comienzo de la creación fueron creados cielo y tierra juntamente, de una sola materia; por esto están en amor como dos hermanos de un mismo vientre, y por eso cada parte de los cielos la ama y la atrae hacia sí; ya que cada parte se atrae y no existe fuerza, en ninguna parte, mayor sobre su compañera. Con esa atracción permanece en medio de todas ellas.

Dijo el rey:

—Pero yo opino, por el contrario, que la odian los cielos por su gravedad y cada parte la aleja a igual distancia, quedando ella en medio.

Dijo Nicolás:

—También ésa es la opinión de Aristóteles; y además existe la opinión de Ibn Sina,[22] quien afirma que la tierra es el centro y los cielos, la circunferencia; y lo natural del centro es permanecer en medio.

Dijo el rey:

—A todo esto hay respuesta y lo verdadero me parece que es lo que oí en nombre de los talmudistas: que permanece por voluntad y mandato de Dios, probándolo la sentencia de Job que dice:[23] «Colgó la tierra sobre la nada.»

Segunda pregunta:[24]

—¿Cómo en el seno de la tierra nacen el oro y las piedras brillantes?

Respuesta:

—De los rayos del sol y de las estrellas son creados.

Dijo el rey:

—¿Cómo se forman en el seno de la tierra?

---

22. «Aristo». Avicena.
23. Job 26, 7.
24. Para las preguntas que faltan, véase Geršon ben Šelomoh *Ša'ar ha-šamayin.*

Contestó Nicolás:

—¿Cómo se forma el niño en el vientre de su madre? Al respecto dijo David:[25] «Entretejiéndose en lo profundo de la tierra», igualando la una a la otra. Más maravilloso es el origen de la *perla*,[26] que se forma en una concha viva, la llamada entre los árabes *sarip*. Esas conchas andan por el mar y un día del año, en que llueve, suben de sus profundidades, se abren —pues son como dos orejas una sobre otra—, reciben las gotas [de la lluvia] y se cierran; allí se forma la *perla*. Su cualidad es fortificar el corazón y los ojos.

Dijo el rey:

—Yo no lo he oído así, sino que en el mar Océano se levanta un fuerte viento que encrespa las olas, y ese animal que has dicho abre su boca y absorbe del mar agua y, al cabo de unos días, abre su boca para llamar a los rayos del sol, formándose por esto esa piedra. Todas ellas son cosas admirables.

Dijo Nicolás:

—¿Qué hay en el mundo que no sea cosa admirable? Al decir David:[27] «Son admirables tus obras, conocidas hasta el fondo de mi alma», quiso decir: conoce mucho, pero no todo. ¿Quién dará la razón por la que la *calamita*[28] atrae al hierro?

Dijo el rey:

—Yo he oído que quiere decir: «Admirables son tus obras, pero más admirable es cómo mi alma lo comprende», y esto significa la palabra *me'od*.[29] Pero por tu interpretación, David se vanaglorió de lo que puede que no poseyera, pues sabemos cuán poco es capaz de comprender todo sabio. En cuanto a lo que tú has dicho de la *calamita*, vi escrito que tiene la naturaleza del hierro y por tal motivo atrae al hierro, pues así es la naturaleza de cada cosa: acercarse a lo semejante a ella o de su naturaleza.

---

25. Sal. 139, 14.
26. En castellano el original. La transcripción es diferente en este caso —*perlah*— y en el siguiente —*perla'*—. Para otra descripción de la formación de la perla véase García Albiol, S., «Las piedras preciosas en el *Ša'ar ha-šamayim* de Geršon b. Šelomoh...», *MEAH*, XXXIX, fasc. 2, 1990, pp. 86-87.
27. Sal. 139, 14.
28. *Qala'mițat*. Sobre el imán, véase García Albiol, *op. cit.*, pp. 88 y 92.
29. Lo hemos traducido, con Alonso Shökel, «hasta el fondo».

Tercera pregunta:

—¿Las plantas cómo crecen hacia arriba? Pues aunque en ellas hay dos elementos que se dirigen a lo alto, el fuego y el aire, también contienen el elemento de la tierra y el del agua, los cuales, por su peso, parece que bastarían para vencer a los dos elementos ligeros, o al menos que tendieran las plantas a uno de los lados y no hacia arriba.

Respuesta:

—Contienen un alma vegetativa que obliga a los dos elementos pesados a elevarse hacia arriba. Ya tuve una disputa con uno de los habitantes de tu reino, él es Don Yosef Benveniste,[30] y me dijo que los talmudistas aportaron lo que es necesario para que satisfagamos a nuestro Señor al decir que esto procedía de la fuerza de las estrellas, pues dicen lo siguiente en su lengua:[31] «No tienes hierba aquí abajo que no tenga una estrella arriba que le diga ¡crece!»

Cuarta pregunta:

—¿Qué naturaleza produce la diversidad de los colores de las plantas?

Respuesta:

—Cuando prevalece el elemento agua, se inclina al blanco; si es el elemento polvo, propende al negro; si es el elemento fuego, tira al rojo; y así con los restantes colores, cuya razón se explica en los libros.

Quinta pregunta:

—¿Por qué el árbol es grueso abajo y fino arriba?

Respuesta:

—A causa de que no tienen fuerza los elementos del polvo y del agua para subir de modo uniforme.

Sexta pregunta:

—¿Por qué motivo los animales tienen los sentidos más agudos que el hombre? Pues dicen que el león oye desde muy lejos, el cuervo

---

30. Hijo de Don Abraham Benveniste, tesorero de Juan II de Castilla. Cfr. §§ 7 y 8.

31. Berešit Raba 10.

huele a larga distancia, e igualmente las abejas, y el águila ve a muchas millas.

Respuesta:

—Todos ellos no poseen más que un sentido, y en él se concentra la fuerza de los otros sentidos. Le es necesario esta fuerza con potencia porque con esto logra hallar el sustento aquel animal. He aquí que todos los animales temen al león y se ocultan entre las peñas y los árboles; pero, si el león no oyera de lejos cuando el toro muge, le sería difícil hallar una presa. Cuando oye desde muy lejos, ruge él porque ve que no puede llegar allí en aquel día, según lo he visto en un libro.

Séptima pregunta:

—¿Por qué no se dio al hombre la fuerza del león?

Respuesta:

—Nuestro señor rey, no debes hacer tal pregunta pues es como si preguntases ¿por qué no hizo Dios a la mosca filósofo; al mosquito, profeta y al hombre, estrella de los cielos? De todos modos, encontramos a un hombre más fuerte que el león, como David, que mató a un león.

Dijo el rey:

—David en aquel tiempo no hablaba aún por la inspiración, que se llama entre nosotros *Espíritu Santo*.[32] ¿Por qué, pues, le hemos de creer?

Contestó Nicolás:

—Vi lo que pasó en un juego que hicieron en Roma: llegó allí, no sé de qué lugar, un toro enorme y fuerte que había matado a cien hombres (dicen los naturalistas que el toro tiene la fuerza en el testuz, como el león la tiene en su garra y sus uñas) y vino un hombre fornido, con su puño le pegó en el testuz y lo mató; después de eso lo asó y se lo comió entero en una sola comida.

Dijo el rey:

—¿Qué fantasía es ésa que has soñado? ¿Acaso hay *estómago*[33] que soporte comerse un buey?

Declaró Nicolás:

---

32. En castellano el original: *eśpiriṭu śa'nṭo.*
33. En castellano el original: *esṭomaka'.*

—Aún más fantástico es lo que vi: un *monstruo*[34] cuya altura era de dos codos y su anchura de uno; su cabeza no tenía piel salvo el hueso del extremo; no tenía orejas sino un agujero detrás de la cabeza y decían que oía por allí; en cada mano tenía dos dedos y los pies eran como los del caballo.

Dijo el rey:

—Ya te has salido del dominio de un sabio y entrado en el dominio de los necios pues, para fortalecer una mentira, aportas otra mentira.

Nicolás dijo:

—¿No se halla, por ventura, en un libro acerca de los seres vivos que hay hombres en islas remotas que carecen de cabeza y tienen los ojos en el pecho?

Dijo el rey:

—¿Qué tiene eso de maravilloso? Te mostraré en mi reino mil hombres que no tienen cabeza, incluso tú eres uno de ellos.

Octava pregunta:

—¿Por qué van los ríos al mar y éste no se llena?

Dijo Nicolás:

—Si no tengo cabeza, ¿cómo puedo contestar?

Dijo el rey:

—Es natural a todo hombre enojarse, pero pronto se tranquiliza; y si persiste en la cólera, demuestra ser un necio, pues así lo dijo el sabio:[35] «La cólera se aloja en el pecho del necio.»

Respuesta:

—Abreviando, es que el sol absorbe todo lo sobrante.

Pregunta:[36]

—Dicen que un rey del norte tapó la cara de un caballo para probarlo: le puso delante a su madre y la cubrió. Después que hubieron destapado su cara y se dio cuenta, subió a un monte y se arrojó él mismo desde allí. ¿Acaso no hacen al caballo poseedor de inteligencia que le mandan y hace?

---

34. En castellano el original: *moſtro.*
35. Ecle. 7, 9.
36. Sin numerar en el original.

Respuesta:

—Dios puso en él aquella naturaleza para reprender con ella a los humanos.

Novena pregunta:

—¿Por qué razón es blanca la nieve ya que, procediendo del agua, debiera ser semejante a ella?

Respuesta:

—El agua es blanca, es como la nieve, pero la proximidad del polvo produce en ella una mezcla; después de sacarla la nube de su sitio, el aire y el calor la aclaran y purifican hasta que vuelve a su estado natural.

Décima pregunta:

—¿Por qué el granizo cae pequeño y redondo unas veces y otras no es así?

Respuesta:

—El que llega redondo y pequeño viene de una gran distancia y el aire lo rodea y hace pequeño porque come de él, redondeándolo; y al que viene de cerca no le da tiempo.

Undécima pregunta:

—¿Por qué en verano las gotas de la lluvia son gruesas?

Respuesta:

—Porque el calor junta unas partes a otras y las gotas se hacen gruesas, pues el agua huye del calor y se juntan unas con otras para fortalecerse contra él.

Duodécima pregunta:

—¿Por qué unos planetas tienen el movimiento lento y otros lo tienen ligero? ¿Hay de ellos unos que rodean al mundo y otros no?

Replicó Nicolás:

—¡Por tu vida, nuestro señor, no me preguntes acerca de los cielos, yo apenas sé lo que ocurre sobre el tejado de mi casa! Dicen los sabios que de lo que se dice en las ciencias naturales, la mayoría es verdad; en las ciencias matemáticas, la mayor parte es falso, y en las ciencias metafísicas, todo ello falso porque no hay fuerza en el intelecto del hombre.

Disputa habida entre un cristiano y un judío ante el rey Don Alfonso de Portugal[37]

Dijo el cristiano:

—Tenemos muchos salmos que demuestran que nuestro Mesías es el verdadero, de todos ellos el principal es el que dice:[38] «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» Lo dijo cuando lo pusieron en la cruz de madera. Sobre Él dice:[39] «Estoy como agua derramada, etc.» Y:[40] «Me acorrala un tropel de novillos», que son los jueces de los judíos. «Abren contra mí sus fauces»,[41] pues dijeron que era un sedicioso y embaucador. Aquello que dice:[42] «Me acorrala una jauría de mastines», por los judíos fue dicho. Y:[43] «Me taladran las manos y los pies», se ha dicho sobre Jesús, a quien los judíos clavaron sus manos y pies en la cruz. Continúa:[44] «Y su vida no prolongó», esto es, Jesús, que recibió la muerte voluntariamente para expiar el pecado de Adán. Y:[45] «Al pueblo que ha de nacer: todo lo que hizo» sobre los cristianos fue dicho, pues para ellos nació y se renovó la religión.

Contestó el judío:

—Tú, sabio, comprendes que todo versículo en la lengua hebrea admite cualquier interpretación que desee el comentarista; sin embargo, la versión correcta ¿acaso no está en que guarden relación los ver-

---

37. El rey Don Alfonso V subió al trono de Portugal en 1439. Su reinado, de política inequívocamente favorable a los judíos, fue entre los de Don Duarte y Don Juan II, ambos promulgadores de duras medidas antijudías.

El judío al que hace referencia esta narración era Gedalya ibn Yaḥya, amigo y consejero del rey. Don Alfonso le consultó los designios de su reinado al tomar posesión del trono.

38. La controversia gira en torno al salmo 22, uno de los más hermosos del salterio, en el que se recogen las palabras que los escritores del Nuevo Testamento ponen en boca de Jesús. Ibíd. 2.

39. Ibíd. 15.

40. Ibíd. 13.

41. Ibíd. 14.

42. Ibíd. 17.

43. Ibíd. 17.

44. Ibíd. 30.

45. Ibíd. 32.

sículos con la interpretación? Pues he ahí que en el salmo «¡Dios mío! ¡Dios mío!» hay muchos versículos que se oponen a tu comentario.

Pero primero contaré lo que dijo un erudito judío en una ocasión semejante ante el rey de Sefarad. Así se pronunció:

«Mi señor el rey: un día[46] me enojé contra un gallo que está en mi casa porque me irritó con su canto; le pegué con un palo y corrí tras él hasta meterlo en una habitación oscura. Después lo golpeaba cada día, hasta que le rasgué la piel y le rompí los huesos; después lo metí en una olla y la tapé como convenía. Una vez muerto, ocurrió un milagro: resucitó y comenzó a cantar y a gritar de alegría, como acostumbraba.

»Por cierto, he encontrado que todo este asunto ya había sido profetizado por Jeremías:[47] «Yo soy *ha-geber* el hombre que ha probado el dolor»; él es el gallo, pues así (*geber*) es llamado en la lengua del Talmud. «Bajo la vara de su cólera[48]», ciertamente, su palo. «Me ha llevado[49]», o sea, la persecución. «No a la luz, a las tinieblas», ciertamente, la habitación oscura. «Vuelve y revuelve... contra mí[50]», o sea, las posteriores persecuciones o se refiere a que lo revolvía en la olla, lo cual es necesario para el conocimiento. «Consumido la carne[51]», esto es, el desgarramiento y la rotura de los huesos. «En torno mío ha levantado[52]», la olla. «En tinieblas me hizo estar», «cargándome de cadenas[53]», esto es, el tapamiento. «Por más que grito[54]», o sea, el grito del gallo. Vea, nuestro señor, si es razonable que digamos que el profeta vaticinó aquella cosa, mucho menos cuando los demás versículos no se ajustan a tal interpretación.

Hasta aquí el discurso completo.

Lo mismo digo yo, que el salmo «¡Dios mío! ¡Dios mío!», aunque tiene algunos versículos que aluden al asunto del Mesías, la mayor

---

46. Literalmente, «ayer».
47. Lam. 3, 1.
48. Lam. 3, 1.
49. Ibíd. 2.
50. Ibíd. 3.
51. Ibíd. 4. «Me ha consumido la piel y la carne y me ha roto los huesos»
52. Ibíd. 5.
53. Ibíd. 7.
54. Ibíd. 8.

parte no; pues es la súplica de la plegaria:[55] «¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?... Dios mío, de día te grito, y no respondes.» ¿Si él recibió la muerte voluntariamente?, cómo se interpreta:[56] «Y su vida no prolongó»; ¿cómo es que rogaba que le atendiera y le salvase de ella? También ¿cómo dijo:[57] «En ti confiaban nuestros padres» no teniendo él padre?, o asimismo:[58] «Contaré tu fama a mis hermanos», puesto que no tuvo hermanos? ¿Cómo es que dijo:[59] «Habita entre las alabanzas de Israel» y[60] «Linaje de Jacob, glorificadlo», si ellos le odiaban? O aquello del:[61] «Al pueblo que ha de nacer» fue dicho por nosotros, que a causa de los destierros y las aflicciones es como si naciéramos cada día.

Dijo el rey:

—¡Oh judío astuto!, ¡cómo huyes de contestar a la cuestión principal[62] «Me taladran las manos y los pies»!

Contestó el judío:

—Nuestro señor el rey, si esto es lo principal, ¿no es acaso debido a una errata de Jerónimo, el traductor, pues está escrito *Ka'ari* con *álef* y *yod* y no con *vau*. Del mismo modo convirtió:[63] «¿Hasta cuándo ultrajaréis mi honor?», leyendo: «¿Hasta cuándo seréis duros de corazón?», afirmando que eran palabras de Dios respecto a cuando los judíos no quisieron creer en su Mesías. O «Y como león mis manos»; sobre los que viven en el destierro se dice que les pasa lo que a los animales con el león, el cual hace con su cola un círculo alrededor del monte y ningún animal puede salir de él, y éstos juntan sus manos y patas ante el león.

Replicó el rey:

—Debería haber dicho: «¡Como un león junté mis manos y mis pies!» Tanto más cuanto que el asunto del círculo es posible que sea un cuento de viejas chismosas.

---

55. Sal. 22, 2-3.
56. Ibíd. 30.
57. Ibíd. 5.
58. Ibíd. 23.
59. Ibíd. 24.
60. Ibíd. 4.
61. Ibíd. 32.
62. Ibíd. 17.
63. Sal. 4, 3.

Dijo el cristiano:

—Cuando se dice que no es el salmo una prueba, ¿por qué no creéis en nuestro Mesías pero creéis una cosa más sorprendente, como es la creación del mundo a partir de la nada, a pesar de que adujo Aristóteles[64] pruebas de su antigüedad?

Repuso el judío:

—Esta pregunta ya fue formulada ante el rey Don Juan de Aragón,[65] y un gran sabio de los nuestros contestó que las pruebas de Aristóteles no eran pruebas evidentes; además un hecho sorprendente solamente se creerá si demuestra el poder de Dios, y la creación de la nada demuestra su omnipotencia absoluta. Mas si decimos que Dios se revistió de carne veríamos una falta al Altísimo, pues haríamos Dios a aquel que no lo es. Más aún, si se hubiera encarnado para recibir un castigo infinito por el pecado de Adán, que pecó contra lo infinito, este castigo ¿quién lo recibiría? Si se dice la parte divina, no es posible pues ella no recibe muerte, y si la parte corporal, sabido es que la carne es finita, ¿cómo se dice que recibió un castigo infinito?

Respondió el rey:

—Tengo contra estas palabras objeciones que aduciré al final de nuestros asuntos; diré que ya que es vuestra costumbre decir palabras falsas, pasáis por embusteros en todas las cosas. Yo he oído en una disputa que decís en vuestro Talmud[66] que se encontró una rana tan grande como sesenta casas, que un monstruo la devoró, vino un cuervo y devoró a éste y saltó sobre un árbol. Todo esto son mentiras evidentes, como uno se puede imaginar. Incluso decís que cayó en el mar Océano un hierro y estuvo dando vueltas siete años sin que cayese al fondo. ¿Quién vio en las profundidades del mar si cayó o no?

»También decís que un sabio[67] observó en el mar que se levantaban las olas, y entre ola y ola había trescientas leguas, lo cual es una mentira pues todo aquel mar no mide trescientas leguas.

Replicó el judío:

—Escriben algunos entendidos que los antiguos tenían por costumbre, cuando querían mover al pueblo a que escuchase sus palabras,

---

64. Literalmente, «Aristo».
65. Don Juan II (1458-1479). Véase Šoḥet, p. 194.
66. Baba Batra 73, 2.
67. Baba Batra 73, 1.

tomar un arpa y pulsarla; cuando el pueblo se había acercado a la dulzura del son, entonces solían decir lo que les parecía para encauzar el orden del Estado y la moral.[68] He aquí que nuestros antepasados, al no saber tañir, tomaron otro camino —introduciendo sus palabras mediante parábolas y metáforas— y el entendido comprendía los significados. Dos cosas aprendimos de boca[69] del salmista, dice así:[70] «Inclinaré mi oído a la parábola, abriré con la cítara mi enigma.»

»La parábola de la rana indica la ciencia de la naturaleza, que canta la obra de Dios como hace la rana. Dicen que es tan grande como sesenta casas e indica las sesenta partes o capítulos que hay en ella:

»La primera es el elemento de la tierra. Se divide en siete climas; cada clima, por su carácter y naturaleza, difiere de su compañero. Cada parte se subdivide en otras cinco, y son: peñas, montes, collados, valles y llanuras. En el seno de la tierra hay huesos, venas y pulmón; plata, oro, hierro, cobre, plomo, estaño, mercurio y azufre. Evidentemente, en el seno de la tierra hay once cosas.

»Los huesos son las piedras grandes, que son para la tierra como el hueso del hombre; las venas son los canales que corren entre la tierra y las fuentes, y el pulmón son las piedras preciosas, cuyo aspecto es semejante al del pulmón: hay una parte blanca como el zafiro[71] llamada *diamante*[72] y otra roja que es el rubí.[73] En éste existen dos clases: la primera muy roja y la segunda parece tira a verde. La amatista,[74] llamada *jacinto*,[75] es una piedra verde que sirve para los males de los ojos y para la debilidad de la vista de los ancianos.

»De lo que brota de la tierra hay cinco cosas: yerbas con grano y yerbas sin él, árboles frutales y árboles sin fruto de doble carácter, los cuales se hallan en el extremo de la tierra; salen de la tierra cuando nace el sol, metiéndose en ella cuando el sol muere. Parece que

---

68. Literalmente, «rectitud del alma».
69. Literalmente, «la lengua».
70. Sal. 49, 5.
71. *Safir*. García Albiol, *op. cit.*, p. 99.
72. *Di'amante*. García Albiol, ibíd., p. 90.
73. *Nefek*. García Albiol, ibíd., p. 88, llama al rubí *odem* o *qarbunqli*.
74. *Aḥlamah*. García Albiol, ibíd., p. 91. Las propiedades curativas de la amatista en Verga, se las atribuye Geršon b. Šelomoh al ágata.
75. *Gasinṭah*.

poseen la naturaleza de la tierra en el brotar y la naturaleza de los cielos en el nacer y en el morir.

»Lo que crece de la tierra se distribuye en siete partes, que son: el hombre, que se compone de cuerpo y alma que no es ciertamente ésta como aquélla. Las bestias, fieras, reptiles y gusanos, y el compuesto de hombre y bestia, que es un animal mitad hombre y mitad bestia, llamado en vuestro idioma *centauro*.[76] Así pues, hay en la tierra, entre lo que brota de ella y lo que de ella crece, treinta y cuatro partes.

»El elemento del agua se divide en dos: las aguas dulces, que son los ríos, y las saladas, que son las aguas del mar. En ellas existen peces y anfibios, especialmente el anfibio llamado *timsaḥ* [cocodrilo], mientras todos los animales mueven las mandíbulas inferiores, éste no las mueve.

»Igualmente hay en el mar bestias, fieras, reptiles y gusanos. Así los talmudistas recibieron la tradición de que existe un toro marino y un toro terrestre; el de la tierra nos está permitido,[77] pero el marino nos está prohibido porque no tiene las propiedades de pureza; con el asno sucede lo contrario: que el asno de la tierra está prohibido y el asno del mar permitido porque posee propiedades de pureza. También existe en el mar un ser compuesto de hombre y pez, el *sirsi*, que se llama en lengua extranjera *sirena del mar*.[78] La nieve, el granizo, la lluvia, el ónice, el coral[79] y el leviatán. Así pues, hay en el mar quince cosas y con la esponja, deciséis.

»El elemento del aire y lo que nace de él son: las aves, unas de rapiña y otras que no lo son; el *camaleón*,[80] que se alimenta sólo de aire que aspira en la cumbre de las montañas, y el ser compuesto, el águila, que se eleva hasta el elemento del fuego, porque está compuesto del elemento del fuego y del aire. Son, pues, cinco.

»El elemento del fuego y lo que de él se engendra, que son: la *salamandra*, el trueno, el rayo y la llama; es decir, cinco partes.

---

76. *Senṭario.*
77. Alimento permitido.
78. *Sirena' del mar.*
79. *Almug.* La identificación de este término presenta algunas dificultades. Véase García Albiol, ibíd., p. 99.
80. *Qamilion.*

»De modo que entre todas son sesenta partes, de las cuales dijo Salomón:[81] «Sesenta son las reinas» o sea, las reinas de la naturaleza, «y ochenta concubinas», o sea, veinte cosas especiales —de ellas hay algunas de la naturaleza—, «y las doncellas sin número», quiere decir las maravillas ocultas. También explicaré las propiedades especiales mencionadas, tras haber aclarado las frases propuestas.

»El monstruo que tragó [a la rana] es la ciencia astronómica, llamada monstruo porque el monstruo gira como la constelación de los cielos, y muestra que esta ciencia es más sublime que la de la naturaleza. Esto es lo que indicó cuando dijo que el monstruo tragó a la rana.

»El cuervo significa la metafísica, y así la comparó Salomón cuando dijo:[82] «Negra como cuervo», y también se dijo:[83] «Puso entre tinieblas su escondrijo», esto indica su profundidad. Afirmó que devoró al monstruo, dando a entender su preeminencia sobre la astronomía.

»Dijo que se subió a un árbol para indicar la Ley divina, de la que se dice:[84] «Ella es el árbol de la vida», significando que todas las ciencias están en ella contenidas.

»La frase de las olas del mar significa las pasiones del hombre, todas las cuales son tan anchas como el mar. La del hierro significa la inteligencia humana, aguda como el hierro. Los siete años son las siete artes liberales, indicando que, con todo, jamás descenderán a lo profundo del saber.

Dijo el rey al judío:

—Creo que tus palabras son excelentes, pero a pesar de todo no obligan, y puesto que es así, nosotros los cristianos permaneceremos en lo que hemos recibido como verdad y vosotros permaneceréis en lo que pensáis que es verdad, y tendréis vuestra recompensa porque vuestra voluntad se dirige a los cielos y si supieseis, con una prueba, lo contrario de vuestra creencia os volveríais a nosotros.

Dijo el cristiano:

—Ellos no piensan así respecto a nosotros. Un sabio, de entre

---

81. Cant. 6, 8.
82. Cant. 5, 11.
83. Sal. 18, 12.
84. Prov. 3, 18.

ellos, dijo que nosotros somos como los ciegos: intentamos caminar por el camino real y nos equivocamos, cayendo en el infierno.

Contestó el rey:

—Esto no es un milagro, pues es un dicho del sabio que las religiones no subsisten sino en la imaginación. A pesar de todo, yo les impondré castigo si me juras que tú no has dicho, contra ellos, nada más que esto.

Repuso el cristiano:

—¡Viva nuestro señor y su corona! Aunque las aguas del mar fueran tinta, los cielos papel y los árboles del bosque plumas, no bastarán para escribir lo malo que he dicho.

Respondió el rey:

—Ésta es la obra de la imaginación de la cual te he hablado. Y ahora pasemos a...

No pude transcribir el final porque estaba muy ilegible.

§ 33

En la gran ciudad de Fez[1] hubo una gran persecución, pero porque no la he hallado consignada no la escribo aquí, pues he observado que el relator dice grandes diferencias que en vano se fatigará el narrador por escribirlas, ya que no hay verificación de nada.

§ 34[1]

En una de las ciudades de Aškenaz se alzaron los cristianos y reunieron a los judíos diciéndoles que, si abrazaban en el término de tres días la religión de Jesús, les iría bien; y si no, supiesen, en verdad, que todos morirían a espada sin remisión.

---

1. No se puede identificar esta persecución habida en Marruecos, dados los escasos datos y su extraña ubicación en la crónica.

1. Los capítulos 34 al 36 narran las persecuciones habidas en centro Europa a consecuencia de la primera cruzada (1096), las cuales se prolongaron durante todo el medievo. Con variantes, aparecen recogidas en todas las crónicas judías de la época.

Reuniéronse los judíos, con sacos, ceniza y en ayuno, clamaron a Dios. Al cabo de tres días, viendo que no obtenían respuesta de los cielos, acordaron todos morir. Dijeron los jóvenes que había entre ellos:

—Nosotros deseamos vengarnos de nuestros enemigos y después moriremos por la santificación del Nombre, del Magnífico.

Por la mañana, así que se habían reunido todos los cristianos en un lugar, hasta sus jueces, y aguardaban allí a que llegasen los judíos para bautizarse y tomar cada uno de ellos a uno en su casa para enseñarle su religión y sus creencias, levantáronse algunos de los jóvenes de Israel con su espada debajo del vestido, marcharon a la puerta del lugar de la reunión[2] y no dejaron escapar vivo a ninguno de los cristianos. Antes de ir habían mandado a sus mujeres que prendieran fuego en los cuatro costados en la ciudad. Dado que no había nadie para apagar el fuego, ya que todos estaban en el lugar de la reunión, se quemó toda la ciudad y los judíos con ellos.

Esto oí de boca de un gran sabio *aškenazi* que vino como emisario.

§ 35

También de boca de un sabio cabalista que vino de Francia[1] oí que en una ciudad llamada Baudun se llegó a este acuerdo: encendieron un cirio,[2] pusiéronlo en la plaza[3] de la ciudad y pregonaron diciendo:

—Todo judío que venga y se convierta antes de acabarse el cirio, será recibido; pero todo el que venga después, será quemado en la hoguera.

Todos permanecieron fieles a la santificación del Nombre y fueron quemados, ellos y sus hijos.

Había entre ellos un hombre, un varón valiente y sabio, muy que-

---

2. Cantera interpreta «Ayuntamiento».

1. Šoḥet, p. 196, identifica esta persecución con la de 1394.
2. Literalmente, «antorcha de cera».
3. Literalmente, «calle».

rido del príncipe de la ciudad. El príncipe lo mandó llamar, pidiéndole que se convirtiera y le otorgaría honra y cargo, cual nunca se había oído.

Le dijo el judío:

—¿Qué honor me otorgarás que se parezca y sea comparable al que me hace el Señor de las almas, si no me convierto?

El príncipe se indignó mucho y comenzó a injuriarlo a él y a su religión.

Después de esas palabras, le dijo el judío:

—No está mi corazón por convertirse pero es posible que, al ver la gran pira en la que me han de quemar, coja miedo y cambie de propósito. Por esto, mi señor el príncipe, manda que hagan en la plaza una gran hoguera y ven conmigo junto a la hoguera; quizá en ese momento ponga Dios en mi corazón lo que tú deseas.

Dijo el príncipe:

—Eso está muy bien.

Mandó, pues, que prepararan una hoguera muy grande y marchó con él hasta allí. Cuando el judío se vio cerca de la pira, como era un hombre fuerte, cogió al príncipe, lo arrojó a la hoguera y él sobre aquél, muriendo ambos.

§ 36[1]

En una de las ciudades de Aškenaz promulgaron un decreto: que todos los judíos cambiasen de religión en el término de tres días y si no, serían quemados todos. Reuniéronse los infelices y ayunaron dos días, acordando que si no eran respondidos al final del tercero, irían todos a la sinagoga y se matarían unos a otros, y no a manos de incircuncisos; y todo aquel que no tuviese valor pediría al ministro de la comunidad que lo matara. Así se hizo: ellos mataron a sus mujeres y a sus hijos, primero, y sólo quedó el ministro, el cual se atravesó con un cuchillo el cuello y murió.

En la mañana del cuarto día llegaron los cristianos a las puertas de los judíos para conocer cuál era su resolución, mas no encontraron

1. Parece una variante del § 34.

hombre ni mujer en casa alguna. Marcharon todos a la sinagoga y los encontraron a todos muertos.

Dirigiéronse al rey y le contaron el caso; éste ordenó que no les dieran sepultura, sino que los arrojasen a los perros en el campo.

Algunos *aškenazim* tienen la tradición de que un monte cayó sobre aquéllos y quedaron enterrados.

¡El mérito de estos santos y de otros permanezca para el linaje de Israel en todo lugar donde se hallen. Amén!

§ 37

Desolación y muerte hubo en Granada. Hallé que este asunto había sido así: Por aquellos días[1] había allí un gran médico del rey, llamado R. Yiṣḥaq ben Hamon,[2] de bendita memoria. Todos los días solía ir a la corte. Un día vio en una calle a unos musulmanes que reñían y pensó volverse atrás, mas no pudo; cuando pasaba por allí, uno de los musulmanes increpó a uno de los contendientes:

—¡Por la vida de nuestro Profeta, deja a tu compañero y no lo persigas!

Pero él no quiso y entonces volvió a decir:

—¡Por la vida del médico del rey, déjalo en paz!

Entonces lo dejó inmediatamente.

Se reunieron todos los musulmanes y dijeron:

—Donde ha caído nuestra religión no es para contarlo. Por la vida de nuestro Profeta ha jurado y no ha querido; cuando le ha dicho por la vida de un judío, entonces lo ha dejado. He ahí que éstos han levantado la cabeza, alcémonos y exterminémoslos.

Alzáronse todos espada en mano y no dejaron judío vivo, salvo algunos de los principales que huyeron al palacio real, salvándose allí.

Desde aquel día decidieron los médicos del lugar no montar a caballo, ni vestir de seda ni mostrar ninguna distinción cuando fuesen por la calle de la ciudad, no sólo para no suscitar las envidias de los

1. Última mitad del siglo XV.
2. Abu-l-Hasan 'Alí, el monarca que de hecho reinaba en Granada en 1475. Otros relatos en los que aparece la familia Hamon son los §§ 11, 32 y 67.

musulmanes, sino también para guardar luto por sus hermanos asesinados.

§ 38

De boca de un hombre tan piadoso y sabio como R. Abraham ben 'Arama'[1] oí que fue realizado un milagro por mano de mi señor R. Yehudah ben Verga de Sevilla[2] y lo voy a escribir; helo aquí:

En una ciudad próxima a Sevilla, llamada Xerez de la Frontera,[3] llegaron unos frailes a casa de un judío de los ricos del país y le pidieron limosna. Pero no quiso dársela. Se entabló entre ellos disputa y contienda, hiriendo el judío a uno de ellos. Contra toda la comunidad judía estalló la ira de éstos y decidieron calumniar para perderlos. Vieron que aquel día había muerto un converso y había sido enterrado en su cementerio, fueron aquellos frailes, sacaron al converso de su sepulcro y lo trasladaron al cementerio israelita.[4] A la mañana si-

---

1. 'Arama', familia aragonesa que contó con destacados personajes como el filósofo R. Yiṣḥaq b. Mošeh 'Arama' (1420-1494) o su hijo Meir, que tras la expulsión se asentaron en Nápoles y después en Salónica. Abraham, que debía ser un miembro de la familia, es desconocido, aunque presumiblemente también emigraría al Levante, donde contactó con Yosef ibn Verga, al que se le atribuye la redacción de este capítulo.

2. Véanse las primeras páginas de la introducción.

3. Así en el original. En el artículo de Sopranis, «Contribución a la historia de la judería de Jerez de la Frontera», *Sefarad*, XI, 349-370, se recoge la larga contienda habida entre los dominicos y la aljama jerezana, según documentos conservados en el Real Convento de la Orden de Predicadores de aquella ciudad, así como los problemas de los numerosos conversos de la localidad.

El relato debe localizarse alrededor del 1483, fecha en la que se produce el primer intento de expulsión de los judíos de Sevilla y alrededores: «Miercoles primero de enero anio MCCCLXXXIII... este dia mandaron los inquisidores apregonar que todos los judios de Sevilla y su tierra que dentro de treinta dias... saliesen fuera del arzobispado de Sevilla...», Sopranis, *op. cit.*, p. 365. En toda la zona, solamente los judíos de Jerez lograron un acuerdo con los inquisidores que les prorrogó el plazo seis meses más. Baer, *Historia*, II, p. 571.

Fita, F., «Jerez de la Frontera. Su judería en 1266», *BRAH*, 1886, 268-287. «Historia hebrea. Documentos y monumentos inéditos», *BRAH*, 1890, 432-456 y 555-574.

4. Una de las cuestiones en litigio entre los judíos y los dominicos fue la po-

guiente gritaron diciendo que habían encontrado vacío el sepulcro del converso y que no había ocurrido esto sino porque aquel hombre había sido judío anteriormente y los judíos «lo habrían sacado de nuestra sepultura para que no fuese su infierno con nosotros».

Marcharon todos juntos al duque[5] y contaron el suceso completo.

Respondió el duque:

—Marchad inmediatamente antes de que lo sepan los judíos y preguntadles si hace días que han enterrado a algún judío.

Fuéronse a averiguarlo y dijeron los judíos que en esos días no había sido enterrado judío alguno. Volvieron junto al duque y éste les dijo:

—Id ahora al cementerio de los judíos y ved si se encuentra alguna sepultura nueva.

Fueron y hallaron allí una sepultura nueva, cavaron y encontraron al converso; volvieron al duque y le dijeron:

—Hemos hallado una sepultura nueva, hemos cavado y también hemos reconocido a aquel hombre. Ciertamente es el hombre que se hizo cristiano.

El duque se encolerizó por su maldad, pero en todo sitio dijo:

—Es conveniente dar conocimiento de tal hecho al rey.[6] Que permanezcan los judíos en la cárcel hasta que llegue la sentencia real.

Cuando los judíos oyeron este mal asunto, enviaron un emisario a R. Yehudah ben Verga a Sevilla para que fuese inmediatamente a pedir por su pueblo, que permanecían todos en aquella aflicción, pues estaban escondidos y no solían salir afuera por el odio del pueblo contra ellos. Cuando R. Yehudah fue a presencia del duque no querían darle audiencia para llegar al duque, porque sus corazones albergaban maldad. Empujó R. Yehudah a los hombres con violencia y dijo al duque:

—Nuestro señor el duque, no he venido a librar de una pena a los

---

sesión de los terrenos que ocupaba el cementerio judío, que lindaban con el monasterio de esta Orden: «los dichos frey Pedro Sanchez e frey Rodrigo... entreron de pies en unas tierras que sin al dicho fonsario... e dixeron que tomauan la posesion dellas para la dicha orden», Sopranis, *op. cit.*, pp. 353-354.

5. Podría ser el duque de Medina o el de Arcos, ambos hombres fuertes en Jerez y amigos de los judíos. Sopranis, *op. cit.*, p. 365.

6. Don Fernando el Católico.

judíos, puesto que han hecho una cosa tal, justo es quemarlos; pero bien he venido a manifestar a mi señor quiénes son los que hicieron eso, para que no vengas con sangre inocente.

Dijo el duque:

—Yo sé que tú eres sabio como un ángel y lo que has prometido harás; mucho me complacerás y mucho te honraré todos los días.

Entonces dijo R. Yehudah:

—Traigan a mi señor un pergamino blanco. Tómalo en tu mano, pero yo no he de cogerlo nunca.

Envió y trajeron el pergamino. Dijo al duque:

—Dóblalo en cuatro partes.

Así lo hizo. Afirman que R. Yehudah pronunció el Nombre, pues también era cabalista. Sacó el duque el pergamino y encontró dibujado cuatro grupos de frailes: en un lado estaban tres frailes cavando en las sepulturas de los gentiles y sacando un cadáver; en la segunda doblez del pergamino se hallaban dibujados tres frailes que llevaban el cadáver y, puesto que éste les pesaba, uno de ellos pasó por debajo de él su cinturón, el llamado *cordón de fraile*, y la cabeza sobresalía por la mano del segundo que le cogía, aparecía allí por la particular Providencia. Tres estaban apostados en la entrada del mercado para observar si venía alguien y los veía allí. Y había tres, dibujados al comienzo, que cavaban en el cementerio israelita. En cada uno de los monjes estaba escrito su nombre sobre su cabeza.

Cuando vio el duque el maravilloso caso, se asombró en gran manera, cayó rostro en tierra doblando la rodilla y envió el pergamino con el dibujo al rey. En seguida mandó el duque a por los frailes, quienes negaron el hecho; entonces sacó el pergamino y, quedándose espantados ante él, confesaron. Les preguntó el duque por el asunto del cordón y dijeron que así había ocurrido. Les preguntó:

—¿Por qué han obrado así?

Contestaron:

—Para vengarnos de un judío que nos había ultrajado.

Díjoles él:

—¿Y qué culpa tenían los otros?

Respondieron:

—Para vengar la sangre de Jesús.

Entonces mandó el duque que colocaran un casco ardiendo sobre la cabeza de cada uno, pero se levantó todo el pueblo para salvarlos

a causa de la corona sacerdotal que tenían, pues todo aquel que tal corona tiene no sufre pena de muerte. Dos que ya habían sido quemados, quemados quedaron; los otros fueron salvados, condenándolos el duque a destierro perpetuo.

§ 39

En la ciudad de Roma[1] se levantaron de improviso los habitantes del país, con espada de doble filo en sus manos. En aquel tiempo había allí una comunidad numerosa y estimada. Les dijeron:

—Si abrazáis la religión de los cristianos, seréis nuestros hermanos, diariamente recibiréis de nosotros honra y benevolencia, viviréis con nosotros una vida tranquila y también en el paraíso estaremos juntos. Si no, sabed que, ciertamente, seréis pasados todos por el filo de nuestras espadas, sin que nadie se libre de nuestras manos.[2]

Los judíos se postraron ante ellos, suplicando encarecidamente y prometiendo entregarles todas sus riquezas y sus haciendas para que los dejaran seguir en su religión, pero de nada sirvió. En tres días abandonaron totalmente la fe, en Roma y sus alrededores,[3] quince mil almas, librándose sólo algunos que huyeron a lugares lejanos, pues oyeron, estando en las afueras de Roma, todo lo que había sucedido en la ciudad. Otros escaparon mediante grandes sobornos secretos y huyeron a la gran ciudad de Nápoles, donde descansaron de sus enemigos. A los pocos días también allí pasó sobre ellos el cáliz.[4]

---

1. Al hablar de Roma debe referirse a los Estados Vaticanos. Ṣoḥet, p. 196, dice que no hay noticias de una persecución de esas características en la ciudad de Roma.

2. Los levantamientos populares, sobre todo instigados por las prédicas de dominicos y franciscanos, fueron muy frecuentes en Italia durante esta época. Normalmente conseguían que una parte importante de las aterridas comunidades se convirtieran, si antes éstas no habían «comprado» su permanencia en la Ley con el pago de desorbitantes sumas.

3. Véase *supra*. Los Estados Pontificios comprendían Roma y sus alrededores; al sudeste hasta Terracina, al oeste hasta Pitigliano y al norte hasta Bolonia y el Adriático, lindando al sudeste con el reino de Nápoles.

4. El cáliz de la amargura.

§ 40[1]

Contenido de la carta que envió el gran sabio Abu Aśṭruq[2] a la santa comunidad de Gerona[3] el año 5113 de la Creación,[4] hallándose los dirigentes de Israel en opresión y angustia ante el Papa,[5] a causa de la petición de Yehošu'a ha-Lorquí, quien después de bautizado se llamó, entre los gentiles, Maestre Jerónimo de Santa Fe —por las iniciales difamador[6]—; pues pidió al Papa que fueran ante él los sabios de Israel, les demostraría que el mesías ya había venido y que era Jesús. Lo probaría a través de su propio Talmud.

Éste es el contenido de la carta:

¡Apreciados entre los hijos de Israel, nobles de Judah, que «[7]en sus casas y murallas tienen poder y fama», «[8]allí se celebran las victorias del Señor», «[9]allí están los tribunales de la justicia» y del precepto, el trono del Talmud, allí habitan desde los tiempos remotos, viven nuestros corazones eternamente! Lo que sabéis desde antiguo tenedlo presente también ahora, que no dormita ni duerme nuestro Salvador para librarnos de los que intentan nuestra desgracia. Una rama que salió de nosotros y pensó perdernos y echar por tierra la religión verdadera, esto es Yehošu'a ha-Lorquí, tramó maquinaciones para seducirnos a fin de demostrar que él es un verdadero cristiano y

---

1. Este capítulo narra los sucesos y discusiones de la famosa Disputa de Tortosa (1413-1414). Véase Baer, *Historia de los judíos*..., pp. 443-501, 756-761.
2. *Abunaśṭruq*. Astruc ha-Levi, rabino de Alcañiz, vecino del converso Jerónimo de Santa Fe. Al terminar la disputa, a la que asistió como representante, redactó, junto con Zeraḥiah b. Yiṣḥaq ha-Levi de Zaragoza, un memorándum de la misma.
3. La comunidad judía de esta ciudad fue el núcleo más floreciente de estudiosos y cabalistas durante los siglos XIII al XV. Sede de la llamada Escuela de Gerona, con destacados personajes, el más notable de ellos fue Naḥmánides.
4. El año en hebreo es incorrecto, pues el año es el 1431 d. C.
5. Benedicto XIII (Pedro de Luna).
6. *Maeśtre Geronimo De Śa'nṭa Fe* que significa «detractor». Médico del papa Benedicto XIII; persuadido por fray Vicente Ferrer, se convirtió al cristianismo en 1412. Se cree que fue él quien concibió la idea de una disputa.
7. Is. 56, 5.
8. Juec. 5, 11.
9. Sal. 122, 5.

que guarda la nueva creencia. Suplicó al Papa que ordenara se presentasen ante él los principales sabios judíos, pues era su deseo demostrar por nuestro Talmud[10] que el mesías ya había venido. Dijo el Papa que, cuando lo probase, convendría obligarlos a abrazar la religión de Jesús, pues él expondría delante de su elevada Santidad argumentos ciertos.

He aquí que voy a haceros saber todo lo ocurrido, y por ello sabréis los pormenores para poder contestar a un *epicúreo*. Sabed, en verdad, que pasamos por un peligro tan grande cual no se puede suponer, pues nos hallábamos delante de numerosos prelados y nobles, muchos de los cuales procuraban culparnos.

Los delegados de las comunidades llegaron aquí el día primero del mes de *enero*, y en particular los mensajeros de las comunidades de Aragón, a los cuales ha-Lorquí convocó expresamente para que vinieran de cualquier modo. Llegaron de la ciudad de Zaragoza el rabino Zeraḥiah ha-Levi, el príncipe Don Vidal Benveniste y el rabino Matatiah ha-Yiṣhari; de Calatayud, el Nasí Don Šemuel ha-Levi y el rabino Mošeh ben Musa'; de la ciudad de Huesca, Don Ṭodros Alconśṭanṭin; de Alcañiz, Don Yosef ben Arduṭ y Don Me'ir Ḥaligo'ah; de Daroca, Don Aśṭruq ha-Levi; de Monreal, R. Yosef Albo; de Monzón, Don Yosef ha-Levi y R. Yom Ṭob Qarqośa; de Montalbán, Abu Ganda; de Belchite, Don Yosef Albaleg y el sabio Bongoa y el rabino Ṭodros ben Yaḥya de Gerona, el más conocido.[11]

Reuniéronse a una todos los delegados y trataron entre ellos quién sería el portavoz ante el Papa, y quién comenzaría lo que en español se llama *arenga*, acordando todos que empezara Don Vidal Benveniste, pues era entendido en las ciencias y dominaba la lengua latina. También convinieron en que no fuera llevada la cuestión a la manera de los sabios judíos que enseñan en sus academias, interrumpiendo cada uno las palabras de su compañero e injuriando cuando se le contradice, para que no sirvieran de ignominia delante del Papa. Y que procedieran con Yehošu'a ha-Lorquí, y de igual suerte con los cardenales, con tranquilidad y cortesía, sin dejarse ninguno llevar por la ira, aunque los insultasen; y que cada uno animara tranquilamente a su compañero para que no se desanimase.

---

10. Literalmente, «su Talmud» (de ellos).
11. Sobre la identidad de estos personajes, véase Baer, *loc. cit.*

Marchamos entonces todos los delegados a presencia del Papa, con el auxilio de Dios, que salva al pobre del más fuerte que él. El señor Papa nos recibió con afabilidad y deseó saber las ciudades en que vivíamos, preguntando también el nombre de cada uno de nosotros y ordenando los anotaran. Nos aterrorizamos de aquello y preguntamos al escribano para conocer el porqué del hecho; nos dijo que no había en ello nada que temer, pues era costumbre del Papa y de los reyes consignar los sucesos de sus días en sus anales, con todo detalle.

Después de aquello nos dijo el Papa:

—¡Honrado pueblo de los judíos, escogido por el elector que ya existía en la antigüedad, aunque despreciado por sus culpas! No temáis de la disputa, pues no recibiréis en mi presencia ningún agravio o injusticia; tranquilizad vuestros pensamientos y hablad con ánimo firme; no temáis ni tembléis. Dijo Maestre Jerónimo que deseaba demostrar que el mesías había venido, y esto desde vuestro Talmud,[12] que ante nosotros se vería si decía la verdad o soñaba. Pero vosotros no temáis ante él, pues en lo referente a la disputa la condición es igual. Ahora marchad y descansad en vuestros aposentos y mañana por la mañana venid ante mí.

En seguida ordenó que nos proporcionaran alojamientos adecuados y que nos dieran de su propio pan o de lo que pudiésemos comer según nuestra religión. Algunos de nosotros estábamos contentos con las palabras del Papa, pero otros afligidos, como es consustancial a los judíos.

Al día siguiente llegamos a presencia del Papa y encontramos todo el gran atrio revestido de tapices; ése era el lugar de la disputa. Había allí setenta asientos para los prelados, los llamados *cardenales*, *obispos* y *arzobispos*, todos ellos revestidos con ropajes dorados. Allí estaban todos los prohombres de Roma, de los ciudadanos y de los nobles, cerca de mil hombres; y así todos los días de la disputa. Nos desalentamos, mas con todo recitamos: «Bendito sea el que distribuyó de su gloria, etc.»

Después comenzó el Papa a decir:

—Vosotros, sabios judíos, sabed que no he venido ni os he he-

12. Literalmente, «nuestro Talmud».

cho venir para demostrar cuál de las dos religiones es la verdadera pues sé que mi religión y mi creencia son las verdaderas, y que vuestra Torah lo fue, pero ha sido abolida. Sólo habéis venido porque Jerónimo dijo que él probaría por el Talmud de vuestros maestros, que conocéis la mayoría de vosotros, que el mesías ya ha venido. Por lo tanto, hablad en mi presencia únicamente de esa cuestión.

Luego, volviendo el Papa su rostro hacia Maestre Jerónimo, dijo:

—¡Comienza tú a debatir y ellos contestarán!

Empezó Maestre Jerónimo:

—«[13] Entonces, venid, y litigaremos —dice el Señor—; si rehusáis y os rebeláis, la espada os devorará.»

Después empezó Don Vidal b. Benveniste la *arenga* en *latín*; complaciéndose el Papa con su ciencia y lenguaje. Del fondo de su disertación nos quejábamos de Jerónimo, pues quien viene a discutir no debe comenzar con amenazas, puesto que manifestó: «Y si os negáis, la espada os devorará»; cuando todavía nada había argüido, ya se convertía en juez y vengador.

Contestó el Papa:

—¡Tenéis razón!, pero no os asombréis de este mal modo de obrar, pues él ha sido de los vuestros.

El inicio de Don Vidal fue así:

—He aquí que nosotros hemos venido a ti porque tú eres nuestro señor.

Don Šemuel ha-Levi añadió:

—Muéstranos, señor nuestro, tu clemencia y préstanos tu auxilio.

Al final de las palabras rogaron al Papa que los eximiera de aquella disputa, porque los judíos no estaban acostumbrados a andar entre silogismos ni lógicas, y ya había comenzado el sabio Jerónimo con éstos, mientras todos los argumentos de los judíos se apoyaban en la Tradición.

Replicó el Papa:

—Si por temor habéis hecho esta súplica, ya os di mi seguridad, y una vez que ha salido de mi boca no me volveré atrás. Si no conocéis los procedimientos de la lógica, cuando Jerónimo recurra a ella y al silogismo, no le respondáis nada, y cuando os hable por los argumentos de la Tradición, respondedle con la Tradición.

---

13. Is. 1, 18, 20.

Después, dado que se había prolongado el discurso, manifestó el rey[14] que marchasen a comer y volviesen al día siguiente por la mañana, y así se hizo. El Papa ordenó a los príncipes y a los nobles que nos acompañaran, y nos dijimos:

—¡Ojalá sea nuestro término como nuestro principio!

Aquel día fuimos a la sinagoga, donde había una gran reunión, y con llantos y súplicas rogamos a la Roca de nuestra salvación que se tornaran nuestras tinieblas en luz, y que no saliese de nuestra boca nada pernicioso en presencia de todos aquellos leones que frente a nosotros se hallaban. Entonces, entre un pueblo numeroso, con espíritu humilde, ánimo abatido y con el corazón destrozado y contrito, comenzó a hablar el rabino Zeraḥiah ha-Levi, siendo el principio de su prédica: «Lo semejante con lo semejante se cura y lo contrario con lo contrario», sobre lo cual hizo un admirable comentario que no se entiende si no es de viva voz, y terminó su interpretación con una plegaria y un ruego.

Al tercer día comenzó la disputa. Empezó Maestre Jerónimo diciendo:

—En vuestro Talmud está escrito:[15] «Seis mil años existirá el mundo, dos mil será impío, dos mil estará la Torah y dos mil serán los días del mesías.» He aquí que en esta frase se ve claramente que en los dos mil años últimos vino el mesías, ¿quién es, sino nuestro Salvador?

Sobre esto se extendió ha-Lorquí e interpretó a su voluntad, hasta que le atajó el Papa:

—Jerónimo, sé desde hace tiempo que eres gran predicador, mas no hemos venido a esto, sino a discutir lo que prometiste, y, al efecto, cuida de no andar con prédicas.

Exclamó Don Vidal Benveniste:

—Nuestro señor el Papa, conozcamos las condiciones del mesías y entonces se aclarará si ya ha venido; pues, si se hallan en quien vino dichas condiciones, también nosotros lo confesaríamos.

Objetó el Pontífice:

—No es eso respuesta a lo que se os ha preguntado, pues la pré-

14. El rey, Fernando I de Aragón, no asistió a la disputa.
15. Sanedrin 97.

dica no ha sido sobre las condiciones del mesías, sino sobre que aquella sentencia afirma que ya ha venido. ¡Ya observáis las maneras de los judíos en las disputas, a los cuales se les pregunta por una cosa y se pasan a otra!

Contestó Don Vidal:

—Nuestro señor el Papa, hemos empezado a la manera de los sabios, pues conviene comenzar hablando de la esencia del asunto y después de sus circunstancias; así lo escribe también el naturalista.[16] Pero si no le parece bueno a nuestro señor este camino, no sigamos por él, y responderé a la frase en sí, manifestando que el sabio Jerónimo tomó de ella lo que le convenía y servía de apoyo, y dejó lo que le contradecía puesto que al final de la frase dice lo siguiente: «Pero por nuestros pecados, que se multiplicaron, han pasado [los años] los que han pasado», y esto demuestra claramente que no ha venido.

Replicó Jerónimo:

—Según esto, no habéis entendido la frase, o quizá hagáis como que no se entiende pues «y dos mil serán los días del mesías» es la sentencia del profeta Elías, que la dijo a sus discípulos y éstos la pronunciaron en su nombre, como enseña un pasaje en la *Tana' debe Eliahu* y es notorio para los talmudistas;[17] pero ellos o los autores del Talmud, que recopilaron la sentencia de sus libros, fueron los que dijeron: «Y por nuestros pecados que se multiplicaron», debido a su opinión de que Jesús no es el mesías. Mas el profeta Elías, como era profeta y sabía la verdad, afirmó: «Dos mil serán los días del mesías», según lo que de profecía le fue declarado.

Contestó el R. Zeraḥiah ha-Levi, diciendo:

—Nuestro señor el Papa, todo el que va a demostrar una aseveración, ¿cómo podrá probarlo con una cosa que admite varias explicaciones? ¿Llamará incuestionable a la prueba? He aquí que Jerónimo sostiene que el final del pasaje lo añadieron los talmudistas, dando esta explicación para avalar su opinión, mientras su contrario dice que el final y el principio del pasaje, todo lo que dijo Elías, fue dicho para avalar su parecer frente al de su adversario, y si ninguno de ellos tiene prueba o demostración de su explicación, al menos quede la cosa

16. Aristóteles.
17. Expertos en el Talmud.

en duda. ¿Cómo podrá Jerónimo demostrar con esa sentencia lo que ha querido demostrar? Porque el adversario objetará: «¡Si vas a probar por ahí tu explicación, daré yo otra explicación y nada probarás! Y cuando me digas: ¿De dónde la sacas?, contestaré: ¿De dónde la sacas?» Además, cuando va a enfrentársenos con nuestro Talmud, él sabe que el método de éste es así, pues cuando el comentario no es obligado, el contrario arguye: «¡Quizá!»; y si no se replica, queda la cosa rechazada hasta que el autor del comentario busque otro apoyo. Además, es más conveniente que afirmemos de un pasaje que lo pronunció un hombre, a que sostengamos que lo dijeron dos. En un caso como éste acostumbra el Talmud a decir: «Dice R. Aši[18] o dice fulano: "Por nuestros pecados, que se multiplicaron, pasaron (de esos dos mil años) los que pasaron".» También por esto insinuamos al principio, ante nuestro señor, que examináramos si el que vino reunía las condiciones del mesías o no; pues, si hallásemos en aquel hombre las referidas condiciones, entonces interpretaríamos aquella sentencia según la explicación de Jerónimo; y si no las hallásemos en él, nuestra explicación sería la verdadera.

Exclamó el Papa:

—Sin duda es lo que vosotros afirmáis, que todo el que va a demostrar una cosa conviene que lo haga con algo determinante e imperativo, que no admita otra interpretación.

Respondió Jerónimo:

—Mi señor el Papa, no depende mi aserto únicamente de esta sentencia, pues tengo otras muchas.

Contestó el Pontífice:

—¡Ya ha abandonado éste el procedimiento de un polemista cristiano y ha vuelto al de uno judío que, vencido por un lado, huye a otro asunto! Es preciso que repliques a las palabras de los judíos respecto a aquella sentencia.

Repuso Jerónimo:

—¿Acaso no vino Elías mucho tiempo antes de que fuesen expulsados los judíos? Necesariamente debemos advertir que su sentencia: «Y nuestros pecados que se multiplicaron» la dijo otro hombre

18. Jefe de la academia talmúdica de Sura y el más célebre amoraíta de su época (335-427/8 d. C.). Comenzó la edición del Talmud.

que se hallaba en el destierro; y aunque afirmemos que la dijeron sus discípulos, ¿acaso sus discípulos fueron contemporáneos suyos? Sólo queda, pues, que la hayan dicho los talmudistas, conforme a su opinión, como ya dije.

Contestó Don Vidal, exclamando:

—Nuestro señor el Papa, supongamos que la dijeron los talmudistas; vayamos a lo que expuso Elías. He aquí que afirmó: «Y dos mil serán los días del mesías.» Si el mesías hubiera venido ya, tendría que decir: «Y al fin de los cuatro mil vendrá el mesías»; o habría dicho: «Y en su comienzo vendrá el mesías»; queriendo decir al comienzo del quinto millar, o: «En tal tiempo vendrá el mesías.» Siendo así, es posible que venga al fin.

Dijo Jerónimo:

—Quiso decir que toda la duración de los dos mil sería el tiempo del mesías y que después, en el año 7000, el mundo sería aniquilado.

Atajó el rabino Yosef Albo:

—También esto corresponde a lo que ya hemos dicho, estando de acuerdo con ello nuestro señor el Papa; esto es, que nosotros damos una interpretación y no es determinante la tuya. Además, los talmudistas, con los que tú vienes a argüirnos, recogieron aquella sentencia en el Talmud, y no recogerían nada que fuera opuesto a su sentir. Ellos declararon que hay dos plazos para la aparición del mesías: o el tiempo que Dios prometió, o el tiempo en que Israel estuviera preparado y volviera con una respuesta. Por esto no señaló la sentencia un tiempo determinado para los días del mesías, sino que dijo: «Y dos mil los días del mesías»; es decir, preparados para la venida del mesías. Si los judíos fueran dignos, vendrá en el comienzo; si no fueran dignos en el comienzo y lo fuesen en el medio, el mesías vendrá a la mitad de ese tiempo; y si no fuesen dignos en el medio y lo fuesen al final, vendrá el mesías al final; pero no que pasarán dos mil sin que venga.

Exclamó el Papa:

—¿Y por qué no habéis dicho que si fueran los cristianos dignos vendría en seguida y, no siendo así, que lo diferirá hasta el final de los dos mil años?

Dijeron los delegados:

—No se afirmó que vendrá el redentor sino para aquel que habita

en el destierro, porque el que vive con tranquilidad, ¿para qué necesita al redentor? El mesías es necesario al pueblo que vive en destierro y esclavitud.

Dijo Jerónimo:

—¿Y por qué no estáis conformes con mi explicación?

Respondieron los delegados:

—¿Y por qué tú no estás de acuerdo con la nuestra? Ya hemos dicho que la cosa que no es imperativa, no es adecuada, con lo que estuvo de acuerdo el señor Papa y no se retractará. Tú conoces la altura e ideas de nuestro maestro Šelomoh Iiṣḥaq,[19] quien interpretó el pasaje como nosotros.

Insistió Jerónimo:

—Permanezco en mi punto de vista y en mi religión; el mesías ya vino; mas vosotros mantenéis que no ha venido y debéis aducir pruebas de ello.

Dijeron los delegados:

—Digan los prelados, que comprenden la verdad, quién ha de aducir una prueba. Yo, por el contrario, hace mucho tiempo que recibí la Torah de Moisés y aquel que viene a sacarme de mi posesión debe aducir la prueba.

Respondieron los prelados:

—Así es sin duda, como vosotros decís. Estamos asombrados con Jerónimo, porque ni ha hablado sinceramente ni como prometió al principio, que dijo que él aportaría una prueba; y nosotros hemos venido por orden del Papa para confirmar la verdad.

Expusieron los delegados:

—Ya nos ha mostrado nuestro señor el Papa lo que le pedimos: «Muéstranos, señor, tu misericordia.» A vosotros, santos prelados, se dijo: «Otórganos tu auxilio.» No como empezó Jerónimo, diciendo: «La espada os devorará.» ¿Acaso piensa que nuestra persistencia en la conservación de nuestra religión es por la prosperidad y realeza que obtuvimos cuando la guardábamos? El imperio, el poder y la gloria son vuestros, como vemos hoy, y desde el día que vinimos observa-

19. RaŠI Rabi Šelomoh b. Iiṣḥaq (1040-1105). El más célebre comentarista de la Biblia y del Talmud de la Edad Media. Nació en Troyes (Francia), dirigió una famosa escuela de estudios rabínicos en Worms. Es autor de numerosos comentarios.

mos vuestra extraordinaria grandeza y vuestra magnificencia. Sólo seguimos esta Torah porque nuestra Torah nos fue dada ante seiscientos mil hombres con prodigiosos milagros, revelándose la Divina Majestad, y creemos que carecemos de potestad para dejarla, salvo cuando llegue, en persona, el que nos la entregó y diga: «¡Creed en fulano!», y no cuando venga Jerónimo y nos diga «¡Dejadla!», proponiéndose con eso, quizá, llegar a vuestra dignidad. Pero el que examina los corazones sabe lo que hay en el suyo.

Replicó Jerónimo:

—Lo que hay en mi corazón es lo que he dicho: que el mesías ya ha venido, y no es esa sentencia la única en la que me fundamento, antes bien, una sentencia apoyará a la otra.

Exclamó el Papa:

—Ya te he dicho que no es una razón. Lo que afirmas: «Una sentencia apoya a la otra», ¡ay de aquel que necesita soportes para mantenerse y no tiene fuerza en sí mismo! La vid, por su debilidad natural, necesita soportes para mantenerse erguida, lo que no necesita el cedro del Líbano, el cual, por el contrario, sostiene a otros.

Después de esto nos despidió el Papa y marchamos con alegría a comer nuestro pan porque en aquel día Jerónimo no había encontrado ayuda.

El cuarto día comenzó Jerónimo con una sentencia parecida a la primera, y habló así:

—Dijo Elías a R. Yehudah:[20] «No contará el mundo menos de ochenta y cinco jubileos y en el último jubileo vendrá.» Preguntó R. Yehudah: «¿Al principio o al fin?», y repuso Elías: «No sé.»

Contestó el sabio R. Matatiah:

—Esta sentencia no atestigua de ningún modo que Jesús es el mesías, por cuanto que no vino en ese tiempo, ya que no apareció según el cómputo de los jubileos.

Respondió Jerónimo:

—Yo no dije, en mi comienzo, que Jesús fuera el mesías, sino que el mesías ya había venido. Si eso sucedió en diez años o diez días, todo es lo mismo.

Exclamaron los delegados:

---

20. Sanedrín 97.

—¡Vea nuestro señor y juzgue! Si no es Jesús, en el que reconocemos alguna señal de grandeza y de sabiduría, ¿quién será?, ¿acaso Mateo el loco o Maroasti el necio?

Observó el Papa:

—¿Por qué no habéis entendido a Jerónimo? Él es de los vuestros. ¡Con astucia os ha abordado! Pues si hubierais dicho que había venido, según se muestra por la sentencia, habría cesado la disputa; y si hubierais afirmado que era posible que hubiera venido pero que no era Jesús, entonces os habría dicho lo que vosotros le habéis preguntado, si sería Mat o Pico.

Dijeron los delegados:

—Ha observado bien nuestro señor. No sabíamos lo que ingenia el odio y la astucia.

Luego dijo R. Matatiah a Jerónimo:

—Sabio señor, puesto que aportas una prueba del Talmud de que el mesías ya vino, ¿por qué no aduces una prueba para lo contrario del mismo Talmud que afirma:[21] «¡Aniquílense los que computan los plazos!»?

Contestó el Papa, diciendo:

—Ya había oído ese dicho y deseaba conocer su explicación.

Dijo el rabino Matatiah:

—No tenemos explicación, sino la literal, y es que maldice a quien hace cálculos y predice cuándo vendrá el mesías, porque de esto resulta un grave daño al pueblo puesto que, cuando llega ese tiempo y no viene, desconfían y decaen los ánimos de los que aguardan la salvación y se hallan presos en las redes y ataduras de la esperanza. Además de que en ello hay pecado, porque Dios ocultó este asunto a todos los pueblos y a todos los profetas, y él pretende descubrirlo.

Ante esto, el Papa se llenó de indignación y exclamó:

—¡Oh pueblo necio, oh despreciables, oh locos talmudistas! ¿Acaso, de Daniel que computó el plazo, sería conveniente que se dijera: «Aniquílese»? Ciertamente, vemos que vosotros y ellos sois pecadores y rebeldes.

Contestó Don Ṭodros, diciendo:

—¡Oh nuestro señor el Papa! Si los talmudistas son tan insensa-

21. Sanedrin 97, 2.

tos a tus ojos, ¿por qué se aduce su prueba para verificar que el mesías ya ha venido? Que no se aporte una prueba de los necios.

Con esto se indignó el Papa aún más. Entonces volvió Don Vidal, y manifestó:

—¡Nuestro señor el Papa! No es propio de su Santidad irritarse por cuestiones de disputas, como en este caso, habiéndonos dado permiso. Pero tenemos una culpa: hemos faltado con nuestras palabras, y fue para un caso como éste que rogamos: «¡Muéstranos, oh señor, tu misericordia!»

Contestó el Papa:

—No penséis desviarme con palabrería. ¿Qué respondéis a aquella sentencia que dice: «¡Aniquílense los que computan los plazos!»?

Observó Don Vidal:

—La palabra *mehaššbe*, en el hebreo significa «el que medita» y «el que calcula»; mas «el profeta» o «el que habla por el Espíritu Santo» no se llama *mehaššbe*, sino *rohe'a* (vidente), pues así dijo el profeta:[22] «¿Dónde está la casa del vidente?», porque él ve, con el don de la profecía, las cosas en verdad.

Con esto se apaciguó el Pontífice y manifestó:

—Tal vez hemos dado con la verdad, como nos parece, y así corresponde a un corazón inteligente.

Partimos de allí por aquel día. Por la mañana seguimos nuestro método —pero en nuestra casa se entabló una fuerte discusión entre nosotros y el rabino Matatiah y el rabino Ṭodros, pues no habían sido cautos ni habían puesto freno a sus bocas—, y cuando llegamos dijimos a Jerónimo:

—Sabio señor maestro, puesto que aduces una prueba de los amoraítas,[23] diciendo que vino el mesías, ¿por qué no aduces ninguna prueba del último de ellos y el principal, esto es, R. Aši,[24] quien afirmó: «Hasta ahora no podías esperarle, desde aquí en adelante espéralo», porque vio que no había venido en aquel tiempo?

Contestó Jerónimo:

—Ya os dije que no se debe aducir ninguna prueba de quien no cree que vino el mesías, pues él habló según su opinión y creencia,

---

22. I Sam. 9, 18.
23. Amoraítas. Doctores de la ley, estudiosos del Talmud (219-500 d. C.).
24. Sanedrin 97, 2.

mas la sentencia primera la pronunció el profeta Elías y él, como profeta, sabía la verdad.

Entonces se levantaron los delegados y le dijeron:

—Señor nuestro, haznos saber: R. Aši ¿era inteligente o loco?, ¿malvado o justo?

Respondió Jerónimo:

—No ha lugar a la pregunta, por cuanto era un gran sabio y un piadoso, como se ve por sus dichos.

Insistieron ellos:

—Si es así, ¿cómo contradijo las palabras del profeta Elías? Al efecto, estamos forzados, necesitamos afirmar una de estas dos cosas: o que aquel Elías no era Elías el profeta, y se equivocó en aquella opinión; o que era Elías y R. Aši comprendió el sentido de su sentencia, y lo interpretó de ese modo. Pues si hubiera dudado, se habría inclinado a fortalecer las palabras del profeta. ¿Y por qué pretendemos nosotros considerarnos más sabios que él?

Contestó Jerónimo:

—Aun cuando os confiese que éste es el sentido de aquella sentencia, ¿qué diréis sobre la segunda sentencia del cómputo de los jubileos, ya que no tiene otro comentario que el que di?

Levantóse R. Yosef Albo y dijo:

—El sentido de esta sentencia es declarar que no será el mundo más breve que lo que dice. Pero más posible es que sea como el que declara: «No daré esto por menos de veinte», no quedaría obligado a no darlo por cuarenta o cincuenta. Así pues, es posible que exista el mundo mucho más y que en el último jubileo venga el mesías.

Dijeron los prelados:

—Según esto, no existe un tiempo determinado para el mesías.

Respondió R. Matatiah:

—Para nosotros esto no es sorprendente, pues tampoco para vosotros hay un tiempo determinado, ya que dice: «Y los dos mil el mesías.»

En medio de las cuestiones, vimos y observamos que se escribían todas nuestras palabras, y un gran pánico se apoderó de nuestro corazón, pues pensamos que la intención era que las falseasen los escribas y que después diría el Papa: «Esto dijisteis»; y nos encontraríamos cogidos en nuestras propias palabras, sin poder decir que el escribano las había falseado, porque era muy conocido del Pontífice.

Determinamos tener cuidado de allí en adelante con nuestras palabras y callar todo lo posible; pero no pudimos, porque el Papa ordenó responder en todo al referido Jerónimo, y si no contestábamos, sólo se nos castigaría con la muerte. Por eso acordamos que sólo hablaría uno de nosotros; si parecían bien sus palabras al Papa, bueno; si no, diríamos que no tenía su respuesta el consenso de todos nosotros, que estaba equivocado, y que no era nuestro parecer como el suyo.

Por aquel día se acabó la disputa.

Cuando volvimos a la mañana siguiente con temor y miedo, inició Jerónimo otra frase que decía así:

—«Acaeció con un hombre...», hasta «Ha nacido el mesías», sobre lo cual dijo R. Judan:[25] La Escritura dice:[26] «Y el Líbano caerá con su esplendor. Saldrá un renuevo del tocón de Jesé», he aquí que resulta evidente por esta sentencia lo que no podéis negar: que en el día de la destrucción del Templo nació el mesías.

Contestó el sabio Ben Aṣṭruq:

—Sobre esta sentencia ya hablaron unos grandes hombres en una disputa, el maestre de Gerona con Fray Pablo.[27] El comienzo de la disputa fue que Fray Pablo quiso demostrar que los judíos deberían llamarse cananeos porque se habían apropiado del proceder de Canaán y habían habitado en su tierra, y que los cristianos deberían llamarse Israel, dado que se habían puesto en el lugar de éstos.

Preguntó el Papa:

—¿Qué contestó al respecto el Maestre?

Contestó:

—Su respuesta fue que quien se coloca en lugar de otro es justo que adquiera sus bienes, y que si los cristianos habían ocupado nuestro lugar, ¿por qué no había heredado nuestros verdaderos bienes, que son la profecía, el fuego de los cielos, el *urim* y *tumim*[28] y otros? Ved que nosotros, los judíos, desde que perdimos estas cosas, jamás las hemos encontrado en poder de otro, de donde parece que la inten-

---

25. R. Bun., según el Talmud Yerusalmi.
26. Is. 10, 34; 11, 1.
27. Mošeh bar Maḥman, Naḥmánides o RaMBanN y Fray Pablo.
28. Piedras y palitos que tenían los sacerdotes del Templo —los portaban en las hombreras— con propiedades adivinatorias.

ción del Dador fue guardarlas hasta ver si nos arrepentíamos y entonces devolvérnoslas como en el principio.

Dijo el Papa:

—¿Ante quién fue la disputa?

Respondieron:

—Ante el piadoso rey Don Pedro el Viejo.[29]

Volvió a preguntar:

—¿Y qué replicó Fray Pablo a Maestre Mošeh?

Dijo:

—Calló y no contestó.

Agregó el Papa:

—Aquel monarca era piadoso, pero no sabio, y Fray Pablo, que no respondió, no demostró ingenio, porque pudo haber dicho que nosotros no necesitamos esas cosas después de haber venido nuestro Salvador, que nos prometió la salvación de nuestras almas y se hizo hombre para redimir las de los antepasados. Sea como fuere, esto no es respuesta a la afirmación de la sentencia de que ya nació el mesías.

Dijo Don Vidal:

—El Maestre explicó que no era la intención [afirmar] que nació de hecho, y aunque digamos que naciera de hecho, no hay en esto contradicción, porque es posible que naciera en aquel día y viva en el Paraíso. El RaMBaM[30] escribió que no nació el mesías en el día de la destrucción del Templo, mas quiso decir que, desde aquel día en adelante, en cada generación nacería un hombre digno de ser el mesías, si los israelitas fueran merecedores. Creo que la intención de estas palabras era mover los corazones al arrepentimiento y explicarles que la venida del mesías no depende de un tiempo determinado, como fue la cautividad de Babilonia. Así lo interpretó Don Ḥasdai.

Repuso el Papa, con ira, diciendo:

—Cuando vinisteis a mi palacio no fue para manifestarnos lo que dicen vuestros comentaristas, sino lo que decís vosotros. ¿Qué me importan las explicaciones de los primeros? ¡Palabras vanas y fatuas diciendo que nació y no vino! Pues si el hecho depende de los méritos

---

29. Pedro IV de Aragón. Véase § 32, segunda parte. La disputa de Naḥmánides tuvo lugar en Barcelona ante el rey Jaime I, el 1263.

30. Maimónides. No se localiza este pasaje en sus escritos.

de los judíos, ¿para qué nació? Se habría esperado y nacido el día en que fuesen aptos y dignos.

Dijeron los delegados:

—Y si fueran dignos hoy y hoy naciera el mesías, ¿podría acaso un niño de días gobernarlos, cuando Moisés, de ochenta años, necesitó el auxilio de Dios, de su hermano y de setenta ancianos?

Insistió el Papa:

—¡Entonces eran seiscientos mil, y aún más!

Contestaron los delegados:

—Donde existe inteligencia profunda no se necesita caudillo, pues es justo que la inteligencia del hombre sea su guía; y aquella generación, según la tradición talmúdica, era una generación inteligente, pero nosotros somos mosquitos en comparación con ellos, y cada uno de nosotros, solo, necesita diez guías, conforme a nuestra corta inteligencia.

Dijo el Papa:

—En esto estoy de acuerdo con vosotros, pues cada uno de vosotros necesita un rey y un guía. Volvamos a nuestro asunto.

Entonces se levantó un habitante de Roma[31] y exclamó:

—Mi señor el Papa, hay nombres homónimos, en lo cual coinciden judíos y cristianos, y *nolad* (fue engendrado) es un homónimo como en:[32] «Antes que fuesen engendrados los montes», «[33]Lo que engendra en el día», y[34] «Concibe miseria y da a luz desgracia», en todos los cuales expresa lo que se intenta. Además, que al decir: «Caerá con su esplendor», y después «y saldrá un renuevo, etc.», no es necesario que esto sea inmediatamente, y puede ser al cabo de mucho tiempo. Quiso la escritura consolarlos por la destrucción del Templo y manifestarles que aún volverían a su antiguo estado. Puesto que, si es posible que ésta sea la explicación del versículo, ¿quién dio facultad al autor de la sentencia para afirmar que vendrá en seguida? Más bien parece que por los atributos considerados del mesías se lo imaginó. Así dijeron los talmudistas:[35] «Siete cosas precedieron al

---

31. Según Šoḥet, p. 199, en otras versiones de la disputa, el personaje que habla es Maestre Šelomoh Maimon, de la comunidad de Tortosa.
32. Sal. 90, 2.
33. Prov. 27, 1.
34. Job 15, 35.
35. Pesaḥim, 54, 1.

mundo, y una de ellas fue el nombre del mesías.» He aquí que emplearon el término de creación, aunque todavía nada había en el mundo, queriendo decir que se formó en el pensamiento,[36] pues era necesario para el objeto de la creación que llegase todo el mundo a creer en un solo Dios. Así, también, se dice que en el día de la destrucción [del Templo] se proyectó la creación del mesías, pero no eran dignos de que viniese inmediatamente, porque todavía era necesaria la purificación mediante el destierro, los primeros pecados, y para expiación de todo delito y falta.

Por aquel día cesó la disputa.

A la mañana, cuando volvimos, dijimos a Jerónimo:

—He aquí que el Targum dice *atyalled* (fue nacido), y hallamos en el versículo *nolad*, que quiere decir «dispuesto para nacer», según fue dicho:[37] «He aquí que un hijo nacerá al hijo de Jesé», y ocurrió esto después de quinientos años.

Replicó Jerónimo:

—La palabra *nolad* no aporta prueba alguna respecto al tiempo, pues significa o «que nacerá» o «que nació».

Dijimos al unísono:

—Esto es una prueba y un apoyo de lo que afirmamos, porque nosotros decimos «nacerá», de modo que no obliga tu interpretación y se desploma el edificio que habías construido.

Intentó Jerónimo rectificar sus anteriores palabras, mas no pudo. Se avergonzó mucho, y se extendió en otras consideraciones. Todos comprendieron que su intención era corregir el error. Cuando nos vimos vencedores, nos dijimos:

—Lo mejor para nosotros ahora es ver si podemos salir con honra.

Conseguimos que algunos príncipes, con soborno, hablaran con el Papa, e igualmente que muchos prelados hablasen a Yehošu'a ha-Lorquí para terminar la disputa. Pero no lo conseguimos, porque el Papa dijo:

—¡A pesar suyo, demostrará Jerónimo lo que ha prometido!

En la mañana en que se recita el *Zakor*,[38] declaró el Papa:

---

36. Gén. Rab. 80, 1.
37. I Re. 12, 2.
38. Deut. 25, 17 ss. Se refiere al sábado.

—Vosotros, judíos, afirmáis cosas chocantes, pues ¿qué hombre inteligente dirá que nació el mesías, que vive en el Paraíso hace muchos años? ¿Cómo vive mil cuatrocientos años?

Le dijimos:

—Ya arguyó esto Fray Pablo, y contestó el Maestre que Adán, el primero, vivió mil años, y así como es posible vivir mil lo es vivir más; pero no lo afirmamos puesto que no lo hemos visto, aunque, según la Tradición, Henoc y Matusalén viven aún en el Paraíso.

Dijo el Papa:

—Esto es resolver una dificultad con otra dificultad, pues también eso es incomprensible.

Entonces saltó R. Aṣtruq, y dijo:

—Nuestro señor el Papa, dado que vosotros creéis de vuestro mesías tantas cosas inverosímiles, déjanos creer una del nuestro.

Se encolerizó mucho el Papa por esto, y temimos que se encendiera su ira con fuego. Entonces dijimos al Pontífice:

—Señor nuestro, no ha hablado rectamente nuestro compañero, ni con nuestro consenso, y lo dijo a modo de broma, si bien esto no es adecuado, puesto que no es el Papa como uno de nosotros, que estamos uno con otro. Volvemos a lo del comienzo, rogando «¡Muéstranos, oh señor, tu clemencia!».

Marchamos a nuestra casa y clamamos todos contra R. Aṣtruq, diciendo:

—Estamos encolerizados contra ti y tus palabras, pues has colocado la espada en manos de nuestros enemigos, no fue lo que acordamos entre nosotros hablar de la manera que tú has hablado. He ahí que nuestras manifestaciones habían sentado bien al Papa y nos favorecía más que a Jerónimo, pero ahora que el Papa se ha irritado, ¿quién nos protegerá, si no es la misericordia de los cielos? No se espera un milagro en un lugar donde el mérito es tan dudoso.

Aquel día salimos de allí avergonzados y afrentados. Volvimos por la mañana con gran temor y miedo. Pero Dios nos prodigó misericordia y encontramos al Pontífice con rostro afable. Volvió Jerónimo, diciendo:

—Si vosotros creéis que el mesías nació de hecho, yo os demostraré que ya se ha manifestado.

Dijeron los delegados:

—Nosotros no creemos que nació de hecho, sino que declaramos que el autor de aquella sentencia es posible que lo entendiera así.

Replicó el Papa:

—Tú, Jerónimo, ¿de qué sitio aportarás una prueba de que ya nació y se ha manifestado?

Dijo:

—Nuestro señor el Papa, de lo que ellos afirman en el Talmud: «Dijo Šemuel ¿cómo sabes tú que en el día en que fue destruido el Templo nació el mesías? Porque se dijo: "Antes de los espasmos, dio a luz", y el Targum de Jonatán: "Antes de que venga la opresión, seréis salvados, y antes de que se promueva el tumulto de la destrucción, se manifestará el mesías".»

Respondimos los delegados:

—El Targum de Jonatán no es la alocución, pues una cosa es la sentencia de R. Šemuel y otra distinta el Targum. Desde luego, quiere decir que cuando venga el mesías, vendrá de improviso, como la mujer que pare de improviso, como se dijo:[39] «Antes de los espasmos, dio a luz»; pero, evidentemente, el Targum dice que lo que afirmó R. Šemuel era sólo que cuando viniera al destierro —cuando viniera el mesías—, vendría de improviso. Ya indicaron esto los sabios cuando expusieron:[40] «Tres cosas vienen inopinadamente.»

Dijo el Papa:

—Me basta que digáis que ya nació el mesías.

Le dijimos:

—¡Dios nos libre! Nosotros sostenemos que Šemuel, autor de aquella sentencia, se equivocó en tal opinión al pensar así; pero el Targum, que es inspiración divina, no dice lo que afirma Šemuel, sino que explica el versículo y declara que cuando venga el mesías, vendrá de repente. Sin embargo, nuestra creencia, y la de todo judío, es que si viene un Hombre, reunirá a los dispersos de Israel, reconstruirá el Templo, todos los pueblos se agruparán en torno a él e invocarán, todos, en el nombre de Dios; entonces diremos que él es nuestro mesías. Toda sentencia que afirme lo contrario tiene para nosotros otra explicación. Además, aquella sentencia argüida por Jerónimo dice:

---

39. Is. 66, 7.
40. Sanedrin 97, 1.

«Con su llegada será reconstruido el Templo», ¿dónde está el Templo que fue reconstruido en tiempo de Jesús?

A esto no pudo contestar Jerónimo y tomó otros asuntos, extendiéndose. Cesó la disputa unos días, hasta el quince de *febrero*,[41] en que envió el Papa a por nosotros. Cuando llegamos a su presencia, volvió a aquella sentencia de Šemuel que afirma que nació el mesías. Entonces dijo el Pontífice:

—Esta noche he estado pensando en cómo nos indujisteis a error con palabrerías, pues sostuvisteis que *nolad* es un homónimo que puede interpretarse por «nacerá» o por «nació». Sea como sea, Jesús nació antes de la gran destrucción, pues nació en el año 3671 de la Creación y la destrucción del Templo tuvo lugar en el año 3828, de manera que nació ciento cincuenta[42] años antes de la destrucción.

Dijo Don Vidal:

—Nuestro señor el Papa, tenemos por cosa admitida en el Talmud que, aunque se den muchas interpretaciones de un solo versículo, jamás habrá ni uno de ellos que contradiga la interpretación literal, diciéndose allí: «Ninguna lectura se saldrá de su literalidad.» Cuando llega algún amoraíta y los desvía de su sentido literal, decimos: «¡Es a modo de una alegoría. Tiene un sentido oculto u otra razón!» Pero no creemos tal explicación, si contradice a la literalidad. Esto se entiende en el Talmud, no puede Jerónimo negarlo. Por eso, tome nuestro señor la Biblia y verá que aquellos versículos no hablan en manera alguna de vuestro Salvador, pues cuando dice: «Antes de los espasmos, dio a luz», se refiere a Jerusalén, como dice en seguida:[43] «¿Se da a luz a un pueblo de una sola vez?» y luego:[44] «¡Gozad con Jerusalén!» Si esto se refiriera a vuestro Salvador, ¿qué milagro era para decir:[45] «Quién ha visto algo semejante»? ¿Acaso decimos que es un milagro que nazca un hombre en un día? ¡Mucho menos aquel de quien se afirma que es una parte de Dios o su hijo! Cuando dice en seguida:[46] «¿Se engendra todo un país en un solo

41. Según el *Protocolo* de la disputa, la fecha es el 13 de febrero.
42. Hay que leer 157.
43. Is. 66, 8.
44. Ibíd. 10.
45. Ibíd. 8.
46. Ibíd. 8.

día...? Apenas sintió los espasmos, Sión dio a luz a sus hijos.» ¿Qué tiene, pues, que ver el nacimiento de un pueblo con el del Salvador? Si no es que se hable del futuro, el tiempo en que se reunirán nuestros desterrados, porque cuando se junten por el poder divino, se dirá: «¿Quién oyó algo semejante?» Además, ¿cómo dijo:[47] «Y en Jerusalén seréis consolados», si después de su nacimiento fue destruida?

Acerca de esto dijo Jerónimo:

—Puesto que negáis la sentencia del Talmud, argumentaré con las Escrituras que no podéis negar. Ved que está escrito en vuestra Torah:[48] «No se apartará de Judah el cetro, ni el bastón de mando de entre sus rodillas, hasta que le traigan tributo.» Interpreta el Targum: «Hasta que venga el mesías.» Ahora no tenéis ni cetro ni dirigente, ¿cómo afirmó que no se apartaría?

Respondió R. Aśṭruq, diciendo:

—Ya declaramos, cuando empezamos, que ningún versículo o sentencia que admitiera diversas interpretaciones sería una prueba forzosa de verdad de una opinión o de una creencia. Tú, señor Jerónimo, conoces los comentarios de Ibn Ezra[49] y de los grandes comentaristas anteriores y posteriores, y también nosotros; si quieres escuchar, daremos acerca del pasaje dos explicaciones: una, que quiso decir que no se apartaría el cetro de Judah retirándose para siempre, sino que unas veces participarían del cetro de Judah y otras experimentaría aquél una interrupción y se apartaría prolongándose ésta hasta la venida del mesías, pues cuando venga el mesías que esperamos no ocurrirá interrupción alguna. La segunda interpretación: he ahí que nosotros hallamos en la palabra *'ad* un *yetib*, que es un acento separador, y la interpretación sería: No se apartará el cetro de Judah para siempre, porque he aquí que el «tributo» —esto es, el mesías— restituirá el cetro a Judah.

Respondió Jerónimo:

—No estamos obligados a creer en acentos, pues la Torah no fue dada con ellos.

Exclamó Don Vidal:

---

47. Ibíd. 13.
48. Gén. 49, 10.
49. Abraham ibn Ezra. Véase § 18, nota 5.

—¡Oh sabio Jerónimo, tú crees lo que conviene a tu intención, y lo que no te conviene no lo crees! Pero aún podemos dar otra explicación, porque *'ad* puede interpretarse aquí como en:[50] «No te abandonaré hasta que cumpla lo que he prometido», pues el sentido del versículo no es que después de hacer lo dejará, sino que se interpreta según la costumbre del hombre o del rey que dice a uno de sus servidores: «No te dejaré hasta que llegues a ser un gran magnate», lo cual no quiere indicar que le dejará después de eso. Del mismo modo dice: «No se apartará tal mando o soberanía de los judíos hasta que alcance el tributo y tenga la obediencia de los pueblos.»

Dijo Jerónimo:

—¿Por qué he de aceptar vuestra interpretación y no la que expone R. Mošeh ha-Daršan,[51] al cual cita en su comentario RaŠI, el mayor de los comentaristas que aprendieron con él. Afirma que la sentencia: «No se apartará de Judah el cetro» quiere decir la sala de audiencia que estaba bajo la autoridad de Judah; y este «cetro» quiere decir el Sanhedrín. Y cuando se apartó el Sanhedrín, también se apartó el cetro de Judah, esto es, el Sanhedrín que allí había.

Dijeron los delegados:

—Aún no comprendemos qué prueba se deduce de este comentario, además de que R. Mošeh ha-Daršan era un comentarista y no un talmudista; y también que la sentencia no es así, sino: «De esta manera dijo Jacob a sus hijos.»

Hasta aquí hallé escrito; el final no lo encontré escrito, pero de oídas sé que salieron los delegados con gran honra, aunque padecieron muchas angustias, ellos y las comunidades que de ellos esperaban su propia salvación.

§ 41[1]

En tiempos del Papa Marco Florentín llegó a su presencia Fray Pedro[2] y le dijo:

---

50. Gén. 28, 15.
51. Comentarista bíblico de mediados del siglo XI, originario de Narbona.

1. Según Cantera, es uno de los relatos de libre invención.
2. No hay unanimidad en la identificación de este Papa. Šoḥet, p. 201, piensa

—Nuestro señor el Papa, deseo hacerte una pregunta. ¿Al que es aborrecido por Dios y a Dios aborrece, es conveniente que un hombre sensato, menos aún un santo, lo ame?

Dijo el Papa:

—Sin duda, cualquiera de ambos casos bastaría para despreciarle, ¡cuánto más los dos!

Dijo Fray Pedro:

—¿Cómo, pues, ama nuestro señor a los judíos?

Dijo el Papa:

—¿En qué adviertes que los amo?

Dijo él:

—En que habitan en tu país, comen los frutos de tu tierra, comercian en la región y se aprovechan de ella.

Dijo el Papa:

—Y ¿en qué viste que aborrecen a Dios? ¿Cómo puede ser eso, ya que ellos sufren tan largo y amargo destierro por guardar la religión que Dios les ordenó? ¿Has visto una nación que ame a Dios tanto que no se haya cansado de un destierro semejante y no haya aborrecido su religión, en más de mil años? De lo que has dicho sobre que ellos son odiados por Dios, yo observo que, estando ellos en el destierro, no ha permitido a ninguno tiranizarlos cuando alguno lo pretendió y se levantó para perderlos. No he visto a nadie que tuviera éxito en semejante empresa, aunque se han levantado muchos, como tú, para crear enemigos y hacer odiosa su reputación a los ojos de los príncipes, reyes y consejeros del país.

Contestó Fray Pedro:

—Nuestro señor el Papa, no lograron éxito en tal ruego porque nuestro Salvador ordenó que no los tocaran. Pero aquellas palabras tienen una explicación, pero no es como piensan los pueblos.

---

en Martín V, que ocupó el papado desde 1417 a 1437. Su política con los judíos fue algo más favorable que la de Benedicto XIII —cfr. § 40—, cuyos decretos anuló en favor de los judíos de Alemania e Italia. Cantera, p. 268, piensa en Benedicto XIII.

Fray Pedro también es de difícil identificación, pues hubo varios polemistas con el nombre de Pedro, como Pedro Álvaro o Pedro Alfonso. Este último, converso apadrinado por Alfonso I de Aragón, podría ser por las condiciones del personaje pero no por la época, pues nació en 1062.

Dijo el Pontífice:

—¿Y qué dirás de los tiempos en que todavía nuestro Salvador no había nacido, o de lugares donde no se difundió su creencia? Hallamos tan disperso a este pueblo, que no es imaginable. Yo he visto en los libros de los antiguos reyes que fueron dispersados por el reino *alemán*, por el almorávide, por los de *Miša'*,[3] Bereber, *Iṣpahan*, *Ka'rssa'm* y África, por el reino de los *kusim*[4] y algunas regiones de *Asia*, *Halak* y *Peršia*.[5] Todos ellos se alzaron en su contra para exterminarlos y extirpar su religión, mas no lo consiguieron. En Media se levantó un poderoso príncipe, llamado Hamán —también era sabio— que les acarreó el mal, y lo que consiguió fue ser ahorcado él y sus hijos.

Repuso Fray Pedro:

—Este Hamán que dice nuestro señor no fue ahorcado por su falta contra los judíos, sino porque intentó tener comercio carnal con la reina.

Dijo el Papa:

—Todavía tú no has podido salir de aquellas falsedades en que te criaste en el tiempo en que eras judío. ¿Es posible que a un hombre contra quien se habían irritado el rey y la reina, en medio del día y en presencia de los servidores del monarca, se le despertara tal pasión? Si quieres hablar conmigo, no digas tonterías en mi presencia.

Contestó Fray Pedro:

—Es verdad, nuestro señor, que no tenemos fuerza para aniquilarlos. Ya les dio seguridad su Dios, diciendo:[6] «No los rechacé hasta el punto de exterminarlos»; para exterminarlos no, mas los rechazó para castigarlos con aflicciones y trabajos, y lo atestiguan las tribulaciones que continuamente padecen.

Dijo el Papa:

—De las aflicciones no haya prueba, pues se sabe que nosotros estamos compuestos de cuatro elementos y que la naturaleza de los simples se encuentra en los compuestos. Hallamos que cada elemento, cuando sobrepuja, procura absorber a su compañero y convertirlo en

---

3. Gén. 10, 30. La identificación de los topónimos que se citan a continuación es dificultosa. Véase Šoḥet, p. 201.
4. Etíopes.
5. Único lugar de la crónica en que aparece así; siempre lo hace como *Peres*.
6. Lev. 26, 44.

sí mismo, como encontramos que hace el fuego, que lo quema todo si no se lo impiden; las aguas se fortalecen sobre la tierra y la desmenuzan y ablandan; el aire absorbe las aguas. Del mismo modo ocurre entre los animales, las aves y los peces: el que es más fuerte devora a su compañero. E igual los pueblos: la nación que domina procura convertir a las demás en sí misma. Si estuviera en mi mano que no reinará ni dominará nadie en el mundo sino yo, pondría en ello todo mi poder e imperio. La aflicción de los judíos procede de las fuerzas que tenemos sobre ellos.

Dijo Fray Pedro:

—¿Y por qué no decir que sus aflicciones proceden de sus pecados?

Replicó el Papa:

—Ambas son la causa. En conclusión te digo que no envidies a quien no ha sufrido aflicciones, pues no ha pagado su deuda, y es posible que su final sea malo; mas envidia a aquel que ha padecido penas, en las que descansará y estará tranquilo en su fin pues:[7] «Su porvenir es la paz.»

Manifestó Fray Pedro:

—¿Cómo tolerará su Santidad a un pueblo que nos injuria y afirma que es justo matarnos, e insulta a nuestros muertos? Dicen:[8] «Al mejor de los gentiles, matar.» También declaran:[9] «Qué terrible confusión para vuestra madre, qué vergüenza para la que os parió; convertida en la última de las naciones...» No existe afrenta mayor que ésta.

Respondió el Papa:

—Acerca de lo que dicen: «Al mejor de entre los cristianos, matar», ya oí de los judíos una explicación. En cuanto a lo que dicen: «Qué terrible confusión para vuestra madre», no la he oído jamás. Puesto que tales asuntos han llegado a nuestras manos, es conveniente que indaguemos sobre ellos por amor a la verdad. He aquí que la víspera vinieron dos delegados para presentarse ante mí; que sean llamados y oiremos qué respuesta tienen.

---

7. Sal. 37, 37.
8. Cfr. § 20, nota 11.
9. Jer. 50, 12.

Fueron llamados aquellos hombres, que eran Don Šemuel Abrabalia y Don Šelomoh ha-Levi,[10] y les dijo el Pontífice:

—¿Es posible que se halle escrito en vuestro Talmud: «Al mejor de los gentiles, matar»?

Contestaron:

—¡Así es, nuestro señor! Pero hemos recibido, por tradición, de nuestros ancianos que toda cuestión referente al derecho o comentario de un versículo proviene de Rabina' y Rab Aši,[11] autores del Talmud; mas las otras cuestiones fueron escritas por los comentaristas,[12] y a fin de darles autoridad las pusieron en medio del Talmud; sin embargo, nosotros, los que recibimos la tradición que ya hemos dicho, no tenemos en consideración esas cosas.

Dijo el Papa:

—En conclusión, esto se halla en medio del Talmud, y quien desee afirmar lo que vosotros, necesita aportar una garantía o demostrarlo con una prueba. Por lo cual, decidme la explicación de las palabras pues, a lo que parece, son palabras amargas, y conviene reprender a mis súbditos judíos por ellas.

Respondió Don Šelomoh ha-Levi:

—Nuestro señor el Papa, lo que explicaron nuestros antepasados no es esto, puesto que es contrario a nuestra justicia, pues dijeron unos de nuestros notables[13] que si se hubieran encontrado en tiempo de nuestros jueces, jamás habría sido ejecutado un hombre en sus días, porque pudiera ser que el asesinado padeciese una enfermedad mortal y sería como si estuviese muerto, y he aquí que habría asesinado a un muerto, y no sería su condena ejecutarlo. Pero las naciones del mundo que consideraron que con el tiempo aumentarían los homicidas si se seguían estas enseñanzas, y por conjeturas sentencian a muerte para amonestar al pueblo. Quiere decir que «El mejor de los gentiles» es la sentencia, esto es, la sentencia de muerte. Porque no dijo «matad al mejor de los cristianos», sino que dijo «matar», que es

---

10. Como el resto de los personajes de este capítulo, son de difícil identificación. Pudieran ser los delegados que enviaron los judíos a Martín V, tras la asamblea de Forli (18 de mayo de 1418), para solicitar la confirmación de privilegios. Cfr. § 14, nota 2.
11. Véase § 40, nota 18.
12. ¿Los autores de la *Agadah*?
13. Véase § 20, nota 13.

infinitivo. Otros dijeron: El mejor y más excelente entre los gentiles es tan solícito para el honor y la justicia que en seguida manifiesta: «Matad a fulano que así hizo.»

Dijo el Papa:

—Si los conocimientos de los talmudistas son así, que no sea ajusticiado el homicida porque el asesinado pudiera padecer una enfermedad mortal, sin duda todos eran locos y no sabios, pues ¿habrá opinión tan perniciosa como ésta, que absuelve al asesino con semejante argumento?

Replicó R. Šelomoh ha-Levi:

—Nuestro señor el Papa, ya se dijo:[14] «A vosotros solos os escogí entre todas las familias de la tierra; por eso os tomaré cuentas», pero el que se salva del Tribunal de aquí abajo no se salvará del Tribunal de arriba, y nosotros hemos recibido por tradición que a todo el ejecutado por el Tribunal de abajo,[15] sus pecados le serán perdonados; pero la absolución del que fue perdonado por el Tribunal de abajo, no sólo es absolución sino que va en detrimento suyo, pues no se librará del castigo del Tribunal de lo alto, que es un castigo más amargo que la muerte.

Contestó el Papa:

—Lo que habéis expuesto constituye un argumento, aun cuando siempre ha sido necesaria la justicia de abajo para que tema el pueblo por ella.

Exclamó Pedro:

—Nuestro señor el Papa, ¡cómo te has aplacado con falsas palabras! Aquí mismo dice:[16] «El mejor de los carniceros es compañero de Amalec», donde se ve que con maldad fue dicho y no por elogio; igual es la interpretación «el mejor de los gentiles».

Repuso Ha-Levi:

—«El mejor de los carniceros es compañero de Amalec» quiere decir que será tan cruel como Amalec con los judíos pues, si no fuera así, no mataría una bestia jamás. Y «El mejor de los médicos al infierno» significa que vea siempre el infierno abierto ante él, si mata a algún hombre cuya curación estaba en su mano; por eso deben estu-

14. Am. 3, 2.
15. Sanedrin 47, 2.
16. Soferim 15, 10.

diar y obrar cautamente. El bien está en que piensen que están preparados para ir al infierno, si no examinan convenientemente con reflexión y estudio.

Dijo el Papa:

—¿Qué nos responderéis de lo que vosotros decís: «Avergonzada está vuestra madre, etc.»?

Respondió Don Šelomoh ha-Levi:

—Nuestro señor el Papa, estamos asombrados de Pedro, el que pregunta, pues él fue de los nuestros y lo sabe; lo que desea es nuestra ruina, para que comprenda su Santidad que él cree en la Ley de Jesús, e intenta prosperar. La interpretación de «Avergonzada está vuestra madre» significa que es general, para todo practicante sea judío o cristiano, y es una máxima que dice que las madres de los sepultados, que se afanaron tanto por criar a sus hijos, al final criaron un desierto y un páramo; la frase quiere decirnos que, como el cuerpo, nada es duradero, sino todo vanidad y polvo, mas el alma, según sus obras, no hay quien niegue que sube al Paraíso. Así nos escribió *Maestre Mošeh de Egipto*,[17] que los piadosos de las naciones del mundo también tendrán una parte en el mundo futuro.

»Dijo un sabio una máxima al rey de Kuzar;[18] su contenido es: «Nosotros no exceptuamos a ningún hombre ni a ningún pueblo ni lengua, de la recompensa de sus buenas acciones»; ¿cómo nos iban a mandar que dijésemos: «Avergonzada está vuestra madre», si no es con la intención que hemos manifestado?

Replicó el Papa:

—Acaso vosotros afirmáis:[19] «Convertida en la última de las naciones», y la palabras «naciones» nos la aplicáis.

Contestó Don Šemuel:

—No es así, nuestro señor, pues Isaías dice respecto a Israel:[20] «¡Ay, gente pecadora!»

---

17. En castellano el original. En este caso, como en el de Persia —nota 5—, es el único lugar donde Egipto aparece transcrito del castellano.
Se refiere a Maimónides, aludiendo a su *Epístola sobre la resurrección de los muertos*.
18. Yehudah ha-Levi, *El Cuzari*.
19. Jer. 50, 12.
20. Is. 1, 4. Emplea *goy*.

Volvió el fraile Pedro a hablar contra los judíos, hasta que dijo el Papa:

—No hay prueba de que son perseguidos porque Dios no ha elegido para ofrenda sino al perseguido, como las tórtolas y los pichones, y no eligió al gavilán, al águila ni al cuervo.[21]

Respondió el fraile:

—Eligió cosas que siempre se hallen, como escogió las cuatro plantas,[22] porque se encuentran en la tierra de los judíos.

Contestó el Pontífice:

—Habría escogido a la gallina que se encuentra siempre en las casas, pero no lo hizo porque es rapiñera.

Dijo el fraile:

—Dejémoslo estar, pues hay cosas más importantes. ¿Por qué no ordena, nuestro señor, que sean quemados aquellos libros en que está escrito: «Avergonzada está vuestra madre»[23]?

Entonces ordenó el Papa a sus servidores que cerraran las ventanas del palacio, y se cerraron. Dijo al fraile que mirase desde la puerta si lucía el sol en las plazas. Miraron los servidores y exclamaron:

—¡Toda la tierra está llena de sol!

Dijo el Papa:

—Así es en este asunto. ¿Qué aprovecharía que yo quemase los libros que hay en mi reino, si la tierra está llena de libros de los judíos?

Se marchó el fraile de su presencia. Entonces dijo el Papa a los delegados:

—¡Oh, gente necia! ¿Por qué no buscáis el favor de los pueblos? ¿Veis la caña cómo se dobla cuando arrecia el viento? Su flexión es salud, pues en seguida vuelve a su lugar. Lo mismo pasa al que entra en el mar, si se inclina a la ola, pero si se incorpora, la ola lo sumergirá. Esto es lo que declara vuestro Talmud:[24] «Sea siempre el hombre tierno como caña y no duro como un cedro», cuya interpretación es que la caña que se dobla, se levanta; mientras el cedro, por la in-

---

21. Baba Qama 93.
22. Las cuatro plantas rituales de *Sukkot* (Tabernáculos).
23. Alusión a la primera quema del Talmud de 1242, o al decreto, en ese sentido, del papa Juan XXII (1316-1336). Cfr. § 14, nota 2.
24. Ta'anit 20, 2.

flexibilidad de su copa, lo desgaja el viento. La opinión de los talmudistas[25] es que sostienen que los judíos son llamados «hombre», pero a ninguna nación del mundo llaman «hombre». Yo me postraría si me dijerais qué mayor humanidad hay en vosotros que en nosotros.

Contestó el delegado, Don Šelomoh ha-Levi, diciendo:

—No se dijo esto por la humanidad, sino por la expulsión y la servidumbre, porque nosotros estamos en el lugar del primer hombre y tal como él pecó y fue expulsado del Paraíso, así nosotros estamos expulsados del nuestro, que es nuestra tierra, Jerusalén y nuestro magnífico Templo.

Repuso el Papa:

—Dicen los árabes que no hay monte tan alto y escarpado que no pueda el hombre escalarlo con sus pies, ni abismo sobre el que no se pueda echar la plomada; pero en los entresijos del corazón humano no hay quien entre, sólo Dios, que todos los corazones conoce. Estas afirmaciones las hicieron los talmudistas por su orgullo, para adularos, y por eso dijeron: «Hombres sois vosotros», y no las naciones del mundo.

Respondió el delegado judío:

—No, nuestro señor, que la sentencia del profeta es la que dice:[26] «Y vosotros sois mis ovejas, ovejas de mi rebaño, sois hombres.»

Replicó el Papa:

—¡Ah, necio, estás hablando con un hombre inteligente que no admite astucias! El versículo quiere decir: Aunque os he llamado «ovejas», no penséis que yo considero vuestros pecados como la falta de la bestia, porque, a la verdad, sois hombres dotados de inteligencia, y os he llamado «ovejas» en consideración al «rebaño» y al gobierno. Pero ¿quién podrá apacentaros? He oído que un rey os ordenó que no dibujarais en vuestras casas la figura del sol, y la hicisteis detrás de las puertas, la mitad en una hoja y la otra mitad en la otra, de forma que, cuando estaba la puerta cerrada, la figura estaba completa, y entonces os postrabais ante ella y le quemabais perfumes, y cuando llegaba alguno a indagar y abría la puerta, hallaba la mitad de la figura, no juzgándolo suficiente para castigarlo por ello. Lo demues-

---

25. Yebamot 61; Baba' Qama' 38; Baba' Masi'a' 114.
26. Ezq. 34, 31.

tra el gran Azarías,[27] al cual matasteis dentro del Templo, mientras que nosotros el que mata a una persona, queda salvado con sólo entrar en nuestro templo, esto es, en nuestra casa de oración.

»He oído que decís en vuestra casa de oración: «Permanezca el buen nombre y el sublime.» ¡Mejor sería que dijeseis: «Permanezca el cautivo, el desterrado, el despreciado por todos los pueblos»!, y entonces se humillaría vuestro corazón.

»Yo comparo vuestra situación a un anciano débil, con la visión de sus ojos borrosa, manos temblonas, piernas vacilantes y caídos sus dientes, que si la sepultura estuviera aquí, lo llamaría. ¿Cómo decís «el buen nombre»? Vosotros perdisteis el buen nombre con la ganancia ilícita, esto es, el engaño y la usura. Estad prevenidos, pues habéis reunido la hacienda poco a poco, y quizá junta os la arrebaten los pueblos. Tened cuidado, pues yo soy un solo Papa, pero si se levantan diez mil hombres del populacho con espadas de doble filo en sus manos, serían como diez mil papas.

Entonces los delegados comenzaron a llorar.

Les dijo el Pontífice:

—Lloráis porque mi lengua es suelta, y no veis que vuestras obras lo son mucho más.

Contestaron los delegados:

—Lloramos porque, para el hombre cuyo destino es desgraciado, el llanto es alegría y descanso de su espíritu. Ved que este fraile es de nuestro linaje y difama nuestra reputación, sin compadecerse de nosotros. Somos semejantes a un pájaro al que mordió una fiera con sus dientes, lo pisoteó con sus patas y lo despedazó con sus garras.

Estaban aún hablando, cuando llegó el fraile, oyó sus palabras y les dijo:

—Profesad nuestra religión, así seréis de los que pisotean a otros.

Replicaron los delegados:

—¿Estás seguro de que irás al Paraíso?

Repuso el fraile:

—Así lo pienso.

Dijeron los delegados:

—Si así es, deseamos ir al infierno para no vivir contigo en el Paraíso.

---

27. II Cr. 24, 22.

Entonces se enfureció el fraile. Le dijo el Papa:

—Éste es el premio de aquel que da consejo a quien no se lo pide. Dejémoslo estar, que voy a preguntarte acerca de aquello de lo que nos ocupábamos, de eso que afirman los judíos: «Vosotros sois llamados hombres y no las naciones del mundo.» ¿Acaso es su raza más noble que la nuestra o su fuerza, mayor?

Contestó el fraile:

—¿Por ventura es éste el único disparate que pronuncian los talmudistas? He aquí que todas sus interpretaciones son cosas que la inteligencia y la naturaleza rechazan. Estos días he visto que escribieron los talmudistas que es conveniente poner una vela en el suelo de la casa en la que ha muerto una persona y dicen que el motivo es para que, cuando quiera el alma volver a la casa, alumbre ante sí el camino. ¡Como si el alma, que es la luz misma, necesitara la luz material de una vela! Además, después que ha salido ¿por ventura torna al cuerpo?

»Lo segundo que he visto es que, cuando vuelven del cementerio, toman yerbas y tierra, y las esparcen sobre sus cabezas declarando que esto es para ahuyentar al ángel de la muerte. Pero según la naturaleza ¿qué relación tiene lo uno con lo otro?

»Tercero:[28] Dicen que el muerto oye todo lo que se habla sobre él, hasta que es enterrado, pero es evidente que, si se han perdido los sentidos, no existe allí vista ni oído.

»Cuarto:[29] Sostienen que cuando Jonatán, uno de sus sabios, se dedicaba al estudio de la Torah, toda ave voladora se quemaba. Pero si el elemento del fuego por sí mismo no puede quemar hasta que se halla junto al objeto quemado, sería que la palabra se cambiaba en fuego, y quemaba lo que estaba lejos.

Instó el Papa a los delegados a que respondieran. Contestó el delegado mayor considerado:

—Lo primero que ha dicho el fraile (que está escrito en el Talmud que pongan una vela en el suelo de la casa del muerto) tal vez lo haya soñado; sólo es una antigua costumbre que existe para desterrar la creencia en la magia, porque decían que el enemigo que qui-

28. Šabat 153.
29. Suka 28; Baba Batra 134.

siera atormentar al muerto debía colocar una vela en el suelo de su casa; por eso no ponen una vela en el suelo de la casa del muerto. Mas nosotros, en contra de aquella creencia, que es la del pueblo amorreo,[30] ponemos la vela en el suelo de la casa.

»En cuanto a la segunda pregunta (que acostumbramos a arrancar yerbas y, en algunos lugares, a tirar por lo alto polvo) ¿acaso no es para consolar a los deudos? Pues da a entender el tiempo de la resurrección, por la que se dijo:[31] «Tus cadáveres se alzarán, despertarán jubilosos los que habitan en el polvo», y también se afirmó:[32] «Y florecerán por la ciudad como yerba de la tierra.» Una segunda razón es para conmover los corazones y quebrantar la soberbia del hombre. Se toma el polvo para decir:[33] «Que eres polvo y al polvo volverás.» Y la yerba hace referencia a lo que declaraban nuestros antepasados:[34] «Los hombres son como las yerbas del campo, las unas florecen y las otras se marchitan.»

»Acerca del tercero, hemos recibido por tradición que el alma no vuelve al lugar que tiene en el cielo hasta que es enterrado el cuerpo, pues así lo dijo Salomón:[35] «Y el polvo vuelva a la tierra que fue y el espíritu vuelva» y termina. Puesto que el espíritu sale antes y después sepultan al cuerpo, debiera decir: «Vuelva el espíritu a Dios y el polvo vuelva a la tierra», y termina. Esto alude a que el espíritu no vuelve a su lugar hasta que torna el polvo a la tierra, esto es, el entierro del cuerpo. Por eso esa alma aún es consciente de los asuntos de este mundo a semejanza del que duerme o sueña. Por eso nosotros decimos de los justos: «Cuando se durmió fulano», lo cual denota que la muerte de los justos es como un sueño.

»En cuanto al cuarto (que toda ave voladora se quemaba), da a entender que todo parecer absurdo que está en el entendimiento era quemado cuando aquel sabio se aplicaba al estudio de la Torah. Queriendo decir que alcanzaba la verdad y rechazaba la mentira.

Exclamó el Papa:

---

30. Šabat 7, 7.
31. Is. 26, 19.
32. Sal. 72, 16.
33. Gén. 3, 19.
34. 'Arubim 54.
35. Ecl. 12, 7.

—Los delegados han hablado muy bien, pero tú, fraile, como hace mucho tiempo que profesaste nuestra relegión, has olvidado estas cosas.

Dijo el fraile:

—¿Cómo que las he olvidado? Hace tres días que lo vi en uno de sus libros.

Dijo el Papa:

—¡Eso deseaba yo saber! ¿Qué tienes tú que examinar en los libros de los judíos, si no es porque aún está en tu corazón la religión judaica? Si no fuera por la corona sacerdotal que hay en tu cabeza, te mandaría quemar; pero no vuelvas a presentarte ante mí.[36]

Después de esto dijo a los delegados:

—¿Cuál es vuestra petición?

Respondieron:

—Saber, nuestro señor, que los jueces de nuestro país han ordenado que devolvamos el interés de muchos años, y para esto es necesario que vendamos a nuestros hijos.

Respondió el Papa:

—Ya os he expuesto mi opinión. De todos modos, puesto que habéis venido, no volveréis sin nada; por lo tanto, que os descuenten la mitad: por ejemplo, si son diez años, que os descuenten cinco.

Replicaron:

—La orden de nuestro señor es excelente, si queda confiada a nuestro juramento.

Dijo el Papa:

—Sin duda eso es excelente, pues juraréis que han sido cuarenta al año para que os descuenten veinte. Dado que lo que os hizo jurar vuestro Dios no habéis guardado, ¿cómo guardaréis lo que os haga jurar el cristiano?

Cuando vieron que ya no habría otro acuerdo en este asunto, trataron una segunda petición, diciendo:

—Tenemos una sinagoga cerca de una iglesia de los cristianos; ellos se han acercado a nuestro recinto pues nuestro edificio es más antiguo. Pasó por allí la reina, riose de la vecindad y le dijo uno de sus consejeros: «Nuestra señora la reina, hace muchos años que con-

---

36. Se plantea el problema de los judaizantes, tema al que se alude en próximos capítulos.

viven como dos hermanas, y nunca han hablado mal una de otra.» Repuso la reina: «Puesto que es así, permanezcan unidas hasta la vejez.» Mas ahora decreta el juez que derribemos el templo.

Contestó el Papa:

—La ley está con él y no con la reina, pues ¿cómo podéis vivir próximos a la puerta de nuestro Mesías, al que vosotros injuriáis? Por tanto, derribad inmediatamente vuestro templo.

Respondieron los delegados:

—Si nos lo manda la reina, lo derribaremos.

Entonces se indignó el Pontífice y ordenó a los obispos que so pena de excomunión demolieran el templo, e igualmente que devolviesen el interés como mandaban los jueces.

Dice Šelomoh:[37] De estos hechos tomen ejemplo los delegados de nuestro pueblo que son enviados a los reyes de la tierra. Cuiden mucho lo que sale de su boca, no pensando que se hallan delante de un sabio suyo, que come su pan, el cual, aunque es pan del cielo, está compuesto con pan de trabajos. Afirman nuestros antepasados[38] que no sólo la familiaridad que tiene el sabio con el plebeyo, sino también el trato íntimo que los judíos tienen con sus dirigentes da ocasión a que se pierda la educación. Cuando se apartó de nosotros el guía verdadero, quedamos sin dirigente ni entendimiento, tanto más cuanto que los sufrimientos y los destierros no nos dejaron una buena costumbre.

Ya se lamentó el gran profeta elegíaco de esto diciendo:[39] «Me ha llevado y conducido, no a la luz, sino a las tinieblas», queriendo decir: «En el comienzo de mi tiempo me guió el Señor», después «[40]su porvenir es la paz», he ahí mi fin, que «conducido» como se lleva al caballo o al mulo; por esto lo que tengo hoy se llaman tinieblas. Por eso no se dice que en mi principio tuve luz. Si hubiera ocurrido al contrario, que me hubiese «llevado» primeramente y después «conducido», habría podido yo decir que en uno de mis tiempos tuve luz.

---

37. Šelomoh ibn Verga, el autor.
38. Pesaḥim 4, 9.
39. Lam. 3, 2.
40. Sal. 37, 37.

Acerca de los sufrimientos dijo:[41] «Contra mí» y no contra las otras naciones del mundo «dirige» sus repetidos golpes; esto último significa la palabra *yehapuk* («se vuelve»). El mismo pensamiento está en:[42] «Me ha consumido la carne y la piel»; tenía que haber empezado por la piel y pasar luego al interior, o con los huesos y luego salir afuera; mas él quiso indicar que el daño está en el medio, esto es, en la carne, y unas veces sale a la parte de afuera, por lo cual dice «y la piel», y otras veces se introduce más adentro, esto es, «me ha roto los huesos».

Volveré al asunto diciendo que el trato íntimo que tenemos con nuestros jueces y sabios dio ocasión a los delegados para ser osados, pero ni la sabiduría de Don Šelomoh ha-Levi aprovechó para salvarlos del desliz, ni la inteligencia de su compañero.

Ya manifestó el sabio que es conveniente que el hombre se habitúe a hacer en su casa lo que precisa hacer en la plaza pública porque, si se conduce en su casa con modales infames y abyectos, ese hábito le llevará a obrar de igual en la calle de la ciudad. Por esto puede que se dijera:[43] «En el lugar donde no hay hombres, procura ser hombre», como diciendo que donde no hay hombres que le vean a uno, también debes procurar ser hombre honrado, y allí se aprenderá lo que conviene hacer en el mercado.

Además de todo esto, conviene que señalemos que algunas veces el exiguo mérito hace fracasar los trabajos de un delegado, pues así se declara en la profecía:[44] «El que echa atrás a los sabios y muestra que su saber es ignorancia.» Pero si hay mérito en los delegados, Dios pone en sus bocas lo que conviene decir; no en vano rogamos nosotros en el día de las expiaciones:[45] «Sé en las bocas de los delegados de tu pueblo.»

---

41. Lam. 3, 3.
42. Ibíd. 4.
43. Abot 2, 5.
44. Is. 44, 25.
45. En *Yom Kippur*.

§ 42

Dice Šelomoh:[1]

Me ha parecido oportuno describir aquí el ritual [de nombramiento] de los *neśiim*[2] en Babilonia y en el reino persa, y el porqué fue abolido. Ello forma parte de nuestras calamidades. También para que se conozca el esplendor y la gloria de nuestra nación, cuando aún perduraba una huella de su imperio. Esta descripción la hallé en un responsa de los primeros gaones,[3] de bendita memoria.

En el momento en que Israel deseaba nombrar a un príncipe, el cual es llamado *Naśi* y Jefe de los desterrados, se reunían todos los jefes de las Academias[4] y los dirigentes del pueblo, los nobles, ancianos y jueces que había en el reino, y venían a Babilonia, y preparaban allí una gran casa, embelleciéndola con seda y brocados, y colocaban en ella sillones para todos los directores de dichas Academias y para todos los sabios y ancianos; había allí un sillón espléndido para que se sentara el *Naśi*, y dos sillones, a derecha e izquierda, para el director de la Academia de Sura y el de la de Pumbedita.

Una vez allí, se levantaba el director de Sura y dirigía al *Naśi* unas recomendaciones, diciendo que no se encumbrara su corazón sobre sus hermanos, pues le entregaban servicios y no un imperio, porque está dicho:[5] «Si condesciendes hoy con este pueblo, etc....»

El quinto día marchaban a la sinagoga, adonde iban los directores de las Academias y ponían la mano sobre él, y se tocaban las trompetas, sonaba el sofar y lo bendecían, diciendo en voz alta: «¡Viva eter-

---

1. Ibn Verga.
2. «Príncipe». Título que en este relato corresponde al del exilarca, representante legal de las comunidades hebreas ante los gobernantes de Persia y sus dominios, desde la época de la expulsión de Babilonia hasta parte del mandato del Islam. El último exilarca fue Šemuel b. Azariah (siglo XII).
3. El nombramiento del exilarca lo describió Natan ha-Babli en su *Seder Olam Zuta*, recogido en el prólogo de *Sefer Yuḥasin* de Abraham Zacuto, de donde lo tomaría nuestro autor.
4. Academias de estudios talmúdicos. Las academias más destacadas de Babilonia fueron las de Sura y Nehardea; al decaer esta última (siglo III d. C.) floreció la de Pumbedita, que sobrevivió hasta mediados del siglo XI.
5. I Re. 12, 7. «... poniéndote a su servicio...»

namente nuestro señor el *Naśi*! ¡Él es nuestro príncipe, el jefe de los desterrados, el jefe de la diáspora de Israel!»

Lo acompañaban hasta su casa y allí volvían a tocar las trompetas, y le advertían que se condujera con rectitud, justicia, legalidad y honradamente, con buen entendimiento, educación e indulgencia, y, considerando que eran onerosos e iracundos, recibiría sus servicios pues era un servicio de los cielos. Pues «si nuestros jefes hubieran sido indulgentes», es decir, «hubieran sabido soportar tranquilos»,[6] «no había habido brechas ni aberturas».

El día sexto le enviaban regalos y presentes de plata y oro, cada cual según su posibilidad; y después el *Naśi* mandaba preparar un gran banquete para el sábado, pues allí comían, con él, los directores de las Academias, los ancianos de la ciudad y los magnates del reino que allí se encontraran.

En la víspera del sábado le construían una tribuna en la sinagoga, la revestían con ropas de seda y brocado. El sábado por la mañana se dirigían a su casa todos los directores de las Academias y los dirigentes del pueblo, y le acompañaban hasta la sinagoga. Él marchaba delante de ellos, pues así es costumbre de los reyes y príncipes en aquel reino, ir delante de su pueblo. Mientras marchaba el *Naśi*, su rostro estaba envuelto con un manto de seda para que no vieran su faz.

Al llegar a la sinagoga, comenzaba el *ḥazan*:[7] «Bendito el que habla», respondían los directores de las Academias: «Bendito el que habla y actúa», repetía el *ḥazan*: «Bendito el que decreta y mantiene» y ellos replicaban: «Bendito sea el Creador en el principio», y así hasta «El alma de todo vivo».

Después de eso, se reunían los cantores y todo el que sabía entonar bien una canción alrededor de la tribuna y recitaban la oración entre cánticos hasta ser sacado el Libro de la Torah. Entonces subían al *Naśi* a lo alto de la tribuna, cubierta su faz, el director de la Academia de Sura y detrás el de la de Pumbedita; sentaban al *Naśi* en el sillón que había en la tribuna, sacaban el Libro de la Torah del *hekal*[8] y lo llevaban a la tribuna para leer; él leía primero y a continua-

6. Comentario de RaŠI al Sal. 144, 14.
7. Jefe de los cantores de la sinagoga.
8. Arca donde se guardan los rollos de la Ley en la sinagoga.

ción los directores de las Academias. Después del *subum*[9] de la lectura en honor a la Torah, comenzaba el *Naśi* a explicar con los ojos cerrados en consideración a la Torah y, si quería, autorizaba al director de la Academia de Sura, quien dirigía palabras edificantes y admoniciones a la multitud para mover los corazones a la limosna y donaciones necesarias para los discípulos de las Academias. Él comenzaba con un donativo según su diezmo, importantes donaciones eran realizadas para la gloria de la Torah y del *Naśi.*

Después se levantaban todos, consagraban al *Naśi* pronunciando el *qadiš*[10] y, al llegar a «durante nuestra vida», decían: «Y durante la vida de nuestro señor, el príncipe, jefe de los desterrados de Israel.»

A continuación solía ponerse en pie el *Naśi* y hacer una súplica y un ruego encarecidamente a Dios por cada grupo en particular, según el honor: primero hacía una súplica por los directores de las Academias, para que estuviesen acertados en su Ley y su Talmud; luego recitaba una oración por los benefactores del pueblo, después rezaba por todos los que se ocupaban en los asuntos de la congregación, y más tarde oraba por cada ciudad en particular, diciendo: «A tal ciudad Dios bendiga y la libre de espada, de peste y de todo mal, y en sus días sea salvada Judah.»

El final solía decirlo con voz apagada, para que no lo oyeran los extraños y no dijesen que pedía la caída del reino, pues no se levantarían sino con la caída de otros.

Después de la oración marchaban con él a su casa, contentos y alegres, se sentaban a la mesa y comían. En la bendición de la comida se pronunciaba una bendición, especial y apropiada, por el *Naśi.* Desde aquel día en adelante no salía el *Naśi* de la puerta de su casa; algunos particulares iban a rezar con él diariamente, desde el día laborable hasta el sábado.

Cuando deseaba ir a hablar al rey, mandaba allí a un emisario para obtener permiso, y el monarca decía: «Que venga.» Le enviaba una carroza extraordinaria a fin de honrar al linaje de David —todos los *neśiim* descendían del linaje de David—, pero el *Naśi* no solía montar en ella por respeto a la realeza, pero ella iba delante de él; éste iba

9. Ceremonia que se celebra cuando concluye la lectura de una obra.
10. Oración que se recita tras cada sección del servicio sinagogal.

con un vestido bordado, cincuenta hombres corrían ante él y todo israelita que lo veía debía acompañarle. Cuando llegaba al atrio, los servidores del rey salían a recibirlo y le daban escolta hasta que llegaba cerca del monarca. Un servidor del *Naśi* pasaba delante de él con una bolsa de escudos de oro y la esparcía delante del príncipe. Cuando llegaba el *Naśi* ante el rey, se arrodillaba y después se levantaba sobre un pie —pues tal era la costumbre del reino para indicar que se es un súbdito y se permanece como un siervo—, el soberano indicaba a sus criados que colocasen al *Naśi* en un sillón junto a él, a su izquierda. El rey callaba un poco, que así era costumbre para mostrar dignidad, después volvía su rostro al *Naśi* y exclamaba: «*Naśi*, ¿cómo estás?», y éste replicaba: «En tranquila paz, por la vida de nuestro rey por contemplar su rostro.» Luego le decía: «¿Cómo está tu pueblo?», y entonces comenzaba a exponerle su solicitud. Cuando concedía su petición, se ponía en pie, pronunciaba una bendición según su sabiduría y se marchaba.

Cuando vieron los habitantes de Babilonia la grandeza del *Naśi*, tuvieron envidia los príncipes y también el pueblo llano, y dijeron: «He ahí que el pueblo hijo de Israel ha crecido y mañana se sublevarán con la ayuda del linaje de David, que es linaje real, y gobernarán sobre nosotros. Por tanto, seamos más sagaces.» Y convinieron en que cuando pasara el *Naśi* lo matarían y después, a los dirigentes de los judíos. Cuando fue oído en el Palacio Real, salieron en su auxilio; mas el *Naśi* ya había sido asesinado. Salvaron al resto del pueblo. Al ver Israel esto, decidieron anular el nasiato desde aquel día en adelante.

La estirpe de David tiene escrito cómo procede de tal linaje; pero no habrá imperio alguno en Israel hasta que el Señor lo crea conveniente.

§ 43

El año 81 de la Creación, en el mes de *Tamuz*,[1] tuvo lugar la desgracia de los leprosos.[2] Hubo una gran peste en todo aquel reino, y dijeron los cristianos que los judíos se habían puesto de acuerdo con los leprosos que había fuera de la ciudad —porque los leprosos odiaban a los habitantes del país que no les proporcionaban todo el alimento necesario— y los habían hallado deliberando: decían los judíos que traerían el veneno y los leprosos que lo arrojarían al río.

El rey,[3] sin una pregunta ni pesquisa, envió que prendieran a todos los judíos que había en la ciudad. Permanecieron en prisión nueve meses, al cabo de los cuales supo el monarca que todo había sido una calumnia y se avergonzó de haberlos puesto en prisión, y dijo que no los había puesto por aquel asunto, sino para que se pasaran a la religión de Jesús, el Nazareno.[4]

Los castigó con tormentos, mas permanecieron fieles a la santificación del Nombre, y fueron quemadas quince mil almas sin que ofendieran a Dios.

§ 44[1]

Había en Sefarad un fraile que odiaba mucho a los judíos y que, cuanto más oprimía a Israel, más se convertía en cabecilla.[2] Era *confesor* de la reina[3] y la incitó a que obligara a los judíos a cambiar su

---

1. Cómputo menor. Junio de 1321.
2. Una de las múltiples acusaciones que se hicieron a los judíos, durante la peste de 1321 en Francia, fue la de aliarse con los leprosos para envenenar las aguas. Véase Yosef ha-Cohen, núm. 80.
3. Felipe V.
4. *Noṣri*. Convertido en el nombre más usual para nombrar a los cristianos: *noṣrim*.

1. Otras noticias sobre intervenciones de las reinas contra los judíos se recogen en los §§ 14 y 20.
2. Gaṭin 56, 2.
3. Por la época del relato —véase nota 4—, sería la reina Isabel la Católica; el

religión, y si no, que fueran pasados por la espada. La reina suplicó ante el soberano, y le pidió aquello. Después de algunos días, el rey mandó, por consejo de su mujer, que cambiaran de religión y, si no, que salieran y fueran desterrados todos ellos de su reino. Se redactaron y firmaron los escritos con el decreto real.

Cuando lo oyeron los judíos, se fueron a uno de los nobles del rey, que los estimaba mucho, del mismo modo que eran estimados y honrados los judíos en Sefarad por los reyes, los príncipes y por todos los sabios e inteligentes, pues los destierros sólo fueron provocados por causa de algunos de la plebe, cuando decían que, porque los judíos habían venido al reino, se habían encarecido los alimentos, y también cómo se habían metido en sus oficios. Del mismo modo fueron ocasionadas las expulsiones por algunos frailes, quienes, para mostrar santidad y hacer ver al pueblo que ellos pretendían honrar y ensalzar la religión de Jesús el Nazareno, diariamente predicaban contra los judíos cosas terribles. Mas, entre los restantes grupos cristianos, los judíos estaban bien considerados, pues habitaban en su tierra, y eran muy queridos de ellos, como que era reconocido por los ancianos de Sefarad.

Aquel noble dijo a los judíos:

—La reina es muy amante del oro y la plata. Así pues, reunid aprisa cincuenta mil escudos de oro y ponedlos en una casa próxima al palacio de la soberana, que os indicaré. Yo haré que pase la reina justo por allí y le diré lo que considere oportuno en favor vuestro.

Así hicieron. El noble hizo pasar a la reina por aquella casa, y le dijo:

—Mi señora la reina, la viña que tal fruto da, ¿es conveniente arrancarla?

Ese mismo día pasó justo por allí un gran doctor de nuestra estirpe, llamado Maestre Martín de Lucena,[4] y dijo a los judíos:

—No demos nada a la reina porque mañana ahorcarán al fraile y es costumbre de los reyes que, cuando ajustician a un individuo por

---

fraile podría ser el dominico sevillano fray Alonso de Hojeda, enemigo declarado de los judíos e impulsor del establecimiento de la Inquisición en Sevilla, que empezó a actuar en 1481.

4. El primer miembro conocido de los Lucena, familia toledana de conversos. Su hijo Juan y sus nietas fueron perseguidos por la Inquisición.

cuya intercesión se ha ordenado una sentencia, cancelan dicha sentencia.

Los servidores del rey atestiguaron aquella noche que habían visto al fraile dirigiendo a la reina palabras impúdicas; llamaron a la soberana y confirmó que así había sido, y ordenó el rey que lo colgasen de un árbol. Mandó que trajeran los escritos y los hicieran pedazos porque supo el monarca que aquél había incitado a la reina a solicitar aquella sentencia, y el rey había consentido contra su deseo. Devolvieron el dinero a los judíos.

Hay de esto otra relación oral, pero yo así lo he hallado escrito.

§ 45

El año 153 de la Creación[1] fue arrasada la comunidad de Barcelona, la mayor parte de la de Gerona y, finalmente, la mayoría de Cataluña.[2] Pero no se conoce la verdadera causa de la persecución, ni su motivo.

§ 46

El año 172[1] se oscurecieron y entristecieron los ojos de todo Israel, pues se alzó en Roma un Papa[2] que hizo todo lo que pudo para que cambiaran de religión; se dictaron contra los judíos duros decretos[3] y se asoció con el Papa la reina de Sefarad[4] que era la soberana, ésta llevaba las riendas del gobierno.

---

1. Cómputo menor. 1393 d. C.
2. Los disturbios provocados por las noticias llegadas de Castilla sobre las matanzas instigadas por el arcediano de Écija culminaron con los saqueos de las aljamas catalanas de 1391: en julio, Valencia; en los diez primeros días de agosto, Baleares, Barcelona, Lérida, Gerona, Perpignan y otras localidades pequeñas.

1. 1412 d. C.
2. Se refiere a Benedicto XIII, erróneamente localizado en Roma, en lugar de Peñíscola (Castellón), que promulgó una bula antijudía en 1415. Por su mandato se celebró la Disputa de Tortosa. Cfr. § 40.
3. Decreto de *Ordenamiento sobre el encerramiento de los judíos e de los moros*, dictado en Valladolid el 2 de enero de 1412.
4. Doña Catalina de Castilla, regente de Juan II, fue la que promulgó el de-

Los sacaron de sus casas a descampados y los atormentaron grandemente, hasta que abandonaron la religión dieciséis mil personas.

Muchos se mantuvieron fieles a la santificación del Nombre y fueron quemados;[5] otros muchos murieron a causa de los tormentos, y aquellos que huyeron, perecieron en los campos sin que fueran sepultados; unos pocos se salvaron entregando todas sus riquezas a los salteadores de caminos y a los aldeanos.

§ 47

El año 151[1] calumniaron los cristianos a la comunidad de Toro,[2] a la de Logroño, a la de Carrión,[3] y a la de todas las ciudades de sus alrededores, también a la comunidad de Burgos,[4] que era una comunidad estimada por la ciencia y riqueza, y todos abandonaron su religión, pero los de otros lugares permanecieron fieles a la santificación del Nombre y fueron quemados.[5]

---

creto de Valladolid, aconsejada, entre otros, por el converso Pablo de Santa Fe. Efectivamente, colaboró con Benedicto XIII y con Don Fernando de Antequera, futuro rey de Aragón, en la cruzada proconversiones iniciada por Vicente Ferrer en 1407.

5. Reflejo de la actuación de la Inquisición.

1. 1391 d. C.

2. Cantera, p. 286, y Šoḥet, p. 206, leen Toro, villa de la provincia de Valladolid de cuya judería no se tienen noticias. El texto hebreo pone *Ṭora'*, con este nombre hay dos villas: Tora de Tost y Tora de Riubregós, ambas en Lérida. La siguiente comunidad citada es *Logriṭ*, «Logroño». Šoḥet, p. 206, propone otra lectura: *Magriṭ*, «Madrid», ambas ciudades con aljamas conocidas. Pensamos que se puede interpretar como persecuciones sólo en aljamas castellanas, y habría que aceptar Toro y Madrid, o desplazar las persecuciones más al norte, siguiendo el texto hebreo, y leer Tora y Logroño.

3. Carrión de los Condes, villa palentina cercana a Burgos. Su próspera aljama fue atacada en los disturbios de 1391, recuperándose posteriormente.

4. Asentados los judíos en la capital de Castilla la Vieja desde el siglo IX, es en el siglo XIII cuando llega a ser la mayor comunidad del norte de este reino. Sufrieron las persecuciones de 1391, 1412-1414, en las que muchos se convirtieron, pero no todos, pues allí hubo judíos hasta la expulsión del 1492.

5. Como en el capítulo anterior, se ve la mano de la Inquisición.

Desde entonces en adelante, la mayoría de las comunidades de Sefarad estuvieron en opresión y angustia, cada día su padecimiento era mayor que el del día anterior. La idea del pueblo, o de la mayor parte, era cómo podrían exterminar a lo que quedaba de Israel.

§ 48

Hay escrita una misiva de mano del piadoso sabio R. Šem Ṭob ben Šem Ṭob,[1] que dice así:

«En el año 150 el sexto de los miles de Sefarad,[2] en los días del rey Don Enrique,[3] siendo él joven, se sublevaron muchos pueblos para hacer abandonar a todo Israel su religión, oprimiéndoles y atormentándoles con grande y espantosa tortura, no oída como ella desde el día en que bajaron los israelitas a las puertas de otros pueblos.[4]

»Por los múltiples tormentos y aflicciones, muchos de Sefarad dejaron completamente la ley de Moisés, nuestro maestro. En particular, la gran comunidad de Sevilla,[5] donde muchos de ellos abandonaron su honor; la comunidad de Córdoba,[6] la comunidad de Écija,[7] y toda An-

---

1. Ibn Šem Ṭob, conocida familia de filósofos y cabalistas castellanos durante los siglos XIV-XV. Con el nombre de Šem Ṭob Šem Ṭob encontramos al primero de ellos (c. 1380-c. 1441), rabino, cabalista y polemista antimaimonidiano, que consideraba las teorías de Maimónides causantes de los movimientos apóstatas de su época. Su obra más importante es el libro *Sefer ha-emunot*, Ferrara 1556.

Si bien no se puede asegurar que esta carta sea suya, es evidente que muestra una de sus mayores preocupaciones: los movimientos conversos. *E. J.*, VIII, 1198-1199.

2. Se refiere a las horribles matanzas de 1390-1391 ocasionadas por las prédicas que Ferrán Martínez, arcediano de Écija, inició en Sevilla en 1379. «Cuando en 1390, tras la muerte del arzobispo, pasó a sus manos la administración de la diócesis, ordenó a sus feligreses que demolieran las sinagogas...», Baer, *Historia*, página 383.

3. Enrique III (1390-1406).

4. La destrucción y expulsión de Jerusalén en el año 70.

5. La comunidad judía y de conversos judaizantes más importantes de Andalucía en esa época. Méndez Bejarano, *Histoire de la Juiverie de Sevilla*, Madrid 1922.

6. La que fuera centro del judaísmo durante los siglos X al XII, se encontraba en las fechas del relato muy mermada; en las matanzas de 1391 fueron asesinados la mayoría de sus miembros, pero volvió a recuperarse.

7. Pueblo sevillano. Véase § 8, nota 2.

dalucía, y otras grandes ciudades, así Madrid,[8] Illescas,[9] Ocaña,[10] Huete,[11] Castillo de Garci Muñoz,[12] Torrijos[13] y en Escalona,[14] no se libró un solo hombre. Igualmente en otras comunidades padecieron penalidades que está prohibido ponerlas en un libro porque aterrarían muchísimo el corazón.

»Desde entonces en adelante fueron de mal en mal.»

§ 49[1]

«En los días del rey Don Juan,[2] hijo del rey Don Enrique, se multiplicaron sin cesar las calamidades sobre ellos, quitándoles sus modos de vida y decretando contra ellos duras normativas,[3] para todos los que no se habían dejado bautizar; esto es: que no ejerciesen comercio público ni comerciasen con cosa alguna de comer para vender a los gentiles pues les habían inculpado de que podían echar veneno en los

---

8. Durante la Edad Media, pequeña villa con un reducido número de judíos; la persecución a la que se alude en este relato fue nefasta para esta comunidad de comerciantes, desapareciendo completamente; quedó un núcleo importante de conversos.

9. La aljama de este pueblo toledano, fundamentalmente de agricultores, no sufrió persecuciones hasta esta de 1391, de la que se recuperó. Tras la expulsión de 1492, quedó un núcleo importante de conversos.

10. Villa toledana con una importante comunidad que sufrió los efectos de esta persecución, de la que se recuperó rápidamente.

11. Pueblo situado entre Cuenca y Guadalajara, cuya comunidad gozó de privilegios especiales hasta la fecha de la expulsión. No se tienen noticias de cómo les afectaron las persecuciones de 1391. Amor Calzas, J. J., *Curiosidades históricas de Huete*, 1909. Piles, *Sefarad*, VII, 356. *E. J.*, VIII, 1060.

12. Lugar no identificado. Cantera, p. 286, lee Castillo de Garci-Muñoz, uniéndolo al topónimo siguiente, asimismo no localizado.

13. *Sefarad*, XV, 364.

14. Existía una comunidad hebrea desde la época musulmana que se conservó tras la conquista en 1083. Como indica esta crónica, fue destruida en las persecuciones de 1391 pero se recuperó, según los datos relativos a las recaudaciones para financiar las guerras de Granada desde 1482 a 1491. *E. J.*, VI, 859.

1. Parece que es continuación del capítulo anterior.
2. Juan II (1406-1454).
3. Cfr. § 46, nota 3. *Ordenamientos de Valladolid.*

dulces y en los comestibles. Decretaron que no saliese de ellos sangrador ni médico, excepto el médico del rey. No podían adquirir heredades. Que llevaran un sello rojo en señal de que se era judío, y el que fuese hallado sin el sello, fuera matado.

»Otros decretos posteriores se repitieron, y sin cesar estaba su mano levantada todos los días y hubieran acabado separándonos de la religión verdadera, si no se nos hubiese asegurado:[4] «No se caerán de tu boca, de la boca de tus hijos, de la boca de tus nietos, desde ahora por siempre.» Esto es la prueba de que Dios ejerce su providencia en nosotros en el asunto fundamental, que es la conservación de la Ley de Moisés, nuestro maestro, sobre él sea la paz.»

Hasta aquí las palabras del aquel piadoso.[5]

¡Cuántas persecuciones y destierros ha padecido Israel que no han sido escritos!

Tampoco nosotros podemos conocer todos los reinos y ciudades en que se ha dispersado el pueblo de los hijos de Israel; además hay cosas que no es conveniente escribirlas. Ya se han cumplido en nosotros las palabras:[6] «Pereceréis en medio de los pueblos.»

No ha quedado del linaje de Israel uno de cada mil judíos que salieron de Jerusalén y de las ciudades israelitas, y vinieron a Sefarad. De los que marcharon a Francia y Aškenaz, donde en gran número permanecieron fieles a la santificación del Nombre, fueron matados por miles; de los que habían ido allá —que eran tantos como los que salieron de Egipto— no ha quedado uno de cada cinco mil.

Los habitantes de Aškenaz, los notables, escribieron sobre sus tribulaciones una *megillah*,[7] componiendo una gran obra que describe sus eventos en aquellas tierras. Puesto que han sido escritas ya, no me parece necesario escribirlas aquí, menos aún cuando no han llegado hasta nosotros relaciones exactas de estos acontecimientos, por hallarnos lejanos.

¡Justo es el Señor, pues contra su mandato nos rebelamos. Cuan-

---

4. Is. 59, 21.
5. R. Šem Ṭob b. Šem Ṭob. Véase capítulo anterior.
6. Lev. 26, 38.
7. «Libro».

do hayamos pagado nuestras deudas, el Altísimo nos mostrará su rostro y nos hará volver de nuestro cautiverio. Amén!

§ 50

Dice Šelomoh:[1]

También yo he oído y visto muchas cosas semejantes de la expulsión de *Castilla*[2] y Portugal, de la persecución de Fray Vicente,[3] y otras violencias. Decidí escribirlas aquí, pero he visto que el príncipe, señor Yehudah Abravanel[4] en el pasaje de las amonestaciones las describió todas. Por ese motivo he desistido de ello, fuera de aquellos detalles que dicho príncipe olvidó escribir, de entre todas las aflicciones que ellos padecieron en su salida de Castilla.[5] ¡Un exterminio inimaginable!

Si iban por ruta marítima, padecían la escasez de los víveres y diariamente caían sobre ellos una multitud de piratas. Con muchos de ellos fueron pérfidos los marineros y los vendieron en unas islas lejanas diciendo que los habían conseguido sus espadas —«Israel no tiene hijos ni heredero[6]»—; otros muchos fueron arrojados al mar alegando que estaban enfermos, para apoderarse de sus riquezas.

Si iban por tierra, era semejante; cumplióse en ellos:[7] «Y todas las enfermedades y heridas que no aparecen en el Código, etc.»

En la gran ciudad de Toledo hubo una gran persecución[8] en tiempo de Don Šemuel ben Šušain,[9] el piadoso, el cual solía dar aceite a todas las Academias de Egipto y Jerusalén —sea reconstruida y pobla-

---

1. Ibn Verga.
2. Por primera vez en esta crónica aparece transcrito así: *Qa'śtilia'*.
3. San Vicente Ferrer. Fraile dominico valenciano declarado predicador antijudío, iniciador de una «cruzada» proconversiones que ocasionaría la oleada de persecuciones de 1412. Cfr. §§ 40 y 46.
4. Cfr. § 7, nota 35.
5. Cfr. § 51.
6. Jer. 49, 1.
7. Deut. 28, 61.
8. Intento de conversión.
9. No identificado.

da en nuestros días—. Mas fue abolido el decreto porque llegó allí un gran príncipe, pariente mío, llamado Don Šemuel ha-Nasi, de la estirpe de David, como lo prueba una escritura y un sello. He descrito extensamente este asunto en mi obra llamada *Šebeṭ 'Ebrato*;[10] allí se puede ver.

§ 51

Dice Yosef:[1]

La causa de la expulsión de Castilla y su desarrollo los escribió el gran príncipe, el insigne sabio Don Yiṣḥaq Abravanel en la *Introducción al Libro de los Reyes*; decidí transcribirlo aquí con su propio lenguaje que es muy claro y elocuente. Así dice:

«El año de *mizareh Israel*[2] conquistó el Rey de Sefarad todo el reino de Granada, la gran ciudad de Granada, la más poblada y celebrada entre las capitales.[3] Él, en su tenacidad y orgullo,[4] cobró ánimos y atribuyó su poder a su Dios, proponiéndose a sí mismo:

»—¿Con qué me haré agradable a mi Dios, que me ha pertrechado de fuerza para la guerra? ¿Con qué me mostraré agradecido a mi Creador, que ha puesto esta ciudad en mis manos, sino es reuniendo bajo sus alas al pueblo que camina en la oscuridad, la grey dispersa de Israel, y haciendo volver a la creencia en Él a la hermana insurrecta o arrojándolos a otra tierra, lejos de mi presencia, que no habiten más en mi país ni permanezcan ante mis ojos?

»Por ello salió un decreto real, cuya ley era como una ley de Media y Persia.[5] El pregonero gritaba con fuerza:

»—¡Se os ordena a vosotras, familias todas de la casa de Israel, que, si os dejáis bautizar[6] y os postráis adorando al Dios de los gen-

---

10. Véase § 64, nota 83.

1. Ibn Verga, el hijo del autor. Otros fragmentos atribuidos a Yosef son 11, 32, 37, 67, 69.

2. «Dispersado Israel» Jer. 31, 10. 5252 (1492 d. C.): *Mizareh*: *min* = 40, *zayin* = 7, *reš* = 200, *he'* = 5: 252.

3. Lam. 1, 1.

4. Hab. 1, 11.

5. Deportaciones a Babilonia.

6. Literalmente, «pasáis por las aguas».

tiles, lo mejor de la tierra comeréis, como yo hoy. Habitaréis en el país y comerciaréis; pero si os negáis, desobedecéis y el nombre de mi Dios no reconocéis y a mi Señor no servís, levantaos, salid de entre mi pueblo, de las tierras de Sefarad y de Sevilla, Mallorca y Cerdeña, que están bajo mi dominio. Que en el plazo de tres meses no quede nadie que se llame con el nombre de Jacob en ningún estado de mi reino!

»En aquel tiempo estaba yo allí, en el palacio del Rey y me afané en mi súplica hasta que enronqueció mi garganta. Hablé al Rey por tres veces y le imploré diciendo:

»—¡Por favor, oh Rey! ¿Por qué haces esto a tus siervos? Imponnos un gravamen, un presente de oro y plata, pues cuanto posee un hombre de la casa de Israel lo dará por su tierra.

»Imploré a mis amigos, que gozaban del favor real, para que intercediesen por mi pueblo; los notables celebraron consulta para hablar al soberano con toda la fuerza a fin de que revocara los escritos de cólera y furor, y abandonara su idea de exterminio de los judíos. Mas, como sorda víbora, tapó sus oídos y no cedió ante nadie. La reina permanecía a su diestra para corromperlo e inducirlo con poderosa persuasión a ejecutar la obra iniciada y acabarla. Nos esforzamos, pero no tuvimos éxito; no me tranquilicé ni descansé; mas la desgracia llegó.

»Oyó el pueblo esta orden perversa y se afligió. En todo lugar al que llegaba el decreto real y su fuerza de ley guardaron un gran luto los judíos, gran terror, aflicción como de primeriza, cual no se había visto desde el día del destierro de Judah desde su tierra a país extraño.

»Decíanse unos a otros:

»—Seamos fuertes y fortalezcámonos en nuestra religión y en la ley de nuestro Dios contra todo maldiciente y difamador. Si hemos de vivir, vivamos, y si hemos de morir, muramos. No violemos nuestra alianza, ni nos arrepintamos y caminemos en el nombre del Señor, nuestro Dios.

»Marcharon sin oponer resistencia, trescientos mil de a pie del pueblo —yo en su compañía— desde los jóvenes a los viejos, niños y mujeres, en un solo día, de todos los estados del Rey.

»Hacia donde el viento los impelía fueron, y salió su Rey al frente y Dios a su cabeza. El uno decía:

»—¡De Dios soy!

»Y el otro ofrecía su fuerza al Altísimo.

»Unos se dirigieron al reino de Portugal; otros, los más cercanos, al de Navarra; pero he aquí que hubo aflicción y sombrías tinieblas, graves tribulaciones, rapacidad, quebranto, hambre y peste.

»Parte de ellos buscaron en el mar un camino entre aguas turbulentas, pero también allí la mano del Señor estuvo con ellos para confundirlos y exterminarlos, pues muchos de los desolados fueron vendidos por esclavos y criadas en todas las regiones de los gentiles. Muchos se sumergieron en el mar, hundiéndose, al fin, como plomo. Otros llegaron a perecer con el fuego y el agua, pues se quemaron las naves, se encendió contra ellos el fuego del Señor.

»En resumen: de todos sus malditos castigos ninguno faltó, al que la espada, la espada, etc. Los tocó el Nombre con la peste y sirvieron de espanto a todos los reinos de la tierra hasta que se consumieron y perecieron por sentencia de nuestros padres:[7] "Nos morimos, nos estamos muriendo todos..." ¡Alabado sea el nombre del Altísimo!»

Hasta aquí.

§ 52[1]

Escuché de boca de unos ancianos que salieron de Sefarad que en una nave se declaró una epidemia de peste, y su capitán los arrojó a la playa en un lugar despoblado, allí murieron la mayoría de hambre. Algunos decidieron marchar a pie hasta encontrar un lugar habitado.

Un judío de entre aquéllos, su mujer y sus dos hijos decidieron ir; su mujer, no acostumbrada a la caminata, desfalleció y expiró. El hombre y los dos hijos que llevaba también se desmayaron a causa del hambre y, cuando despertó de su desfallecimiento, halló a sus dos hijos muertos. En su gran pesar se puso en pie, exclamando:

—¡Señor del mundo, ahora se está haciendo mucho para que abandone mi Ley, pero ten la seguridad de que, aun contra la voluntad de

7. Núm. 17, 27.

1. Comienza una serie de capítulos —52 al 58— sobre las vicisitudes de los expulsados de Sefarad.

los habitantes de los cielos, judío soy y judío seré, sin que sirva de nada todo cuanto me has ocasionado y ocasiones contra mí!

Entonces cogió tierra y yerbas, cubrió a los niños y partió a buscar algún lugar habitado. Sus compañeros judíos no le habían esperado para no morir también ellos, cada uno estaba ocupado solamente en su propio dolor, sin poder prestar atención ni tomar parte en los de otros.

§ 53

Aquellos que marcharon a Fez sufrieron los castigos del Bendito, especialmente una penosa hambre. No les permitieron los habitantes del país entrar en las ciudades para que no encareciesen los alimentos, y montaron en los campos tiendas; solían alimentarse de yerbas silvestres. Ojalá las hubieran encontrado siempre pues, a causa de la gran aridez, solamente germinaban unas pocas raíces. Murió allí en el campo una gran multitud y sin entierro, pues no tenían fuerzas los que quedaban, a causa de la debilidad del hambre. En el sábado cogían las yerbas con sus bocas, consolándose de no arrancarlas con la mano.

Ocurrió allí un caso como jamás se ha oído: Llegó un árabe y vio una hermosa doncella de las hijas de Israel, y a los ojos de su padre y su madre la violó y se marchó. Como a la media hora volvió y, con una daga que llevaba en la mano, hirió en el vientre a la joven. Le increparon: «¡Ah cruel! ¿Por qué has hecho esto?», y contestó que temía que hubiera quedado encinta la joven, y fuese el niño de la religión judía.

¡Oíd y ved si en todo el mundo acaeció o se escuchó cosa semejante!

También allí una pobre mujer veía que su hijo desfallecía y que ella no tenía ningún medio de subsistencia, de modo que era imposible que el niño no muriese; alzó una piedra, se la arrojó sobre la cabeza y murió el niño. Después de eso se golpeó a sí misma hasta que murió.

§ 54

Cuando los judíos estaban en el campo cerca de Fez, dado que había hambre en el país, llegó su situación a tal extremo que tuvieron los judíos que ir a la ciudad y vender a su hijo como esclavo por un pedazo de pan. Pero el entonces rey de Fez era un hombre bondadoso y, una vez pasada el hambre, mandó pregonar que todo el que hubiese comprado un niño judío por pan tenía que restituir el hijo a su padre y su madre.

§ 55

En un lugar cercano a Fez había una gran nave de gentiles; los muchachos de los hijos de Israel solían ir cerca de aquel lugar, llamado Salé,[1] para recoger junto al mar lo que hallasen para recobrar fuerzas.

El capitán de la nave los llamó a la orilla del mar, y dio a cada uno un trozo de pan. Cuando los jóvenes vieron pan, se regocijaron y fueron con esta noticia a otros muchachos. Al día siguiente por la mañana volvieron allí, a la orilla del mar, unos ciento cincuenta. Les dijo el capitán de la nave que entraran en el buque y les daría pan hasta la saciedad; pero cuando hubieron entrado, arrió al vela y se los llevó a todos.

Cuando se supo esto en el campamento de los hebreos, especialmente cuando lo oyeron las mujeres, corrieron a la orilla del mar gritando, mas nadie las escuchó. Las madres de los muchachos prorrumpieron en un clamor y llanto como jamás se ha oído.

Aquel raptor separó, de ellos, a los niños florecientes y hermosos, entregándolos como presente a los príncipes del país, y a los demás los vendió en tierra extranjera.

---

1. *Sale'*. Ciudad de Marruecos situada en la costa atlántica. Véase Ibn al-Jatib, *El parangón entre Málaga y Salé*, trad. E. García Gómez, Barcelona 1976.

§ 56[1]

Del destierro de Sefarad llegaron buques al territorio de Italia, pero también allí el hambre era fuerte; además se declaró en los buques una grave peste, y no sabían los infelices qué hacer. Finalmente desembarcaron, mas los habitantes de las ciudades no les permitieron entrar, y marcharon al territorio de Génova,[2] también allí había hambre, pero les dejaron entrar en la ciudad.

Los jóvenes no pudieron resistir y se iban al templo idólatra a cambiar de religión, a fin de que les diesen un poco de pan. Muchos de los incircuncisos marchaban a los mercados con la cruz de Jesús en una mano y un pedazo de pan en la otra, diciendo a los muchachos de Israel: «Si adoras esto, recibirás pan.»

De esta manera se dejaron bautizar muchos, yéndose entre los gentiles.

§ 57

Algunos de los judíos que habían llegado al territorio de Génova, por ser el hambre rigurosa, salieron y se marcharon a Roma. Los judíos que había en Roma fueron reunidos para acordar lo que habían de hacer, de suerte que no entrasen extranjeros entre ellos, pues les quitarían su sustento.[1] Inmediatamente juntaron mil escudos para entregar al Papa un presente, a fin de que no los recibiera en su estado. El Papa,[2] cuando le contaron tales actos, exclamó:

---

1. Primera de las dos narraciones —tal vez se podría incluir una tercera, la del § 58— en las que se describen las vicisitudes de los españoles expulsados en territorios italianos.

2. Contrariamente a esta noticia, Génova fue una de las ciudades que no permitieron la entrada de refugiados españoles en 1492.

1. Esta actitud de la comunidad romana, según Šoḥet, p. 208, no recogida en ningún otro documento, es extraña; pero ya se observó una actitud negativa en los judíos portugueses ante la llegada de conversos españoles. Cfr. §§ 59 y 60.

2. Alejandro VI recibió a los judíos españoles en sus estados, dejándolos vivir en libertad de credo; igual política siguieron sus sucesores.

—Esto es nuevo para mí, pues yo he oído que la costumbre de los judíos es tener conmiseración unos de otros, y he ahí que éstos se portan cruelmente. Por eso yo decreto que sean expulsados también ellos, y no moren más en mi país.

Entonces los judíos de Roma necesitaron reunir otros dos mil oros para entregar como presente al Papa, para habitar ellos y que entraran los extranjeros en medio de la ciudad. Del bien de la tierra comieron los infelices desterrados.

§ 58

En un buque de hombres expulsados de Sefarad, el capitán del mismo pretendió matarlos para apoderarse de sus posesiones. En la nave había un mercader, hombre bondadoso, que dijo:

—Eso es un gran pecado pues derramarías sangre inocente.

Contestó el malvado:

—Yo sólo me propongo vengar la sangre de Jesús que ellos derramaron.

Le replicó el mercader:

—Él mismo los perdonó por su sangre a fin de redimir al género humano, y tú ¿no los perdonarás? Mi consejo es que los arrojes en una de las islas, y si mueren que mueran, mas tú no habrás puesto la mano en ellos.

Fue aquel inhumano, los desnudó y los arrojó cerca de un peñón de roca que había en la orilla del mar, lugar por el que no había pasado ni habitado un hombre.

Ninguno de los desgraciados, que fueron arrojados allí, se levantaba de su sitio por la vergüenza de verse desnudos, tan sólo durante la noche en la oscuridad andaban. En la orilla del mar sacaban agua de los hoyos, que era agua dulce, y bebían. De esta forma permanecieron tres días. Al final del tercer día, se dijeron unos a otros:

—¡Subamos por ese peñón y oteemos desde allí, tal vez haya algún lugar habitado o aldea en que vivir!

Con trabajo y esfuerzo subieron al peñón de la roca. Habiendo ascendido allí para buscar la salvación, hallaron cubiles de leones que se lanzaron sobre ellos descuartizando a uno de ellos, los otros se arrojaron desde la roca y se despeñaron. Los pobres judíos que estaban

esperando salvación, se metían en medio del mar para librarse de los leones, y cuando los leones volvían a sus cubiles, regresaban ellos a tierra. Vivieron de esta suerte cinco días.

Después del quinto divisaron una nave que venía. La tripulación, cuando vio desde lejos hombres vivos, se asombró mucho pues sabían que allí no había un lugar habitado ni era un lugar para descansar. El capitán de la nave envió allí a un hombre para saber el motivo, y los judíos le manifestaron la desgraciada aventura. Aquél tuvo compasión de ellos, mandó que los trajesen a la nave, tomó una vela vieja, la cortó y les dió a cada uno un trozo para que se cubrieran las vergüenzas —a las mujeres les dio una camisa entera por su pudor—, y alimentos y bebida. Cuando pasó por un lugar donde había judíos, los desembarcó. Los infelices se apresuraron a enviar un mensajero a los judíos, pues ellos pensaban que quería venderlos. Entonces fueron los dirigentes de los judíos a la nave, pero él dijo:

—No he tomado a estos desgraciados en una guerra para recibir por ellos un rescate; si me dais lo que he gastado, me basta.

Le entregaron el gasto y un regalo, y desembarcaron los judíos, los vistieron y les dieron de beber, como es la costumbre de los hijos de Israel.

Toda la vida aquellos infelices rogaban que Dios prolongara la vida al capitán de aquella nave y el Altísimo le diese su recompensa.

§ 59[1]

¡Qué diremos y narraremos de las persecuciones de Lisboa![2]

La primera de todas las terribles tribulaciones era coger a los muchachos y arrojarlos en recónditas islas del mar, donde no habitaba hombre alguno, llamadas entre ellos *islas perdidas*. Cuando los cogían[3] por orden del rey y los llevaban en los buques, quien no vio el

1. En este capítulo y en el siguiente se narran las persecuciones contra los conversos habidas en Portugal entre 1496 y 1499. El autor no hace distinción entre judíos y conversos, tal vez por su propia condición de tal.

2. Éstas se produjeron en todo el reino de Portugal, a consecuencia del edicto de expulsión decretado por el rey Don Manuel el 5 de diciembre de 1496, reunidas las cortes en Muje.

3. Posible error de Ibn Verga al recoger la información de una fuente portu-

llanto y el clamor de las mujeres, no ha visto ni escuchado desolación, gemido ni desdicha, en su vida. No había piedad, ni consuelo, ni una buena palabra para ellas.[4]

Hubo una mujer a la que le habían arrebatado seis hijos. Cuando oyó la infeliz que salía el rey a la casa de oración, marchó a implorarle y se echó a los pies de su caballo, solicitándole el niño menor, mas el rey no la escuchó.

Dijo a sus siervos:

—Echadla de mi presencia.

Repitió ella con mayores gritos su petición y ellos la increparon.

Exclamó el monarca:

—Dejadla porque es como la perra cuando le quitan sus cachorros.

¡Considere Dios y juzgue las ofensas hechas a los hijos de Israel!

Han dicho algunos que la causa de esta persecución fue el que los hombres de la expulsión de Sefarad[5] habían prometido al rey determinada suma para que los recibiera en su reino, pero al final muchos de ellos no habían pagado, lo que produjo este fruto malo y amargo.

Muchos de aquellos muchachos perecieron en los buques por la diferencia de alimentos y clima; otros, al desembarcar en las islas, fueron tragados por las fieras que hay allí, en las lagunas y en la orilla de los mares.

Con el transcurso del tiempo se halló que un joven se casó con su hermana —unos ignorándolo y otros a sabiendas—; también partió de ellos un hombre, volvió a su tierra y se casó con su madre.

---

guesa e interpretar «retirados» por «arrojar», en una de las más duras resoluciones reales que dice así: «Reunido o conselho em Extremoz, opinou porque aos judeus que partissem fôssem *tirados* os filhos menores quatorse annos, a fim de serem baptizados...»

4. Los puertos designados, en principio, para el embarque fueron los de Porto, Lisboa y Algarve, pero luego se decidió que fuese sólo el de Lisboa. Una vez reunidos unos veinte mil judíos, comenzaron las torturas para lograr la conversión. Según Mendez, p. 290, sólo siete no apostataron, y fueron llevados a África.

5. La actitud real ante los conversos, los huidos de Castilla y los naturales del reino, fue muy diferente: por ejemplo, los privilegios concedidos a los conversos portugueses el 30 de mayo de 1497, meses después de la expulsión, y la prohibición de residencia de conversos castellanos en 1503.

§ 60

La fatalidad de la matanza que hubo en Lisboa.[1] Hallábame yo fuera de la ciudad, después de unos días volví, y me lo contaron cada uno según su versión;[2] pero todos estuvieron de acuerdo en afirmar que había sido extremadamente penosa y amarga.

Lo que me contó un anciano es lo que voy a escribir.

En la noche de *Pesaḥ*[3] encontraron los cristianos a unos conversos sentados, teniendo ante sí panes ázimos y yerbas amargas, según la prescripción de *Pesaḥ*. Los llevaron ante el rey, quien ordenó ponerlos en prisión hasta que saliera su juicio.

Había por aquel tiempo hambre y sequía en el país. Reuniéronse los cristianos, y dijeron:

—¿Por qué obra el Señor así con nosotros y con nuestro país, si no es por el pecado de estos judíos?

Al ser oídas sus palabras por los frailes de la orden de los oradores, los llamados *predicadores*,[4] pusieron éstos su empeño en buscar la mentira, algo para apoyar a los cristianos. Se levantó uno en la iglesia y predicó contra la estirpe de Israel cosas amargas y muy duras.

Además, llevaron a cabo esta invención: hicieron un crucifijo hueco, con una abertura en su dorso y su pecho de cristal, y pasaban por allí una vela encendida y decían que del crucifijo salía fuego; el pueblo caía postrado, exclamando:

—¡Ved qué gran milagro! Esto prueba que con fuego el Señor juzga a toda la estirpe judía.

Llegó entonces allí un converso que no había oído tales palabras, y dijo en la sencillez de su corazón:

—¡Ojalá el milagro fuera con agua y no con fuego pues, por la sequía, estamos necesitados de agua!

---

1. Conocida matanza de conversos habida en Lisboa en 1506. La narración de los sucesos concuerda con los datos históricos. En 1503 se había declarado la peste en la capital, y el hambre devastaba el país.
2. Literalmente, «como conviene así».
3. La matanza comenzó el domingo de Pascua, 9 de abril de 1506.
4. Los frailes que alentaron a las masas fueron Joao Mocho y fray Bernardo, dominicos.

Se levantaron los cristianos que habían proyectado la iniquidad, exclamando:

—¡Ved cómo éste se burla de nosotros!

Inmediatamente lo sacó aquella gente y lo mataron. Su hermano, cuando oyó esto, llegó allí clamando:

—¡Ay, ay, hermano mío!, ¿quién te ha matado?

Levantóse entonces uno que estaba armado con una espada y le cortó la cabeza, echándola sobre el cadáver de su hermano. Después se levantaron todos los frailes, sacaron el árbol de Jesús el Nazareno, marcharon a la plaza de la ciudad, y pregonaron, diciendo:

—Todo el que mate a uno de la estirpe de Israel tendrá cien días de indulgencia en el mundo futuro.

Alzóse entonces el pueblo, espada en mano, y mataron en tres días a tres mil personas, los robaron, los arrastraron a la plaza y los quemaron. A algunas preñadas las arrojaban desde las ventanas y las recibían con las dagas desde abajo, saltando el feto muchos codos. Y del mismo modo otras crueldades e infamias que no es conveniente narrar.

Decían algunos que del odio a un judío llamado Mascarenhas,[5] el arrendatario, procedía todo el odio de los cristianos, porque aquél se portaba orgulloso con ellos y les ponía muchas cargas. La prueba de ello es que, cuando hallaron a Mascarenhas, inmediatamente cesaron en la matanza.

Los jueces de Lisboa no tuvieron culpa alguna, ni sus príncipes ni autoridades, pues todo esto se produjo contra su voluntad. Ellos salieron para salvarlos, mas por la multitud no pudieron, pues intentaron agredirles también a ellos, viéndose obligados a huir para salvar sus vidas.

El rey de Portugal, que era un monarca piadoso,[6] no estaba en la ciudad en aquel tiempo, pero cuando lo supo, lloró y deploró el infortunio; vino en seguida a la ciudad, indagó y halló la calumnia de los frailes. Mandó derribar la iglesia de la que había salido el mal, pero sus príncipes no lo consintieron. Ordenó matar a todos los asesinos,

---

5. Joao Rodrigo Mascarenas, prestamista.

6. El calificativo aplicado al mismo rey del relato anterior sólo se justifica por la actitud que mantuvo ante los sucesos de Lisboa. El rey y la corte se habían refugiado, huyendo de la peste, en Almeirim, Santarem y Abrantes. La matanza se produjo estando Don Manuel visitando a su madre, Doña Beatriz, en Aviz.

mas los consejeros le mostraron un real decreto según el cual toda falta que hubiese cometido una multitud de cincuenta hombres en adelante, no tenía pena de muerte, sino únicamente aquellos que habían fraguado la maldad. Entonces el rey mandó prender a los frailes y decretó quemarlos.[7] En cuanto a la ciudad de Lisboa,[8] llamada en tiempo antiguo ciudad leal,[9] ordenó el rey que fuera nombrada por tres años la ciudad insurrecta.[10]

§ 61

He oído que en Sefarad algunos propagaron la calumnia de que en casa de un judío habían hallado a un muchacho muerto y mutilado en la parte del corazón. Dijeron que le habían sacado su corazón para celebrar la fiesta[1] con él. Llegó Don Šelomoh ha-Levi,[2] que era sabio y cabalista, puso bajo la lengua del muchacho el Nombre Único y despertó el muchacho que dijo quién le había matado y sacado el corazón para calumniar a los infelices judíos.

No lo he visto escrito, pero así lo oí.

§ 62

En la gran ciudad de Sevilla vivía R. Yehudah ben Verga,[1] de bendita memoria. Cuando llegó allí la Inquisición,[2] comunicáronle los

---

7. Fueron condenados a garrote y quemados sus cuerpos. Los dominicos fueron desterrados de Lisboa.
8. El rey dictó sentencia contra la ciudad, pero con ella castigaba tanto a los autores del delito como a los que habían logrado sobrevivir, retirándoles el derecho a elegir representantes.
9. Is. 1, 26.
10. Ecl. 6, 12, 15.

1. Acusación de crimen ritual para la celebración de *Pesaḥ* (Pascua). Recuérdese el famoso caso del «niño de la Guardia».
2. Cfr. § 41, nota 10.

1. Véase § 38.
2. El 27 de septiembre de 1480 los Reyes Católicos nombran inquisidores en

habitantes del país que, si querían saber quiénes eran los conversos practicantes del judaísmo, que arrestaran a R. Yehudah ben Verga porque por medio de él practicaban los judíos todo el ritual y sus preceptos.

Él —bendita sea su memoria—, antes de que llegara la Inquisición, sabía todo cuanto iba a suceder. Puso en la ventana tres pares de palomas: un par desplumado y degollado y escrito en su cuello: «Éstos son los conversos que salgan en último término»; otro, desplumado pero no degollado, decía: «Éstos serán los que salgan a medio tiempo»; y los últimos, con plumas, vivos, y escrito: «Éstos son los que salgan los primeros.»

Pero ellos no prestaron atención y cayeron en lo que cayeron. Muchos de los conversos fueron pasados por el fuego, como para que se cumpliera con ello el decreto de los cielos.

Él huyó, marchando a Lisboa; allí le sometieron a duros tormentos para que delatase a los practicantes del judaísmo. Resistió la prueba —sobre él sea la paz—, pero murió víctima de los tormentos en la cárcel.

Los méritos de todos los santos estén con nosotros.

§ 63

Dice Šelomoh:

Cuando medite un hombre sobre estas grandes calamidades, se maravillará, preguntándose: «¿Por qué no obró así con ningún pueblo gentil, estando ellos más cargados de pecados que los judíos?» La respuesta a todas estas preguntas se desprende de un solo versículo, que dice:[1] «A vosotros sólo os escogí...»

Añadamos a esto siete causas que han originado lo que hemos padecido:

La primera. — Los pecados de nuestros padres, como han mani-

---

sus reinos a los dominicos, quienes el 1 de enero de 1481 comienzan a actuar en Sevilla. Baer, *Historia de los judíos*, pp. 567 ss.

1. Am. 3, 2.

festado los sabios, de bendita memoria, diciendo:[2] «Y en el día de mi castigo, castigaré; no tendrás ningún castigo ni castigo di.» Afirma el poeta elegíaco:[3] «Nuestros padres pecaron; pero no ellos.»

Segunda. — Porque cuando el mérito no es grande, el destierro se prolonga de forma natural, a causa del odio religioso, y del deseo del que domina de someter a los otros habitantes del mundo a su religión y fe. Han dicho los sabios:[4] «¿Por qué es llamado Sinaí? Porque de allí bajó el odio.» Tanto más cuanto que nuestra religión prohíbe comer y beber con ellos, lo que aproxima los corazones, como dicen los sabios, de bendita memoria:[5] «Grande es la influencia, aproxima a los distanciados», al explicar el pasaje:[6] «Porque tú lo has hecho.»

Tercera. — El homicidio de Jesús el Nazareno. No en vano dijo Moisés:[7] «He aquí que sacrificamos al ídolo de Egipto ante sus ojos ¿y no nos apedrearán?»

Cuarta. — Porque hay tres envidias, que son: la envidia de la religión, la de las mujeres y la de la riqueza. Todas se encuentran en Israel respecto a los demás pueblos. Pues ya habían comenzado, en Sefarad, a fijarse en las naturales del país por el trato frecuente. Algunos se lo habían permitido, afirmando que sólo tenía la pena del castigo corporal; y no ven que los envidiosos podían matarlos, y que en ello hay *karet*,[8] según las palabras de la Tradición. Pero sobre todos los pecados está que, si se preñara, habría engendrado un hijo para el culto idolátrico.

La envidia de la riqueza: porque se introdujeron los judíos en sus oficios y negocios. Pero sobre todos está que, cuando encuentran un hombre que roba o hurta, culpan a todos ellos, según su costumbre, y resulta una profanación del Nombre de los Cielos, pues dicen que no tenemos religión, como escribió R. Mošeh *de* Qoṣṣi,[9] aunque úni-

---

2. Ex. 32, 34.
3. Lam. 5, 7.
4. Šabat 89, 2.
5. Sanedrin 103, 2.
6. Lam. 1, 21.
7. Ex. 8, 22.
8. Pena capital ejecutada directamente por Dios.
9. Uno de los rabinos que participó en la Disputa de París de 1240. Se cree que ya anciano, hacia 1236, viajó a España.

camente se diese esto en medio de nuestro pueblo, bastaría para prolongar nuestro destierro. Se dice en una profecía:[10] «El resto de Israel no hará justicia alguna ni pronunciará ninguna mentira.»

Quinta. — Que se ha habituado el pueblo a jurar en falso. Escribe Ibn Ezra[11] que esto sólo es suficiente para dilatar nuestra proscripción.

Sexta. — La soberbia: se envanecieron algunos de los hijos de nuestro pueblo, y decidieron mandar sobre los gentiles, los habitantes del país, siendo éstos los señores. A consecuencia de la soberbia, en el año de la expulsión, que fue la noche de *kippur*,[12] se entabló una pelea acerca de los asientos en la sinagoga, y cada cual tomó un cirio de los que había ante el *hekal*[13] para pegar a su compañero.

Como éstas, se hayan muchas cosas entre nuestro pueblo. ¡Justo es el Señor!

Dado que tales asuntos quebrantan los ánimos, me ha parecido oportuno introducir aquí uno alegre, y es la magnificencia del Templo y su edificio, tal como lo hallé escrito por Versoris el Grande, cuando se lo solicitó el rey Alfonso el Piadoso. Lo he traducido de la lengua latina a nuestra lengua santa.[14]

§ 64

Escribió el rey a Versoris:[1]

«¡Versoris, inteligente, agudo e insigne consejero! Cuando viniste a mi corte, te llamé padre y, conforme a tu juicio, era conducido mi

---

10. Sof. 3, 13.
11. Abraham ibn Ezra, Comentario a Ex. 20, 7.
12. Día de la Expiación. Véase § 51.
13. Arca donde se guardan los rollos de la Ley.
14. Johannes Versoris, rector de la Universidad de París en 1458 y autor de libros sobre filosofía y ciencias naturales. El relato aludido continúa en el capítulo siguiente.

1. Cfr. § 63, nota 14. El capítulo trata varios asuntos: 1) Invocación judía por la destrucción del reino cristiano. 2) Actividades de los conversos. 3) Descripción del Templo y su ritual. 4) Misión de Šelomoh ibn Verga, el autor, en el rescate de los judíos de Málaga.

pueblo; sin embargo, tú te marchaste sin que me fuese conocido el porqué de tu decisión, pero, si volvieras, te concedería gloria y honor sobre cuantos te precedieron.

»Te sé experto en la ley de los judíos y sus costumbres, y me han contado de ellos tales iniquidades que he decidido castigarlos desterrándolos. Una de las cosas es que dicen diariamente:[2] "Pronto, el imperio de la soberbia arranca de raíz." ¡Ved que imploran la caída de nuestro reino! Además me dicen que tocan un cuerno el día de su festividad,[3] y ello significa que se desplomará nuestro reino como cayó Jericó.

»Aún he de pedirte una cosa más importante, pues he oído que ha llegado a tus manos un escrito de Tito, el santo,[4] en el cual hay dibujado un bosquejo del Templo de Jerusalén, y se narran cuáles fueron los gastos para su construcción. Porque he proyectado edificar un templo en nombre de Jesús el Nazareno, y ¿de quién tomaré consejo si no de las palabras de los antiguos que eran hombres sabios, y mucho más si ese dibujo representa el edificio de Salomón, de quien se dijo:[5] "Fue más sabio que ninguno." Infórmame de todo esto en una carta, en lengua comprensible, y después pide, que te daré lo que desees.»

Respuesta de Versoris:

«¡Rey santo, rey poderoso, exterminador de reinos, humillador de soberbios, ante quien se hincan de rodillas reyes, y cuyos enemigos el polvo muerden! Si me marché de la corte de Vuestra Santidad fue porque vi que algunos más jóvenes que yo pretendían mandar, y los ojos del rey lo veían y no decía nada.

»En cuanto a la pregunta de nuestro señor respecto al asunto de la oración de los judíos, lo que he visto en todos los comentarios es que se dice por Amalec: fue ordenado a los judíos que cuando tuviesen un imperio lo borraran del mundo, y mientras durara la esclavitud no lo olvidaran, pues así dice la Biblia:[6] "Bajo el cielo no te olvides."

---

2. En la bendición llamada *Berakat ha-minim.*
3. La fiesta de Año Nuevo (septiembre/octubre).
4. El emperador romano. Flavio Josefo quiso ver en él la reencarnación del mesías. *Guerras judías.*
5. I Re. 5, 11.
6. Deut. 25, 19.

Fue llamado «imperio de soberbia» porque con soberbia se dirigió contra los judíos cuando salieron de Egipto y no reconoció los milagros que había hecho Dios, habiéndolos reconocido ya el obstinado Faraón al decir:[7] "¡El Señor es inocente!", llegando a rechazar lo evidente; por esto se irritó mucho Dios contra él, y se dice en el libro de la Biblia:[8] "El Señor está en guerra con Amalec." La razón así lo enseña pues ¿cómo suplicarán el exterminio del reino de mi señor cuando ellos, tres veces por semana, sacan el Libro de la Ley y rezan por ti para que vivas y se engrandezca tu trono? En la noche terrible que ellos tienen, que llaman de *kippurim*, sacan todos los libros de la Ley que hay en el *hekal* e imploran por la salud del monarca; del mismo modo en la vigilia[9] recitan en un memorándum: "Concede paz al reino." ¿Cómo se van a contradecir a sí mismos en su oración? Esto está muy claro.

»En cuanto al asunto de tocar el sofar, sus autores escriben que es señal de que es un día de juicio, tocan diciendo: "¡Despertad los que dormís!" e imploran en recuerdo de la "atadura", esto es, el sacrificio de Isaac. Mas el motivo principal es que en aquel día fue abolida su esclavitud en Egipto y salieron como hombres libres; y era costumbre de los judíos tocar el sofar cuando se manumitían los esclavos.[10] ¡Ojalá todos los asuntos de los judíos fueran como éstos!

»Por eso, tenga cuidado nuestro señor, pues todavía no he visto a nadie que buscara perder a este pueblo que no haya caído; no porque posean la verdad, sino porque Dios escucha a los necesitados.

»He oído que es intención de nuestro señor obligarles a abandonar la Ley. Eso estaría bien si fuese posible. Pero nuestro señor sabe que los conversos sirven más a su primitiva Ley después de la conversión que antes de ella. Escuché que un converso, cuando iba a nuestra casa de oración y elevaban el cuerpo de nuestro Salvador, se golpeaba el corazón, diciendo: "¡Ay de aquel que esto ve! ¡Ay de quien lo cree!" En la ciudad de Sevilla[11] dijo un inquisidor al gober-

---

7. Ex. 9, 27.
8. Ex. 17, 16.
9. *Ašmorot*. Vigilia de la noche.
10. El día de *kippur* del año jubilar se hacía sonar el sofar y se liberaba a los esclavos.
11. Cfr. § 62.

nador: "Si quiere, nuestro señor, saber cómo guardan el sábado los conversos, vayamos y subamos a la torre." Subieron a ella y le dijo: "Alza, por favor, tus ojos y mira: la casa de fulano es la casa de un converso, la de mengano es de otro y así, muchas; no verás que, a pesar de todo el rigor del invierno, de ninguna de ellas salga humo; ello es porque no han encendido fuego por ser sábado."

»También es sabido entre nosotros que había un converso en Sefarad que solía comer todo el año pan sin levadura a fin de poder comerlo así en *Pesaḥ*,[12] sin que lo persiguieran. Decía que su *estómago*[13] no soportaba el fermento.

»El día de la fiesta en que tocan el sofar[14] marchan al campo y, entre montes y valles, tocan para que no se oiga el sonido fuera. También tienen a un hombre determinado que degüella, quita el sebo y se lo lleva a sus casas.[15] Hay entre ellos algunos que se hacen circuncidar en secreto; hubo quien se circuncidó a sí mismo, pues no confiaba en nadie, por temor a que se descubriera el hecho. Hay quien lleva el libro de la Ley de Moisés dentro de un saco de pimienta, e igualmente ocurre con sus preceptos.

»¿De qué les servirá a nuestro señor, rey nuestro, que, cuando se derrame sobre los judíos las aguas santas, se llamen con nuestros nombres, Pedro o Pablo? Ellos observan su Ley como Aqiba y Tarfón.[16]

»Sólo servirá su cristianización para que se ensoberbezcan sobre los verdaderos cristianos, no teman, porque ya pasan en apariencia por cristianos; los impuestos reales que solían dar cuando eran judíos, no entregarán. Comprenda, nuestro señor, y no hay duda en ello, que el judaísmo es una de las enfermedades que no tienen cura.

»Respecto a la segunda pregunta, éste es mi consejo ¡oh poder y gloria de los cristianos!: Que no se te ocurra imitar o tomar por modelo lo que hizo Salomón ni aún al segundo edificio, pues incluso Salomón, que sobrepasó en ciencia y riqueza a todos los orientales, no habría podido edificar aquel templo, si no es con el auxilio de los cielos. Mas, para que no diga nuestro señor que me evado y busco sub-

---

12. Pascua o fiesta de los ácimos.
13. *Eṣṭomaka'*.
14. *Roš ha-šanah* (Año Nuevo).
15. Las reses sacrificadas según el ritual judío.
16. Tannaítas del período de Yavne.

terfugios para no cumplir su mandato, he aquí lo que está en mi mano, lo que ha dicho nuestro señor que me llegó escrito de Tito. Lo busqué en Roma, pues siento una gran pasión por conocer las cosas antiguas, pero sólo encontré este documento de Marcus, *cónsul romano*[17] nombrado juez de los judíos en Jerusalén, que lo realizó a petición de los romanos que deseaban construir un templo según aquel plano. Éstos son sus términos:[18]

»Pueblo afortunado desde tiempo antiguo, pueblo dominador hasta los confines de la tierra, sabios senadores de la santa y gran ciudad de Roma, vuestra grandeza ha pedido una cosa que no está en mi mano, ya que un hombre sólo puede describir con fidelidad lo que han visto sus ojos, y los judíos no permiten entrar dentro del Santuario, por ser contrario a su Ley. Allí solamente hay un atrio al que entran los cristianos; por eso, desde allí para adentro no tengo otro conocimiento sino lo que me han dicho los sacerdotes y ministros, y lo que vi desde fuera, hasta el lugar que mis ojos alcanzaron.

»Al fin de exponer las cosas, las dividiré en sus partes convenientes:

»La primera: material del Templo.
»La segunda: lugar del Templo.
»La tercera: constructores del Templo.
»La cuarta: gastos del Templo.
»La quinta: medidas del Templo.
»La sexta: edificios del Templo.
»La séptima: entradas del Templo.
»La octava: utensilios del Templo.
»La novena: ministros del Templo.
»La décima: la santidad del culto.

»Primera: Los materiales del Templo eran diez, a saber: piedras, cedros, cipreses, *almugim*, oro, plata, gemas, hierro, cobre y estaño.

»Estos *almugim*[19] son, según lo que he oído en Roma, unos árboles rojos con la apariencia del *almug*, el llamado *coral*.[20] Pero afir-

17. *Qonṣul roma'no.*
18. *Yosippon*, cap. 55. Cfr. II Cr. 2.
19. II Cr. 2, 7.
20. *Qoral.*

man esto porque no han visto nunca un árbol de *almug*, sino solamente trozos pequeños como un dedo o todo lo más, como una mano. Sin embargo, aquí he oído de los sacerdotes que hay verdaderos *almugim*. Pregunté: "¿Qué hicieron con ellos?"; respondieron que habían fabricado las vigas del Santuario y del Sancta Sanctorum.[21] Me asombré mucho de cómo habían encontrado *almug* de tal tamaño; me manifestaron que por la sabiduría de Salomón, el cual conocía los órdenes de la creación y dónde se hallaban, y supo, en su sabiduría, que existía en el mar un Líbano de árboles, quiero decir, de árboles *almugim*, como hay en la tierra un Líbano de cedros. De allí trató de sacarlos mediante un procedimiento que él había encontrado, según su sabiduría. Contaron la forma de extraerlos, que era la siguiente: llevaban una gran nave llena de arena, para que fuese muy pesada, e iba un hombre que supiese nadar y bucear en el mar, se sumergía y ataba una cuerda al árbol de *coral* y el otro extremo al mástil de la nave. Después arrojaban la arena, y al par que el buque se elevaba y emergía, se venía el árbol y era arrancado.

»Pregunté: "¿Cómo no se ve en nuestro tiempo un *coral* de ese tamaño?" Contestaron que aquel mar estaba lejos de la tierra habitada y no hay fuerza para que sean traídos de él, sino tan sólo algunas ramas que son esos trozos vistos por nosotros. También me dijeron que de aquellos *almugim* solían fabricar instrumentos musicales y los estimaban más que el oro, pues su rojo era muchísimo más fuerte que el del que nos traen, que se altera con los cambios climáticos y los aires.

»Después diremos para qué eran empleadas las piedras preciosas.[22]

»El cobre y estaño se usaban para algunos vasos y en objetos fútiles; y el hierro, para clavos.[23]

»Las piedras;[24] me indicaron que en la construcción de Salomón cada piedra era de ocho codos de longitud, y muchas de diez codos. Afirmaron que este edificio, que poseen al presente, es el de Herodes, pues el que habían construido los hombres de Babel[25] con permiso de

---

21. I Re. 10, 12.
22. Al comienzo de la descripción de los materiales del Templo emplea el término *margalyot*.
23. I Cr. 22, 3.
24. I Re. 7, 6.
25. Los exiliados que volvieron del destierro de Babilonia.

Ciro, el rey, como eran pobres, no lo edificaron ornamentado y rico; hasta que llegó el gran rey llamado Herodes, derribó aquel edificio, construyendo otro que en algunas cosas era más hermoso y rico que el de Salomón porque, con su inmensa riqueza, envió a las islas a buscar y explorar, y le trajeron mármol puro, blanco como la nieve y de una medida asombrosa, ya que se hallaron piedras de veinticinco codos de largo, doce de ancho y ocho de altura. Una única medida para todas las piedras desde la base del edificio hasta su cima. Siendo asombroso cómo fueron subidas a la altura de cien codos piedras tan pesadas como aquéllas. También encontró en el mar piedras diferentes entre sí por su color,[26] semejantes a las olas del mar, como jamás se habían visto.

»Segunda: el lugar del Templo.

»El Templo estaba en una colina de elevada pendiente. No fue construido en una llanura porque aquel monte era tenido como sagrado desde tiempos remotos. Dicen los judíos que allí, en la cima de esa colina, se halla la piedra fundamental,[27] de la que fue fundado el mundo y que es su centro; que es el lugar donde fue creado el primer hombre, y el sitio en que construyó un altar y ofreció sacrificio, y también allí ofreció su hijo Abel un sacrificio.[28] En aquella colina descendió Noé del arca, y allí dio gracias por las misericordias de Dios, porque lo había salvado de las aguas del diluvio y de los animales depredadores que habían permanecido con él en el arca. Allí subió el patriarca Abraham a sacrificar a su hijo Isaac sobre el altar.

»Éste es el llamado en hebreo *har ha-moriyah*,[29] cuyo nombre expresa que Dios mostró este lugar y fue santificada la colina por la boca de Dios.

»Dijéronme, además, los sacerdotes que aquella colina estaba llena de yerbas olorosas, como incienso y mirra, y esto significa la palabra *moriyah* para los hebreos.[30] Y cuando se reúnen los judíos para mar-

26. Baba Batra 4.
27. Yoma 54; Pirke R. Eliezar, cap. 12, 20 y 35; Gén. Rabah 16, 5; 34, 9.
28. Gén. Rabah 34, 9.
29. El monte Moriah.
30. Mirra es *mor*.

char al Santuario, no dicen[31] "¡Vamos al Santuario!", sino "¡Vamos al monte Moriah!".

»Éste fue el lugar en que Jacob, el patriarca, vio a los tres ángeles que bajaban y subían, y es el sitio del que nuestros exégetas declaran, en Roma, que vio el linaje de Esaú, nuestro padre, subir pero no bajar de nuevo; donde la profecía y la inspiración descienden de los cielos a los profetas; el monte por el cual las almas puras e inocentes suben a su descanso en el Paraíso y el sitio donde Dios escucha la oración de toda boca. Así recibieron, por tradición, los judíos que al extranjero que llega de las lejanas islas, aunque no tenga ninguna religión, si suplica en este lugar, Dios oye su súplica y le responde.

»Nosotros, los cristianos, tenemos de boca de David, el profeta, que allí nació Jesús, como manifiesta la Biblia:[32] "La vara de tu poder enviará el Señor desde Sión, del útero del alba", y allí le sentó su padre a su diestra, pues afirma:[33] "Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha." Pues él venía a redimir el pecado del primer hombre que había sido creado en aquel lugar, por esto nació allí el Redentor.

»Tercera: los constructores del Templo.

»Me dijeron los sacerdotes que en la construcción de Salomón se habían reunido cinco naciones, eran: los tirios, los sidonios, los gabalenos, los agarenos y los judíos.[34]

»Los tirios y los sidonios eran peritos muy hábiles en labrar las piedras y la madera, y conocedores de la escultura de las piedras grandes, que es una ciencia extraordinaria.

»Los gabalenos eran muy diestros en tallar figuras en madera y piedra, tan delicadas como las que hace el orfebre en oro o plata. En estos reinos hay aún hoy, entre los hebreos de Persia y Media, quienes tallan en madera y piedra filigranas para las ventanas de los reyes, como si hubieran sido hechas en oro o plata.

»Los agarenos estaban para acarrear las piedras y las maderas al lugar deseado, y para todo trabajo de carga, así como para talar los árboles del bosque del Líbano, que está cerca de Jerusalén. Eran cien-

31. Cant. 4, 6.
32. Sal. 110, 2.
33. Sal. 3.
34. I Re. 5, 32.

to cincuenta mil, según el cálculo notificado por ellos a los judíos y divulgado entre éstos. Sin embargo, no tocaban al edificio, porque se sospecha que tal vez permanecieran secretamente en la primitiva creencia.

»Los constructores de Israel eran treinta mil, y sus capataces, que estaban siempre sobre el trabajo, eran tres mil trescientos. De manera que en total, en aquella construcción, había ciento ochenta mil trescientos hombres. No se ha oído cosa igual en ninguna otra construcción jamás, como sabéis y habéis leído en los Anales de Roma y su antigüedad.

»Cuarta: los gastos del Templo.

»El tiempo que duró la edificación Salomón proporcionó alimento y manutención a todos los trabajadores y constructores, y durante todo el período de la construcción mantuvo a la casa del rey de Tiro[35] y a sus siervos, que era un gasto sin fin, porque ellos cortaban los árboles y los traían por mar a la frontera del país de Israel.[36]

»También aquellos varones fidedignos me contaron y mostraron escrito en sus libros[37] que el rey David, cuando pensaba que él había de construir aquel Templo, preparó cien mil talentos de oro, un millón de talentos de plata, y de cobre y hierro, un sinnúmero; aparte de esto, dispuso tres mil talentos de oro puro y siete mil de plata depurada. Los príncipes judíos y los prefectos hicieron un donativo de cinco mil talentos de oro y diez mil de plata.

»Me dijeron los grandes sacerdotes que todo el oro que se había gastado en el Santuario había sido purificado en un crisol durante largo tiempo,[38] hasta que de cien talentos salía uno depurado; pues no existe cosa alguna que no participe de los cuatro elementos, y ellos deseaban extraer del oro toda la parte de tierra que hay en él, hasta que quedaran los elementos fuego y agua solamente, hasta que brillara como el sol y la luna. Ingresaron en el *hekal*[39] y el Santuario un millón de florines[40] de oro. Había piedras preciosas, pues el muro que

---

35. I Re. 5, 25.
36. I Re. 23; II Cr. 2, 15.
37. I Cr. 22, 16; 29, 4, 7.
38. Minhot 29. Midbar Rabah 12, 4.
39. En este capítulo es una de las salas del Templo. Cfr. § 42, nota 8.
40. Según Soḥet, p. 213, hay que entenderlo como moneda de la época del autor.

hay entre el Santuario y el Sancta Sanctorum, hasta veinte codos, está cubierto de oro, diez codos hacia arriba había un enrejado de oro y entre cada agujero de la reja estaba todo él incrustado de piedras preciosas como zafiros y rubíes, tanto que es incalculable el valor de estos diez codos. ¿Por qué aquel lugar fue construido con una reja? Para que penetrara el incienso en el recinto del Arca.

»Mostráronme asimismo en un escrito[41] que, del donativo que había hecho David, Salomón no gastó nada porque vio que Dios había dicho a aquél:[42] "Tú no construirás el Templo", y dijo Salomón: "Si yo lo edifico con su dinero, será como si él lo construyera." Ingresó todo el donativo de su padre en los tesoros del Santuario y edificó con su fortuna. No hay que extrañarse de cómo poseía toda esta riqueza, pues todos los años le traían seiscientos sesenta talentos de oro, aparte del censo y el tributo.

»Quinta: las medidas del Templo.

»Este monte, que hemos dicho que es el monte Moriah, era cuadrado, de quinientos codos por quinientos, y estaba rodeado de una alta muralla. Así está hoy.

»Todo el terreno está hueco y construido como en bóveda porque, si hubiese allí algún cadáver, contaminaría, dado que los judíos habían recibido por tradición que, si hay una tienda sobre el muerto, éste no contamina a lo que hay encima. Ésta es una de las sutilezas de los judíos.

»Frente de esa muralla hay una pared pequeña de diez palmos, hecha de maderas entrelazadas, dispuestas a manera de red como hay en las ventanas principescas. Frente a esta pared se halla un sitio llamado baluarte,[43] de diez codos de altura. Frente al baluarte está el atrio de las mujeres, pues desde allí se sube al atrio de las mujeres por diez escalones; éste es de ciento treinta y cinco codos cuadrados, y desde él se accede al gran atrio, esto es, el atrio de los israelitas y los sacerdotes, el cual tiene ciento ochenta y siete codos de largo por ciento treinta y cinco de ancho.

»Cuatro muros rodean el Santuario antes de llegar al santo *hekal*,

41. Comentario de Abravanel a I Re. 7, 51.
42. II Cr. 6, 9.
43. *Ḥel*, «fortificación».

y entre los muros, lo circundan espacios abiertos por sus tres lados: norte, sur y oeste, y se vuelven al oriente. Todos aquellos espacios abiertos se llaman "atrio" porque todos son para el servicio del Sagrado Templo.

»Las medidas del Sancta Sanctorum son veinte codos cuadrados de largo por veinte de ancho. El *hekal* que hay delante, frente a su altar, tiene veinte codos de ancho y cuarenta de largo. El pórtico[44] tiene veinte codos de longitud, a lo ancho del Templo, y veinte de ancho. Encontramos que la longitud del Santuario, del *hekal* y del pórtico es de setenta codos.

»Me dijeron que el *hekal*, el Santuario y el Sancta Sanctorum que construyeron Salomón y Herodes, tenían ciento veinte codos de altura, mientras que el edificio de los desterrados[45] no tenía más que cien. La altura del *hekal* y del Santuario tan sólo era de treinta codos, sin embargo, había sobre ellos dos pisos, correspondientes al mundo de las esferas y al mundo de los ángeles, pues se dice que todos los objetos del Templo eran representaciones de los mundos de lo alto.

»Del atrio de los israelitas hasta el de los sacerdotes se sube por quince escalones. Allí hay un lugar llamado entre los hebreos *dukan*,[46] donde los levitas cantan y tocan durante el sacrificio.

»Al final del atrio de los sacerdotes, delante del pórtico, estaba el *mizbaḥ*,[47] por detrás de él se sube, por doce escalones, al *hekal*. El *hekal*, el Santuario y su pórtico están en lo alto del monte, en una superficie completamente llana.

»Sexto: las edificaciones del Templo.

»En el atrio de las mujeres hay cuatro edificios, todos ellos empleados en el servicio del Santuario. Además, al lado de ese atrio, había un edificio grande llamado en la lengua de los talmudistas *bet moqed*,[48] explicándose esto porque allí hay siempre una gran pira, con dos finalidades, una era sacar de ella el fuego que se pone sobre el altar. Cuando me contaron aquello, dije a los sacerdotes: "Si esto es así, es falso lo que vosotros afirmáis de que el fuego baja de los cie-

---

44. *Ulam*.
45. Véase nota 25.
46. Tribuna.
47. Altar de los sacrificios.
48. Arameo. «Casa del fuego». Midot 1, 7.

los." Me replicaron: "Aun cuando el fuego descienda de los cielos, está mandado por nuestro Creador traer del profano, para que no haya servicio alguno en el que no tomemos parte."[49] Así me dijeron. Objeté que eran presunciones judías, increíbles. Me contestaron: "¡Ni hoy ni nunca!" Pensé levantarme contra ellos, si no hubiera temido que dijeseis que había hecho una cosa que no era vuestro deseo. La segunda utilidad del edificio era para los sacerdotes; porque solían andar descalzos por el pavimento de losas de mármol, hasta el punto de que muchos morían de los enfriamientos.

»En los ángulos del edificio hay cuatro cuartos que también eran para el servicio del Santuario. En esta habitación hay un lugar en el suelo y una *tabla*[50] de mármol con una cadena; en aquella cavidad estaban las llaves del Santuario. Un sacerdote duerme sobre la *tabla* para custodiar las llaves. Por la mañana va allí el inspector para abrir las puertas, y le son entregadas las llaves.

»En el atrio de Israel hay ocho edificios, todos ellos para el culto del Santuario y sus servicios, pues eran muchos. Existe uno llamado *liškat ha-gazit*[51] (quien no había visto aquella construcción, decían, no había visto jamás construcción tan magnífica). El motivo de que allí se edificara esto fue porque estaba destinada a juzgar a los sacerdotes. Contaron que todo sacerdote al que se hallaba un pecado, reconocido por una sentencia del Sanhedrin, tenía que vestir de negro y le excluían de la comunidad de los sacerdotes, se marchaba a su casa y estaba de duelo; pero, si no se le hallaba pecado, hacía un día de fiesta a sus amigos y exclamaba: "¡Bendito sea el que eligió al linaje de Aarón para servir en el Santo de los Santos!"

»También en aquel lugar hay una casa, que es la del Sumo Sacerdote, donde estaba siete días antes de que llegase el día terrible, el llamado entre ellos *Yom kippur*, el día establecido en particular para el Sumo Sacerdote, llamado entre nosotros *sacerdote mayor*.[52] Allí era instruido ese sacerdote en todos los órdenes del servicio de aquel día, por los Sumos Sacerdotes que le precedieron. Aquello fue durante el

---

49. Yoma 21.
50. *Ṭabla'*.
51. «Cámara de *gazit*». El *gazit* era un gusano que, según la tradición, labró las piedras del Templo.
52. *Sa'nsordete mayor*.

segundo Templo, en que fueron nombrados Sumos Sacerdotes por medio de dinero. Esto tenía, incluso, la ventaja de que estaba separado de su mujer aquellos días. Además hay allí un edificio, del que se lleva agua de una gran cisterna a todos los atrios y sitios que la necesitaban para efectuar alguna purificación. También hay otro para el sacerdote que reviste, el cual viste a todos los sacerdotes para el momento del servicio, poniendo a cada uno las cuatro clases de vestiduras que les están prescritas. Saca de las alacenas del cuarto las ropas; cada una de las alacenas que hay en las paredes tiene escrito encima —es decir, sobre la alacena— el nombre de cada vestidura, para que no se equivoque ni se confunda en el momento de necesitarlas.

»Aún hay otros muchos edificios en los espacios abiertos, todos ellos para los servicios del Santuario, e igualmente en lo alto de todas las gradas hay unas despensas que continúan bajo el suelo y se llamaban despensas de la casa de Dios. En aquellos espacios abiertos, que hemos mencionado, hay treinta y ocho edificios alrededor, tres cuerpos uno sobre otro; quince al norte, quince al sur, y quince al oeste.[53] Esta construcción de madera de ciprés es un edificio extraordinariamente magnífico. No está apoyado en los muros del Templo, para que no se sirvan de él y no vean el interior; y aun las ventanas estaban más altas que las casas para que no miren. Asimismo las ventanas han sido hechas en pendiente y oblicuas, a fin de que por ningún lado pudiesen ver el interior.

»Además, en las murallas, por fuera, hay veintiún lugares, donde los levitas vigilan por las noches, no porque sea necesaria la vigilancia, sino para ostentar su dignidad. Hay tres puestos interiores, desde donde los sacerdotes vigilan. También velan estos centinelas para que en el interior no cometan los sacerdotes ninguna transgresión, y manchen e impurifiquen el Templo. De aquí se deduce una enseñanza para nosotros, los cristianos, que en la noche consagrada a la muerte de nuestro Salvador, los individuos cometen en nuestras iglesias tantos crímenes e infamias.

»El rey Herodes, que hemos citado, añadió un edificio sobremanera magnífico, pues construyó cuatro pórticos en los cuatro costados del Templo; la longitud de cada pórtico era de doscientos cincuenta

53. Cantera, p. 15, con Wiener, resalta que no son treinta y ocho, sino cuarenta y cinco. En Midot 4, 3, en lugar de «quince al oeste» dice «ocho al oeste».

codos, cien de anchura y ciento veinte de altura, como la extensión del Templo. Edificó una arcada sobre un torrente, el torrente Cedrón,[54] y sobre los arcos puso águilas y leones, y encima de ella, la construcción de los pórticos. El pórtico que se extendía hasta el arroyo Cedrón, con tres tejados; quien estaba de pie sobre la cima del tejado no veía el torrente Cedrón, a causa de su altura. Estos pórticos rodeaban al Santuario por sus cuatro costados; hizo este edificio para los del pueblo, que subían a Jerusalén a las tres peregrinaciones,[55] para que descansaran allí y se deleitaran.

»Todos los edificios de los atrios los habían construido, primero, de una obra de piedras; sobre las piedras alfajías ensambladas unas con otras y sobre las maderas otras alfajías de plata, en las cuales se emplearon siete mil quintales de plata; sobre la plata estaban dibujados toda clase de árboles y flores que hay en el mundo, y muchas especies de animales y aves puras.

»En el *hekal* y el Santuario se emplearon tres mil quintales de oro. En el Santuario y en el Sancta Sanctorum, primero, hay un muro de piedra y sobre él otro de cedros, y del mismo modo, sobre el tejado y el suelo una placa de cipreses, porque éstos son más fuertes y no se pudren tan pronto. Encima tienen oro, y en el oro, grabadas figuras de ángeles y, entre ángel y ángel, palmeras —todas las figuras están grabadas en el oro porque no pueden, según su Ley, realizar ninguna figura en relieve, salvo los querubines—; alrededor de los ángeles y las palmeras hay figuras de flores y capullos que crecen en el campo, la forma de éstos es la del momento en que brotan en el campo.

»Séptimo: las puertas del Templo.[56]

»El monte del Templo tiene cinco puertas. Las murallas del atrio, siete: tres al noroeste, tres al sur y una al oriente, dispuesta frente al Sancta Sanctorum.

»Cada entrada es de diez codos de longitud y veinte de altura, y todas las hojas de madera de cipreses y cubiertas de oro, con los más perfectos y delicados dibujos. Esto lo he visto con mis propios ojos, excepto la puerta de oriente que estaba cubierta de cobre bruñido,

---

54. Torrente que circunda parte de la ciudadela de Jerusalén, junto al valle de Josafat.

55. Tabernáculos, Pascua y Primicias.

56. Midot 1, 3-4.

muy brillante y dorado; la razón del cobre bruñido es que aquel cobre es más apreciado que el oro, por su dorado. Los judíos dicen que ésta es llamada "Puerta de Nicanor"[57] porque un judío llamado Nicanor fue el que las fabricó en Alejandría de Egipto. Al volver de allí, se encontraba el mar cada vez más agitado, y arrojaron una puerta al mar para aligerar, como el mar no se apaciguara, quisieron arrojar la otra, pero se levantó Nicanor, que había trabajado en ellas, y, apoyándose en la puerta, exclamó: "¡Si arrojáis la puerta, echadme a mí también con ella!", y en seguida el mar se calmó de su agitación. El judío estaba muy preocupado por la primera puerta, mas cuando arribaron al puerto, la encontró en la orilla del mar, pues por él se había producido un milagro. Por eso fue llamada esa puerta "Puerta de Nicanor". Tal vez son cosas judías.

»La entrada del pórtico tenía cuarenta codos de altura, y en la entrada del *hekal* hay un postigo que no ha sido abierto jamás.[58] Me dijeron que por allí entraría el Dios de los cielos, y yo les dije: "¡Oh necios, huís de nuestro Salvador porque era cuerpo, y atribuís a vuestro Dios cuerpo, puesto que rodea este Templo!" Contestaron ellos: "Su entrada no es como cuando penetra el sol en el Templo, pues decimos que entra el sol, pero es sólo su luz."

»Aún me declararon que había otras muchas entradas pequeñas, que se debía a que quieren dar gloria a cada culto, penetrando a cada uno por una entrada diferente: por el lugar donde se introducen las víctimas, no se introduce el agua para asperjar, y así para cada servicio en particular.

»Hay una puerta especial para el excomulgado y para el enlutado; allí se sentaban muchos sacerdotes que lo consolaban, diciendo: "Aquel que fijó su Nombre en este gran y santo Templo te consuele." Esta puerta tenía las hojas de jaspe negro.

»Otra específica para los desposados, y sus hojas son de vidrio blanco. Allí los sacerdotes ruegan, cuando entraba alguien, que Dios le conceda hijos que sirvieran al Señor.

»También me dijeron que en la puerta del oriente estaba representada Susa,[59] la capital, porque cuando partieron los judíos de Susa

57. Yoma 38.

58. Midot 4, 2.

59. Midot 1, 3. Capital de Persia en la época del destierro de los judíos a Babilonia.

para construir el Santuario, ordenó el rey que hiciesen la figura de su país en una de las puertas, a fin de que recordaran el lugar en que habían vivido, temieran al rey persa y no se rebelasen.

»Octavo: los utensilios del Templo.

»En el atrio de las mujeres no hay ningún utensilio,[60] excepto en las fiestas de los judíos y sus asambleas, en que colocan allí grandes candelabros de oro, al pie de cada candelabro hay una gran taza de oro, donde echan los sacerdotes sus cinturones viejos y encienden con ellos fuego, formándose grandes fogatas, de manera que todo Jerusalén parece una sola hoguera.

»En el atrio de los sacerdotes está el altar de los holocaustos, y diez mesas de mármol lo rodean. Hubieran podido hacerlas de oro, pero me dijeron que la razón de que no las hicieran así fue porque el oro calienta y descompone la carne y el mármol no. Sobre aquellas mesas se colocan las entrañas y los sebos.

»En ese mismo atrio se halla el mar que hizo Salomón,[61] cuya altura es de cinco codos y de treinta de circunferencia. El mar se apoya en doce toros: tres a la parte del norte, tres al sur, tres al este y tres al oeste. Todo él está decorado con flores y capullos. El agua llega por debajo de los pies del toro, desde la fuente al mar, del mar va a las bocas de los toros y sale. Los sacerdotes se lavan allí las manos, y también lo necesario para el servicio. Allí estaba la jofaina que hizo Moisés, la paz sea sobre él; diez jofainas de oro que hizo Salomón la rodean en su honor.

»En el pórtico, cerca de la entrada del *hekal*, hizo el rey Herodes una cosa maravillosa:[62] era una vid apoyada sobre columnas de jaspe, cuyas bases eran de plata. El peso de la vid era de mil quintales de oro, y sus granos y pepitas eran zafiros y rubíes; esto para demostrar la grandeza de la nación judía, que lo que tiene en el interior es más valioso que lo exterior, aunque suele hacerse al contrario. Todo judío que regalaba un grano o un racimo de oro, lo colgaba allí.

»En la entrada del *hekal* suspendió una espada de oro, en la que estaba escrito: "El extranjero que se acerque, muera."

---

60. Sukah 5, 2.
61. I Re. 7, 23-25.
62. *Yosippon* 58.

»Cerca de la entrada del *hekal*[63] están las dos columnas que hizo Salomón; eran columnas de cobre, la primera en recuerdo de su antepasado Boaz,[64] y así se llamaba la primera columna, y la segunda en memoria de David que preparó la construcción del Templo, pero no lo edificó, y por esto fue llamada Yakín. Dijeron los sacerdotes que las había fabricado de cobre porque aquel cobre no era como el nuestro; pues él halló una mina de cobre cuyo resplandor tiraba al rojo y era extremadamente hermoso. La altura de cada columna es de treinta codos y en sus extremos hay dos capiteles,[65] cada uno de tres codos de alto. Sobre él hay una especie de red sumamente delicada, y colgadas cien granadas. También salen de los capiteles unas especies de palmas que suben hasta la viga, según lo que me contaron los sacerdotes —yo no he visto nada de esto—. Me dijeron que los capiteles son incomparables por su forma y finura, afirmando que eran dos porque representaban a los hombres que son perfectos en sus obras y en sus ideas, y que todos los judíos que estuvieron en el Sinaí recibieron aquellas dos coronas.[66] Yo no las he visto.

»En la entrada del *hekal* hay dos mesas: una de mármol y otra de oro. La de mármol destinada a refrescar el pan al ser introducido para ponerlo en la mesa de Moisés, nuestro maestro, que está en el *hekal*; está frente a la entrada. La de oro, ante la salida, pues después de ponerlo en la mesa de Moisés, que es de oro, y habiendo conseguido un grado más elevado, si lo ponen en la de mármol a la salida, lo despojarían de su santidad.

»Dentro del *hekal* está el altar del incienso y la mesa que fabricó Moisés, así como diez mesas que Salomón hizo para realzar y honrar a la de Moisés, e igualmente diez candelabros a la derecha e izquierda de la *menorah*,[67] para honrar al de Moisés; pero no los encienden.

»En el Sancta Sanctorum está el Arca, la vara de Aarón, siempre florecida, el aceite de unción, el cesto del maná y los querubines sobre el Arca. Los cuerpos de los querubines sobresalían por la fachada del Templo; sus alas salían de una raíz y llegaban a los muros del Templo.

---

63. *Yosippon* 58. Núm. 1, 51.
64. I Re. 8.
65. «Coronas».
66. Sabat 8.
67. Candelabro de los siete brazos.

Los querubines que hizo Salomón están encima de los de Moisés.[68]

»Trece cortinas se necesitan para las entradas de las puertas. Cada cortina tiene veinte codos de altura y diez de ancho, como la medida del hueco de la entrada. También en las gradas del Santuario hay cortinas, cada una de seda, bordada y azul. En el segundo Templo, entre el Santuario y el Sancta Sanctorum, no había un muro, sino dos cortinas, con un espacio de un codo entre ambas. Cada cortina fue tejida por jóvenes que no habían experimentado aún la menstruación, y labrada con ochenta canillas. Estas cortinas, por su grandeza y magnificencia, sólo se usaban un año, después las guardaban con sus tesoros. Fabricaban dos cada año, y en sus fiestas y asambleas adornaban con ellas los muros del atrio, para alegría de la casa de donde sacaban agua.

»Noveno: los ministros del Templo.

»Entre los cantores y los tañedores eran veinticuatro mil, según me mostraron los sacerdotes en el Libro de las Crónicas.[69]

»Los porteros eran cuatro mil, distribuidos para las guardias. Y los que tocaban las trompetas eran ciento veinte.

»Décimo: el culto del Templo.

»Acerca de esto no quisieron aquellos execrables judíos contarme nada, porque dijeron que era contrario a su Ley mostrar su culto a los pueblos. Solamente me manifestaron dos cosas, y algunas las he visto yo con mis propios ojos y me alegré mucho.

Una: el sacrificio que ellos suelen hacer en su fiesta, llamada en lengua hebrea *Pesaḥ*, que es considerada la mayor de todas. La segunda: la entrada del Sumo Sacerdote, llamado entre nosotros *sacerdote mayor*,[70] en el día que consideran el más importante de todos los días del año para la santidad, purificación y honra del alma.[71]

»El asunto del sacrificio de *Pesaḥ*, según la parte de él que yo he visto y lo que de su totalidad me indicaron, es del modo siguiente: Cuando llega el principio del mes llamado entre ellos Nisan,[72] cuan-

---

68. Yoma 54.
69. I Cr. 23, 4-5.
70. *Sansirdote mayor.*
71. El día de la Expiación o *Yom Kippur.*
72. Marzo/abril.

do lo indican el rey y los jueces, parten correos y mensajeros para todos los alrededores de Jerusalén, dirigiéndose a todo el que posee un rebaño de ovejas o algunos toros, para que se apresure a traer el rebaño, a fin de que los que peregrinan a la fiesta hallen bastantes reses para sus sacrificios y para el consumo —porque el pueblo es muy numeroso—, y a todo aquel que no llega en el tiempo establecido, le confiscan sus bienes para la santidad del Templo. Entonces se apresuran a ir todos los pastores y, por un arroyo próximo a Jerusalén, pasan el rebaño para que se lave y purifique de toda suciedad. Dicen que por esto dijo Salomón:[73] "Los que suben del baño." Cuando llegan a los montes que hay en torno a Jerusalén, son tantos que no se ve la yerba, pues toda ella se ha vuelto alba de la blancura de la lana.

»Al llegar al décimo día, pues el día catorce del mes celebran aquel sacrificio, salen todos a comprar la ofrenda, llamada entre ellos *Pesaḥ*. Tienen dispuesto los judíos que, cuando salgan a este servicio, nadie diga a su prójimo: "¡Vete más allá!" o "¡Déjame pasar!", aunque fueran los últimos Salomón o David, sus reyes. Pregunté a los sacerdotes por qué no se emplea en esto el protocolo, y me respondieron que es para demostrar que no existen clases delante del Lugar, cuando se prepara su servicio, menos en el servicio mismo: en esas horas todos son iguales ante el Bien.

»Al llegar el día catorce del mes, suben a la torre más alta que existe en el Santuario, a la que llaman los hebreos *lul*[74] —cuyo escabel está hecho como nuestros *campanarios*[75]— con tres trompetas de plata en sus manos, tocan, y, después de tocar, pregonan, diciendo: "¡Pueblo del Señor, escucha! Ha llegado el tiempo de sacrificar la ofrenda de *Pesaḥ* en el nombre de Aquel que fijó el trono en este magno y santo Templo." Al oír el pueblo la llamada, se visten ropas de fiesta, pues desde el mediodía en adelante es día festivo para todos los judíos, por cuanto es el tiempo del sacrificio.[76]

»A la entrada del atrio grande, fuera, se hallan los levitas, con las hachas de plata en sus manos, y doce, dentro, con hachas de oro. Los

---

73. Cant. 4, 2.
74. Escalera en espiral.
75. *Qa'npana'rio.*
76. Pesaḥim 3, 4.

que están en el exterior es para indicar y advertir a los que llegan que no se causen daños unos a otros con la excesiva rapidez y precipitación, y que no penetren desordenadamente para que no sobrevenga una reyerta, pues ya sucedió en un *Pesaḥ* que aplastaron allí a un anciano con su ofrenda, a consecuencia de la aglomeración. Los que se hallan en el interior están, también, para contener a los que salen, y que no se empujen unos a otros. También ésos cierran las puertas del atrio cuando ven que han entrado bastantes a la vez.

»Al llegar al lugar de la inmolación hay muchas filas de sacerdotes con tazas de plata y oro en sus manos: la fila en la que el primero las tiene de plata, todas son de plata, y la que las tiene de oro, todas son de oro. Todo esto es por boato y esplendor. Cada uno de los sacerdotes que están a la cabecera de la fila recibe una taza de sangre de la inmolación y la entrega a su compañero, y éste al suyo, hasta el lugar del altar; el que está en la extremidad del altar devuelve la taza vacía, dándosela a su compañero y éste al suyo, hasta el final, de forma que cada sacerdote recibe una taza llena y devuelve una vacía. Esto no les supone ninguna dificultad pues se hallan muy ejercitados en este servicio, hasta el punto de que las tazas parecen, yendo y viniendo, saetas en manos de un guerrero. Treinta días antes se entrenan en este servicio, viendo la parte dónde es posible el fallo o puede ocurrirles un accidente.

»Hay allí dos columnas grandes y elevadas, y sobre ellas dos sacerdotes con trompetas de plata en sus manos, que tocan al comienzo de la ofrenda de cada grupo para anunciar a los sacerdotes que se encuentran allí sobre la tribuna, que reciten el *hallel*[77] entre voces de júbilo y acción de gracias, y con todos los instrumentos musicales que tienen; pues sacan allí todos los instrumentos aquel día. Del mismo modo el dueño de la ofrenda pronuncia el *hallel* y, si todavía no ha sido terminada la inmolación, vuelven a leer. Después salen a los atrios, donde todos los muros están rodeados de clavos de hierro y ganchos para colgar la ofrenda y desollarla. También hay muchos montones de estacas pues, cuando no se halla ningún gancho desocupado, pone una estaca sobre su hombro y el de su compañero, desolla la víctima, y deposita lo que hay que dar al altar, sale y marcha con

77. Oración de alabanza.

alegría y regocijo, como el que partió a la guerra y venció, pues se tiene entre ellos por ignominia y vergüenza perpetua a aquel que no ha ofrecido la víctima de *Pesaḥ* en el tiempo de la fiesta.[78]

»Los sacerdotes, durante este servicio, están vestidos de rojo para que no se note la sangre si cae sobre sus ropajes. El vestido es un traje corto hasta la rodilla. Permanecen descalzos y la manga llega sólo hasta el brazo para que no moleste en el momento del servicio. Sobre su cabeza llevan un gorro pequeño alrededor del cual va atada una toca de tres codos de longitud. El Sumo Sacerdote, según me contaron, lleva una toca que se puede envolver cuarenta veces y es blanca.

»Los hornos en los que asan la ofrenda están en las entradas, y me dijeron que es para manifestar la fe y por la alegría de la fiesta. Después de asada, la comen entre voces de alabanza y júbilo, oyéndose su griterío desde lejos.

»Ninguna de las puertas de Jerusalén cierra la contrapuerta la noche de *Pesaḥ*, por consideración a los que iban y venían, que eran muchos. Dicen los judíos que en un *Pesaḥ* se hallaron el doble de los que salieron de Egipto, pues ellos querían llevar la cuenta ante el rey.

»El segundo servicio es la entrada del Sumo Sacerdote en el Santuario. No me contaron su servicio, pero me refirieron la llegada y salida del Templo, y parte de ello lo vi con mis propios ojos y me admiré en gran manera, exclamando en aquel instante: "¡Bendito sea el que ha otorgado parte en su gloria a éstos!"

»Siete días antes del día determinado, que llaman *kippur* y que para ellos es el más grande de todos los días, disponen en la casa del Sumo Sacerdote sitio y asientos para el presidente de la Corte de Justicia, el Nasí, el Sumo Sacerdote, el príncipe de los sacerdotes y el rey, y además setenta sillones de plata para setenta miembros del Sanedrín. El más anciano de los sacerdotes se pone en pie y pronuncia ante él palabras edificantes y de exhortación, diciéndole: "Considera ante quién entras, has de saber que si ofendes la honra, inmediatamente caerás, morirás y anularás el perdón de Israel. He aquí que los ojos de todo Israel están pendientes de ti. Examina tu conducta, tal vez tengas algún pecado, tal vez leve, pues hay pecado que contrapesa

78. Yoma 12, 2.

frente a muchas virtudes, pero este contrapeso está reservado a la mano de Dios omnisciente. Indaga también la conducta de tus hermanos, los sacerdotes, y purifícalos. Ten presente que ante el Rey de reyes, que se halla sentado en el trono de la justicia y escudriña con sus ojos toda maldad, tú vienes, ¿pero cómo puedes venir si el enemigo está dentro de ti?"

»Él les dice que ya ha hecho examen y penitencia de lo que le ha parecido que tiene pecado; también a todos sus hermanos, los sacerdotes, los había reunido en el atrio del Santuario y les había conjurado, por Aquel cuyo nombre habita allí, a que cada uno dijera lo que sabía de su compañero o de sí mismo, y que les impuso la penitencia correspondiente a cada caso. También el rey le dirige afables palabras y le asegura honrarle, cuando salga en paz del Santuario.

»Después de esto, pregonan diciendo que el Sumo Sacerdote va a salir e ir al aposento que tiene en el Templo. Entonces sale todo el pueblo a acompañarle y marchan ordenamente delante de él. Así lo he visto con mis propios ojos: primero camina delante de él todo el que es del linaje de los reyes de Israel, cuanto más próximo está al Sumo Sacerdote, mejor considerado está. Detrás de ellos, todos los que son de los reyes de la casa de David, todos en perfecto orden, uno tras otro, y ante ellos un pregonero gritando: "¡Honrad a la casa de David!" Después viene la casa de Leví, y el pregonero exclama: "¡Honrad a la casa de Leví!" Son treinta y seis mil, y todos los príncipes visten, para ese momento, un vestido de seda azul y los sacerdotes de seda blanca; son veinticuatro mil. Tras ellos van los cantores, los músicos, los trompeteros, los porteros, los fabricantes de los sahumerios, los de las cortinas, los centinelas, los tesoreros, una multitud llamada *cartophilax*[79] y todos los empleados en el Santuario, y los setenta miembros del Sanedrín, detrás cien sacerdotes con las varas de plata en sus manos para hacerse paso, y les sigue el Sumo Sacerdote y en pos de él los ancianos del sacerdocio, de dos en dos.

»A la entrada de todas las calles están los directores de las Academias, diciendo: "¡Varón, Sumo Sacerdote, ve en paz! Suplica a nuestro Creador que nos conserve la vida para escudriñar en su ley."

»Al llegar a la entrada del monte del Templo, rezan allí por la

---

79. *Qa'rṭofiloš.*

conservación de los reyes de la casa de David, luego por los sacerdotes y por el Santuario, siendo el clamor tan fuerte, por el gran gentío, cuando responde "Amén", que hasta las aves que pasan volando caen a tierra. Entonces el Sumo Sacerdote se inclina ante todo el pueblo y se retira entre llanto y con respeto. Dos príncipes del sacerdocio lo conducen a su aposento y allí se separa de todos sus hermanos, los sacerdotes. Esto es a su entrada.

»A la salida la honra es doble, pues todo el pueblo que está en Jerusalén desfila ante él, la mayoría con cirios de cera blanca encendidos, todos vistiendo ropas blancas. Todas las ventanas se hallan engalanadas con tapices y llenas de luces. Me contaron los sacerdotes que muchos años el Sumo Sacerdote no puede llegar a su casa antes de la medianoche, por la aglomeración del pueblo que desfila y el tremendo gentío pues, aunque todos ellos están en ayunas, no se van a sus casas hasta ver si pueden conseguir besar las manos del Sumo Sacerdote.

»Al día siguiente se suele celebrar un gran banquete, invita a sus amigos y parientes, y lo declara día festivo por haber salido en paz del Santuario. Después manda a un orfebre platero que fabrique una placa de oro y grabe en ella esta leyenda: "Yo Fulano, Sumo Sacerdote, hijo de Mengano, Sumo Sacerdote, he ejercido el Sumo Sacerdocio en el magno y santo Templo al servicio de Aquel cuyo nombre habita allí. Tuvo lugar esto el año tal y tal de la Creación. Aquel que se ha acordado de mí para este servicio, se acuerde también de mi hijo después de mí para desempeñar el servicio ante el Señor."»

Hasta aquí llega lo que aquel hombre envió por escrito a Roma, y que mandó Versoris al rey Alfonso, quien lo leyó y exclamó: «Los judíos merecen castigo por su pecado, y honra por que tal cosa se halle entre ellos.»

[80] A mí, el desgraciado Šelomoh ibn Verga, me enviaron las comunidades de Sefarad a buscar el rescate para los cautivos de Málaga y allí, en la corte del rey, quisieron los gentiles que ofreciéramos el sacrificio de *Pesaḥ*; de hecho dispusieron un altar y las filas de sacer-

80. Comienza un breve texto en el que el autor describe su actuación en el rescate de los judíos malagueños, tras la toma de la ciudad por los Reyes Católicos en 1487; fueron declarados cautivos, junto con los árabes.

dotes con vasos de plata y cantores que entonaban el *hallel*, el pueblo y los príncipes se quedaron maravillados. Dijo el rey: «Para los judíos que esto vieron y lo han perdido, mejor es la muerte que la vida.»

Sobre el objeto del culto, la ofrenda de *Pesaḥ* y su asunto escribió Rabi Don Manuel,[81] vagamente, cosas maravillosas en el libro que compuso, *Ṭe'ame ha-miṣvot*.[82] Yo he aludido al asunto en mi obra *Šebeṭ 'Ebrato*.[83]

Dios nos recuerde para ver la construcción de nuestro santo y glorioso Templo, y el servicio de nuestro Dios como en los días de la eternidad y en los años pasados. ¡Amén!

§ 65

Disputa entre el rey Don Alfonso de Portugal y Don Yosef B. Yaḥya[1]

Dijo el rey:

—Sabio judío, tengo preguntas profundas acerca de tu religión; las dejaré, sin embargo, hasta después de la fiesta[2] y ahora no preguntaré sino las ligeras.

»En primer lugar, he de reprenderte: ¿por qué no amonestas a tu pueblo? He oído que saquean los pueblos, así se deduce de vuestros vestidos y el lujo de vuestras mujeres. Vosotros estáis más advertidos sobre el robo que nosotros. Escuché que en vuestro sacrificio ha mandado Dios que los intestinos de la red sean lavados y después ofrecidos, pero del ave dijo:[3] «Le quitará buche y plumas»; esto es por-

81. Según Šoḥet, p. 218, es un contemporáneo del autor.
82. *Acerca de los preceptos.*
83. Esta obra desconocida ya es citada en el § 50.

1. Comienza una serie de relatos variados. Otro relato de una disputa entre estos dos personajes —Alfonso V de Portugal y Gedalyah b. Yaḥya— la encontramos en el §32, nota 37 ss.
2. Debe referirse a los festejos de su coronación. Cfr. § 32, nota 37.
3. Lev. 1, 16.

que la res, la mayoría de las veces, come del pesebre de su dueño y no de la rapiña, pero el ave se alimenta del robo, por esto se debe tirar su buche.[4] Pregunté que, si era así, se debería tirar toda el ave. Contestaron que en el cuerpo del ave ya se ha transformado el robo y se ha convertido en parte de la pluma, pues afirma la Biblia:[5] «Y devuelva la rapiña lo que robó», si ella es semejante a lo robado.[6] ¡Cuán lejos está vuestro proceder de lo que decretó Augusto, César de Roma,[7] al mandar que ningún hombre vistiese de seda después de tomar mujer, ni mujer alguna se pusiera alhajas después de pasados dos años de su matrimonio, y que todo hombre que robase a su prójimo de forma evidente, fuese desterrado de Roma por tres años! No deseo tu respuesta pues sé que la muerte o el pillaje volverán a vosotros, y entonces lloraréis vuestras acciones.

»¡Iré a las preguntas!

»Primera pregunta:

»Puesto que hallamos en Jesús, nuestro Salvador, cualidades que corresponden a la divinidad, es justo que reconozcáis que es divinidad o parte de ella.[8] Propio de la divinidad es la resurrección de los muertos y la conservación de la vida; un hombre de vuestro linaje que se ha pasado a mi religión dijo que existe en vuestra oración una bendición que alaba a mi Salvador por esto; así es la fórmula: «Tú eres poderoso para siempre, Señor, resucitas a los muertos, tú eres grande para sanar, etc.» Dijo: «Tú eres poderoso», se refiere al Padre, pues se afirma que él resucita a los muertos. Después alaba a su Hijo y le llama «Grande para dar la salud», como dijo el Profeta:[9] «Yo, que sentencio con justicia y soy poderoso para salvar.»

»Se dice que Él hace descender el rocío, sostiene a los vivos y resucita a los muertos; y ya es cosa sabida entre nosotros que nuestro Salvador resucitó a un muerto. También hallamos que marchó por el desierto y cien hombres iban con Él, necesitaron agua e hizo llover para ellos, necesitaron pan e hizo bajar de los cielos cien pedazos, un

4. Lev. Rab. 3, 4.
5. Lev. 1, 23.
6. Comentario de Abravanel a Lev. 1, 14.
7. Šoḥet, p. 219.
8. Mat. 9, 25; 14, 19.
9. Is. 63, 1.

pedazo para cada uno. Ya que esto es así, ¡vosotros debéis creer en Él!

Respuesta del sabio:

—Nuestro señor el rey, aun cuando supiésemos que Él ha resucitado a un muerto, no se sigue necesariamente que sea la divinidad, pues también Elías resucitó a un muerto e igualmente Eliseo. Los cristianos, que creen en la Trinidad, deben creer en un cuarto y quinto; según su creencia, Elías y Eliseo fueron divinidades.

»En cuanto al descenso de la lluvia, hay en nuestro Talmud[10] muchos justos que hicieron esto. Del mismo modo, a los judíos habitantes de Toledo[11] los cristianos les pidieron que trajeran lluvia, y con su oración la hicieron descender. Igualmente se halló un individuo[12] que necesitaba dar alimento a sus trabajadores, pero no tenía nada dispuesto, y dijo a su higuera: «¡Higuera, higuera, produce tus frutos!»; ella los produjo y comieron hasta saciarse.

Contestó el rey:

—Concedamos que no sea la divinidad; al menos, por los milagros que realizó, creed que fue profeta.

Replicó el sabio:

—Con todos los prodigios de Moisés, Israel no creyó en él hasta que dividió para ellos el mar.[13] ¡Que venga nuestro Salvador, nos divida el mar y nos salve de nuestros enemigos, y creeremos en Él!

Dijo el monarca:

—Tal como lo atormentasteis, si volviera al mundo, dividiría el mar para sumergiros, no para salvaros. ¿Y qué dices de la bendición?[14]

Repuso el sabio:

—A esto no es necesario contestar porque la bendición habla de Dios. Pues el comentario del apóstata atribuye un poder mayor al Hijo que al Padre, pues del Hijo afirmó: «Hace descender el rocío, sustenta a los vivos y resucita a los muertos», y del Padre sólo dijo: «Resucita a los muertos.» Además, nosotros no decimos en la oración lo que no creemos, aquella bendición la pronunció Isaac cuando se

---

10. Ta'anit 23, 1.
11. HUCA, 19, p. 5.
12. Ta'anit 24, 1.
13. Šemot Rabah 22.
14. *Šemoneh 'eśreh.*

salvó de encima del altar; porque la primera es la bendición de Abraham,[15] y la tercera, que dice: «Tú eres Santo», es la bendición de Jacob,[16] según se dice:[17] «Santificará al Santo de Jacob»; y queda la de en medio para Isaac.[18]

Segunda pregunta:

—¿De dónde deducís la prueba razonada[19] de que vuestra Torah es eterna y que después de ella no habrá una nueva Ley?

Respuesta:

—No cabe sino que, o la primera Ley es más provechosa para la salvación del alma, o es la última, o las dos. Si la primera es más perfecta, ¿por qué obró Dios injustamente con las generaciones posteriores, dándoles la defectuosa? Si es al contrario, ¿por qué hizo Dios injusticia a la primera? Y si las dos religiones son iguales, ¿la segunda no es superflua?

Respondió el rey:

—Afirmamos que ambas son iguales, pero en consonancia con la época y a los hombres es necesario cambiar algunas particularidades. ¿Para qué nos habría mandado las filacterias y el tabernáculo?[20] Sería inútil, puesto que nosotros no fuimos a Egipto; pero nos son necesarios otros preceptos diferentes en su lugar.

Dijo el sabio:

—Si es así, convendría que todos los preceptos que no están relacionados con Egipto los observarais, y otros en lugar de los relacionados; pero vosotros sostenéis que toda nuestra religión es inútil. Además, que los remedios del cuerpo son como los del alma, y así como los remedios del cuerpo no se cambian, igual sucede con los del alma.

Respondió el monarca:

—Aunque confieso que la primera razón es aceptable, la segunda es falsa; pues si las medicinas no se cambian, es porque las drogas que hay en ellas son remedios naturales, y no se da que en un tiempo el calor produzca dilatación y el frío contrición, y que en otro tiempo

---

15. Pirke R. Eliezer, 27.
16. Pirke R. Eliezer, 35.
17. Is. 29, 23.
18. Pirke R. Eliezer, 31.
19. 'Iqarim 3, 13.
20. Deut. 6, 8; 11, 18.

sea a la inversa. Pero las religiones están ajustadas a circunstancias que se fundamentan en la voluntad.

Tercera pregunta:

—¿Acaso la oración del cristiano es escuchada como la del judío o no?[21]

Respuesta:

—Sin duda es escuchada, pues nosotros decimos así:[22] «Porque Tú escuchas la oración de toda boca»; y se dice:[23] «También al extranjero, etc.»

Exclamó el rey:

—¿Cómo os contradecís? Pues vuestro Talmud afirma que[24] en tiempo de escasez de lluvias se puede rezar por los cementerios, y dice allí:[25] «Pero no por los cementerios de los gentiles porque, si no se salvaron a sí mismos, ¿cómo ayudarán a otros?»

Respuesta:

—¡Dios nos libre! Pues la razón es porque los gentiles, por su odio, no pedirán para nosotros misericordia.

Ordenó el rey:

—¡Traigan el Talmud!

Se halló en RaŠI[26] tal como el monarca había afirmado, y se indignó mucho. Volvió el sabio a rectificar, diciendo:

—Quizá fue dicho por la lluvia pues sobre ella tenemos patrimonio, según está dicho:[27] «Yo os mandaré la lluvia», pero no se dijo «Yo os daré lluvia».

Insistió el rey:

—Para rectificar una falsedad es necesario decir muchas mentiras.

Cuarta pregunta:

—Se encuentran en los Escritos[28] unos misterios. Uno dice[29]

---

21. Pirke R. Eliezer, 29.
22. *Šemoneh 'eśreh.*
23. I Re. 8, 41.
24. Ta'anit 16, 1.
25. No se encuentra en el Talmud.
26. Cfr. § 40, nota 19.
27. Lev. 26, 4.
28. *Ketubim.* Cuarta parte de la Biblia hebrea.
29. Job 25, 3.

«Sus tropas son innumerables», y otro afirma[30] «Miles y miles le servían»; parece que tiene número. Vuestros rabinos dicen que después que fue desterrado Israel mermaron los ángeles. ¡Oh necios!, si ellos son eternos y no existe en ellos corrupción, cambio ni defecto, ¿cómo pudieron disminuirse? Además que todo el mundo es como un grano de mostaza en el ancho mar en comparación con aquellas santas figuras, ¡menos aún en comparación con vosotros! Tal vez sea como aquel que dijo que se habían disminuido los ministros del rey porque llevaron cautiva a una pulga.

Respuesta:

—Esa disminución en sí misma es imposible, pero lo es en nuestro entendimiento porque antes del destierro lo alcanzábamos inconmensurablemente, mas con el destierro se han disipado la ciencia de nuestros sabios y la inteligencia de nuestros doctores, y sólo lo hemos conseguido limitado.

Dijo el rey:

—¡Es perfecta tu respuesta. Mereces que se te honre!

Quinta pregunta:

—Si la adivinación y el encantamiento es una cuestión que no tiene fundamento, ¿por qué vuestra ley los prohíbe, hasta castigar al que anda en tales asuntos, dado que no logra su deseo y camina tras la vanalidad?

Respuesta:

—Los que andan en esos asuntos las consideran verdaderas, pierden el tiempo y abandonan a Dios; por esto merecen un muy gran castigo.

Hasta aquí.

---

30. Dan. 7, 10.

§ 66

(*Desterrados a Fez*[1])

En una carta que llegó de Fez[2] hallé escrito que muchos de los desterrados que habían salido de Sefarad no pudieron soportar lo que les sucedió en los caminos y volvieron a Sefarad.

También algunos individuos fueron a aldeas y no volvieron más.

Cuando llegaron los desterrados al reino de Fez, se encontraban entre ellos doscientas mujeres, algunas abandonadas de sus maridos y otras unidas a sus cuñados.[3] Se reunieron todos en una ciudad llamada Salé[4] y construyeron una gran casa; se reunían ellas allí y ejercían un oficio; con la ganancia adquirían sólo pan y agua, y todo el resto lo daban a los escolares para su alimentación.

¡El mérito de estas piadosas mujeres permanezca eternamente!

§ 67

(*De Yosef ibn Verga. Persecución en Amasya. Persia*)

Dice Yosef:[1]

Proyecté escribir aquí lo que ha ocurrido en nuestro tiempo en la gran ciudad de Egipto[2] y en la ciudad de Amasya.[3]

No obstante, ved que, si hablo de la aflicción de Amasya, particularmente, quien la causó y su final, es para que sea oído fuera y digan

---

1. En la crónica aparece sin título ni numeración. Los títulos entre paréntesis son de la traductora.
2. Cfr. §§ 53, 54, 55.
3. Ley del levirato.
4. Cfr. § 55.

1. Otros fragmentos suyos §§ 11, 12, 32, 37, 51.
2. Fustat/El Cairo. Véase el relato siguiente.
3. *Ma'ṣiyah*. Ciudad turca en Asia Menor, al este de Ankara, entre Samsu y Sivas.

que nos alegramos de ello, etc. Por eso, en general y sencillamente, declararé lo notorio.

Fue que los amalecitas[4] propagaron que un cristiano había entrado en la casa de un judío y no había salido más —similar a las calumnias de las que escribió mi señor, mi padre R. Šelomoh ibn Verga, en esta obra[5]—; atormentaron con duros castigos a hombres justos e inocentes y, cuando éstos no pudieron resistir, dijeron que ellos habían matado a aquel cristiano, y fueron ahorcados. El apreciado médico, llamado el sabio R. Ya'aqob Abiub, hijo del sabio y perfecto R. Yosef Abiub, de bendita memoria, fue quemado. Después de algunos días, llegó aquel cristiano a la ciudad y fue reconocido, pues era conocido de todo el pueblo; fue llevado a presencia de los jueces del país, lo identificaron, descubriéndose la falsedad y la calumnia que habían lanzado contra aquellos desgraciados judíos. El poderoso rey Sultán Soleimán[6] promulgó un edicto para indagar acerca de los acusadores y darles un castigo adecuado. El magnífico príncipe R. Mošeh Hamon[7] expuso su vida por el pueblo, permaneció en la puerta real frente a todo acusador y obtuvo enérgicas resoluciones: consiguió que ninguna calumnia que afirmara que nosotros echamos sangre en el pan ázimo fuese atendida por juez alguno del país, salvo él en la puerta del rey, ensalzada sea su Majestad.

Asimismo en Tukat[8] lanzaron una acusación parecida a la de Amasya, mas fue descubierta la falsedad a los ojos de todos. ¡Ésta es la herencia de los siervos del Señor, que ninguna lengua que te acuse en juicio logrará condenarte![9]

---

4. Descendientes de Amalec, en sentido figurado «hombres perversos».
5. Cfr. §§ 12, 16, 17, 29, 61.
6. Cfr. §§ 11, 68.
7. Cfr. §§ 11, 32, 37.
8. *Ṭuqaṭ*. Ciudad de Asia Menor.
9. Is. 54, 17.

§ 68

Milagro de Egipto. Hicieron una megilah *particular, pero he tomado de ella un extracto, pues no me siento con fuerzas para editarlo completo*

Sucedió en los días del poderoso rey Sultán Soleimán, que reinaba en todo el país de Turquía, el de Uz, Media, Grecia, Mesak y Tiros, y pasado el Río, Edom, Mo'ab, Canaán, los filisteos, los reyes de Arabia que habitaban en el desierto de Sinaí, en Egipto, Lidia y Etiopía hasta una parte de la tierra del Yemen.[1]

En el primer año[2] de su reinado obró con justicia y misericordia y devolvió a los mercaderes miles de oro y plata sin número, que les había impuesto de multa el rey, su padre.[3]

En el segundo año se dirigió a la ciudad de Belgrado y la tomó, y a finales del año marchó contra Rodas y también la conquistó.[4] Allí nombró a su visir Aḥmeṭ ha-Agge[5] general del ejército, lo engrandeció y lo hizo gobernante sobre toda la tierra de Egipto. Partió Aḥmeṭ investido de realeza, llegando a Egipto en el año tercero del rey, tendió a la codicia y aumentó el yugo sobre Egipto. Después se sublevó contra el rey, matando a tres de sus príncipes, los restantes huyeron a la torre de la ciudad. Se le unieron los maleantes a los que dio prebendas, guerreó contra los súbditos del rey durante tres días y mató a cien hombres. En aquel momento salieron unos hombres malvados hacia las moradas de los hebreos para saquerlas. Tenía Aḥmeṭ un consejero, cuyo nombre era Ma'ani, que le dijo:

—Ved que los judíos son muy ricos; su plata y su oro deben ser para ti y no para los saqueadores.

Dictó entonces un pregón declarando que todo el que saquease

---

1. *Tugarmah, 'Uṣ, Mede, Yavan, Mešak, Tiras, Edom, Mo'ab, Kana'an, Paleśtim, ha-'Arab, Miṣrayim, Lodim, Kušim, Teman.*
2. 1520.
3. Selim I.
4. En 1520 tomó Belgrado y sometió a toda Hungría; en 1529 llegó a las puertas de Viena y en 1530 arrebató Rodas a los caballeros de San Juan.
5. Aḥmad de Dalmacia.

fuera ahorcado en un árbol. Por la tarde salieron cinco judíos, los asaltaron un ejército de jerízaros[6] y los mataron, y hubo un gran clamor en Egipto. Al tercer día congregó Aḥmeṭ a todo el ejército de los jerízaros y a los jueces del país para que lo proclamaran rey, y reinó. Puso por visir a Aḥmeṭ[7] Begi, el cual le aconsejó se apoderase de toda la plata que había en Egipto, e impuso a los mercaderes un tributo oneroso.

En el mes de Adar[8] del año 5284 llamó a doce de los principales judíos y les dijo:

—Así hablaréis a vuestro pueblo: ¡Haced esto y viviréis! Entregaréis doscientos quintales de plata para ingresarlos en el tesoro real.

Al oírlo el pueblo, se entristeció. El día de *Purim* se convirtió en luto, pues fueron encadenados los más distinguidos judíos. El 15 de Adar marcharon a suplicar al rebelde que les concediera tiempo para conseguirlo. Pero les dijo:

—Sois indolentes y yo he jurado perderos y mataros.

Entonces los judíos llamaron a ayuno, reunieron a los pequeños y a los niños de pecho, que levantaron un grande y amargo clamor, y el ruego de los niños subió a los cielos. Se fueron a la torre con quince quintales de plata en sus manos. Pero Zada' el escribano les indicó:

—Quedaréis presos hasta que el rey salga del baño, y veréis muerte y exterminio.

Pero he aquí que llegó un mensajero, y dijo a Zada':

—Muḥammeṭ Begi y sus servidores han conspirado contra el rey cuando estaba en el baño y han querido romper la puerta; Aḥmeṭ ha huido por una entrada pequeña que hay en los baños, y marchado a la torre, pero no está seguro; ha huido con diez hombres y una parte del ejército de jerízaros; han permanecido al pie del monte toda la noche.

Llegó Muḥammeṭ Begi y soltó a los judíos encarcelados. Luego reunió tres mil hombres del ejército de jerízaros y persiguió a Aḥmeṭ

---

6. *Qirqez* —las otras veces que aparece la grafía es *qirqeš*—, del turco *yeni ceri*, «tropa nueva», tropa formada por antiguos cristianos que, recogidos de niños, habían sido educados en la religión y costumbres turcas, y formados como tropas especiales.
7. Debería decir Muhammeṭ.
8. Febrero/marzo.

durante tres días, lo alcanzó y lo decapitó el 27 de Adar, puso su cabeza sobre un estandarte, y llegó a Egipto con gran gloria.

Para los judíos hubo luz y alegría; entonces establecieron y aceptaron para sí y sus descendientes como día de celebración[9] y júbilo el 27 de Adar, al que llamaron *yom nisim*[10] porque huyó Aḥmeṭ para salvarse y le pusieron sobre un estandarte.

¡Así perezcan todos los enemigos del Señor. Amén!

§ 69

(*Relación de diversas persecuciones*)

Dice el desgraciado y perseguido Yosef:

Algún tiempo después de haber sido editada esta pequeña obra, hallé en poder del sabio y perfecto R. Šem Ṭob Šanṣolo[1] un cuaderno que narraba sucesos de los reyes de Edom,[2] y también algunas cosas que acaecieron a nuestros padres allí. Yo he resumido y tomado lo que me ha parecido digno de recuerdo para los hijos de Israel. Encontré también una narración en otro libro en lengua cristiana y lo he traducido a la lengua santa, porque vi que todo lo referente a las maneras y costumbres era digno de ser recordado.

El año 3647 (1187)[3] los musulmanes tomaron Acco, Tiberias y la mayor parte del país de Israel, en el espacio de seis meses. Después se reunió una tropa de incircuncisos de las cuatro partes del mundo, que llegó hasta Acco y la sitiaron.[4] Saladino,[5] rey de los musulmanes, juntó, asimismo, un numeroso ejército, incalculable, y mantuvo cerca-

---

9. Literalmente, «banquete».
10. «Día de los milagros» o «de los estandartes».

1. Personaje no identificado.
2. Cristianos.
3. En este capítulo pondremos el año cristiano junto al del cómputo hebreo para facilitar su seguimiento. Recuérdese que los comienzos y finales de los años judíos no coinciden con los cristianos.

Debería poner 4547 (1187), año en que fue tomada Tiberíades y ocupadas sin combate San Juan de Acre, Nablus, Jafo, Beirut y Yebail, y, una tras otra, todas las ciudades del reino cristiano hasta llegar a Jerusalén.

dos a los incircuncisos muchos días hasta que al fin los musulmanes conquistaron todo el país.

El año 746 (1187)[6] al-Manṣur, hijo de Saladiṅo, conquistó Jerusalén, de la que deportó a mucha gente, permaneciendo en ella cuatro días.

El año 128 (1168) se propagó una calumnia en Béziers y fue asesinado el sultán; los miembros de la comunidad fueron apresados.[7]

En el año 130 (1169) fueron ahorcados los calumniadores, en la lectura de: «Y esos juicios...» En ese año fueron reclamados a la corte celestial el maestro R. Mešulam y el gran noble R. Ya'aqob Profiag.[8]

El año 132 (1172) el opresor Elziar encarceló al maestro R. Abraham bar David. En el año 132 fue apresado aquel príncipe y desterrado a Carcasona a causa del Rab.[9]

En el año 139 (1179) el Papa reunió a todos sus obispos y frailes de Francia y Sefarad; todas las comunidades experimentaron un gran temor, ayunaron tres días seguidos, mas su Dios les fue favorable pues sólo hablaron bien.[10]

En el año 146 (1186) fue elevado a la nube divina R. Zaraḥiah, de bendita memoria.[11]

El año 152 (1192) hundióse una poderosa nave, hallándose en ella algunos grandes sabios. ¡Descansen en la bienaventuranza!

---

4. En la tercera cruzada (1189-1192) participaron el soberano de Francia, Felipe Augusto, el de Inglaterra, Ricardo Corazón de León y el emperador de Germania, Federico I. Felipe Augusto desembarcó en 1191 frente a Acco y la sitió, allí se le unió Ricardo; la ciudad capituló en 1191.

5. Salah al-Din, fundador de la dinastía aŷŷubí en Egipto, que sustituyó a la fatimí, de cuyo último califa, al-Adid, fue visir.

6. Debería poner 4548, pues Jerusalén fue tomada en octubre de 1187 por Saladino tras concertar un fuerte rescate. Expulsó a los cristianos y permitió a los judíos volver a la ciudad santa.

7. *Badraš*. Sublevación de Béziers, en la que fue asesinado el vizconde Raimundo de Tolosa y saqueadas las comunidades judías.

8. R. Mešulam b. Ya'aqob de Lunel, muerto en 1170, y Ya'aqob Profiat o Prophiag.

9. *Eliziar* era señor de Posquières. Liberado Abraham b. David, autor de una réplica a Maimónides, marchó a Carcasona, donde residía el soberano de Posquières, Roger II, y donde fue llamado Elzier a rendir cuentas de su actuación.

10. Alejandro III, que convocó el Concilio de Letrán.

11. R. Zaraḥyah ha-Levi Gerondi, autor del *Sefer ha-ma'or*.

El año 135 (1175) murió el sultán Raimundo, y en la comunidad de Beaucaire fueron asesinados muchos israelitas.[12]

El año 127 (1167) llegó el rey musulmán Emir al-Muminin,[13] saqueó la tierra de Castilla, conquistó Calatrava y otras ciudades importantes, asolando toda la región de Toledo. Los judíos que había en la ciudad salieron a su encuentro y lucharon, matando a muchos enemigos. En aquella guerra murió el hijo de Alí y uno de los grandes príncipes.

El año 158 (1198) el príncipe del Monte[14] saqueó a toda la comunidad, requisando las casas y todos sus tesoros.

El año 159 (1169) murió el rey de Inglaterra[15] a su regreso de destruir Acco; también murió el rey de los musulmanes, Emir al-Muminin. En el mismo año fue reclamado a la corte celestial la gran lumbrera R. Abraham bar David, la víspera del sábado, pero los sacerdotes cavaron su sepultura.[16]

El año 165 (1205) se sublevaron los acronitas contra los habitantes de Sisteron, y de los judíos mataron a ochenta personas.

El año 165 (1205) víspera de Navidad, el día 6,[17] el rey de Aragón volvió de Roma y le sacaron el libro de la Ley,[18] ayunaron todos ante el gran terror y fue un día muy nublado, pero salió para ellos el sol. En aquel año fue elevado a la nube divina Mošeh,[19] siervo del Señor, en Egipto, y el día 25 fue enterrado en su casa; le lloraron los judíos y los egipcios tres días. El año expresado en *nehi'*,[20] en el día séptimo llegó la noticia a Alejandría y en el octavo hicieron un gran duelo, decretaron un ayuno y leyó el *ḥazan*[21] desde la mitad del versícu-

---

12. Raimundo V de Toulouse. Este protector de los judíos murió en 1195 y no en 1175. Debería poner 155 —en lugar de 135— y éstos fueron perseguidos.
13. *Al-Mantunir.* El almohade Yusuf al-Manṣur o al-Munin (1160-1199).
14. ¿Tal vez Montpellier?
15. Ricardo Corazón de León —§ 69, nota 4— y Abu Yusuf al-Manṣur.
16. Famoso rabino de la escuela de Posquières.
17. *Nadal.* El día 6 puede ser el sábado.
18. Pedro II visitó al papa Inocencio III. Se sacaba el rollo de la Ley para recibir a algún personaje muy destacado.
19. Maimónides.
20. $N = 50$; $H = 5$; $Y = 10$. Total 65.
21. Cantor, recitador de la sinagoga.

lo:[22] «Si seguís mi legislación» hasta el fin de las amonestaciones.[23] Y el *maftir*[24] leyó:[25] «Y la palabra de Samuel» hasta[26] «Porque han capturado el Arca de Dios». Al cabo de los años lo trasladaron al país de Israel pero, cuando lo llevaban, los atacaron los salteadores y dijeron de arrojar el ataúd al mar, mas no pudieron arrancarlo de la tierra, a pesar de todo su esfuerzo, aun siendo más de treinta hombres. Cuando vieron esto, dijeron: «Es un varón de Dios.» Los malhechores enviaron escolta tras de los judíos, e incluso ellos mismos les fueron acompañando, y le dieron sepultura cerca de la cueva de los Patriarcas.[27] Así lo hemos oído como absolutamente cierto.

El año 169 (1209), año expresado en *yagon*,[28] salieron algunos malhechores de Francia a conseguir botín, y en el día 19 de Ab,[29] día de la matanza de Béziers,[30] hubo allí gran matanza: fueron asesinados veinte mil de los incircuncisos y doscientos de los judíos, y muchos fueron apresados.

El año 170 (1210) fue elevado a la nube celestial el maestro R. Aharon bar Mešulam.[31]

El año 171 (1211) movió el Nombre a los rabinos de Francia e Inglaterra a marchar a pleno Jerusalén, eran más de trescientos, el rey los honró mucho[32] y se construyeron allí sinagogas y madrazas. También el gran sacerdote, nuestro maestro Yonatan ha-Cohen, marchó allí. Les sucedió un milagro, pues pidieron lluvias y fueron atendidos, y santificado el Nombre de los Cielos por su causa.

El año 172 (1211), en el mes de Tišri,[33] tomaron los musulmanes

---

22. Lev. 26, 3.
23. Lev. 26, 46.
24. El que recita el *maftir*, última lectura de la Ley todos los sábados.
25. I Sam. 4, 1.
26. I Sam. 4, 22.
27. Hebrón, la cueva de Mahpelah. La tradición más aceptada mantiene que fue en Tiberíades.
28. $Y = 10$; $G = 3$; $W = 6$; $N = 50$: total 69. También significa «año de tristeza».
29. Julio.
30. *Bedrš.*
31. Rabino francés, seguidor de Maimónides; murió en 1220, diez años después de lo indicado en la crónica.
32. El sultán aŷŷubí al-Adil, hermano y sucesor de Saladino.
33. Septiembre/octubre.

Salva Tierra[34] y los supervivientes de nuestro pueblo, que estaban allí, fueron en la víspera de *kippurim* a la ciudad de Toledo. En aquel año se adentraron las tropas del emir en el país de Edom;[35] mas se reunieron los reyes de Edom, guerrearon contra ellos, ejército contra ejército, y los arrasaron;[36] pero Israel estuvo en gran angustia.

El año 175 (1215), en el mes de Šebaṭ,[37] se congregaron todos los obispos, cerca de doscientos, y todos los príncipes del país del Monte del Temblor[38] ante el *cardenal*;[39] se encontraba allí el Nasí D. Yiṣḥaq Benveniste,[40] y de todas las comunidades había dos representantes. En aquel año, en el mes de Siván,[41] llegó el rey Luis, rey de Francia,[42] a Béziers y mandó derribar las murallas. La comunidad estuvo en gran peligro hasta que las rehicieron; el conde de Monfort[43] y su hermano los ampararon. En dicho año se reunieron judíos de cada una de las comunidades desde Narbona a Marsella en el barrio[44] de St. Gilles, a instancias del gran Nasí, el príncipe de los príncipes R. Yiṣḥaq Benveniste, ante el Nasí R. Leví, para acordar quién había de ir a Roma a frustrar el proyecto del Papa el día del cónclave de todos los prelados, en perjuicio de los enlutados.[45]

El año 176 (1215/6) el malvado gobierno decretó[46] contra nuestro pueblo que anduviesen provistos de una señal por la cual fuesen reconocidos, desde los doce años en adelante: los hombres en sus go-

---

34. *Šalwwa' Ṭera'*.
35. Del emir almohade. El país de Edom es la España cristiana.
36. La batalla de las Navas de Tolosa. Los reyes cristianos fueron Pedro II de Aragón, Sancho de Navarra y Alfonso VIII de Castilla.
37. Enero/febrero.
38. Montpellier.
39. *Qardena'l*. Pedro Benavent.
40. Podría ser el médico de Pedro II de Aragón; asimismo se identifica con el rabino de Narbona, Šelomoh Benveniste.
41. Mayo/junio.
42. Luis II.
43. Simón de Monfort; fue él quien derribó las murallas de Béziers en 1215. Gran protector de los judíos.
44. «Judío», añade Cantera, p. 36.
45. La asamblea para estudiar las resoluciones del Concilio de Letrán, convocado por el papa Inocencio III. R. Leví debía de ser el hijo de R. Mošeh ibn Ṭodros de Narbona.
46. Decreto del 30 de noviembre de 1215.

rros y las mujeres en sus mantos. Además les impusieron la obligación de que cada padre de familia diese al sacerdote de la ciudad seis denarios cada año en el tiempo de su fiesta. En aquel año murió repentinamente el Papa[47] que había pronunciado cosas criminales contra los hijos de nuestro pueblo.

El año 177 (1217) mandó prender la sultana, mujer del conde de Monfort,[48] a todos los judíos que había en Toulouse, ellos, sus mujeres e hijos, decretándoles la conversión forzosa para abandonar su Alianza y su creencia en el Dios vivo. Puso a los hombres solos, y a los niños y a todos de seis años para abajo los entregó en manos de los sacerdotes para bautizarlos a la fuerza. Los pequeños llamaban a gritos a sus padres, pero nadie los salvó. A pesar de todo, no quisieron comer de los alimentos de los cristianos. Abandonaron ciento cincuenta y siete personas. La mayoría de la comunidad permaneció en su creencia y sufrieron el martirio por la Santificación del Nombre. En el principio del mes de Ab[49] llegó un decreto del conde liberándolos y restituyéndoles sus bienes, a excepción de los niños, que ya habían pasado a la religión cristiana porque el *cardenal* así lo había mandado. En el mismo año dispuso el *cardenal* que anduviesen los judíos marcados con una especie de redondel en el vestido superior, mas a los pocos días fue abolido este decreto.

El año 179 (1219) dispusieron en común los malhechores de las tierras de Anjou, Poitou y Bretaña[50] ir contra los hijos de nuestro pueblo para hacerles mudar de creencia, pero siguieron en su fe y santificaron el Nombre de los Cielos, siendo asesinados más de tres mil. Algunos de ellos degollaron a sus hijos y otros se degollaron a sí mismos. También fueron bautizados más de quinientos. ¡Ay de nosotros, que hemos pecado! Un apóstata originario del Monte,[51] que deseaba exterminar a todos, fue a pregonar en todas las comunidades que cam-

47. Inocencio III murió en julio de 1216.

48. A la muerte de Simón de Monfort, su mujer decretó duras persecuciones contra los judíos de Toulouse.

49. Julio.

50. Estos territorios no estaban bajo la autoridad real. Allí padecieron numerosas persecuciones: fueron expulsados de Bretaña en 1240, de Poitou en 1249... Cfr. § 22.

51. Montpellier. Cantera, p. 37, con Loeb, cree que el apóstata era Paulus Christiani.

biaran de religión contra su voluntad. Como no lo lograra, obtuvo del Papa perversas órdenes, mandando llevar en el vestido grandes señales de fieltro rojo o amarillo, y que todo aquel que anduviera sin ellas fuese muerto. Entonces se reunieron conjuntamente las comunidades para eligir un delegado, y escogieron al excelso R. Mardoqueo de Yosef de Aviñón y al maestro R. Šelomoh *de* Saili de la torre de Tarascón, para ir ante el rey[52] e implorarle misericordia respecto al asunto de las marcas. Tuvieron éxito y volvieron alegres porque fue abolido el decreto. Al poco tiempo se hizo fuerte el poder de los inquisidores contra nuestro pueblo y lanzaron acusaciones para investigar en toda Provenza,[53] con lo cual recogieron una gran suma, sin fondo. También aparecieron muchos de los grandes del país con señales diversas en Marsella, en la ciudad de Aix y en Aviñón. Aún impusieron un tributo sobre la ciudad de Aviñón y tuvieron encerrados en sus casas a «dos canales de oro»: R. Mardoqueo bar Yosef y R. Išrael; después salieron con distintas marcas y, tras de haber pagado un rescate extraordinario, fueron liberados. La mayoría, excepto ellos, iban marcados. La forma de la señal era un trozo de un palmo de ancho de fieltro amarillo, y la longitud del redondel era de cuatro dedos, en cuyo espacio interior se hallaba la figura de la luna menguante de paño negro.

En el valle del llanto, tierra árida, en Valrèas[54] difamaron a los hijos de nuestro pueblo, pues se hundió una cristiana en el cieno del estiércol y murió sin que nadie la viera, y difundieron la calumnia contra los judíos de que ellos la habían matado. Prendieron a todos los judíos, aprisionándolos con grilletes en la mayor parte del país de Provenza, los atormentaron con horribles opresiones y fueron condenados por nuestras culpas.

En el año[55] en que había sido prendido el rey de Francia por los musulmanes, después de ser dejado libre y de haber vuelto a su país, expulsó a todos los judíos que había en su reino.

---

52. Carlos I, conde de Provenza, rey de Nápoles y Sicilia.

53. Cfr. § 23.

54. *¿Balwya'yreš* o *Be-Lwya'yreš*? Es discutida su identificación: Cantera y Gross piensan en Lurs; Wiener en Louviers; nosotros aceptamos la opinión de Baer, ed. Šoḥet, p. 224.

55. Luis el Santo fue hecho prisionero en 1250. Sobre la expulsión, véase § 22.

En el año 5000 (1320) el Nombre de Dios imbuyó un espíritu perverso en los incircuncisos de Francia,[56] pues se alzaron los pastores a miles y miríadas y, sobrestimándose, quisieron pasar el mar sin remo. El principal de todos ellos llamábase Roviedo. Mientras arrastraban tras de sí a los otros pueblos, mataron a muchísimos de los hijos de nuestro pueblo y también decretaron una orden perversa contra la ciudad de Bañolas. En aquel año cayó el infortunio sobre la comunidad santa, la comunidad de Limoux, pues se levantaron los habitantes de la ciudad, prepararon hombres abyectos y mataron a todo el pueblo, hombres, mujeres y niños, en el día de la fiesta angevina[57] en la región de Provenza, en la que se saquearon todos los almacenes, se cogieron todas las llaves y se confiscó una gran suma de los judíos, según gustaron y desearon.

§ 70

Sueño del rey y examen de la clarividencia de los judíos

En el tercer año del rey Alfonso de Sefarad, tuvo éste un sueño y mandó llamar a los nobles, a su ministro Don Pedro y al gran sabio Tomás,[1] y les contó su sueño. Así dijo:

—Apareció en mi sueño que estaba yo en un prado y apacentaba al rebaño, de pronto, frente a mí, había una manada de lobos, que me decían: «Pastor, has de saber que este rebaño se ha rebelado repetidas veces contra nosotros; por esto, si tú lo castigas convenientemente, depondremos nuestra lucha; si no, ten por cierto que nosotros lo exterminaremos.» Les repliqué: «Marchad a vuestros cubiles; yo lo exterminaré, no quedará ni una uña.» Entonces reuní a todos los pastores, les pedí consejo, y he ahí que convinieron en que era justo exterminar al rebaño. Estaba yo en esto cuando he aquí que un cachorro de león salió de las guaridas de los leones, arguyó argumentos,

---

56. Otros manuscritos, «Sefarad». La historia de la «Revuelta de los pastores» está extensamente narrada en el § 6.

57. *Anyub.* La natividad de la Virgen. Véase Cantera, p. 39.

1. Conversaciones entre estos personajes y un judío aparecen en los §§ 7 y 8.

que he olvidado del sueño, mediante los cuales salvó al rebaño. Después de algunos días vi cómo los lobos mataban a muchas de las ovejas y subían a un elevado monte.

»Vosotros, los nobles y leales de mi corte, me indicaréis el significado del sueño.

Respondieron los nobles al unísono, diciendo:

—Nuestro señor el rey, no poseemos la ciencia de interpretar sueños, ni hay en este asunto quien sepa la verdad si no es el tiempo.

Replicó Tomás, diciendo:

—Una ciencia en la que es necesario el tiempo para descubrir la verdad, no merece ser tenida en consideración; sino que la ciencia existe cuando el entendimiento determina y hace saber la verdad de los hechos antes de que llegue su tiempo.

Dijeron los nobles:

—Habla tú, Tomás, que a ti te corresponde.

Respondió Tomás:

—Yo no sostengo que manifestaré todos los detalles del sueño acertadamente, mas declararé las generalidades de su tema. Tú, oh rey, eres el que apacienta a tu pueblo, como hace el pastor con su rebaño, y en tus días se levantarán lobos, que son los poderosos nobles, contra el pueblo que es como el rebaño, y se originará batalla entre ellos, vendrán a juicio ante ti y tú determinarás que el derecho está con los nobles. Lo que has soñado, que se levantará un cachorro de león, ¿acaso no es tu hijo o uno de tus vástagos quien salvará al pueblo? En cuanto al retorno de los lobos, podrá ser que no se conformen con la sentencia de tu vástago y causen algún daño en el pueblo, huyendo al monte.

Dijo el rey:

—Aunque me has tranquilizado algo con tus palabras, Tomás, de todos modos mi corazón está aún aterrado; por tanto, por favor, vámonos a la gran huerta, pasearemos, nos regocijaremos y se me quitarán las preocupaciones y las cosas de los sueños.

Entonces se levantaron todos los ministros, dispusieron lo necesario y marcharon con el rey al huerto. Cuando estaban allí, dijo el monarca a Tomás:

—¡Tomás, estoy asombrado! Encontramos que se han perfeccionado las ciencias con el transcurso de los tiempos, pues no hallamos en las diferentes épocas, antes de que viniera Aristóteles, nadie que

supiese como él, ni médico como Ibn Sina.[2] Pero, ¿por qué hallamos intérpretes de sueños en tiempos de Nabucodonosor y en el de Faraón, y hoy no se encuentran?

Respuesta de Tomás:

—Mi señor y rey, hay dos respuestas al asunto. La una es que el sueño es una rama de la profecía; y en el pueblo en que se halla ésta, también se encuentra el conocimiento de la interpretación de sueños; y la profecía sólo se encontró entre la nación de los judíos, a petición de Moisés, su rey, que solicitó este poder para su pueblo. Segunda: porque Salomón fue el más sabio de todos los sabios y conocía la naturaleza y disposición del hombre, lo que no dominaba sabio alguno, y él entregó a su pueblo unas claves con las que pudieran interpretar sueños.

Dijo el rey:

—Puesto que es así, busquemos algún sabio judío; quizá nos aclare el significado de este sueño.

Ordenó entonces a sus servidores que llevasen a su presencia a Benveniste el Viejo[3] y, cuando éste llegó ante él, le dijo:

—¿Conoces, oh sabio, la interpretación de los sueños como la supieron los hijos de tu pueblo en los tiempos antiguos?

Repuso el judío:

—Nuestro señor el rey, desde el día en que fuimos desterrados de nuestra tierra desapareció de nosotros toda ciencia, ¿cómo sabremos interpretar sueños?

Replicó el rey:

—Esto es falso pues yo he oído a Fray Pol, que vino de Salamanca,[4] narrarme que él y sus colegas estudiaron en secreto con un sabio converso la ciencia del Talmud y afirmó que, después de días y años estudiando, había visto que era la ciencia más profunda de cuantas existen. Si el destierro hace perder la sabiduría, dado que en Babilonia estaban cautivos, ¿cómo conocían esta ciencia?

Respuesta del judío:

—Aunque estaban desterrados, todavía existía en ellos savia, porque se hallaban próximos a los grandes sabios, los hombres de la tra-

---

2. Avicena.
3. Abraham Benveniste. Cfr. § 8.
4. Cfr. § 40, nota 27. Fray Pablo de Burgos, bautizado en 1390.

dición; pero nosotros estamos muy alejados de aquella raíz. Por eso, hoy se ha extinguido nuestra lámpara y la luz de nuestra Ley, y andamos a tientas, como ciegos, todos nosotros.

Exclamó el monarca:

—¡Hay necedad como ésta de sostener que por el hecho de que fuisteis desterrados de vuestra tierra habéis perdido la sabiduría! ¿Depende de una tierra o de la razón del hombre?

Contestó el sabio judío:

—Mi señor, no es el hecho del destierro de la tierra, sino que a causa del destierro de todos nosotros la razón está subyugada a él, dado que es necesaria para nuestro sustento y para los tributos e impuestos reales, ¿cómo le quedará un hueco para los asuntos de la sabiduría? Ya dijo el profeta:[5] «Tranquilo estuvo Mo'ab desde su juventud y descansó sobre sus sedimentos; no fue trasegado de vasija en vasija, por esto permaneció su sabor en él y su olor no se alteró.»

Dijo el rey a Tomás:

—¿Has visto, Tomás, el desvarío del judío?

Replicó:

—A mi entender, no es desvarío sino la verdad. Desde que vimos alguna muestra de su gran ciencia cuando eran libres —Šim'oni venció a Platón[6] en varias cuestiones—, hasta hoy, se ha debilitado mucho su ciencia. Yo comparo su estado a aquel que enciende de una hoguera y al que enciende de la chispa del pedernal. En los tiempos antiguos era como si hubieran encendido de una hoguera —esto es, el fluir de la Profecía y de la Tradición—, mas hoy se esfuerzan mucho, pero producen poco, y ese poco apenas es nada, como el que golpea una piedra y hace saltar unas chispas: unas veces vuelan, y su elevación es su exterminio; otras, caen a la tierra e inmediatamente se extinguen. Así es la reflexión de los judíos hoy en día, como he observado en sus academias, pues les solicité la resolución de unas cuestiones, y no hubo uno solo que supiera contestar.

Manifestó el rey:

—También yo he oído que cuando discuten se atacan unos a otros, como hacen los toros cuando riñen.

---

5. Jer. 48, 11.
6. Simeón el Justo y *'Aplaton*. Cantera, p. 42, lee «Aristóteles».

Dijo Tomás:

—Quizá tengan la enfermedad de los carneros, pues afirman algunos naturalistas que tienen un gusano en su cerebro y, para matarlo, se golpean en el testuz unos a otros. Lo realmente cierto es que se trata de una calumnia que lanzan contra ellos, de acuerdo con la naturaleza del enemigo.

Dijo el monarca:

—Ellos son los causantes de que los odien pues no quieren pasarse a nuestra religión.

Exclamó Tomás:

—¡Ved que los judíos son como la antorcha que arde, que se quema y se devora a sí misma, pero ilumina a otros! Cuando tenemos alguna duda, ellos nos iluminan porque conocen la lengua hebrea y su naturaleza, pero van y se destruyen a sí mismos por no escuchar. La conclusión final es que la aflicción del destierro coarta su ciencia y la destruye completamente. Ya se halló en los libros árabes cómo a un rey árabe le había dicho un sabio que el destierro disminuye la inteligencia[7] del desterrado; el monarca quiso experimentar el hecho y mandó que le trajesen dos cachorros de león —porque el león tiene el corazón muy fuerte— ordenando que acotaran un campo y pusieran en él a los dos cachorros, que habían cogido recién nacidos para que fuesen iguales. Dispuso que atasen a uno y el otro anduviera libre en medio de aquel campo, pero dieran a ambos el mismo alimento. Después de algún tiempo, mandó matar a los cachorros y se halló que el corazón del atado era la décima parte del libre.

Entonces dijo el rey:

—Ahora no me sorprende por qué se afirmó de los judíos:[8] «Por el rumor de hojas que vuelan, huirán» pues, según tu teoría, no tienen corazón. Por otro lado, me extraña que tengan el corazón tan fuerte como para preferir dejarse quemar antes que cambiar de religión.

Afirmó Tomás:

—En la naturaleza todas las cosas vuelven a su raíz. Observe, nuestro señor, que el niño hijo del sabio, tan pronto como sabe llamar

---

7. Literalmente, «corazón».
8. Lev. 26, 36.

padre y madre, finge como quien lee en un libro; pero si le muestran una espada, huye porque esto no está enraizado con la naturaleza de su padre. En el caso del caballero, su hijo hace al contrario, pues en seguida procura ceñirse una espada y huir del libro. El hijo del panadero inmediatamente hornea, y el niño, hijo del carpintero, pronto busca herramientas de carpintería. Tal vez así, lo mismo que Abraham permaneció en su creencia y sufrió tormentos en el país de Kuta cuarenta años, arrojándolo en un horno de fuego, los que proceden de su linaje y su creencia tienen aquella fortaleza.

Exclamó el rey:

—¡Esto se les considera como nobleza y gloria, pues no hay gloria semejante a la de parecerse a la rama o el fruto a su raíz, y, aunque envejezcan en el destierro, deben parecerse a sus raíces, pues así hallamos al árbol viejo que sólo muestra su raíz sobre la tierra cuando ha envejecido!

Después se volvió el rey hacia Benveniste y le dijo:

—Estoy muy sorprendido con vosotros, los judíos, pues si el destierro ha destruido vuestra sabiduría, ¿por qué no ha destruido vuestra soberbia?, ¿por qué no os humilláis[9] ante el poder? ¡Vestís ropajes de gente libre, siendo siervos! Vosotros sabéis que únicamente se halla la soberbia entre los humillados.

Dijo el judío:

—Precisamente ésa es la soberbia, pues el humillado procura ser respetado por medio de vestidos magníficos para no caer completamente. Además, nuestro señor, sólo visten ropas caras los jóvenes y las mujeres, y buscar razocinio en los jóvenes y las mujeres es como buscar zorros en el mar y peces en la tierra. ¿Acaso ha visto nuestro rey que yo, tu servidor y toda la administración de Castilla que está en mi mano, haya vestido de seda?

Respondió el rey:

—Porque temes que diga que de lo mío has hecho toda esa riqueza.

Expuso Tomás:

—Cuando visten ropas lujosas, tal vez sea un honor para nuestro rey porque los judíos castellanos son de estirpe real; el león, aunque

9. Literalmente, «disminuye vuestro corazón».

padezca cuartanas,[10] león continúa siendo y ruge como tal; esto afirma también el libro de la Biblia:[11] «Se agazapa y tumba como un león.»

Después de estas palabras, llegó a la puerta de la huerta mucha gente, gritando:

—¡Socorro, oh rey!

Ordenó el monarca que abriesen las puertas, y entró de pronto una multitud diciendo:

—¡Ah, nuestro señor! Ved que nos ha acaecido un suceso sin igual: he aquí que subíamos por la calzada en *procesión*,[12] por la sequía; el arzobispo iba delante de nosotros con el *cáliz*[13] en sus manos, de pronto unos judíos se asomaron a la ventana y arrojaron un balde de orina sobre el *cáliz*.

Dijo el rey:

—Decís una cosa que se sale del límite de la razón.

Contestó el pueblo, diciendo:

—¿Que importa que sea irrazonable, si hay mil hombres que atestiguan lo que han visto con sus ojos?

Repuso el monarca:

—Trataré con mis consejeros de si debo aniquilarlos o expulsarlos.

Por la noche, cuando habló el rey con sus consejeros, dijeron éstos:

—Es conveniente la expulsión para librarlos de un mal mayor, pues sin duda se alzará el pueblo espada en mano por la gloria de Dios, y ¿quién ataría sus manos?, pues el que lo impidiera sería llamado hereje.

Dijo el ministro:

—A pesar de que el hecho se sale del límite de la razón, ¿quién sabe si Dios ha movido sus corazones a ello para tomar venganza de los que pecaron contra su Hijo, y ha sido por Él provocada tal acción?

Exclamó el rey:

---

10. Fiebres.
11. Núm. 24, 9.
12. *Prosesion.*
13. *Qa'lis.*

—¡Escríbase y séllese que al cabo de tres meses salgan de mis reinos!

Fue escrito y sellado. Después increpó el monarca a Tomás:

—¿Por qué estás callado?

Contestó:

—¡Pues después del sello no hay nada! Además, creo que éstas, concretamente, son señales del sueño que tuviste.

Exclamó el rey:

—¡Dios, así parece! Por lo tanto, que no se promulgue el decreto hasta que conozcamos los hechos.

Entonces apareció el hijo del rey; tenía como unos dieciocho años, inteligente, sabio, valiente y de gentil figura, y dijo:

—¡Padre mío, oh rey!, si me lo permitieras, diría una cosa.

Respondió el monarca:

—¡Habla, hijo mío, que vivirás!

Dijo el hijo del rey:

—¿Quién ha visto una cosa como ésta: que a causa de la ira de los insensatos hayas decretado una resolución contra un pueblo, sin ninguna pesquisa? Pues es posible que uno de los extranjeros, enemigos suyos, lo haya hecho y culpe de la acción a los judíos, o tal vez tenga el judío hijos chicos y ellos lo hayan hecho sin que el infeliz supiera nada. Ya se halló en tiempo del rey Don Pedro que un cristiano arrojó un Cuerpo de nuestro Salvador en el escusado de un judío para perderlo. Aunque concedamos que el judío lo hiciera, jamás hemos encontrado a un pastor que, porque se salieran algunas ovejas del aprisco, destruyera a todas ellas, sino que las conduce al rebaño, aprovecha su lana, bebe su leche, come los cabritos y los corderos, mas no abandona a la oveja.

Mandó entonces el rey a llamar al judío y le dijo:

—¿Acaso algunos de vosotros, judíos, escarnece a mi pueblo, puesto que escarnecéis también a mi Dios?

Replicó el judío:

—En quien encuentres que ha hecho a tu Dios lo que le hizo, que no viva. ¿Cómo cabe en inteligencia humana que delante de mil hombres se haya cometido infamia semejante, cuya pena debiera ser poner nuestros cuerpos como una criba?

Preguntó el hijo del rey:

—¿Tienes hijos?

Contestó:

—No.

Le insistió:

—¿Quiénes son tus vecinos?

Respondió:

—A un lado hay un cristiano.

Entonces envió el rey a por él, y vino con su hijo. El cristiano más viejo juró que no sabía nada del caso. Dijo el hijo del rey al muchacho:

—Si me declaras lo que sabes, he aquí que te juro hacerte caballero.

Replicó entonces el joven:

—Temo salir entre sangre; sin embargo, para cumplir tu deseo confesaré a mi señor que yo cometí la maldad, no adrede ni por perfidia, puesto que soy cristiano, sino que mi padre tiene una ventana pequeña que cae a la galería del judío, salté allí porque era el sitio más amplio para mirar, y tropecé con un balde, que era agua limpia, y quien diga otra cosa peca contra su alma.

Se levantó el rey de su trono cuando lo oyó, y exclamó:

—¡Bendito sea Dios, que me ha concedido un hijo más digno que yo de sentarse en mi trono!

Dijeron los cristianos:

—Quizá los judíos hayan sobornado al muchacho para que diga tales palabras.

Respondió el monarca:

—Por esto, el gran Dios me hizo saber todo este caso en el sueño: cómo un cachorro de león salvaría al rebaño; y ningún rebaño está perdido entre lobos si no son estos desgraciados judíos. Desde ahora, apartaos inmediatamente de mí, no sea que salga, como fuego, mi cólera contra vosotros, pues todos los nobles son testigos de que todo esto me fue revelado en un sueño.

Luego dijo el rey a sus nobles:

—¿Qué es ese gran odio que los cristianos profesan a los judíos? ¿Es acaso porque mataron a nuestro Salvador? Tenemos que los árabes los odian aún más, y no mataron a su Profeta; pues he oído que los árabes no les permiten andar por la calzada, sino solamente por la

vereda con los caballos y les llaman *zirbón*, en nuestra lengua *borzni*.[14]

Dijo Tomás:

—Mi opinión es que no mantienen relaciones con ninguna otra nación y las aflicciones hacen que huyan para conservar su religión. Similar al fuego del carbón que, cuando el carbonero quiere que arda, arroja en seguida agua sobre él; la razón es que por naturaleza el fuego se fortalece cuando siente al contrario.

Al cabo de tres días llegaron desde Carrión a la ciudad dos emisarios judíos, contaron cómo los cristianos se habían levantado contra ellos para asesinarlos por el asunto del *cáliz*, habían matado a dos de ellos, y todos los judíos habían huido a la casa del señor, que no estaba allí. El señor tenía un patio grande con una entrada pequeña, que los judíos conocían. Los cristianos los persiguieron entrando por la puerta grande que daba al patio, pero astutamente salieron los judíos por la entrada pequeña y se volvieron al portalón grande, y lo cerraron a los cristianos, después de haber cerrado la pequeña, quedando presos éstos.

Exclamó el rey:

—¡Os fortalecéis pues obrasteis rectamente!

Mandó entonces el monarca un pesquisador y fueron ahorcados diez cristianos, los que se había averiguado que se levantaron primero. Los restantes fueron condenados a nueve meses de prisión. Entonces exclamó el rey:

—¡Alabado sea Dios! Ahora todo el sueño se ha cumplido pues éstos son los lobos que volverían a sublevarse.

Después ordenó el soberano que le trajesen el libro de los anales para que se escribiera el caso de los judíos. Al comienzo se encuentra un relato que dice:

«Dieciocho cosas fueron escogidas. La primera: Jacob entre los patriarcas. La segunda: David entre los reyes. La tercera: Josué entre los conquistadores. La cuarta: el país de los árabes para la pureza de aires. La quinta: Jerusalén para la santidad. La sexta: los judíos para astutos y obstinados. La séptima: el país de los caldeos para la riqueza. La octava: el país de Egipto para el comercio. La novena: el país de Grecia para las ciencias. La décima: Roma para las guerras. La un-

14. Turco.

décima: Nápoles para el fausto. La duodécima: Toscana para la retórica. La decimotercera: Sefarad para la cortesía y la honra. La decimocuarta: Portugal para la navegación. La decimoquinta: Venecia para la organización política y el consejo. La decimosexta: Francia para la religiosidad y el amor. La decimoséptima: Alemania para la belleza y la fuerza. Y la decimoctava: nuestro Salvador por la caridad. Entre las mujeres: Abigail por el ingenio, Ester por la gracia, Ana por la oración y María, nuestra madre, por su pureza.»

Preguntó el rey:

—¿Cómo dice el narrador que han sobresalido los judíos por la obstinación? Ésta es la más sorprendente de las cualidades, y sólo ama al obstinado otro obstinado como él.

Repuso el ministro:

—Es necesaria a las religiones pues con esa obstinación se mantiene su Ley, quizá por esto fueron escogidos; y tal como fueron obstinados para abrazar su religión, así lo son también para perderla. Dicen los sabios españoles: «El que es pronto en el amor es pronto en el odio.»

Dijo Tomás:

—Las palabras del filósofo son que quien acepta un amigo fácilmente, fácilmente lo pierde.

Dijo el rey:

—Lo he oído de otro modo, y es que quien acepta un amigo sin prueba, lo odiará sin prueba también.

Agregó:

—También dijo el narrador que sobresalieron por astutos. ¿De dónde le viene esa agudeza?

Contestó el ministro:

—Su agudeza es astucia y ésta procede de su raíz, esto es, de Jacob, su padre.

Objetó el rey:

—Ved que se dijo:[15] «Jacob era un honrado beduino.»

Agregó Tomás:

—Al principio fue sincero pero al final fue astuto, pues así declaró el naturalista: que el joven sincero sería astuto, y viceversa. Ade-

15. Gén. 25, 27.

más les viene de la necesidad que tienen, mayor que la de cualquier otro pueblo; por eso precisan maquinar proyectos y astucias para aventajar.

Dijo el rey:

—En cuanto a lo esencial del asunto hay contradicciones, pues en qué conoceremos que ellos son sutiles.

Replicó Tomás:

—Puedes, mi señor, indagarlo: llamen ante vos a tres de ellos que sean tenidos por simples y observará la respuesta apropiada en cada asunto.

Entonces mandó el rey que llevasen ante él, del zoco, a los tres primeros que encontraran, y cuando llegaron, preguntó el monarca:

—¿Cuál es vuestro oficio?

Dijeron que uno era sastre, otro cardador, y el otro zapatero.

Continuó el rey:

—Voy a preguntaros algunas cosas, pero no temáis nada pues tan sólo es mi deseo probar la inteligencia de los judíos; si no contestáis convenientemente, vuestro oficio es vuestra disculpa.

Replicaron los judíos:

—Nosotros, como es evidente, no hemos tenido instrucción. ¿Cómo contestaremos a nuestro señor?

Repuso el rey:

—Esto es lo que busco; por ello respondedme de cualquier modo. Primera: he aquí que todos nosotros —mucho más vosotros— debemos conocer a quién servís, como se afirma:[16] «Reconoce al Señor.» Hacedme saber cuál es la naturaleza de ese señor.

Replicó el primer judío:

—Yo contestaré, pero primero he de preguntar a mi señor: cuando se sienta en su trono y cuando se levanta, ¿cuál es el que, en sí mismo, obliga al movimiento y quién al descanso? ¿Cuáles son los nervios que se han propagado? Del mismo modo aquello que afirman que hay en el hombre miembros que cuecen, miembros que dividen y miembros que conducen al alimento. ¿Cuáles son estas clases?

Contestó el monarca:

—¡Oh, estúpido! Si mis dientes, que son parte descubierta, no co-

16. Jer. 31, 34.

nozco, ¿cómo podré conocer las partes de mi cuerpo cubiertas por la piel y la carne?

Contestó el judío:

—Oigan sus oídos pues has hablado rectamente, porque así dijo David:[17] «Me conoces cuando me siento o me levanto.» Si esto no conoces, ¿cómo conocerás a Aquel que mora encima de diez cielos, y de quien se ha dicho:[18] «Tiniebla y nube lo rodean»?

Respondió el segundo:

—El Creador es un rey excelso, cuyos pies llegan hasta la tierra.

Objetó el soberano:

—¡Cuánto se ha apartado este simple de la razón! ¡Qué representación totalmente material de Dios tiene en su cerebro desconcertado! También, según sus palabras, es necesario que se crea que Dios anda descalzo pues toda la lana de los animales no bastará para sus piernas, ni sus pieles serán suficientes para sus zapatos.

Estaban en esto cuando llegó Don Yosef ha-Nasí,[19] al cual dijo el rey:

—¿Has visto a ese estúpido que afirma que los pies de Dios llegan hasta la tierra?

Dijo ha-Nasí:

—No se admire nuestro señor pues él no estudió jamás y el pobre ha seguido lo literal del versículo que dice:[20] «Y la tierra, el estrado de mis pies.»

Afirmó entonces el judío:

—Todo depende de la suerte: encontramos que todos los cristianos creen en la absoluta materialidad de Dios, la materialidad de la carne.

Apuntó el rey:

—¡Ah, estúpido! Nosotros creemos en esto porque Dios necesitaba expiar el pecado de la carne y por eso se revistió de la carne a fin de que ésta recibiese el castigo y entonces serían perdonados todos los pueblos pecadores, pero el Creador es simple de una simplicidad perfecta.

---

17. Sal. 139, 2.
18. Sal. 97, 2.
19. Don Yucaf de Écija. Cfr. § 8, nota 1.
20. Is. 66, 1.

Contestó el judío:

—El Creador es un ser vivo, pero no como nuestra vida; sabio, mas no como nuestra sabiduría; poderoso, sin embargo, no como nuestro poder.

Replicó el rey:

—En esto no has dicho ninguna predicción.

Respondió el judío:

—¿Pues cómo afirmaré lo que no han podido los profetas? Moisés dijo:[21] «¿Qué Dios hay en el cielo que obre tus hazañas?», y Jeremías afirmó:[22] «Entre todos los sabios de las naciones... nadie como Tú.» Ved que todos ellos sólo han hablado en forma negativa, no afirmativa. Si tú me hubieses preguntado acerca de tu Dios, de lo que he visto pintado, te habría dicho: sus ojos penetrantes indican inteligencia, su rostro delicado revela sabiduría, y su barba partida demuestra pensamiento y astucia.

Dijo el ministro del rey:

—Éste merece ser quemado, puesto que ha afirmado que nuestro Dios es astuto y artificioso.

Repuso el monarca:

—Merece honra pues ha dicho la verdad. La madre de nuestro Salvador era judía y de ahí le venía la astucia; pero la parte divina que había en Él sobrepasó su cuerpo y fue lo que fue.

Segunda pregunta:

—Han afirmado vuestros sabios que desde la tierra hasta el firmamento hay un camino de quinientos años. ¿Cómo saben ellos esto?

Respuesta del judío:

—Yo he oído decir al sabio Tomás que entre los doce planetas existe uno cuyo volumen es ciento sesenta veces mayor que el de la tierra. Quien midiera con el puño aquel volumen, midió también con sus pies el camino de la tierra al firmamento.

Indicó el rey al segundo que contestara. Dijo:

—Mi sabiduría no llega en esto sino lo que permite la ocupación de un cardador.

Ordenó al segundo que respondiese, y dijo él:

---

21. Deut. 3, 24.
22. Jer. 10, 7.

—No poseo boca para contestar cuando he errado la primera vez, y no tomé el consejo de David que enseñó:[23] «Pondré una mordaza en mi boca.»

Dijo el ministro:

—Ésta es más dura que la primera.

Tercera pregunta:

—¿Cómo procede del sol un calor tan grande, si en él no hay calor? ¿Podrás dar en tu vida algo que no hay en ti?

Respuesta:

—He oído que no procede del sol, sino que éste gira alrededor de la esfera del fuego y de allí procede el calor, que es un calor apropiado para los seres vivos y es nuestra vida.

Dijo el rey:

—¿Y de dónde sacas que es tu vida?

Respuesta del judío:

—De que veo que a todo enfermo, por la mañana, le decrece su mal porque sale el sol, y por la tarde le arrecia la enfermedad.

Añadió el rey:

—Me parece que eres médico.

Repuso el ministro:

—He oído que él es de los discípulos de Galeno.[24]

Replicó el judío:

—No, mi señor, pero mi abuela, cuando hilaba a la luz de la luna, hablaba, y yo escribía en mi libro cosas milagrosas; también mi mujer lo sabe.

Contestó el rey:

—¡Qué inteligencia tendrá el hombre que sale del seno de su madre y va al de su mujer!

Cuarta pregunta:

—Puesto que la grasa y la sangre os fue prohibida porque era la ofrenda de vuestro Dios, ¿por qué no la coméis hoy?

Repuso el primer judío:

—Porque mañana se reconstruirá el Templo y después de que lo hayamos practicado, pecaremos con ello.

---

23. Sal. 39, 2.

24. El médico más famoso de la Antigüedad y el más influyente en la medicina del Medievo.

Exclamó el rey:

—¡Ojalá se realice esto al final del año! ¡Cuánto se han hundido vuestras inteligencias en esta esperanza! Dijo el profeta:[25] «Cayó y no se alzará la doncella de Israel.»

Repuso el judío:

—Su interpretación es que no se parecería más a una doncella que aún no se ha casado ni ha sido sometida a hombre alguno, pues a nosotros ya nos han sometido reyes; y esto es lo que manifestó el profeta:[26] «Nos dominaron señores distintos de ti.»

Dijo el monarca:

—Sería conveniente que pintarais en la entrada de Jerusalén lo que hicieron los napolitanos; quienes, antes de haber sido sometidos, pintaron en la entrada la imagen de una doncella y, después de sometidos, la figura de la albarda para denotar que habían sido dominados como asnos.

Respondió el judío:

—Ya han vuelto los *napolitanos*[27] a su imperio.

Quinta pregunta:

—¿Por qué domina más el sueño en la noche?

Replicó el judío:

—Porque el frío es más fuerte y el calor huye de él hacia el corazón, pues es su contrario, y ocasiona el sueño.

Dijo Tomás:

—Así es, y por eso en el verano el calor sale del corazón, se junta con el calor externo, es liberado el corazón libre y no se duerme. Uno de los tormentos que aplican los reyes de Portugal es poner al malhechor cerca de una hoguera y no dejarle dormir.

Sexta pregunta:

—¿El alma muere o no?

Respuesta:

—No muere, porque no es de los elementos que prevalece uno sobre otro y muere; pero recibirá un amargo castigo.

Exclamó el rey:

---

25. Am. 5, 2.
26. Is. 26, 13.
27. *Napolita'nos.*

—¡Oh, estúpido! ¿Acaso todo el mundo conviene en que no existe ningún ser infinito fuera de Dios? A tu parecer, también el alma.

Contestó el judío:

—En cuanto a su comienzo es finita, pues fue creada y tuvo principio.

Objetó el monarca:

—¿No han afirmado vuestros sabios: «Las cosas nacidas para morir»?

Dijo el judío:

—Quiso decir que están en posibilidad de morir, si Dios quiere; pues no se afirmó: «Las cosas nacidas morirán.»

Dijo el rey:

—Esto basta para lo que deseábamos probar. ¡Bendito sea el que eligió a éste! Pero en todo caso yo me admiro de cómo responden con disquisiciones en lo que hay algo de ciencia, sin haber estudiado.

Expuso Tomás:

—Ellos son muy inclinados a escuchar; en esto son como los jóvenes pues ¿por qué el joven recuerda más que el viejo? Porque se admira de todas las cosas y la cosa admirada produce huella en la memoria.

Después preguntó el rey:

—¿Por qué fue elegido David para rey y no lo fue Saúl, en quien vemos una piedad admirable, pues no quiso matar a los niños de Amalec, y vemos asimismo santidad, porque le había dicho Samuel[28] que al día siguiente morirían él y sus hijos y, no obstante, no dejó de partir a la guerra, como quien va a una boda?

Contestó Tomás:

—Si hubiera pedido y suplicado perdón a Dios, le habría atendido; en cambio, David lloró en seguida y Dios lo perdonó.

Dijo el rey:

—Ahora sé la razón por la que los judíos son respondidos cuando piden durante la escasez de lluvias.

Replicó el ministro:

—Yo no lo entiendo así, sino que Dios los odia y, para que no vuelvan ante Él, les concede su petición.

---

28. I Sam. 28, 18-19.

§ 71

Relato de lo que ordenó el rey al preceptor sobre la dirección de su hijo

Dijo así:

Preceptor, has de saber que el muchacho pequeño es como el árbol tierno que, si se le coge una de sus ramas, se dobla en seguida; pero cuando se ha fortalecido, se rompe pero no se dobla. Dijo Nicolao[1] que ésta es la interpretación de[2] «Corrige a tu hijo mientras hay esperanza»; la razón de cuando es un muchacho, es porque entonces hay esperanza de que admita corrección.

Primero. — Aléjalo de la mentira, pues no existe entre todas las clases de vicios ninguno como la mentira y la pobreza; ésta produce todo género de bajezas, pero dice el sabio que es mejor que aquélla, pues se dijo:[3] «Más vale pobre que mentiroso.»

Segundo. — Prohíbele el escarnio, porque es la mordedura del perro: no produce sensación al principio, pero al final mata.

Tercero. — Apártalo del vino pues, según mi parecer, se debería matar al borracho antes que al adúltero; pues es preciso que el hombre, según sus necesidades, añada entendimiento a su entendimiento, y el vino disminuye el que Dios le ha concedido.

Cuarto. — Aléjalo del alimento pesado y graso. Tengo necesidad de advertírtelo porque tú eres de raza judía,[4] la cual come carne de buey. ¡Me asombra cómo no lo lleva su naturaleza al campo y ara allí con él, puesto que es su hermano! También le prohibirás el comer ajos, pues es propio de tu raza. Afirma el naturalista que el alimento pesado hace que prevalezca el humor que se parece a la esencia de aquel alimento, y produce la fiebre pútrida. Dijo un poeta:[5] «¿Quién se escapará de la enfermedad de la vejez y quién se curará de la enfermedad de las grasas?»

---

1. Nicolás de Lira, franciscano francés (1265-1379). Cfr. § 7.
2. Prov. 19, 18.
3. Prov. 19, 22.
4. Véase nota 1.
5. No sabemos a quién se refiere.

Quinto. — Le enseñarás a ir temprano a la iglesia. Yo alabo a los judíos que hacen madrugar incluso a los niños; por el contrario, de los cristianos sólo madrugan las viejas y los cojos. Dijo el sabio:[6] «El freno de todas las pasiones es la oración.»

Objetó el preceptor:

—Pero yo temo que, si lo corrijo, haga lo que hizo un príncipe a Séneca,[7] su maestro, porque lo había corregido.

Exclamó el monarca:

—¡Yo soy fiador!

Repuso el preceptor:

—¡Ojalá se te multipliquen los años de vida! Pero, si te fueses al Paraíso, ¿iría acaso allí a buscar al fiador?

Dijo el rey:

—Cuando lo castigues, no muestres semblante iracundo como el que se venga, sino afable como quien corrige para el porvenir.

Apuntó el monarca a Tomás:[8]

—He dado muchas instrucciones, aunque creo que las cualidades están determinadas por la hora del nacimiento.

Apuntó Tomás:

—Los pitagóricos no piensan así, sino que afirman lo siguiente: «Si conociera el hombre el momento en que fue engendrado, conocería todos los sucesos que le acontecieron estando en el seno materno; y si conociera el momento de su nacimiento, conocería todos los acontecimientos que le sucederán hasta entregar su espíritu.» Pero las cualidades —mantienen ellos— están determinadas por el hábito, aun cuando también influyan los astros y la naturaleza.

Dijo el rey:

—¿Qué mantienen los pitagóricos sobre si los cielos tienen voz?

—Afirman que la tienen, y que es extremadamente dulce. Mas se cuestionaron que, así como nos llega de ellos el calor, por qué no llega la voz. Es un argumento razonable.

---

6. *Bet Middot* de R. Yehi'el b. Yequti'el.
7. Nerón (?).
8. Nicolás de Lira, convertido en el polemista Tomás. Cfr. § 7.

§ 72

Historia de un hombre, llamado salvaje,[1] *con el rey*

En el año segundo del rey Enrique,[2] trajeron a su presencia a un *salvaje*, cuyo aspecto era éste: el pelo de la cabeza le llegaba hasta las rodillas, su barba hasta el vientre y las cejas eran como de un palmo. Hasta pasados seis días sólo pudo comer yerba y, después del sexto día, se acostumbró un poco al pan y comenzó a hablar comprensiblemente. Entonces le dijo el rey:

—¿Cómo te llamas?

Contestó:

—Don Enrique de Mendoza.[3] Me senté a la mesa de tu padre, mas porque le aconsejé que desterrara a los judíos, me desterró a la isla de la que he sido recogido.

Exclamó el rey:

—Es verdad; ahora recuerdo que te preguntó mi padre algunos asuntos científicos.

Afirmó el *salvaje*:

—Así es, y sobre el asunto de la Creación del Universo compuse un libro.

Agregó el monarca:

—Yo me asombro de cómo los cristianos, los judíos y los musulmanes coinciden en la Creación, aunque ésta sea una cosa sobre la que no existe prueba alguna, como escribió Aristóteles.

Replicó el *salvaje*:

—No tenía Aristóteles ninguna prueba sobre la antigüedad, pues se expresó así: «Todos los sabios que me han precedido convienen en la Creación, excepto Platón, etc.» Si hubiera tenido una prueba, no habría continuado afirmando que lo creen todos los sabios. Pero no desdice que no lo crea Aristóteles.

Interrogó el monarca:

---

1. *Śa'lbage*. A lo largo del relato aparece transcrito *śa'lba'ge* o *śalba'ge*.
2. Otro rey Enrique que aparece en esta obra es Enrique III. Véase § 49.
3. Personaje desconocido.

—¿Cuál es tu opinión acerca de la Providencia sobre los animales?

Contestó el *salvaje*:

—Ya escribió el *bachiller* de la Torre,[4] diciendo: «Por la Creación conocemos a la Providencia, pues Dios dio garras y colmillos a los animales salvajes que necesitan carne, a las aves marinas patas palmeadas para nadar y un pico largo para alcanzar los gusanos, y a las aves de la tierra patas largas para que pudieran atravesar el cieno; también dio al ave larga cola para que le ayudase a volar y le sirviera de guía —como a la nave es el timón, que se llama *gobernallio*[5]— y más caridad a las hembras que a los machos para criar a los hijos y contener sus llantos, a excepción de la *onza*[6] y la leona, que carecen de caridad. El león y el gato preparan emboscadas como los reyes en las guerras.

Dijo el rey:

—¿Existe la Providencia entre los judíos después que pecaron?

Afirmó el *salvaje*:

—La Providencia entre ellos es más asombrosa, dado que están en el sumo grado de la bajeza.

Replicó el rey:

—Los malditos judíos no alaban nuestras buenas costumbres como nosotros las suyas, pues he oído que arrojan el cuchillo de la mesa porque con él fue bendecido Esaú y no quieren asociarlo con su bendición.[7] Ciertamente no se alejan ellos tanto de nosotros como nosotros lo estamos.

Respondió el *salvaje*:

—Cuando yo fui como embajador al reino de Aragón, encontré un hombre sabio y entendido en enigmas, llamado Ben Dina,[8] que me dijo que el motivo era cumplir el mandato de Esaú, que decía:[9] «Quédate con lo tuyo —es decir, el trigo y el mosto—, déjame mi bendición —esto es, la espada—.» Por eso en su bendición del alimento le conceden su espada y dan a cada uno lo suyo.

---

4. *Bagiller. Visión delectable de la filosofía y artes liberales, metafísica y filosofía moral* del bachiller Alfonso de la Torre.
5. *Gobernalio.*
6. *'Onsa.*
7. La bendición de la comida.
8. Nombre de una familia judía de Aragón.
9. Gén. 33, 9.

Profirió el rey:

—Quédate conmigo y te honraré.

Repuso el *salvaje*:

—¡Aunque me dieses tu palacio lleno de plata no me quedaría! ¿Dónde existe el ansia de buscar alimentos, de los que se cansa la naturaleza al digerirlos, sino en la mesa de los reyes? ¿Dónde la búsqueda de vestidos hasta los confines de la tierra, para buscar las pieles de animales, sino entre vosotros? ¿Dónde las concupiscencias de mujeres y criadas, vestidas de bordados, bailando ante vosotros, mientras Satán baila en vosotros? ¿Dónde tocan los músicos, no para narrar las alabanzas del Señor, sino para celebrar los pechos de la mujer y cantar amoríos? ¿Por qué buscáis lo que es propio para el caballo y el asno, pero al hombre es muy odioso?

Objetó el rey:

—¿Acaso no está escrito en el libro de los judíos que lo que conviene al rey son manjares delicados, perfumes, vinos, flor de harinas, palacios, jardines, huertas, bordados, princesas, servidores, bailarines, poetas, centinelas, atalayas, armas, caballos, plata y oro?

Declaró el *salvaje*:

—Por esto murieron todos aquellos reyes en pocos años y así te sucederá a ti, si no rectificas.

El monarca se indignó por sus palabras y ordenó a sus servidores que le cortaran la cabeza con un puñal. En el momento de su muerte exclamó:

—Como hice a dos judíos en el camino de Valencia, así hacen conmigo. ¡Bendito sea el juez justo. Amén!

§ 73

Escrito que envió el inteligente príncipe y jefe de los nobles R. Mešulam, varón romano, a todas las comunidades del Estado pontificio y del reino de Nápoles, comunidades que empuñaron las armas por Dios y por su Ley[1]

Sabed que el grande y auténtico Salvador, el que estuvo con noso-

1. Šoḥet, p. 227. Personaje no conocido por otro documento.

tros en la antigüedad, permanece siempre dispuesto a salvaros. El día primero de Navidad[2] vinieron ante nuestro señor, el Papa, dos príncipes, embajadores del rey, rey de Sefarad,[3] a pedir al Pontífice que consintiera en desterrar a los judíos que había en su reino; que los desterrase él primero, como correspondía a la persona que ocupaba el lugar de Jesús, e inmediatamente todos los reyes después, porque los judíos eran malvados y habían pecado mucho contra Dios y su Hijo, al que mataron. Pero el Papa, hombre piadoso y amante de la justicia, les contestó diciendo:

—Me maravilla la inteligencia de los reyes de nuestro tiempo, pues se afligen porque los judíos son malvados y pecan contra Dios. ¿Acaso los reyes son tutores que están en lugar del Dios de los cielos? ¡Castíguelos Dios, que los creó, tal como hizo antes de que existieran los reyes! Si se lamentan de que entre los judíos haya hombres pecadores, yo me lamento porque hay entre ellos hombres buenos, pues he observado en todas las narraciones de los césares de Roma que en el tiempo en que los judíos no solían observar su ley, en seguida cayeron pero, cuando la guardaban, se fortalecían un poco sobre los romanos.

Respondió el Gran Cardenal, segundo después del Papa, diciendo:

—Si desean los reyes de Sefarad desterrarlos, no es porque sean pecadores, sino para que no hagan a sus vecinos pecadores y malvados como ellos. Así hallamos que a los judíos, cuando estuvieron en Egipto, los egipcios, que eran muy perversos, los hicieron perversos como ellos. Así se dice en el libro de la Biblia:[4] «Los egipcios nos hicieron malos», lo cual quiere decir que les enseñaron sus malas costumbres porque, si con ello se afirmara que les maltrataron, ¿por qué dice a continuación «y nos atormentaron»?; porque tras el tormento no cabe mal alguno, pues todos los males están en él. Del mismo modo se dice en el libro de la Biblia:[5] «No nos dejarás habitar en tu país, no sea que te arrastren a pecar contra mí.»

Dijo el Papa:

---

2. *Na'tal.*
3. Embajada española en 1493 enviada al papa Alejandro III, por la cuestión de los conversos.
4. Deut. 26, 6. L. A. Schökel traduce: «nos maltrataron».
5. Ex. 23, 33.

—Después de que hayáis empezado a hablar del asunto de los egipcios, una duda ha invadido mi corazón. El libro de la Biblia afirma:[6] «Para hacer justicia en sus dioses.» Puesto que Dios ha enseñado que no le agradan las imágenes, ¿cómo las adoramos nosotros?

Respondió el Cardenal, diciendo:

—Nuestras estatuas no se parecen a las suyas, pues las nuestras son figuras de los santos que siguieron a Jesús y son como las de los querubines que había en el Sancta Santorum; pero los ídolos de Egipto se asemejan a las estrellas de los cielos que, según su fuerza y poder, rigen al hombre, y es posible que piensen que son divinidades; por eso las prohibió el libro de la Biblia. Pero quien se postra ante una imagen de Pablo, no se arrodilla porque sea un Dios, pues ya sabe que fue un hombre como nosotros. Además, tenían los egipcios otro culto, que era el culto a los primogénitos, y se sabe por sus narraciones que el padre y el hijo besaban las manos del primogénito, pues afirmaban que se parecía a Dios, pues era el primogénito, y, después de morir éste, pintaban su imagen en la pared de sus habitaciones privadas y lo adoraban.

Dijo el Papa:

—¡Ésta es una razón evidente! Volvamos a nuestro asunto, ya que no veo culpa en los judíos para desterrarlos, pues los que desean ser malvados, ya encontrarán entre los cristianos de quien aprender, aunque no encuentren judíos.

A continuación se esforzaron todos los príncipes y algunos cardenales, pero no pudieron convencer al Papa, hasta que uno de los cardenales se puso de acuerdo con sus servidores para que imputasen a los judíos que uno de ellos había robado un crucifijo de plata de la iglesia de los cristianos. Encontraron testigos a voluntad y lo ahorcaron. Llegaron los cardenales y refirieron el hecho al Papa; entonces el Pontífice exclamó:

—Esta mala acción demuestra la perversidad judía, pues aquel judío no expuso así su vida por juego, sino por un motivo religioso, esto es, por desprecio a nuestras imágenes y para derretirla en el fuego. Por lo tanto, no sólo decreto el destierro, sino aún más: que a los niños y niñas pequeños los bauticen inmediatamente, y a los adultos,

6. Núm. 33, 4.

si quieren, bien, y si no, sean pasados a espada. Pero sus riquezas queden para sus herederos, pues no es mi parecer en esto como el de los reyes.

Ordenó el Papa promulgar el decreto.

Aquella noche, estando el Gran Cardenal en su mesa, gritó:

—¡Mi cabeza, mi cabeza!

Cayó a tierra y expiró. El Papa dijo a sus consejeros:

—Temo que quizá haya sido castigado el Cardenal porque habló contra los judíos.

Mandó a sus servidores que no promulgaran el decreto con trompetas hasta que lo oyeran por segunda vez. La segunda noche, después de esto, fueron invitados todos aquellos príncipes, los cardenales y embajadores que habían llegado por el asunto del destierro, al banquete del Cardenal que habían nombrado en lugar del Gran Cardenal. Aquella misma noche hubo en Roma un fuerte terremoto, cual nunca había ocurrido, pero no se cayó ninguna casa ni causó ningún daño. Sin embargo, la casa del banquete, con todos los príncipes y cardenales, se desplomó, muriendo todos ellos sin que se salvara uno.

Cuando el Papa oyó estos sucesos, reflexionó y dijo:

—Esto ha sucedido sólo porque calumniaron a los pobres judíos.

Mandó que prendiesen a aquel que había lanzado la acusación sobre el hurto del crucifijo, le aplicaron tormentos y confesó que había sido una calumnia por mandato del Gran Cardenal. Entonces manifestó el Pontífice:

—Ahora pienso que lo que se afirma de que los judíos mataron a Jesús es todo una calumnia. Y como quiera que sea, yo observo que Dios actúa por ellos y, si Él no tuviese una razón, no lo haría porque es un Dios justo. Por esto yo amo a los amados por Dios y los que le buscan me encontrarán, y muera mi alma con los buenos que hay entre ellos.

Mandó entonces hacer pedazos el decreto y que el calumniador fuese quemado en el fuego. De entonces en adelante honró a los judíos y satisfizo su deseo y voluntad. Todos los días de su vida permanecieron en paz y ninguno perturbó el descanso ni ocurrió calamidad alguna.

¡Alabado sea el que salva al desgraciado del más poderoso que él!

ÍNDICE ANALÍTICO

1. Persecución en tiempos de Marco Antonio y Cleopatra . . . 21
2. Persecución en tiempos de Ben Sira 23
3. Persecución del 303 d. C. en Persia 24
4. Surge el movimiento almohade 25
5. Yosef ibn Nagrela y la matanza de Granada de 1066 27
6. La revuelta de los pastores 28
7. Conversación entre el rey Don Alfonso y el sabio Tomás . . 35
8. El rey Don Alfonso. Falsa acusación de asesinato 71
9. Decretos de Sisebuto 80
10. Historia de Don Yosef de Écija 83
11. Persecuciones en Provenza, Italia y Persia 91
12. Martirio del niño de Ocaña. Discurso de un delegado judío ante el Senado romano 94
13. Arenga antijudía de un fraile portugués 98
14. Persecuciones en Roma en tiempos de Roberto de Nápoles . . 100
15. Matanza en Monzón 103
16. Acusación de crimen ritual en Castilla 104
17. Conversación entre el rey de Francia y un dignatario musulmán 106
18. La expulsión de Inglaterra 111
19. Persecuciones en Nápoles, Trani y Bari 113
20. Francia (Inglaterra): Historia del fraile converso 115
21. Francia: Destierro de 1286 118
22. Francia: Destierro de 1254 119
23. Francia: Destierro de 1304 120
24. Francia: Muerte de Felipe el Desterrante y vuelta de los judíos 120
25. Francia: Nuevo destierro de 1322 121
26. Persecuciones de 1348-1349 en Aškenaz, Alemania, Provenza y Cataluña 122
27. Persecuciones de 1390 en Castilla, Aragón y Cataluña . . . 124
28. Persecución en Grecia (Turquía) 125
29. Castilla: Falsa acusación por el asesinato de Pedro Guzmán . 126

30. Persecuciones en Berbería y Oriente en la época almohade (1146-1147) 129
31. El falso mesías David el-David (1149) 130
32. Falso mesías en Persia. Disputa, ante el rey Don Pedro, del sabio Nicolás de Valencia y Efraim b. Sancho. Discurso de Josefo ante las murallas de Jerusalén. Disputa de un cristiano y un judío ante el rey Don Alfonso de Portugal 135
33. Persecución en Fez 160
34. Aškenaz: Intento de conversión forzosa y quema de la ciudad 160
35. Aškenaz: El sabio judío y el príncipe de la ciudad de Baudun quemados 161
36. Aškenaz: Suicidio de una comunidad 162
37. Granada: Matanza en el reino nazarí (1475) 163
38. Jerez de la Frontera: Acusación de «rescatar» el cadáver de un converso 164
39. Conversaciones en Roma 167
40. La Disputa de Tortosa 168
41. Disputa ante el Papa de fray Pedro y unos delegados judíos . 189
42. Babilonia: Ritual de nombramiento del Nasí y su abolición . 204
43. Centro Europa: La llamada persecución de los leprosos de 1321 208
44. Castilla: Intento de expulsión. El fraile y la reina 208
45. Cataluña: Persecuciones de 1393 210
46. Roma: Intento de expulsión de 1412. El Papa y la reina de Castilla 210
47. Castilla: Persecuciones de 1391 en Toro, Logroño, Carrión y Burgos 211
48. Carta de Šem Ṭob sobre las destrucciones de 1390-1391 de las aljamas andaluzas y castellanas 212
49. Don Juan II de Castilla y el decreto de limitación de oficios de 1406 213
50. Preludio de la expulsión. Matanza de Toledo 215
51. Decreto de expulsión de 1492 216
52. Los desterrados expulsados de las naves 218
53. Los desterrados en Fez: La doncella violada 219
54. Les desterrados en Fez: Venta de los hijos 220
55. Los desterrados en Salé: Rapto de los jóvenes 220
56. Los desterrados en Génova: Conversiones masivas 221
57. Los desterrados en Roma: Problemas con sus correligionarios 221
58. Los desterrados arrojados de una nave y rescatados 222
59. Persecuciones en Portugal 223
60. Matanza de Lisboa de 1506 225

61. Acusación de martirologio y milagro del cabalista Don Šelomoh ha-Leví 227
62. La Inquisición en Sevilla. Don Yehudah ibn Verga 227
63. Conclusiones del autor sobre la causa de los padecimientos de los judíos 228
64. Conversación entre el rey Don Alfonso y Versoris. Descripción del Templo. Rescate de los judíos de Málaga 230
65. Conversación entre el rey Don Alfonso de Portugal y Don Yosef ibn Yaḥya 253
66. Desterrados a Fez 259
67. Persecución en Amasya 259
68. Milagro de Egipto 261
69. Relación de diversas persecuciones 263
70. Sueño del rey Don Alfonso de Sefarad 270
71. Lo que ordenó el rey al preceptor sobre la dirección de su hijo 287
72. El rey y el hombre *salvaje* 289
73. Escrito de R. Mešulam a las comunidades de los Estados Pontificios y del reino de Nápoles 291

FUENTES

'Abd Allah, *El siglo XI en primera persona. Las memorias de 'Abd Allah, último rey zirí de Granada*, ed. y trad. E. García Gómez-E. Levi-Provençal, Madrid 1981.

Abraham de Torrutiel, *Libro de la Tradición*, trad. J. Bages, Granada 1922.

Abraham ibn Daud, *Libro de la Tradición (Sefer ha-Qabbalah)*, intr., trad. y notas Lola Ferre, Barcelona 1990.

Anonnymo, *Apologia em abono dos christãos cognominados novos deste reyno de Portugal; dedicada a santidades de Urbano VIII, Pontifice Supremo*, 1624 (Ms. Sr. Joaqim Martins de Carvalho).

Benjamín de Tudela, *Libro de viajes*, trad., intr. y notas José Ramón Magdalena, Barcelona 1982.

Bensabat, A. M., *Uma carta de lei inédita de D. Alfonso V onde, entre outros assuntos, se trata das judaiarias portuguesas*, Lisboa 1926.

Bernáldez, A., *Historia de los Reyes Católicos*, *BAE*, vol. 70, Madrid.

Chronica do Serenissimo Senhor rei D. Manuel, ed. D. de Goes, Lisboa 1874.

«Chronicas dos Senhores Reis de Portugal», *Collecçäo de Ineditos da Historia Portugêsa publicados pela Academia real das sciencias de Lisboa*, ed. C. Rodrigues Acenheiro, Lisboa 1824.

Chrónica de Alfonso XI, *BAE*, vol. 66, Madrid 1875.

De rebus Emmanuelis Regis Lusitaniae invictissimi, ed. H. Osorius, Conimbricae MDCCLXXXXI.

Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*, trad. J. Martín Cordero, Barcelona 1972.

García Albiol, S., «Las piedras preciosas en el *Ša'ar ha-šamayim* de Geršom ben Šelomoh y sus paralelismos en el *Lapidario* de Alfonso X el Sabio», *MEAH*, XXXIX, fasc. 2, 85-103.

Ibn al-Jatib, *El parangón entre Málaga y Salé*, trad. E. García Gómez, Barcelona 1976.

Medieoeval Jewish Chronicles, ed. A. Neubauer, Oxford 1887.

Mošeh ben Maimon, *Sobre el Mesías (Carta a los judíos del Yemen), Sobre astrología (Carta a los judíos de Montpellier)*, intr., trad. y notas J. Targarona, Barcelona 1986.
— *Cinco epístolas de Maimónides*, intr., trad. y notas M. J. Cano-L. Ferre, Barcelona 1988.
— *Guía de los perplejos (Moreh nebukim)*, trad. y notas D. Gonzalo Maeso, Madrid 1984.
Natan ha-Babli, *Seder Olam Zuta*, en Abraham Zacuto, *Sefer Yuḥasin ha-šalem*, ed. H. Filiposwki, Londres-Edinburgo 1875.
Pirke R. Eliezar. Los capítulos de R. Eliezer, trad. M. Pérez, Valencia 1984.
Rašı, *The Commentary of Rashi on the Pentateuch by R. Salomon Yitzhaki*, ed. M. R. Lehmann, Nueva York 1981.
Schirmann, H., *Ha-širah ha-'ibrit bi-Sfarad u-be-Provensa*, Jerusalem-Tel Aviv 1954-1960.
Sefer Yosippon, ed. D. Flusser, Jerusalem 1981.
Šemuel Usque, *Consolaçam as tribulaçoes*, Ferrara 1552.
Yehudah al-Ḥarizi, *La asamblea de los sabios. Ha-Taḥkemoni*, traducción C. del Valle, Murcia 1988.
Yehudah ha-Levi, *Cuzary*, trad. J. Imirizaldu, Madrid 1979.
Yišḥaq Abravanel, *Peruš 'al ha-Torah. Peruš 'al Nebiim u-Ketubim*, Tel Aviv 1960-1964.
Yosef ha-Kohen, *El valle del llanto ('Emeq ha-Bakha). Crónica hebrea del siglo XV*, intr., trad. y notas P. León, Barcelona 1989.

ESTUDIOS SOBRE *LA VARA DE YEHUDAH*

Baer, Y. (F.), *Untersuchungen über Quellen Komposition des Schebet Yehuda*, Berlín 1923.

Birnfeld, S., *Sévet Jehuda; Selomo Ibn Verga krónikája*, Budapest 1934.

Cano, M. J., «El mesianismo en el Šebeṭ Yehudah de Šelomoh ibn Verga», *Actas III Simposio Bíblico Español (I Luso-Español)* (en prensa).

— «Los judíos andaluces en la *Vara de Yehudah* de Ibn Verga», *Actas Coloquio Historia. Almería entre culturas, siglos XIII al XVI* (en prensa).

— «Los judíos en el Reino de Aragón en *La vara de Yehudah* de Ibn Verga»,, *Actes del Ier. Colloqui d'Història dels jueus a la Corona d'Aragó* (en prensa).

Loeb, I., «Le folk-lore juif dans la chronique du Schebet Jehuda d'ibn Verga», *REJ*, XVII, 1888, 87 ss.

Riera i Sans, J., *La crònica en hebreu de la disputa de Tortosa*, Barcelona 1974.

BIBLIOGRAFÍA[1]

Oriente y países árabes

Avi Yonah, M., *The world History of the Jewish People. 1: Ancient times. VII: Herodian Period*, Jerusalem 1975.

— *The world History of the Jewish People. 1: Ancient times. VIII: Society and Religion in the Second Temple Period*, Jerusalem 1975.

Baron, S. W., *Historia social y religiosa de los judíos*, Buenos Aires 1968.

Malamot, A. y otros, *Historia del pueblo judío. I: Desde los orígenes hasta la Edad Media*, Madrid 1988.

Schürer, E., *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Madrid 1985.

Italia

Berliner, A., *Geschichte der Juden on Rom von den ältesten Zeiten bis zur Gegenwart*, Frankfurt 1893.

Gabrieli, G., *Italia Judaica*, Roma 1924.

Milano, A., *Storia degli ebrei in Italia*, Torino 1963.

Roth, C., *The History of the Jews in Italy*, Philadelphia 1946.

Volgestein, H. & Rieger, P., *Geschichte der Judem in Rom*, Berlin 1895-1896.

Inglaterra

Abrahams, B. L., *The Expulsion of the Jews from England in 1290*, Oxford 1895.

Abrahams, I. & Stokes, H. P., *Starrs and Jewish Charters Preserved in the British Museum*, Cambridge 1930-1932.

1. La bibliografía sobre el tema es extensísima, por lo que aquí sólo se incluye la citada.

Adler, M., *Jewish in Medieval England*, London 1939.
Davis, M. D., *Shetaroth: Hebrew Deeds of English Jews before 1290*, London 1882.
Roth, C., *A History of the Jewish in England*, Oxford 1964.

Portugal

Barros, H. de Gama, *Historia sa administração publica em Portugal nos seculos XII a XV*, Lisboa 1885.
Herculano, A., *Da origen e estabelecimiento da Inquisição em Portugal*, Lisboa 1854.
Kayserling, M., *Geschichte der Juden in Portugal*, Leipzig 1867.
Lindo, E. H., *The History of the Jews of Spain and Portugal, from the earlist time to their final expulsion from those kingdom and their subsequent dispersion...*, London 1848.
Mendes dos Remedios, J., *Os judeus em Portugal*, Coimbra 1895.
Monteiro, Fr. Pedro, *Historia da santa Inquisição do reino de Portugal e suas conquistas*, Lisboa 1749.
Santos Somões, J. M., *Tomar e a sua judaria*, Tomar 1943.

España

Amador Calzas, J. J., *Curiosidades históricas de Huete*, 1909.
Amador de los Ríos, J., *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, Madrid 1975-1976.
Baer, Y., *Historia de los judíos en la Corona de Aragón*, Zaragoza 1985.
— *Historia de los judíos en la España cristiana*, Madrid 1981.
Ballesteros, A., «Don Yuçaf de Écija», *Sefarad*, VI, 253-287.
Blasco, A., *Los judíos de Zaragoza en el siglo XIV*, Zaragoza 1987.
Cantera, F., «La epigrafía hebraica de Sevilla», *Sefarad*, XI, 371 ss.
— «Unas palabras más sobre Šelomoh b. Ya'iš», *Sefarad*, XI, 340-370.
Durán, A., *Los judíos de Huesca*, Zaragoza 1984.
Fita, F., «Jerez de la Frontera. Su judería en 1266», *BRAH*, 1889, 268-87.
— «Historia hebrea. Documentos y monumentos inéditos», *BRAH*, 1890, 432-456, 555-574.
Graetz, H., *Les Juifs d'Espagne*, trad. Stenne, Paris 1872.
Lara, M. T., *Los judíos en los principales códigos españoles de la Edad Media*, Memoria de Licenciatura, Granada 1979.
Leroy, B., *The jews of Navarra in the late Middle Age*, Jerusalem 1985.
Loeb, I., *Josef ha-Cohen et les chroniques juifs*, Paris 1888.
Méndez Bejarano, M., *Histoire de la Juiverie de Sevilla*, Madrid 1922.

Régné, J., *History of the Jews in Aragon*, Jerusalem 1978.
Sopranis, E. «Contribución a la historia de la judería de Jerez de la Frontera», *Sefarad*, XI, 349-370.
Suárez Fernández, L., *Documentos acerca de la expulsión de los judíos*, Valladolid 1964.
Vives, J., *Concilios visigóticos*, Barcelona 1963.

ÍNDICE ONOMÁSTICO[1]

Aarón 64
Abel 64
Abi al-Hasan 10
Abías 7
Abigail 32, 70
Abraham 32, 64, 65, 70
Abraham bar David 69
Abraham ben 'Arama' 38
Abraham Benveniste (véase Benveniste el Viejo) 8
Abraham ha-Leví (Ibn Daud) 5
Abraham ibn Ezra (véase Ibn Ezra) 18
Abravanel 7
Abu Aṣṭruq 40
Abu Ganda 40
Abu Malik 10
Abugardan Delkadih 23
Adán 32, 40
Aharon bar Mešulam 69
Aḥmeṭ Begi (véase Muḥammeṭ Begi)
Aḥmeṭ ha-Agge 68
Alejandro 7, 32
Alfonso, Don (IV de Aragón) 6
Alfonso, Don (XI de Castilla) 10
Alfonso (V de Portugal) 12, 32, 65
Alfonso de Sefarad (XI de Castilla) 7, 8, 70
Alfonso, el anciano rey (VIII de Castilla) 29
Alfonso el Grande (X de Castilla) 10
Alfonso el Piadoso (¿XI? de Castilla) 63, 64
Alí 69
Al-Manṣur 69
Al-Mu'adin 31
Al-Muminim 69
Amalec 41, 64, 70
Amemar 3
Ana 32, 70
Antíoco 7
Antonio 1, 7, 32
Aqiba 20, 64
Aristóbulo 7
Aristóteles 32, 70, 72
Arius de Jerusalén 7
Aši, R. 40, 41
Aṣṭruq ha-Leví (véase Abu Aṣṭruq)

1. La numeración corresponde a los capítulos. Los nombres bíblicos o muy conocidos no se transcriben.

Augusto 1, 65
Azarías 41

Balaam 7
Beatriz 29
Ben Dina 72
Ben Humard 4
Ben Sira 2
Benjamín 7
Benveniste el Viejo (Abraham Benveniste) 70
Boaz 64
Bongoa 40

Carlo Magno 7
Casio 1
César Augusto 1
César Constantino 7
Ciro 64
Cleopatra 1
Coponio 12

Daniel 7, 40
David 7, 16, 32, 42, 50, 64, 70
David el-David 31, 32
De la Torre, bachiller 72

Efraim ben Sancho 32
Elías 40, 65
Elifas 7
Eliseo 65
Elziar 69
Enrique de Mendoza 72
Enrique, Don (III de Castilla) 48, 49, 72
Esaú 7, 32, 64, 72
Esdras 7
Ester 70

Felipe (IV de Francia) 21, 24
Filip (III de Francia) 21

Gad 7
Galeno 70
Gil, Don (arzobispo) 10
Gonzalo Martín 10

Habacuc 7
Hamán 41
Ḥasdai 31, 40
Henoc 40
Hércules 7
Herodes 7, 64
Hispano 7
Hyrcano 7

Ibn Ezra (véase Abraham) 40, 63
Ibn Sina 32, 70
Idumeo 12
Isaac 64, 65
Isaías 41
Ismael 3, 6, 17
Išrael, R. 69

Jacob 7, 21, 31, 32, 40, 51, 64, 65, 70
Jano 7
Jeremías 7, 32, 70
Jerónimo 2, 32
Jerónimo de Santa Fe (véase Yehošu'a ha-Lorqí) 40
Jesé 7, 40
Jesús 6, 7, 9, 14, 15, 17, 19, 20, 23, 32, 34, 38, 40, 41, 43, 44, 56, 58, 60, 63, 64, 65, 73
Job 32
Jonatán 40, 41
José 7, 32
Josefi ben Ben Venist 7
Josefo 7, 32
Josué 9, 70
Juan de Aragón, Don (II) 32
Juan de la Vera 8
Juan, Don (II de Castilla) 49

Juan, Don (infante, hijo de Alfonso X) 10
Juan, Don (el Tuerto, infante) 10
Judah Pro., 7, 10, 32, 40, 42, 51
Judan, R. 40

Latino 7
Lázaro ha-Leví 32
Leví 64
Leví ben Geršon 21
Leví, Nasí 69
Lucas 7
Lucifer 7
Luis, rey de Francia (II) 69

Ma'ani 68
Magdalena 21
Magnus de Hebrón 7
Maimónides 31
Manasseh 7
Manuel, Don (de Portugal) 12
Manuel, rabi D. 64
Marco 12
Marco Florentín, papa 41
Marcus 64
Mardoqueo bar Yosef (véase infra)
Mardoqueo de Yosef de Aviñón 69
María 7, 10, 70
Maroasti 40
Martín, maestre 44
Mascarenhas 60
Matatiah ha-Yiṣhari 40
Matatías 7
Mateo 7, 40
Matusalén 40
Me'ir Ḥaligo'ah 40
Menajén 7
Mešaršya' 3
Mešulam 69, 73
Moisés 2, 4, 7, 9, 11, 30, 32, 40, 48, 63, 64, 65, 70
Moriqa' 3
Mošeh Abzaradiel 10
Mošeh ben Musa' 40
Mošeh de Qoṣṣi 63
Mošeh ha-Daršan 40
Mošeh Hamon 11, 32, 67
Mošeh, maestre (Maimónides) 41, 69
Mošeh, maestre (Naḥmanides) 40
Muḥammeṭ Begi (véase Aḥmeṭ) 68

Nabat, hijo de 7
Nabucodonosor 7, 70
Nabuzaraddan 7
Nerón César 32
Nicanor 64
Nicolao de Lira 7, 71
Nicolás de Valencia 32
Noé 64

Obed 7
Octavio César 1

Pablo 64, 73
Pablo, fray 40, 70
Pedro 64
Pedro, Don (el Viejo, ¿IV? de Aragón) 32, 40, 70
Pedro, Don (infante, hijo de Sancho IV) 10
Pedro, fray 41
Pedro Guzmán 29
Pedro (ministro de Alfonso XI de Castilla) 70
Pirro 7
Platón 8, 20, 70, 72
Pol, fray (véase Pablo, fray)
Pompeyo 7, 12

Rabina 41
Raimundo 69
RaMBaM 30, 40

RašI 40, 65
Roberto el Sabio 9
Roberto (rey de Nápoles) 14
Rómulo 7
Roviedo 69
Rufo 12

Saladino 69
Salomón 7, 8, 32, 41, 64, 70
Salustio 7
Samuel 69, 70
Sanballat 7
Sancha 14
Sancho, Don (IV de Castilla) 10
Sansi 32
Sara 32
Satán 10
Saúl 32, 70
Šelomoh (Ibn Verga) 41, 42, 50, 63
Šelomoh ben Adreṭ 31
Šelomoh de Saili 69
Šelomoh ha-Leví 41, 61
Šelomoh ibn Verga Pro., 31, 64 67
Šelomoh Iišḥaqi (RašI) 40
Šem Ṭob ben Šem Ṭob 48
Šem Ṭob Šanṣolo 69
Šemuel R. 40
Šemuel Abrabalia 41
Šemuel Anquwah 8
Šemuel ben Šonšan 8
Šemuel ben Šušain 50
Šemuel ben Ya'iš 10
Šemuel ben Waqar 10
Šemuel ha-Leví 40
Šemuel ha-Nasí 50
Senaquerib 7
Séneca 71
Šim'oni 70
Sisac 7
Sisebuq (Sisebuto) 9
Soleiman ben Ya'iš 7
Soleimán, Sultán 11, 67, 68
Sosio 32

Tarfón 64
Tito 7, 32, 64
Ṭodros Alconśṭanṭin 40
Ṭodros ben Yaḥya 40
Tomás, sabio 7, 70, 71
Toptius de Galilea 7
Trajano 7
Tulio 7

Valerio 12
Versoris 63, 64
Vicente, fray 50
Vidal Benveniste 40
Virgilio 7

Ya'aqob Abiub, R. 67
Ya'aqob Profiat 69
Yehošu'a ben Siraq 2
Yehošu'a ben Yehoṣadaq 2
Yehošu'a ha-Lorquí (véase Jerónimo de Santa Fe)
Yehudah, R. 40
Yehudah Abravanel 50
Yehudah Anquwah 8
Yehudah ibn Verga Pro., 38, 62
Yišḥaq Abravanel 51
Yišḥaq Benveniste 69
Yišḥaq ben Hamon 37
Yom Ṭob Qarqośa 40
Yonatan ha-Cohen 69
Yosef (ibn Verga) 51, 67, 69
Yosef Abiub 67
Yosef Albaleg 40
Yosef Albo 40
Yosef Bakaran al-Falaḥ 31
Yosef ben Adruṭ 40
Yosef ben Efraim ben Abi Šabat ha-Leví 10

Yosef Benveniste 32
Yosef ha-Leví 40
Yosef ha-Leví (ibn Nagrela) 5
Yosef ha-Nasí 8, 70
Yosef ibn Verga 11, 32
Yosef ibn Yaḥya 65
Yurminus el samaritano 7
Zada' 68
Zaid al-Din 31
Zakay 31
Zeraḥiah, R. 69
Zeraḥiah ha-Leví 40

ÍNDICE GEOGRÁFICO

Acco 69
África 41
Agenas (Agenais) 6
Aix 69
Alcántara 10
Alcañiz 40
Alejandría 7, 64 (de Egipto), 69
Alemania 7, 26, 70
Algarbe 10
Amadia 31
Amasya 67
Andalucía 7, 48
Anjou 69
Arabia 68
Aragón 1, 6, 27, 40, 69, 72
Asia 12, 41
Aškenaz 6, 7, 26, 34, 36, 49
Asur 31
Aviñón 69

Babel 64
Babilonia 7, 40, 42, 70
Bagdad 31
Bañolas 69
Barcelona 27, 45
Bari 19
Baudun 35
Beaucaire 69
Belchite 40
Belgrado 68
Berbería 30
Bereber 41
Béziers 69
Bigorrada (Bigorre) 6
Bordelés (Bourdelois) 6
Borgoña 7
Bošmin 7
Bretaña 32, 69
Burgos 47

Calatayud 40
Calatrava 69
Canaán 68
Carcasona 6, 69
Carrión 47, 70
Castel Sarrazín 6
Castilla 7, 10, 50, 51, 69, 70
Castillo de Garci Muñoz 48
Cataluña 26, 45
Cedrón 64
Cerdeña 11, 51
Condon 6
Constantina 28
Constantinopla 7
Córdoba 7, 10, 31, 48
Corzmin 7

Daroca 40
Dines 7

Écija 8, 10, 48
Edom 68, 69

Egen 6
Egipto 1, 7, 8, 30, 32, 41 (*Egipto*), 49, 50, 64, 65, 67, 68, 69, 70, 73
El Cairo 30
Escalona 48
España 73
Etiopía 68

Fez 31, 33, 53, 54, 55, 66
Florencia 11
Francia 6, 7, 17, 20 (Inglaterra), 24, 31, 35, 49, 69, 70

Galicia 10
Garizim, monte 7
Gascona (Gascuña) 6
Génova 56, 57
Gerona 40, 45
Gilan 31
Gozan, río 31
Granada 5, 6, 7, 37, 51
Grecia 1, 7, 28, 68, 70

Haftón, montes 31
Halak 41
Hispania 7
Husca (véase Huesca) 6
Huesca 6, 40
Huete 48

Illescas 48
Inglaterra 6, 18, 69
Iṣpahan 41
Italia 56

Jaén 10
Jardín del Edén 9, 14
Jericó 64
Jerusalén Intr. 1, 3, 7, 10, 12, 14, 32, 40, 41, 49, 50, 64, 69, 70
Judea 12

Ka'rssa'am 41
Kuta 70
Kuzar 41

León 10
Lérida 6, 27
Líbano 40, 64
Lidia 68
Limoux 69
Lisboa 59, 60, 62
Logroño 47
Lombardía 11
Londres 18
Lucena 44
Luis, aldea 6

Madrid 48
Málaga 64
Mallorca 27, 51
Marruecos 10
Marsella 69
Media 7, 31, 41, 51, 64, 68
Mesak 68
Miriah 64
Miša' 41
Mo'ab 68, 70
Molina 10
Monfort 69
Monreal 6, 40
Montalbán 40
Monte, el 69
Monte del Temblor 69
Montes de la Tiniebla 7
Monzón 15, 40
Morsien (Marsan) 6
Murcia 10

Nápoles 19, 39, 70, 73
Narbona 6, 69
Navarra 6, 51

Ocaña 12, 48

Occidente 31
Océano 32
Ofir 7
Oriente 30

Palestina 32
Palma 8
Pamplona 6
Pera 28
Persia 3, 7, 31, 32, 41 (*Persia*), 51, 64
Piamonte 11
Poitou 69
Portugal 32, 50, 51, 60, 65, 70
Provenza 11, 19, 26, 69
Pumbedita 42

Qarowaṭi 7

Río 7, 68
Rodas 68
Roma 1, 7, 9, 12, 14, 26, 32, 39, 40, 46, 57, 64, 65, 69, 70, 73
Rosellón 11

Sabbattion, río 31
Saboya 11
Salamanca 70
Salé 55, 66
Salva Tierra 69
Samaria 7
Sardel 6
Saturno 7
Sefarad 3, 5, 6, 7, 9, 10, 16, 24, 27, 32, 44, 46, 47, 48, 49, 51, 52, 56, 58, 59, 61, 63, 64, 66, 69, 70
Segur, monte 6
Sevilla 7, 10, 38, 48, 51, 62, 64
Sicilia 11
Sinaí 7, 63, 64, 68
Sión 7, 40, 64
Sisteron 69
Ṣoan 30
St. Gilles 69
Sura 42
Susa 64

Tabris 11
Tarascón, torre de 69
Tiberias 69
Tiro 64, 68
Toledo 7, 10, 50, 65, 69
Tolosa (Toulouse) 6, 21
Toro 47
Torrijos 48
Toscana 70
Toulouse 69
Trani 19
Tudela 6
Tukat 67
Turquía 31, 68

Uz 68

Valencia 27, 72
Valrèas 69
Venecia 70
Venus 7

Xerez de la Frontera 38

Yemen 68

Zaragoza 40